



Tu mirada
sobre mi vestido de
calaveras **rojo**
oscura

YAIZA CASTRO

TU MIRADA **OSCURA** SOBRE MI VESTIDO
DE CALAVERAS ROJO

Yaiza Castro

TU MIRADA OSCURA SOBRE MI VESTIDO DE CALAVERAS ROJO

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y expreso del autor. La infracción puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 del Código Penal y ss.)

Todos los derechos reservados.

Título original: Tu mirada oscura sobre mi vestido de calaveras rojo.

Copyright © 2019 Yaiza Castro

Diseño de portada: Adyma Desing.

Imágenes de portada: Adobe Stock

Pexels: Chevanon Photograh

Unsplash: Flavio Gasperini

Descubra otros títulos de la autora en: www.amazon.es/l/B07SQN178V

Obra registrada en el Registro General de la Propiedad Intelectual.

Para Jaime.

Introducción

Lucas Sanz observaba con atención la dársena oeste del puerto, ese desangelado lugar que era refugio de toda clase de criminales con un aura tan oscura que desafiaban a la propia noche. Hacía años que la policía se había desentendido de esa parte de la ciudad, confiando en que la ley no escrita del 'Ojo por ojo' imperase también en ese aciago paraje. Se frotó las manos, en un inútil intento de calentárselas, y miró a su compañero, Hugo Hernández, que permanecía hierático, con la gorra cubriéndole medio rostro. La escasa iluminación hacía casi imposible distinguir cualquier movimiento a menos de cincuenta metros de donde se hallaban, lo que estaba complicando la tarea de seguimiento que tenían en marcha.

—¿Estás seguro de que vendrá, Sanz? —preguntó Hugo, con voz ronca.

—Sí —contestó, subiéndose las solapas de su marinero, con gesto tenso. Ese malnacido tenía que aparecer de un momento a otro, y tenía que hacerlo porque ya no aguantaba más. Estaba agotado, saturado y hastiado de toda esta maldita misión. Apenas había dormido, comido o siquiera visto a nadie más que a sus compañeros de la comisaría durante el largo año que llevaba siendo la sombra del agente de policía Borja Gómez. Esa noche, si todo salía conforme al plan establecido, obtendrían la prueba definitiva que demostraría que ese traidor era el principal informador del clan de los Romenev, un grupo húngaro dedicado a introducir cocaína adulterada en Europa.

Apoyó los antebrazos en la parte superior del volante, y posó el mentón sobre ellos, tenso, estudiando, observando, haciendo lo que mejor se le daba. Esperar a que la presa saliese de su madriguera. Y era bueno en lo suyo. Pese a que tan solo tenía treinta y cinco años, llevaba desde los veinte en la policía secreta, el área más exigente y dura del cuerpo policial.

Suspiró, y miró hacia el frente, rogando que nadie supiese por quién hacía todo esto. Era su secreto, su vida, y de nadie más. Golpeó rítmicamente sus labios con el dorso del puño, y clavó la vista en la espectral silueta del buque abandonado con la impaciencia anclada en cada poro de su piel. Todo estaba demasiado tranquilo, y eso, esa engañosa calma, ese traidor sosiego que precedía a la tormenta, eran los culpables de que hasta el último vello de su cuerpo se erizase.

Hizo crujir el cuello, intentando serenarse con el sonido de las olas golpeando con suavidad los costados de los barcos, y el continuo murmullo de la minúscula espuma de mar que se formaba. Escuchó con atención un par de minutos más, pero apenas sirvió de nada. Los pensamientos, las sospechas y las dudas empezaban a acumularse en su cabeza, ya a punto de explotar. ¿Por qué Borja se estaba retrasando tanto? ¿Les habría descubierto? Miró hacia su compañero, que parecía estar pensando lo mismo que él, y ambos encajaron la mandíbula casi a la vez, con los nervios crispados. Era imposible que los hubiese detectado, eran sombras, espectros.

Se pasó la mano por la mandíbula, rascando su fina barba de tres días, a punto de decir algo, cuando un murmullo de motor lejano fue aumentando su volumen, y una silueta de un Seat León de color azul apareció en mitad de aquella neblina, como si lo hubiesen invocado. El coche de Borja Gómez. El topo había llegado.

—Maldito bastardo —escupió, mientras su cámara disparaba la primera salva de fotografías que entregaría esa misma noche a Víctor González, Jefe Superior de Policía de la provincia de Pinar, como prueba definitiva de la implicación de Gómez.

El coche se detuvo frente a uno de los buques, y una figura apareció en lo alto de la escalerilla, mientras la respiración de los policías se detenía. Era el mismísimo Ivan Romenev, el jefe del clan. Intercambiaron una fugaz mirada, llena de preocupación. Que el jefe supremo del grupo criminal estuviese allí solo tenía una lectura, y era que este cargamento no sería uno más, no. Era el último que interceptarían antes de desaparecer para siempre. Se miraron, intercambiando el mismo pensamiento. La situación acababa de dar un giro inesperado que requería cambios de planes. Urgentes cambios de planes. Sin pensárselo, extendió la mano hacia la guantera del coche, tomó el teléfono, y marcó una sola tecla. Los tonos empezaron a sonar al otro lado, mientras la impaciencia se convertía en el tercer ocupante del vehículo.

«Joder, Víctor, contesta.»

—González —resonó una fuerte y masculina voz al otro lado de la línea

—Soy Sanz. El agente 'Ocho' está involucrado.

—Menudo malnacido —bufó Víctor—. Está bien, lo prepararé todo.

—No, no lo hagas. Espera, hay algo más —dijo, apresurado.

—¿Qué ocurre?

—Ivan Romenev está en el barco, ¿sabes lo que eso significa?

—Joder.

—Hay que cambiar los planes, Víctor. Operativos especiales tiene que intervenir. Yo asumo el mando.

—Negativo. Diana Espona será la encargada de llevar a cabo la operación 'Pez de Siam'. Lleva seis meses investigando al clan, y sabe a lo que se enfrenta.

—Espona no está preparada para algo así —espetó—. Mañana van a sacar toda la maldita artillería. Y eso es trabajo de operativos especiales, maldita sea, lo sabes tan bien como yo.

—Le pondré otra unidad de apoyo por si el asalto se complica, y...

—No, joder, ¿es que no lo ves? Será una jodida masacre.

—Joder, Lucas...

—Joder, Lucas, no. Víctor, nos conocemos desde hace años, y nunca te he pedido nada. Y ahora te lo estoy suplicando. O me dejas el operativo a mí, o mañana tendrás que officiar veinte funerales, tú decides —le desafió, mirando hacia el buque abandonado.

El Jefe Superior de Policía se quedó callado unos segundos, y suspiró, mirando el techo de su despacho. Lucas tenía razón. Aquello iba a ser una masacre si dejaba que la policía nacional actuara sola en ese operativo. No tenía elección, debía enviar a operativos especiales. Farfulló un ronco “Espera”, y se apartó del móvil. Los minutos fueron pasando, mientras las voces al otro lado de la línea seguían en un continuo *in crescendo* hasta convertirse en gritos.

Lucas apoyó el puño contra sus labios, y resopló. ¿Por qué mostraban tantas reticencias a que él comandase la misión? Había liderado casi un centenar de operativos peligrosos, y podría con este también. Le pareció distinguir la voz de Fernández, el Director General de la Policía, y una segunda voz, más fuerte, más ronca. La voz del Director Adjunto Operativo, Óscar López, mezclándose con la de Víctor, que, tensa, mantenía una agresiva diatriba con sus superiores. ¿Qué demonios estaba pasando allí?

— ¡Víctor! —gritó, con los nervios ya desbordados—, pásame a esos dos imbéciles con los que estás discutiendo, que les voy a aclarar un par de malditos puntos, y...

—Está bien, maldito bastardo —le interrumpió—. Acaban de aprobar que dirijas el operativo. Me debes una y de las gordas, te lo aseguro.

—Gracias —suspiró aliviado.

—No me las des tan rápido, que esto va a costarte algo, guaperas.

—Víctor, no me jod...

—He conseguido que aprueben que lideres el operativo 'Pez de Siam', pero...

—¿Pero qué?

—Que lo harás como Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional.

—¿Qué?!

—Lo que oyes. López ha renunciado al puesto esta misma mañana. Los del Ministerio le han propuesto un puesto en la Secretaría General, que han creado *ex profeso* para él, y tomará posesión en unos días, por lo que te acabo de proponer a ti para que lo sustituyas.

—¿Qué has hecho qué?!

—Sí, y Alberto Fernández ha aceptado, al igual que Omar Moreno, el Secretario de Estado de Seguridad. Estaban cenando juntos, menuda suerte hemos tenido. Es que la vida es un cúmulo de casualidades, ya ves —se mofó.

—La madre que te...—bufó —¿Cómo puedes hacerme algo así? Se supone que eres mi mejor amigo, joder, y en vez de...de...

—Sí, lo sé, soy un bastardo, te arrepientes de haberme conocido, bla, bla, bla. Ya sé lo que me vas a decir, así que ahórratelo. ¿Quieres el operativo de mañana? Ése el precio.

Se hizo un silencio lleno de murmuradas maldiciones. Lucas posó su puño sobre los labios, mirando hacia el buque oxidado de los Romenev, con la imagen de Diana dando vueltas en su cabeza, y se rindió. Se trataba de la seguridad de la mujer que su corazón y su cuerpo llevaban reclamando cinco años. No tenía opción. Descendió los hombros, derrotado, e hizo un ruido de asentimiento.

—Está bien, cretino. Asumo el maldito puesto.

Una risotada resonó al otro lado y colgó, sin darle la oportunidad de regodearse en su triunfo. Arrojó el móvil al salpicadero, encontrándose la mirada de Hugo. No le hizo falta mirarle por segunda vez para adivinar sus pensamientos.

—¿Pero qué has hecho, Sanz? Acabas de...

—Salvarle la vida a Espona, eso es lo que acabo de hacer —espetó, con la furia y el alivio luchando en cada sílaba de esa frase.

—Has hecho más que eso, tío, ese puesto es...ese puesto es...joder, acabas de orquestar tu propio funeral, Sanz.

—Ya lo sé, ¿vale? Ya lo sé. Déjalo ahí.

Hugo asintió, despacio, con la cejas casi rozándole la coronilla, y Lucas desvió la vista. Ya sabía que aquello era un suicidio, por supuesto que lo sabía. Lamentablemente, el puesto de Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional te colocaba en las dianas de prácticamente todos los clanes criminales nacionales e internacionales que existían a lo largo y ancho de todo el globo. Y él acababa de ofrecerse como sacrificio voluntario, en una suerte de brillante colofón a un año de infierno. Digno del aplauso más sardónico, sí señor.

Unas voces les hicieron volverse hacia el buque, justo en el momento que Borja lo abandonaba y se subía a su coche. Pronto las luces de los faros traseros apenas fueron visibles, y Lucas arrancó, apretando a fondo el acelerador, mientras los barcos abandonados y oxidados se convertían en manchas difusas que se mecían contra las olas en un lento compás, mientras sus pensamientos y temores más profundos eran ocupados con la imagen de la única mujer que era capaz de abrumarlo, aturdirlo y encenderlo por completo. Solo ella, solo Diana. La novia de Borja.

A varios kilómetros de allí, Víctor González miraba hacia los distintivos que colgaban en las paredes. No había llegado al puesto de Jefe Superior de Policía siendo un idiota. Era obvio que ni

esta operación, ni esa chica, Diana Espona, eran algo pasajero para Lucas, su mejor amigo. Aquí existía una densa historia que sería desvelada las próximas semanas, y él tenía una butaca en primera fila. Se giró hacia el ventanal, donde la iluminada ciudad de Pinar se alzaba majestuosa en medio de la imponente sierra de Amurga, y apoyó las palmas de las manos en el tablero de la mesa, tensando sus fibrosos antebrazos.

—Vaya, vaya, vaya. Así que el arrogante capullo se nos ha enamorado.

Cinco años atrás

Diana miró hacia la puerta de la facultad de Derecho esperando a que el conserje, o alguien con escaso sentido de la responsabilidad, decidiese salir a fumar un pitillo a la calle para poder colarse en el aulario y entrar a clase por la puerta de atrás, y que el profesor de Historia del Derecho no se diese cuenta de que había llegado tarde. Otra vez.

Echó la cabeza hacia atrás, conteniendo una nueva bronca contra sí misma. No había conseguido llegar puntual a clase ni una sola vez, hecho que podía costarle la expulsión, algo que no podía permitirse. Le había costado sudor y lágrimas que sus padres la matricularan allí. Porque sus padres no eran como los demás, no. Eran policías...secretos. Formaban parte de la élite, de la unidad que desarticulaba células enteras, de la que se movía de un país a otro en pos de los criminales.

Y por ello debían cambiar de domicilio con frecuencia. Las últimas dos veces, ella ni siquiera se había molestado en deshacer la maleta. Apenas duraron unas horas allí, y, otra vez, nuevo destino. Por eso les había rogado que la matricularan en esa universidad. Necesitaba algo de normalidad en su vida, hacer amigos, tener una dirección fija, planear la decoración de su habitación. Y eso tenía un precio, que era acudir a esas aburridas clases a las que, una vez más, había llegado tarde.

«Maldita sea, Diana, eres una calamidad, una santa calamidad.»

Se abrazó las rodillas con las manos, y se quedó mirando las botas militares que llevaba a juego con su vestido de calaveras rojo, pensando en qué hacer hasta que abrieran la puerta, algo que intuía, iba a llevarle mucho tiempo. Sus ojos hicieron un barrido rápido alrededor, buscando algo con lo que entretenerse, cuando una estruendosa música *heavy* proveniente de un BMW gris metalizado entrando a toda velocidad en la explanada de aparcamientos la sobresaltaron.

«¿Pero qué demonios...?»

Las gomas del coche chirriaron sobre el asfalto cuando el coche tomó velocidad, rumbo al único sitio libre de la explanada, que, además, era demasiado pequeño. Se incorporó, esbozando una sonrisa ladina, y palpó el teléfono, dispuesta a hacerle una foto en cuanto ese mentecato huyese tras abollar el Fiat blanco que permanecía quieto, ajeno al golpe que se avecinaba. Porque eso es exactamente lo que iba a ocurrir, ya lo había visto otras veces. Maldita gente incívica.

«Vamos, hortera, empotra al Fiat para que pueda denunciarte a la policía y reírme un rato.»

Esperó, curvando la comisura de sus rojos labios ante el impacto brutal que se avecinaba, e inspiró, cuadrando la imagen para que se viese bien la matrícula del BMW. No era la primera vez que hacía algo así. Tenía una carpeta en casa donde se acumulaban todas las denuncias que ponía casi a diario cuando veía algo como lo que iba a ocurrir. Por esa razón se había matriculado en Derecho, porque amaba las leyes. Aunque, bien pensado, también podía obedecer a que el ADN policial corría por sus venas. Su pulgar acarició el botón de la pantalla, preparándose para hacer la foto, cuando, contra todo pronóstico, y en un preciso movimiento, el *heavy* encajó el coche a la perfección en el diminuto hueco. Su mandíbula atravesó el suelo por la impresión. Qué demonios cayó al suelo. Iba camino del núcleo terrestre, vamos. ¿Cómo había podido aparcar el coche allí?

«Tendrá un gusto musical de pena, pero conduce como Dios, hay que admitirlo», pensó, al tiempo que el motor dejaba de rugir.

Se puso de puntillas para ver al previsible melencólico con una camiseta de un grupo musical horrible que conduciría ese coche, cuando la puerta se abrió y su mochila cayó al suelo con estrépito. No era un melencólico, no era un horterero, ni siquiera un heavy con una camiseta horrible, no. Era el hombre más atractivo del planeta. Pelo corto oscuro, hombros firmes, brazos fuertes y musculados, espalda ancha y definida, caderas estrechas, piernas atléticas, y...el mejor trasero que había visto en toda su vida. Debía tener unos treinta años, y lucía un tatuaje tribal en el bíceps derecho que ascendía hasta su hombro y su cuello, y se perdía en el interior de su oscura camiseta. ¿De dónde habría salido un hombre así? Del cielo. Un hombre así solo podía haber venido directamente del cielo. O quizás no. Quizás había llegado en un vuelo exprés del averno para que las simples mortales como ella cayesen en el pecado. Y lo haría. Por un hombre así, iría al infierno cien veces.

Le vio sacar una bolsa de deporte del portamaletas del coche, cerrar con contundencia y dirigirse, con el paso más seguro, masculino y sexy que se hubiese inventado, hacia un gimnasio de esa misma calle, mientras sus esperanzas se evaporaban como motas de agua a cada nuevo paso que daba.

«No te vayas todavía, por favor, no te vayas. Mírame, solo...mírame.»

Y la desesperación, la curiosidad, y sí, también la lujuria, para qué negarlo, tomaron una decisión por ella que lo cambiaría todo. Se giró, buscando a su alrededor cualquier cosa que consiguiese atraer su atención, cuando localizó unas piedras en un parterre cercano. Era una excelente tiradora, siempre lo había sido, y su coche estaba tan cerca que...¿Por qué no?

Exhaló desesperada por el horrible plan, y mandó callar a su sentido común, que le repetía que era la peor idea que había tenido en toda su vida de malas ideas, y sacudió la cabeza. Ya sabía que era una idea horrible, por supuesto que sí, pero es que...maldita sea, ese chico no podía irse de su vida tan pronto, no podía. Necesitaba verlo, aunque solo fueran unos segundos más.

Sin pensarlo mucho más, tomó una piedra y la lanzó al vehículo, cruzando los dedos para que su plan funcionase. Pero por desgracia, ese ser diminuto que debe controlar la suerte de todos nosotros tenía un mal día, y decidió pagarlo con ella, haciendo que su legendaria puntería fallase. Diana contempló, con horror, cómo el proyectil se desviaba de su trayectoria e iba a parar a los bajos del coche, activando la estruendosa alarma, que creó un horrible eco en toda la explanada del aparcamiento, haciendo que el chico se volviese, y en ese momento, todo...explotó.

Literalmente. Los más de mil cuatrocientos kilos de metal del BMW saltaron por los aires, provocando que una onda expansiva de metal y llamas barriera todo el ambiente, quemando el aire a su paso. Una oleada de fuego la obligó a refugiarse tras el banco para que los cientos de trozos de metal que salían despedidas por todas partes no la alcanzaran. Iba a morir allí, era su final. Cerró los ojos con fuerza, aterrorizada ante lo que se avecinaba, cuando sintió cómo algo la golpeaba y la derribaba hacia atrás, aplastándola contra el suelo. Un torso masculino la cubrió por completo, en una suerte de escudo humano infranqueable, cuando una fortísima segunda detonación hizo temblar el asfalto, y algo húmedo, denso y caliente con un inconfundible olor metálico y salado empezó a gotear en sus brazos. Sangre. Quien fuera que la estuviese protegiendo, estaba sangrando. Abrió los ojos, y su alma cayó a plomo al ver al *heavy* del cuerpo de infarto sobre ella, cubriéndola de los proyectiles de metal que volaban por todas partes, e impactaban contra ellos.

—No te muevas —susurró él, y ella aspiró su aroma a sal, algodón y...cuero.

Permanecieron en esa postura, anudados el uno en el otro, mientras todo se hacía pedazos a su alrededor, y la sangre del joven seguía cayendo sobre ella, en un compás lento e imparable. El fuego, el humo, y las llamas siguieron varios minutos más hasta que la calma fue imponiéndose, y

el ruido de las detonaciones fue sustituida por un atronador silencio. La falta de sonido nunca fue tan estremecedora.

El *heavy* resopló, sacudiendo pequeñas esquirlas de metal de su cabeza, y se puso de rodillas, limpiándose las pequeñas heridas del rostro con el bajo de su camiseta, dejando a la vista unos abdominales que parecían esculpidos en piedra, y la dejó caer, clavando sus oscuros ojos en ella, que apenas pudo hacer otra cosa que abrir la boca. Si de lejos le había parecido atractivo, de cerca era mil, un millón de veces mejor. Era el chico más guapo con el que se había cruzado...jamás. Mandíbula cuadrada, nariz griega, pómulos altos, y esos ojos oscuros y densos como el más profundo pozo de los deseos más perversos. Era un sueño. Su oscuro sueño.

—¿Estás bien? —preguntó él, con voz ronca, y ella no supo qué contestar. ¿Estaba bien? Más que eso. Estaba en el mismísimo cielo.

—Yo no...no...no lo sé.

—¿No sabes si estás bien? —preguntó, arqueando una ceja.

—Yo...no...no...

El joven bufó, y, sin pedir siquiera permiso, deslizó sus manos por su cuerpo en busca de posibles heridas, encendiéndola como una maldita antorcha en mitad de la noche. Quería que esos dedos la tocaran todos los días que le quedaran de vida. Notó sus manos ascender por sus costados, y tuvo que reprimir casi al límite las ganas de cerrar los ojos, y dejarse llevar por sus sentidos.

—No parece que estés herida —dijo él, apartando sus manos de ella, respirando aliviado—. Pero por si acaso voy a pedir una ambulancia para que te lleven a un centro hospitalario y te examinen, ¿de acuerdo?

—No hace falta —dijo, levantándose, y señaló su mochila—, estoy bien, tranqui...

—No, espera, no te levantes —la interrumpió—. No te muevas de aquí hasta que los artificieros hayan asegurado el perímetro.

Diana se atragantó al escuchar esa frase. ¿Había dicho...asegurar el perímetro? No, no podía ser. Ese *heavy* del estupendo cuerpazo no podía ser...no. Era...¿policía?

—¿Eres...policía? —preguntó, con la esperanza de que solo fuera un chico con demasiadas horas de series policíacas a sus espaldas.

El joven asintió, en un gesto seco, y ella maldijo en voz baja. Miró alrededor, observando los cientos de pedazos de metal que había por todo el aparcamiento. La cantidad de explosivo que debían haber usado debía ser francamente impresionante. Aquello no había sido una advertencia, por supuesto que no. Se giró hacia él, preguntándose quién habría hecho algo así. Fuera quien fuese, se había asegurado a conciencia de que el policía no sobreviviera al ataque. Le miró, entrecerrando los ojos, haciéndose una sola pregunta.

«¿Por qué han intentado matarte, bombón?»

—Díaz —empezó él al teléfono, interrumpiéndola—, soy Lucas Sanz, estoy en la calle Manzano. Han puesto una bomba en mi coche...sí, estoy bien, tranquilos, solo tengo pequeños cortes...no, no hay civiles heridos, pero necesito que lleven a un testigo a un hospital por si le hubiese alcanzado alguna esquirla —Diana negó con la cabeza, enérgica, y él la ignoró—. No, no sé por qué el artefacto no se activó al encender el vehículo...no, lo hizo cuando se activó la alarma...sí, la alarma...nada, una rubita, con sus travesuras de atontada.

Diana explotó como un volcán. Ese cretino debía estar despedazado sobre el asfalto si ella y sus “travesuras de atontada” se hubiesen quedado de brazos cruzados. Se levantó como un resorte, encarándose con él, que seguía hablando por teléfono.

—¿Qué me acabas de llamar? —bramó.

El policía tapó el dispositivo, mirándola con gesto de hartazgo, y respondió.

—Ahora no, rubita.

—¿Rubita? ¡Me llamo Diana, idiota, Diana Espona Yáñez! —se vio gritando a pleno pulmón, revelando su verdadera identidad a un desconocido, y obviando todos los protocolos de seguridad que sus padres habían implantado en ella desde su infancia—. Y no pienso ir a ningún sitio contigo, ni al hospital, ni al maldito infierno, ¿Te ha quedado claro?

Lucas colgó el teléfono, brusco, y sus oscuros ojos se clavaron en los azules de ella.

—Eso lo decidirá el inspector Gutiérrez cuando te interrogue, y sepamos por qué narices has tirado una piedra a mi coche.

—Yo...yo...—balbuceó, nerviosa, intentando buscar una respuesta razonable, porque, a fin de cuentas, el policía tenía razón. ¿Por qué demonios había tirado una piedra al BMW? —Puf, yo...

—¿Yo, yo, puf, yo? —repetió él, con retintín —¿Es lo único que se te ocurre decir?

En ese momento llegaron los primeros coches de policía, y una docena de agentes salieron en tropel de los vehículos, haciendo que se volviera hacia allí, distrayendo su atención. Un agente con cara de pocos amigos se acercó hasta ellos, interrumpiendo la discusión, y miró a Lucas con gesto serio.

—¿Qué demonios ha pasado aquí, Sanz? ¿Qué es todo esto?

—Aún no lo sé, Sánchez, pero puedo hacerme una idea de quién está detrás —exhaló, pasándose la mano por la mandíbula—. Haced un barrido exhaustivo y trazad un cordón de seguridad, no sé si aún queda material por explotar en el coche. Alerta a los subgrupos Jaguar 3 y 4, esto empieza a complicarse —miró a Diana—. Esta chica es la testigo principal. Llevadla al hospital, y luego a a comisaría para que preste declaración

—¿Pero es que te has vuelto loco? —gritó —¿De verdad crees que he tenido algo que ver con esto, pedazo de...?

—Inspector —dijo él, desconcertándola por completo—. Y mi nombre es Lucas Sanz, Barbie gruñona. Inspector de policía Lucas Sanz. Así que la frase que deberías haber dicho es “Lucas Sanz es un grandísimo imbécil”. Ya sabes, sujeto, verbo y predicado. Seguro que te lo han enseñado en el cole, entre clase y clase de plastilina y purpurina.

No pudo decir más. Diana restalló un bofetón en la mejilla del policía que le hizo tambalearse hasta casi perder el equilibrio.

— ¡Joder con la *Barbie* gruñona! —gritó, poniéndose la mano en la dolorida mejilla.

— ¡¿Cómo que *Barbie* gruñona?! ¡Pues tú eres...tú...tú...un grandísimo imbécil, eso es lo que eres!

—¿Grandísimo imbécil? ¿Eso es el único insulto que se te ocurre? Oh, vamos, rubia, puedes hacerlo mejor.

—A ver, idiota, ¿te has quedado con ganas de otro? —espetó, alzando ya la mano para borrarle esa sonrisa de chulo guaperas de un plumazo.

—Si el bofetón me lo das tú, sí. Sí que quiero otro —susurró él, con voz sensual, sin dejar de mirarla, y entonces, ocurrió.

Una chispa. Un fugaz y contundente pellizco golpeó el interior de ambos, y dejaron de respirar a la vez. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era...qué era ese fuego? ¿Qué era aquello que les estaba quemando por dentro? Apartaron la vista casi a la vez, nerviosos, sin entender qué les estaba ocurriendo.

Diana se dio la vuelta, incapaz de contener por más tiempo esas llamas que la devoraban, y empezó a caminar hacia su mochila. La recogió del suelo, sin volverse una sola vez, y desapareció tras una de las esquinas del edificio de la universidad, mientras se miraba el pecho, donde su

corazón, desbocado, estaba a punto de romperle el esternón.

«Olvídalo Diana, es un cretino como otro cualquiera. Un guaperas más, solo eso. Eso, y nada más.»

Lucas la siguió hasta perderla de vista por una de las esquinas de uno de los edificios más alejados, y sacudió la cabeza, sin poder encontrar tampoco respuesta a esas llamas que parecían estar devorando sus venas, convirtiéndolas en candentes ascuas. Giró sobre sus talones, viendo cómo dos furgones llegaban a la zona de la explosión, y se dirigió con paso raudo hasta uno de los vehículos policiales. Esa belleza no iba a irse de su vida todavía, por todos los cielos que no. Daba igual el precio que tuviese que pagar. Empeñaría hasta su alma para volver a ver esos rojos labios.

Evocó la explosión, sus cuerpos encajados, con las afiladas piedras y los trozos de aluminio del coche cayendo sobre él, cortándole la piel, sin que él hiciese amago de moverse ni un solo centímetro del cuerpo de ella. En ese momento no querría estar en otro sitio de la tierra que no fuera protegiendo a esa chica mientras todo ardía a su alrededor, y tuvo que ahogar un gruñido, conteniendo las ganas de arrancarle la ropa, y perderse en ese cuerpo y esos labios hasta que el maldito sol se apagase.

Se había retirado levemente, viendo cómo las pestañas de la chica aleteaban despacio, abriéndose como alas de mariposas en pleno vuelo, y entonces...voló. Las llamas que barrían todo, el fuego, el humo, las llamas, los cientos, miles de trozos de metal volando no eran nada, absolutamente nada, comparado con la explosión que acababa de sentir en el corazón al ver cómo esa muñequita gótica de piernas infinitas le miraba como jamás ninguna mujer le había mirado, ni le miraría jamás.

Esa chica era su ángel de la guarda, estaba seguro. Un ángel de la guarda con un vestido de calaveras rojo al que él quería besar, acariciar y tocar de todas las maneras posibles.

Se sentó en el asiento de uno de los coches policiales, volviendo al presente, y tomó el comunicador.

—Central, aquí Sanz. Necesito información sobre un civil.

—¿Está involucrado en la explosión?

—Sí, fue la chica que me salvó. Se llama Diana Espona Yánez.

—Espera un momento, enseguida te digo algo.

Los minutos fueron pasando, mientras la paciencia del policía se agotaba por momentos.

—¿Y bien? —preguntó, impaciente.

—No podemos decirte nada sobre ella.

—¿Qué? —resopló, dándose cuenta de lo que pasaba. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? — El nombre es falso, ¿no?

—No —suspiró el agente, al otro lado de la línea—. El nombre que te ha dado es real, pero no puedo decirte nada sobre ella porque...es material clasificado.

—¿Cómo que material clasificado? —se levantó del asiento, dando un respingo —¿Me lo estás diciendo en serio?

—Es de los nuestros —aclaró la voz al otro lado, tomando aire—. 'Escorpión alado'.

El pecho de Lucas se desinfló. Escorpión alado. La policía llevaba meses con ese operativo, siguiendo al clan de los Brozovic por todos los confines del mundo. Había más de cien agentes destinados en el caso, comandados por Sergio Espona y Alba Yánez, la élite de la policía secreta. La invisible unidad de desarticulación de células criminales. Una unidad que estaba formada por fantasmas, espectros, gente de la que nadie podía, o sabía decir nada. Y esa *Barbie* gruñona que le había salvado era, ni más ni menos, que su hija.

—Forma parte del programa itinerante de alto riesgo —continuó su compañero por radio—. Ha tenido treinta y ocho domicilios diferentes en los últimos cinco años. Supongo que ya debe estar acostumbrada a este tipo de vida.

Lucas negó con la cabeza. Nadie puede acostumbrarse a eso, nadie, porque ni él mismo lo hacía, así que no podía ni imaginarse cómo debía sentirse ella. Tras intercambiar un par de frases más con el agente de la unidad de información, colgó, y miró hacia la esquina donde Diana acababa de desaparecer, jurándose a sí mismo que la encontraría. Tenía que volver a verla, y ya sabía el camino. La élite policial. Descendió los hombros, con gesto de derrota, y fue hasta donde hacía apenas diez minutos estaba su coche, contemplando su chamuscado equipo de música.

—Maldita sea, con lo que me gustaba ese álbum de Pantera.

Una nube de pequeñas motas de luz traspasaba los cristales de la comisaría de Pinar, destacando los preciosos claroscuros que el sol dibujaba sobre el macizo montañoso de la sierra de Amurga, esa mole rocosa que rodeaba la ciudad. En el interior del edificio, un nutrido grupo de policías esperaban a que el jefe de la unidad, Carlos Rodríguez, terminase de dar las instrucciones de la primera fase de la operación 'Pez de Siam', un operativo en el que llevaban meses trabajando, y que supondría la detención del clan de los Romenev tras años de intentos frustrados. Se lo jugaban todo a esta carta, lo que provocaba que la tensión aplastara cada mota de oxígeno de la sala hasta pulverizarla.

Borja Gómez se colocó la gorra reglamentaria y miró hacia el nutrido grupo de policías, rogando para que todo saliese conforme al plan. Ningún agente debía resultar herido, ése había sido uno de los puntos que había pactado con los Romenev que no debía ser infringido bajo ningún concepto. Había sido la piedra angular de la negociación. Una misión limpia, una huida perfecta, y mucho, mucho, dinero, ése había sido el trato.

Se giró hacia su izquierda, y su corazón se derritió al ver a la preciosa muñequita *pin up* de uniforme que le miraba, y le guiñaba el ojo. Sus oscuros ojos volaron hacia los azules de Diana, y suspiró. Estaba tan loco por esa mujer que cualquier día terminaría en un manicomio.

—Tranquila, preciosa. Estaré cubriéndote las espaldas en todo momento, no dejaré que te ocurra nada.

—¿Cubrirme la espalda? —Diana arqueó una ceja —Creo que ya me la cubriste bastante ayer por la noche en mi cama, y esta mañana sobre la mesa de la cocina. Por no mencionar lo de los vestuarios de hace unos minutos...

—Pues entonces no tienes a tu suerte, rubita, porque lo único que me impide tumbarte sobre la mesa de Rodríguez, arrancarte el uniforme y hacerte mía delante de todos es saber que llevas un arma encima y que no dudarías en usarla contra mí.

—Chico listo —respondió, guiñándole un ojo.

Borja la miró, con el parloteo de Rodríguez de fondo. En ese momento, su superior empezaba un precipitado monólogo sobre el honor, el valor, y la gloria que envolvía al cuerpo policial, y él puso los ojos en blanco. ¿Por qué no se limitaba a desearles suerte y ya está? ¿Por qué tenían al jefe más melodramático del mundo?

La abrazó por la cintura, recordando el momento en que esa preciosa muñeca *rockabilly* se había colado en su vida. Él estaba entrenando en aquel gimnasio de la avenida de los Sauces, descargando adrenalina mientras la música sonaba a todo volumen en sus auriculares. Las pruebas para la policía de ese año iban a ser muy duras, y él dedicaba cada minuto a prepararse para afrontarlas. Si no obtenía una plaza, sus padres le meterían de cabeza en alguna universidad privada llena de esnobs, como ellos, para que siguiera sus pasos en alguna de las empresas de su familia, y eso era lo último que quería. Soñaba con ser policía desde pequeño, y lo iba a conseguir, por supuesto que sí.

Cambió de pista, y un enérgico rock llenó sus oídos cuando una chica con un vestido de calaveras rojo pasó a su lado, haciendo bailar sus caderas al compás de sus pasos, y, sin darse cuenta, dejó de correr en la cinta mientras sus ojos se deslizaban por todo su cuerpo, con lentitud,

recreándose en su perfecto trasero, su estrecha cintura, y su rubio cabello. ¿De dónde había salido semejante mujer?

La chica se detuvo frente a él, de espaldas, mirando hacia la otra acera, y él dejó de respirar, sopesando la idea de golpear el cristal para que se volviera. Alzó el puño hacia la cristalera, cuando la joven, como siguiendo su silenciosa orden, se volvió, y como sucede en las películas, todo se detuvo cuando ella le miró como todo hombre desearía ser mirado alguna vez por una mujer, y leyó entrega, pasión y fuego en sus azules ojos, y se echó hacia atrás. Acababa de encontrar a la mujer más bella sobre la faz de la tierra, y su corazón acababa de explotar en mil pedazos. Sus músculos se pusieron en marcha antes de que él pudiese incluso reaccionar, y salió corriendo del gimnasio. La alcanzó en mitad de un paso de peatones, y la tomó del brazo.

—Rubia, espera.

—¿Pero qué haces? ¡Suéltame!

—No pienso soltarte hasta que aceptes una cita conmigo.

—¿Una cita? ¡Pero si no sé ni quién demonios eres!

—Soy Borja Gómez, el amor de tu vida. ¿Te parece poco?

—Oh, por favor, no me hagas reír ¡Estás completamente loco! —dijo ella, zafándose de su brazo, y se dio la vuelta, mientras él la seguía con la mirada.

—¿Loco? ¡La que va a estar loca por mí dentro de poco vas a ser tú, y entonces me suplicarás una cita!

— ¡Ni en broma!

Dos semanas después de aquel encuentro, coincidieron en un club nocturno, en un encuentro en el que ella dejó todas sus uñas clavadas en su piel, y él las marcas de sus besos por todo su cuerpo. Y esa fue la primera noche del resto de sus vidas, como suele decirse. Habían pasado cuatro años de aquello. Cuatro años de apoyo incondicional, miradas cómplices, besos robados, discusiones terribles, reconciliaciones apasionadas. Cuatro años de intenso, profundo e íntimo amor.

—Cuando lleguen a la zona del asalto —empezó Rodríguez, su superior, haciéndole bajar a la tierra de golpe—, el responsable al mando les informará de las instrucciones para cada uno de los equipos. Por favor, recuerden su posición y los movimientos que han de dar dentro de la mansión. Y, por supuesto, como siempre les recuerdo, seguridad y eficacia, agentes. ¿Entendido?

—Entendido —contestaron todos al unísono.

El ambiente se tensó unos segundos interminables, y Diana inspiró, separándose del lado de Borja, adoptando la grave expresión de jefa de unidad que asumiría ese día. La vida de veinte agentes y el éxito de la operación 'Pez de Siam' dependían de ella. Era la hora de la verdad. Llevaba cinco años trabajando al máximo para llegar hasta allí. Por fin los frutos de tanto esfuerzo y sacrificio habían llegado. Era el momento. Su momento. Y lo haría con Borja a su lado como segundo al mando. Por fin el soñado puesto en la Unidad de Crimen Organizado estaría un poco más cerca. Podría hacer todo aquello para lo que sentía que estaba destinada. Investigar, escarbar datos, enlazarlos, crear conexiones...Eso es a lo que aspiraba, eso es para lo que estaba hecha.

Apenas dio un paso hacia delante para repasar el plan de asalto a la mansión de los Romenev que había trazado y que ya había explicado con anterioridad, cuando Borja la detuvo por el brazo, haciendo que se volviera.

—¿Qué haces, Borja? Suéltame, tengo que...

—¿Es que no lo has escuchado? —susurró él—. Rodríguez ha dicho “el responsable”, no “la responsable”.

—¿Qué?

—Te han quitado el liderazgo del operativo, Didi, pero no sé...no sé por qué —dijo, mientras su rostro palidecía por lo que aquello implicaba.

Le habían descubierto, no había otra explicación. Pero...no. No. Era imposible, había sido muy cauto en cada uno de los encuentros con los Romenev y el intermediario. Se obligó a inspirar despacio, y miró hacia su chica, cuyo rostro enrojecía paulatinamente.

—¿Por qué me has quitado el liderazgo, Rodríguez? —gritó.

—La orden viene de central —se justificó Rodríguez, descendiendo la vista unos segundos—. El Jefe Superior de Policía, Víctor González, y el propio Director General de la Policía, Alberto Fernández, han designado a un agente del equipo especial de operaciones para liderar la misión.

—¿Estás diciendo que un patán de operativos especiales va a liderar el operativo?

Aquello la hizo explotar como un volcán.

—El agente Sanz es uno de los mejores policías de todo el estado, está al tanto del operativo, y conoce cada detalle del mismo.

— ¡Nadie conoce el caso como yo, Rodríguez! ¡Nadie! ¡Si no me dejan a mí al frente, esto será una maldita masacre!

—La decisión ya está tomada. Lo siento, Espona.

No se lo podía creer. Un orangután vestido con equipo de asalto que no tendría ni la más mísera idea de nada, iba a liderar el operativo en el que ella se había dejado la piel, el corazón y hasta la última de sus moléculas para que fuera un éxito. No iba a permitirlo, de ninguna manera.

Soltó el aire por la nariz, ignorando las palabras de Rodríguez, y se dirigió junto al resto de su unidad a los garajes, donde cuatro furgonetas negras blindadas de la policía les aguardaban. Tomó el chaleco antibalas que le tendió un compañero, y se metió dentro, planeando sus próximos pasos.

Veinte minutos después, los silbidos de las balas y los cristales haciéndose añicos les dieron la bienvenida a la estremecedora escena del asalto. Varios vehículos de operativos especiales esperaban fuera, junto a una veintena de agentes vestidos de negro. La guerra había comenzado, y ellos llegaban tarde. Ese maldito cretino de Sanz y los suyos ya estaban más que metidos en faena. En cuanto el furgón paró, salió disparada de allí, parapetada con el chaleco antibalas y el casco protector. Atravesó la puerta de la mansión, y la frustración, la impotencia y la furia dieron paso al valor, la eficacia y el frío análisis. Estaba en su elemento, y solo existían ella, su pistola y el blanco. Y empezó a disparar.

En el otro extremo de la zona del asalto, en los jardines de la mansión, Lucas Sanz esperaba tenso a que esa nueva ráfaga de disparos se distanciase. Había dado orden de que la unidad de Diana no interviniese, así que, si no ocurría ningún imprevisto, la operación culminaría en unos cinco minutos, con el contundente plan de contraataque que él había ideado. Había ordenado la retirada de ese primer equipo, para que los criminales creyesen que habían ganado la batalla, mientras un segundo grupo de policías ya les cercaba desde atrás. Divisó a uno de los responsables de uno de los subgrupos de operativos especiales, y se acercó hasta él, retirándose la visera transparente del casco.

—Serrano, avisa a Alamo. Iniciamos la segunda fase.

—Ha habido un imprevisto. Iba a informarte ahora.

El desconcierto tomó base en su rostro. En sus operativos, nunca, es decir, nunca, jamás, había imprevistos. Todo estaba medido al milímetro, tanto, que la posibilidad de que se cometiese un error era tan remota que ni siquiera existía.

—¿Cómo que ha habido un imprevisto?¿De qué estás hablando?

—Por lo que ha dicho Taki —empezó Serrano—, una de las agentes de policía de la comisaría de Pinar se ha metido en la casa sin esperar a recibir las órdenes de no intervención, y sigue

dentro.

Lucas resopló con fuerza cuando una idea demasiado grave, disparatada, y a todas luces, imposible, empezó a formarse en su cabeza. Miró a Serrano, rogando para que la realidad no caminase de la mano de sus pensamientos, porque...

—Es la agente Diana Espona.

«Joder.»

Se frotó el rostro, maldiciendo en varios idiomas. Maldita sea, la iba a expedientar, castigar y mandar a una maldita colonia de trabajos forzados en Siberia.

—¿Estás seguro?

—Sí. Lleva como veinte minutos dentro, haciéndole frente a los Romenev, y aún no se ha retirado. Vaya tía. Menudo par de...

Lucas no se quedó a escuchar el final de la frase. Cogió su arma, se puso el casco otra vez y corrió hacia allí, desoyendo las voces del resto de agentes, gritándole que no entrara. «Que no entrara», bufó. Como si tuviese otra maldita opción.

Dentro de la mansión, Diana contenía el aliento. La situación estaba poniéndose realmente difícil. Esos malnacidos habían conseguido cercarla, y ni siquiera se había traído el comunicador para pedir refuerzos. Miró hacia todas partes, mientras metía más munición en su subfusil, y exhaló. ¿Dónde narices estaba su maldita unidad? Encajó los dientes, apuntando, cuando una silenciosa sombra se cernió a su espalda, y sus pulmones dejaron de funcionar. Miró hacia la oscura y fornida figura, reconociendo el uniforme, y suspiró aliviada. Era policía.

—Creí que me habían dejado sola —murmuró, y él sacudió la cabeza.

«No voy a dejarte sola jamás, preciosa.»

Los oscuros ojos del agente se clavaron en los suyos, y tiró del brazo de la chica en el mismo momento que un contundente “ ¡Abajo las armas, policía!” de la segunda unidad de operativos especiales que él había ordenado intervenir, hacía aparición. Lucas la cubrió con su cuerpo, y corrieron hasta la salida en mitad de aquella selva de balas. Llegaron al exterior, donde la luz del sol les cegó, y los suspiros de alivio de los primeros agentes que se les acercaron resonaron incluso a través de sus cascos.

—Maldita sea, creímos que no volverías.

—¿Y dejar de ver tu fea cara, Méndez? Eso no ocurrirá nunca.

—Eres un capullo.

Los policías se rieron, y fueron alejándose poco a poco de la pareja, mientras Lucas asentía, y les agradecía su preocupación. Cuando al fin los dejaron solos, se giró hacia ella, quitándose el casco, y posó sus enguantadas manos en las caderas.

—¿Estás bien? —preguntó, con voz ronca.

—Sí, tranquilo —respondió, y él apenas pudo contenerse al volver a escuchar su voz. Seguía teniendo la misma voz dulce y sensual de cinco años atrás.

«Estás jodido, Sanz, muy jodido.»

—Insisto —tragó saliva—. Que te lleven al hospital para que te hagan todas las pruebas.

—Estoy bien, de verdad.

—Eso no puedes saberlo hasta que...

No pudo seguir hablando. Diana se quitó el casco y el pasamontañas, y él dejó de respirar, pensar, o siquiera existir. Todo lo que sintió cinco años atrás en aquella explanada volvió multiplicado por mil para desintegrar hasta la última de sus células. Diana no era un dulce recuerdo, ni un espejismo construido a través de los años, o una fantasía idealizada, no. Seguía enamorado de ella como la primera vez que la vio. Sus ojos se detuvieron en la gruesa línea negra

que llevaba sobre los párpados, y esos rojos labios que eran la puerta de entrada a un edén no apto para mortales, y tuvo que tragar saliva para no abalanzarse sobre ella en ese instante. Diana Espona no era de este mundo.

—Estoy bien, ¿lo ves? —Empezó a decir ella, esbozando una sonrisa—. Descúbrete para que pueda evaluar si estás herido, vamos.

Lucas inspiró, reuniendo el valor para revelar su identidad tras todos estos años, sintiendo cómo su pulso se aceleraba, su boca se secaba y su cuerpo empezaba a estremecerse, sopesando las consecuencias de lo que estaba punto de hacer. ¿Y si ella no se acordaba de él? ¿Y si se acordaba y seguía estando furiosa tras lo ocurrido? Por no mencionar que le había quitado el operativo en el que ella se había dejado la piel. Descendió la mano, dejándose el pasamontañas puesto, con la certeza de que el anonimato, en ese momento, era lo único con lo que contaba.

—Estoy bien, de verdad, agente...

—Espona —dijo, tendiéndole la mano, de forma amistosa—. Soy la agente Diana Espona. ¿Y tú eres...?

—Solo soy un compañero, dejémoslo así —cortó, seco, y Diana retiró la mano, comprendiendo. Los agentes de operativos especiales jamás desvelaban su identidad, ni siquiera a otros compañeros. Su seguridad, y la de otros agentes, estaba en juego.

Se quedaron mirándose unos interminables segundos, hasta que un agobiado Lucas, soltó una exhalación, y se giró hacia el resto de agentes que estaban en aquella explanada, llevándose a los detenidos.

—Yo...tengo que...

—Sí, claro, tienes que...claro.

Silencio.

—Eso es.

Se quedaron con las miradas ancladas en el otro, hasta que Lucas suspiró, haciéndole un gesto con el mentón de despedida, y se dirigió hacia un grupo de agentes de operativos especiales, mientras Diana le observaba alejarse, preguntándose quién sería ese misterioso y atractivo agente. Lo cierto es que era muy atractivo. Cuerpo fuerte y atlético, hombros cuadrados, ancha espalda, cintura estrecha...sus ojos siguieron descendiendo, y sus labios se estiraron con una sonrisa de satisfacción. Y sí, tenía un trasero de acero.

Ronroneó, recreándose en él, cuando otro pensamiento cruzó su mente, y su estado de ánimo cambió diametralmente. ¿Dónde estaría ese patán de Sanz? Escrutó la explanada, pero no vio a nadie con dotes de mando, además del atractivo agente que la había ayudado, cuya presencia parecía ser respetada por el resto de sus compañeros, cuyos gestos no daban lugar a otra interpretación. Le respetaban y admiraban, no cabía duda. Estiró la comisura de la boca, con una sonrisa orgullosa, antes de volverse y seguir buscando a Sanz. Tenía que hablar con ese mentecato. Frunció los labios, y ladeó la cabeza, barajando una idea. Quizás él podría decirle quién era ese misterioso agente. Al fin y al cabo, ella era la segunda al mando, por así decirlo.

Miró con detenimiento la zona de los furgones, estudiando a cada agente, cuando algo estalló dentro de su cabeza. ¿Dónde estaba Borja? Sus ojos barrieron rápidos toda la zona, mientras se maldecía por no haberse dado cuenta de que su chico no había entrado con ella a la mansión. ¿Cómo podía haberse olvidado de todo hasta ese punto? Borja siempre, es decir, siempre, le cubría las espaldas en cada misión que llevaban a cabo juntos. Excepto hoy. Maldita sea, tenía que encontrarle.

Caminó rauda hasta su unidad, cuando lo localizó tendido en el suelo, con una herida en la pierna que un sanitario curaba presuroso, y su corazón estalló. Corrió hacia él, desesperada,

tirando a un lado el casco y el arma.

—Por todos los cielos, Borja, ¿Estás bien?

Su chico asintió con lentitud, con expresión de dolor.

—La bala solo me ha rozado —suspiró con resignación, mirando al sanitario que culminaba el vendaje—. Maldita sea, Didi, ¿Por qué saliste corriendo sin esperar órdenes?

—Yo...no lo pensé. Entré a la mansión, me recibió una ráfaga de ametralladora, y...—musitó, cerrando la boca al instante en cuanto vio el rostro de Borja, que resopló, frunciendo el ceño, y miró al enfermero que le atendía.

—No hace falta que ponga más vendas, de verdad. No tengo planeado recluirme en ninguna pirámide ni en ningún sarcófago los próximos veinte años, se lo prometo. Y ahora, ¿le importaría dejarnos solos? Tengo que hablar con mi compañera.

«Puf, compañera. Me ha llamado compañera. Esta va ser de las gordas.»

El sanitario se levantó de su lado, y Borja se pasó la mano por el pelo, mirando hacia ella. Había traicionado a toda su maldita unidad para mantenerla a salvo, y ella había ido de cabeza a la muerte, ofreciéndose como sacrificio. ¿Pero es que se había vuelto completamente loca?

— ¡¿Pero cómo se te ocurre ir tú sola, Didi?! —bramó, sin poder contenerse — ¡Maldita sea, podían haberte matado!

—Sí, lo sé, y lo siento —respondió, justificándose—. Pero estoy bien.

—¿Qué estás bien, y ya está? ¡Maldita sea, te metiste ahí dentro sin apoyo, sin intercomunicador, sin...sin mí, joder!

—Lo sé, y lo siento, ¿vale? Pero no pasó nada. Un agente de los equipos especiales me ayudó a escapar antes de que me ocurriera nada —giró el rostro hacia la explanada, buscándole, y su corazón lo encontró antes de que lo hicieran sus ojos—. Mira, es aquel de allí, el alto, ¿Lo ves?

El policía miró hacia el hombre que le señalaba Diana, fijándose en cómo espetaba órdenes a todos los que estaban a su alrededor, sus gestos, la expresión del resto de agentes ante él, y un fogaño fue abriéndose paso en sus pensamientos al ver su indumentaria, las insignias de sus hombros y los dos teléfonos que llevaba enganchados en la muslera. El salvador de su chica no era un policía más. Era el mismísimo jefe del operativo. El maldito Lucas Sanz, o, como lo llamaban todos, el *gran* Lucas Sanz.

—Didi, el agente que te ha salvado no es un agente de operativos especiales raso. Ese tipo es Sanz, el jefe del operativo.

—¿Qué?

—Te ha salvado el jefazo, nena.

Los ojos de Diana se clavaron en la oscura silueta del hombre que la había protegido con su vida dentro de la casa, y parpadeó, atónita. ¿El agente que la había salvado era el mismo que le había arrebatado el liderazgo del operativo?

—No te agobies, ¿vale?

—¿Qué no me agobie? Maldita sea, Borja, el patán que me quitó mi operativo ha sido el mismo que me ha salvado de él, ¿Sabes en qué lugar me deja eso?

—Lo sé, pero a ver, veámoslo todo con...perspectiva. Tuviste...tuviste mala suerte, eso es todo.

—¿Mala suerte? Entré olvidándome de todos los protocolos, a lo loco, sin pensar, como tú mismo has dicho. Esto es...esto es un maldito desastre, Borja. Van a expedientarme y enviarme a la Antártida con los pingüinos como castigo disciplinario. Y eso en el mejor de los casos.

—No exageres. Sanz tiene la fama que tiene porque es algo así como el maldito James Bond de la policía nacional, pero sigue siendo un cretino. Lucas Sanz —bufó—, menudo elemento...

Un resorte invisible despegó a Diana del suelo, y se puso en pie casi de un salto.

—¿Lucas Sanz? ¿Has dicho...Lucas Sanz?

—Sí, claro, el jefe del operativo es Lucas Sanz. ¿Creíste que era otro Sanz?

—No puede ser —exhaló, tapándose la boca con la mano—. No puede ser, no puede...Dios mío.

—¿Qué no puede ser, Didi? ¿Qué ocurre?

—Lucas... —murmuró, y el universo se derramó sobre ella.

Lucas caminaba por los enmoquetados pasillos de la comisaría central de Pinar, con el equipo de operaciones especiales aún puesto, pensando en las razones que le habían llevado a darle su número de teléfono a Víctor González dieciséis años atrás. Víctor y él habían preparado juntos las pruebas de acceso a la policía, y se habían vuelto inseparables desde entonces. Pero cuando sus nombres sonaron como sucesores para el puesto de Jefe Superior de Policía de Pinar, Lucas, en una prueba de amistad más allá de cualquier pacto de caballeros, se retiró, dejándole a Víctor el camino libre para acceder a la vacante. “Mi precioso trasero no está hecho para despachos, como el tuyo”, le había dicho como excusa, y su amigo le había devuelto el favor, solo que de la forma más inesperada. Aupándole para que ocupara el puesto de Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional, ni más ni menos.

Así que, a partir del día siguiente, él, Lucas Sanz Martín, de treinta y cinco años, y natural de Madroñal, capital del país, dirigiría las operaciones más importantes de la policía. Pero no solo las que tenían como fin establecer las nuevas directrices a seguir, no. Desde hacía varios años, el puesto de Director Adjunto Operativo era el eufemismo de “policía para todo”, y el trabajo no terminaba en los despachos. Era el que supervisaba absolutamente todo en la policía, cuando no acudía directamente a las misiones más delicadas para intervenir directamente en ellas. Pero ese dato, ese importante y vital dato, era omitido a la población para no crear alarma.

Su nombramiento se haría al día siguiente, sin pompa ni ceremonia, ya que ese puesto debía permanecer siempre en la sombra. Nadie debía conocer quién era él, ni lo que hacía. Demasiadas vidas en juego, demasiado riesgo.

—Víctor, te juro que esta me la pagas —farfulló, y avanzó por aquel largo pasillo enmoquetado, rumbo al despacho de su mejor amigo, y, partir de ese día, su peor dolor de muelas.

Siguió caminando por la mullida alfombra, cuando oyó una voz a sus espaldas.

—Qué bien que hayas llegado, Lucas.

—Hola, capullo.

Víctor esbozó una carcajada, palmeando el hombro de su amigo. Víctor, al contrario que él, exudaba amabilidad por cada mota de su ser. Con su suave pelo castaño, sus ojos color marrón oscuro y su expresión tranquila, era el equivalente humano a un Golden Retriever, parecido que Lucas jamás dejaba de recordarle. Era la corrección política personificada. Hasta que abría la boca, claro. Entonces el sardónico policía más canalla de toda la provincia de Pinar hacía aparición.

—La operación ‘Pez de Siam’ ha salido bien, ¿no? Aunque bueno, no sé de qué me sorprende, al fin y al cabo, eres el *gran* Lucas Sanz, orgullo de la policía nacional.

—Sí, todo ha salido bien, así que nadie pedirá tu cabeza. Puedes seguir viendo porno en el ordenador de tu despacho y comiendo bollería industrial a granel hasta que termines como Fernández.

—Jamás acabaré como Fernández, sabes de sobra que el Director General de la Policía no posee mi encanto natural ni mi arrolladora simpatía de portada de revista.

—Eres un...en fin.

Víctor se rio, y se detuvo frente a una enorme puerta color caoba, tras la que estaba su

gigantesco despacho, de casi noventa metros cuadrados.

—Bonito cuchitril —apuntó Lucas. Víctor identificó el insulto velado, y decidió devolvérsela.

—Te encantará trabajar aquí, ya lo verás. Te acostumbrarás al lento ritmo de trabajo enseguida. La comisaría de Pinar, donde vas a estar destinado unos meses por orden de Fernández, está llena de buenos y eficientes policías, a los que les encanta perder el tiempo. Ya lo comprobarás tú mismo a partir de mañana.

—Cierra la boca, o lo haré yo —cortó Lucas, y Víctor se carcajeó—. Muy bien, cretino, vayamos al grano. No me has llamado para enseñarme dónde está la sala del café, ni cómo conectarme a internet sin que nadie lo descubra, así que dime de una vez qué pasa.

—Está bien —la despreocupada expresión de su amigo desapareció—. Te he llamado porque tengo que decirte algo que no va a gustarte en absoluto, y necesito explicarte las razones que me han llevado a tomar esa decisión, que, te aseguro, tampoco ha sido fácil para mí —lo miró con gravedad—. He decidido no detener a Borja Gómez.

—¿Qué?! —bramó Lucas, levantándose de la silla de un salto.

—No voy a detenerlo, pero necesito explic...

—¿Explicarme? Maldita sea, Víctor, hoy podía haber muerto gente, ¿lo entiendes? Yo mismo podría estar muerto a estas alturas.

—Ya lo sé, Lucas, por supuesto que lo sé —respondió, agobiado, mirando a su amigo—. Pero no ha sido una decisión fácil, y por eso te he hecho venir, porque necesito pedirte algo.

—¿Pedirme algo? Estarás de broma, ¿no?

—No, te aseguro que no. Pero es importante, Lucas, de verdad que lo es —los ojos de ambos se encontraron, y Lucas leyó la súplica en la mirada de su amigo. Aquello era grave.

—Está bien, dime qué pasa de una vez —bufó, dejándose caer en la silla.

Víctor respiró, aliviado, y se giró, sacando varios informes de uno de los cajones. Fue lanzándolos sobre la mesa, ante el gesto de desconcierto de Lucas.

—¿Qué demonios significa todo esto, Víctor?

Su amigo no le respondió, sino que se los señaló, mirándole con gesto serio. Los ojos del nuevo Director Adjunto Operativo se posaron en aquellas portadas, y su cerebro se colapsó al reconocer el nombre en las portadas de esas carpetas. Operación Delta, Cóndor, Terrario...todas habían sido misiones frustradas horas antes de que se produjesen los arrestos. Pero, espera...no. Era imposible que Borja hubiese sido el topo en todos esos casos. Alzó la mirada hacia su amigo, que asintió, leyéndole el pensamiento. ‘Pez de Siam’ no era un caso aislado. Había más topes infiltrados en la policía.

—López —empezó Víctor, apoyando las palmas de las manos sobre la madera—, tu antecesor en el puesto, ha dejado cientos de operativos sin resolver y un grado de corrupción en el cuerpo absolutamente vergonzoso.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí. Era un mero funcionario al que le daba igual toda la corrupción que había bajo sus pies mientras él mantuviese su gordo trasero en el puesto. Por eso se inventaron ese puesto para él en el Ministerio, porque necesitaban quitárselo de encima cuanto antes.

—Maldita sea, Víctor, esto es...

—Lo sé, Lucas. Una faena de las gordas, créeme que lo sé, y de verdad que lamento haberte hecho semejante encerrona, pero es que no tenía alternativa —tomó aire—. La situación está a punto de desbordarse. Los clanes criminales son cada vez más fuertes y difíciles de atrapar, y ya no sé...joder, ya no sé ni qué hacer. Por eso te propuse a ti para el puesto de Director Adjunto Operativo. No podía permitir que colocaran a otro burócrata en ese puesto, y por eso te propuse a

ti, porque ya no sé...maldita sea, ya no sé en quién confiar. Ya no sé quién está metido en esto, y quién no.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo?

—Necesito que abras los ojos, Lucas. Esto es grande, enorme, colosal. No sé hasta dónde se extienden los tentáculos de los topos, y quién está metido en esto. Por eso vas a infiltrarte en la comisaría de Pinar.

—¿En la comisaría de Pinar? —preguntó, parpadeando. La comisaría de Diana y Borja.

—Sí. Si hay un entramado de informadores, necesito saber quiénes son, y quién puso en contacto a un agente íntegro y aparentemente limpio hasta ahora, como Borja Gómez, con los Romenev. Estoy convencido que, si tiramos del hilo adecuado, desharemos la madeja entera.

—De acuerdo. Mañana mismo me incorporaré.

—Perfecto. Conviértete en la sombra de Borja Gómez y Diana Espona, su pareja, hasta que demos con el maldito intermediario.

Algo se volvió glaciado en el cuerpo del policía.

—Espera...—se apartó casi por instinto —¿Por qué has nombrado a Diana? ¿Sospechas de ella?

—No creo que esté involucrada, de verdad espero que no —dijo, con la ansiedad tiñendo cada matiz de su voz. Y lo decía en serio—. Pero, como te digo, ahora mismo no estoy seguro de nada, ni puedo confiar en nadie, por lo que tendrás que descartarla como sospechosa tú mismo. ¿Podrás hacerlo?

Lucas miró aquellas carpetas, que yacían tiradas sobre la mesa, maldiciendo su mala suerte. ¿Por qué, de todas las mujeres de este maldito planeta, le había tocado investigar a la única de la que estaba enamorado? Se hizo un espeso silencio entre ambos, y Lucas resopló.

—Cuenta conmigo —se vio respondiendo.

—Gracias, amigo.

Se despidieron con un golpe de mentón, como siempre hacían, y salió de aquella sala, con la absoluta certeza de que ese caso iba a destrozarle el corazón y el alma por completo. Se volvió hacia Víctor, que le miraba con la expresión más sincera de disculpa que jamás le había visto, y abandonó el despacho de su amigo, recordando cada paso que le había llevado hasta allí. Un camino que se había abierto ante él por una maldita casualidad.

Todo había empezado el año anterior, justo la noche en la que se puso en marcha el operativo 'Escorpión alado' en el que trabajaban los padres de Diana y él mismo, como responsable del segundo equipo de asalto. Llevaban casi cuatro años siguiendo a los Brozovic, un grupo peligroso y armado cuyos tentáculos se extendían por cuatro de los cinco continentes. Habían logrado reducirlos en una mansión en plena costa de la Plata tras una compleja operación de seguimiento que les había llevado meses, y habían trazado un operativo que estaba destinado a ser el más brillante de la policía, por su complejidad, infraestructura y espectacularidad. 'Escorpión alado', operativo que lideraban, además, los padres de Diana, Sergio Espona y Alba Yánez. Por fin todo se acabaría, y los Brozovic serían apresados, poniendo punto final a décadas de terror. Casi podía olerse la victoria. Pero algo falló aquella noche.

Las potentes ráfagas de ametralladoras de los Brozovic alcanzaron el helicóptero desde el que los Espona Yánez apoyaban a los equipos de tierra, provocando la muerte del matrimonio casi en el acto, mientras todos contemplaban, con horror e impotencia, el enorme EC-120 precipitándose al suelo, en una bola humo y fuego. Era lo peor que había visto en toda su vida.

Rememoró el rostro de la joven en el entierro de sus padres, cuando el último terrón de tierra cayó sobre las tumbas de sus padres, y cómo se refugió en los brazos de Borja, estallando en un sollozo. Él suspiró, colocándose las gafas de sol, la gorra reglamentaria, y esperó pacientemente

su turno para darle el pésame, pensando en qué palabras podrían consolar una vida rota, un futuro truncado...un corazón destrozado, en definitiva, y había optado por el silencio. Cuando le tocó su turno, Diana ni siquiera le miró.

—Está catatónica desde que lo supo —dijo Borja, con el brazo rodeando el cuerpo de la chica—. No ha comido, dormido, ni bebido nada desde que nos lo comunicaron.

—Ha sido un golpe brutal para ella. ¿Tiene...tiene más familia?

—No. Sus padres eran hijos únicos y sus abuelos ya han fallecido. Pero nos tiene a las chicas y a mí —inspiró, y le tendió la mano, de forma amistosa—. Soy su novio. Me llamo Borja, por cierto.

Él le había estrechado la mano, mirando con ternura a esa preciosa muñeca de porcelana por cuyo rostro caían silenciosas lágrimas, sin desvelar su nombre.

—Cúidala —se limitó a decir—. Diana es...ella es muy especial.

—Lo sé —la besó en la sien con suavidad—. Y es el amor de mi vida.

Esbozó una triste sonrisa, y se despidió, dejando a Borja Gómez hacer todo aquello que sentía debía hacer él. Consolarla, mimarla, protegerla. Amarla. Había tomado el serpenteante camino del cementerio, caminando entre aquellas baldosas de piedra y cemento, pensando que, debía velar por ella de alguna forma. Diana era más vulnerable que nunca, y debía cuidarla sin que ella lo supiera. Al principio fueron simples jornadas de observación: adónde iba, con quién salía...hasta que, pasadas unas semanas, también empezó a seguir a Borja. Y fue precisamente, gracias a eso, que la relación de Borja Gómez con el clan criminal se destapó.

Pulsó el botón del ascensor, con la certeza de que ese caso iba a acabar con él, porque solo le había bastado mirar a Diana un solo segundo en aquella mansión para saber que todo lo que había sentido en aquella explanada cinco años atrás seguía estando ahí, devastando, abrasando, quemando cada vértice de su alma.

El tiempo en la prisión de Colmenar estaba impregnado de rabia, desesperación y violencia, casi tanto como el aire que se respiraba allí, que parecía marcar un demente compás. Tic, tac, tic, tac...

En el interior de una de las celdas, una mujer observa al techo con la mirada perdida, temiendo que la locura se anclase también en ella cualquiera de estos días. Llevaba demasiado tiempo allí dentro, y ya no lo soportaba más. Respiró despacio, recordándose por quién hacía todo esto, y sonrió. Por él, solo por él. Porque haría cualquier cosa por él, incluso cumplir una condena por un delito que no había cometido. Pero así era Venus. Cuando lo tenías a su lado te sentías invencible, y harías todo lo que te pidiese, absolutamente todo, por volver a sentirle cerca.

En ese instante, el sonido de la alarma anunciando la entrada de nuevas internas a la cárcel la sobresaltó, y se acercó hasta allí, abrazando los barrotes justo en el momento en el que Ivanka Romenev pasaba a su lado, y sus dedos se cerraron en torno al acero, casi arañándolo. ¿Qué hacía la matriarca del clan Romenev allí? Apenas pudo pensar en una explicación razonable que justificase la presencia de esa mujer allí, cuando vio el desfile de las mujeres del clan pasar frente a ella, y trastabilló hacia atrás. Esto no tenía que ocurrir, Venus...él le aseguró que lo tenía todo controlado.

Se tapó la mano con la boca, y miró hacia el reflejo del espejo, donde unos desorbitados ojos esmeralda le decían que la situación acababa de complicarse de la peor forma, y que iba a traer consecuencias. Oscuras consecuencias.

Diana se despertó con los primeros rayos de sol despuntando en las cúspides de la sierra de Amurga, y se quedó absorta contemplando el paisaje que se veía a través de la ventana, mientras a su mente regresaban imágenes del tiroteo en la mansión de los Romenev del día anterior. Parecía increíble que solo hubiesen pasado veinticuatro horas de aquello. Se había despertado el día anterior con la emoción de dirigir su primer operativo, y había vuelto con el recuerdo de las manos de Lucas sobre su cuerpo, protegiéndola de resultar herida en el tiroteo.

Se arrebujó en el edredón nórdico, recordando las balas casi rozando su piel, el miedo, los nervios, la adrenalina en caída libre por su sistema. El cuerpo de Lucas pegado al suyo, su aliento sobre su mejilla, esa oscura mirada que había hecho blanco en su corazón. Descendió la vista hacia sus manos, esas manos que le habían tocado hacía menos de veinticuatro horas. Esas manos que ya no volverían a tocarle.

Sus caminos habían vuelto a unirse y, una vez más, habían vuelto a separarse. Quizás eso era lo que estaba escrito. Breves y fugaces encuentros envueltos de tensión, chispas, burbujas, pasión, electricidad... todos los malditos elementos concentrados en un solo momento para luego desaparecer de la vida del otro. Eso es lo que estaba escrito, así es cómo debía ocurrir. Se giró hacia su despertador, sumergida en las neblinas de sus tristes pensamientos, cuando sus ojos se clavaron en las manecillas, que, como no podía ser de otra manera, le marcaban que iba a llegar tarde. Otra vez. Y ya iban dos veces esta semana. Y eso que solo estaban a miércoles.

—Oh, no —farfulló, antes de salir disparada de la cama, soltando un potente juramento.

Tras una ducha rápida, un fugaz café, vestirse, peinarse y... ¿se puede llamar maquillarse a eso que hizo frente al espejo? Definitivamente, no. Salió a la calle, en busca de un taxi, recordando las palabras de sus amigas Lara y Valentina sobre su incorregible impuntualidad.

«Vas a ser la primera persona en la historia en llegar tarde a su propio funeral, Didi.»

Y tenían razón. Podía apostarse toda su colección de *Doctor Martens* a ello. Veinte minutos después, ya en comisaría, y frente a la máquina de café, se permitió respirar un poco. Con suerte nadie se habría dado cuenta de que había llegado veinte minutos tarde y que arrastraba unas ojeras que merecían el podio de honor y un premio especial del jurado en las olimpiadas del sueño. Tomó su bolso y se dirigió, con sigilo, hacia la sala central. Ese día le tocaba en archivo, junto a Lara. Pero para llegar hasta allí, tendría que pasar por delante del despacho de Rodríguez, por lo que era más seguro dar un rodeo y que su jefe siguiese sin saber que llegaba veinte minutos tarde.

Siguió avanzando por el pasillo, cuando algo detuvo sus pasos. Silencio. Había un inquietante silencio. Avanzó con cautela hacia esa sala que normalmente era el equivalente a Sodoma y Gomorra por los continuos gritos y chistes soeces, y se aproximó despacio hasta uno de los agentes, cuyo pálido rostro se podría camuflar perfectamente con el fondo de la pared.

—¿Qué ocurre, Arnáiz?

—Ocurre que el *gran* Lucas Sanz ha sido destinado a esta comisaría. Eso es lo que ocurre.

Tardó casi treinta segundos en reaccionar. Reaccionar, pestañear o siquiera respirar. ¿Lucas Sanz, uno de los mejores agentes de policía del país, en una comisaría como la suya, justo el día después de haberla salvado de su propio operativo? Debía ser una broma.

Sus ojos escrutaron cada palmo de esa sala, buscando a Lucas, hasta que su corazón lo encontró

antes que sus ojos. Allí estaba. El protagonista de sus más perversos sueños permanecía quieto, en mitad de la sala, con su cuerpo de metro noventa, donde cada músculo, casi de acero, se mantenía en un insultante desafío a la gravedad, y esos penetrantes ojos oscuros. En ese instante, y como si hubiese percibido su presencia, los ojos de Lucas se encontraron con los suyos, y las voces de ambos parecieron retumbar en el interior de sus pensamientos.

«Diana.»

«Lucas.»

El mundo se detuvo, y solo existían ellos dos, y ese momento. Los labios de ambos se entreabrieron a la vez, casi respirándose. Y la magia llegó para quedarse.

—Y ahora —empezó Rodríguez, rompiendo la pequeña burbuja—, el agente Sanz les dedicará unas palabras de presentación. Espero, y esto no es una amenaza velada —discretas risas se escucharon por toda la sala —que colaboréis con él en todo lo que os pida para que se lleve una buena impresión de nosotros.

Se hizo un inmenso silencio, expectante, y la fuerte, masculina y grave voz de Lucas irrumpió en la sala.

—Hola a todos —empezó él, y ella suspiró. Quería morir escuchando esa voz—. Se preguntarán por qué me han destinado aquí, y la respuesta no puede ser más clara, ni más obvia —silencio—. Me han mandado para ordenar el papeleo de la chapuza de operativo que se montó aquí ayer.

Una cuchillada en mitad del pecho no le hubiese hecho más daño. ¿Cómo podía haberla insultado de esa forma delante de todos? Se giró, yendo hacia la zona de archivo, resuelta a ocultarse de Sanz lo que quedaba de día. ¿Cómo era posible que la idea de no volver a verle le hubiese entristecido esa misma mañana? Era un prepotente ególatra y un chulo, eso es lo que era.

Enfiló por uno de los pasillos, sacando el teléfono, y marcó el teléfono de Lara. Necesitaba gritar, insultar y maldecir como un maldito camionero. Esperó paciente a que la voz de su amiga irrumpiese en la línea, cuando una voz tronó a su espalda.

—Espona.

Se giró despacio, quedándose frente a frente con el causante de su noche de insomnio, y se maldijo por quedarse más segundos de los necesario mirándole. ¿Por qué todos los cretinos tenían que ser tan guapos?

—¿Vienes a seguir insultándome? —cruzó los brazos —Porque si es así, ya puedes volver por dónde has venido.

—No es un insulto, sino la verdad —respondió, resuelto.

—¿Qué?

—Entraste sin asegurar la zona, te lanzaste a la jungla de balas obviando todos los protocolos de seguridad, sin tener apoyo ni munición suficiente en caso de que la situación se hubiese complicado, fuís...

— ¡Me lancé a la acción porque capturar a los Romenev era lo más importante!

— ¡Lo más importante es que no hubiera bajas! ¡Eso era lo más importante! ¡Hubieses muerto allí si no llego a intervenir, ¿Entiendes eso? ¡Seguridad y eficacia, ese es nuestra máxima, Espona! Pero en qué demonios estabas pensando?!

La tensión pareció subir de cero a cien en apenas dos segundos, mientras ambos policías se contemplaban, en claro desafío.

—No me habrían matado, y no te consiento que vuelvas a insinuar algo así, ¿entendido? —se defendió — Llevo meses trabajando en esta operación. Recopilé toda la información, conseguí los contactos y gestioné toda la logística para que ahora vengas ahora tú a darme lecciones sobre

protocolos de seguridad y a darte palmaditas en la espalda por haberme salvado.

—¿Palmaditas en la espalda? —se mofó.

—Sí, palmaditas en la espalda, cretino.

Diana clavó los ojos en él, furiosa, y se dio la vuelta. ¿Pero quién se creía que era ese imbécil pretencioso para juzgar su forma de trabajar? Siguió caminando por el pasillo, preguntándose cómo era posible que la idea de no volver a verle le hubiese entristecido esa misma mañana. Maldito cretino. Apenas había llegado al ascensor para ir a archivo, cuando escuchó la voz de Lucas de fondo. Otra vez.

—Espona.

—¿Qué quieres? —casi escupió.

—Decirte que, como has llegado veinte minutos tarde, he decidido que te toca a ti acompañarme a recoger unos documentos.

«¿Cómo sabe que he llegado veinte minutos tarde?»

—¿Unos...documentos?

—Sí, unos documentos. Ya sabes, un montón de papeles grapados que suelen contener información importante —resopló—. Lo cierto es que me tienes pasmado con tu profesionalidad. Cualquier día llegarás a comisaría en pantuflas y con el neceser de manicura bajo el brazo.

—Mira, Sanz...

—Te espero dentro de dos minutos en los garajes —la cortó—. Intenta no llegar tarde esta vez.

Diana inspiró con fuerza, reprimiendo las ganas de atizarle una bofetada, y se giró, caminando hacia la armería para perderle de vista cuanto antes.

—Espona.

—¿Qué quieres? —rugió en respuesta.

—Solo decirte que, por supuesto, conduzco yo —dijo, rubricando esa frase con una de sus sonrisas de agente del año.

—Como usted quiera, *jefe* —dijo, arrastrando la última palabra con sorna.

Lucas la miró, y un destello salió de sus ojos. Esa *Barbie* gruñona le volvía loco. Bajaron hasta el garaje con él, donde el flamante Audi negro del Director Operativo les esperaba. Le abrió la puerta del coche con galantería, ante el gesto hosco de la chica, y se despidió de los dos agentes que estaban en el garaje, Torres y Mara, que contemplaban la escena mofándose. Subió al vehículo, y pronto se incorporaron a la autovía marítima, donde Sanz hizo bailar su Audi entre aquella marea de cláxones y coches apretados con auténtica maestría, como si la ciudad, su coche, y él, fueran el mismo ser. Diana suspiró, asumiendo esa pequeña derrota, y se giró hacia la ventanilla. Lo cierto es que ese insufrible seguía conduciendo como un maldito dios, tenía que reconocerlo.

Se arrebujó en el asiento, contemplando los suaves destellos de luz sobre el mar en calma, y le miró por el extremo del ojo. Lo cierto es que los años no le habían restado ni una ápice de atractivo. Seguía teniendo esa misma oscura y penetrante mirada, la misma sonrisa seductora, ese aura de saberse el dueño absoluto del mundo. Lucas era peligro, deseo y potencia concentrada. El sueño de cualquier mujer. Pero había algo más, algo que te decía que él era todo lo que necesitabas en este mundo para seguir respirando. Era seguridad, aplomo...algo que le convertía en ese tipo de personas que, bastaba una sola mirada, para saber que eran el eje, el centro del mundo. Magnetismo puro en un cuerpo de acero, con ese brillo que le hac...

—Lo cierto es que creí que serías una compañera de viaje más divertida —Plop. La burbuja se rompió—. Recuérdame que jamás te invite a cenar a mi casa, nos moriríamos de aburrimiento en los canapés.

—Jamás querría ir a cenar contigo, te lo aseguro —contestó, molesta.

—¿Nunca irías a mi casa, eh? Es curioso que digas eso, cuando es precisamente allí donde voy a llevarte.

—¿Cómo que vamos a tu casa? ¿No íbamos a central a recoger unos documentos?

—No. Dije que íbamos a “Recoger unos documentos”, no que esos documentos estuviesen en la comisaría central. Santo cielo, aún no puedo entender cómo pudiste ser la primera de tu promoción.

«¿Cómo sabe que fui la primera de mi promoción? ¿Habrá pedido informes sobre mí?»

Inspiró, poniendo los ojos en blanco. Por supuesto que lo había hecho. Ese maldito cretino era tan controlador que jamás trabajaría con alguien sin haber pedido hasta los extractos de sus cuentas bancarias ni la talla de su ropa interior. Se cruzó de brazos, con ese último pensamiento calentando parte de su piel, y giró la cabeza hacia la ventanilla, mientras veía cómo el coche enfilaba por el bulevar de los Olmos.

—¿Sabe Rodríguez que íbamos a tu casa?

—A Rodríguez le da exactamente igual donde se meta una policía como tú —mintió. Lo primero que había hecho esa mañana había sido precisamente decirle a Rodríguez que Diana le acompañaría ese día y los siguientes—, y en cuanto a mí, técnicamente, soy su superior, así que no tengo por qué darle explicaciones —no mintió. Era el maldito Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional, así que nadie, aparte de Fernández y el propio Ministro, podían darle órdenes.

—Su superior, claro —se mofó ella, y él contuvo una sonrisa.

En ese instante, su móvil sonó, con el nombre de Lara en la pantalla, y deslizó el dedo por la pantalla.

—¿A quién llamas? —preguntó Lucas, con voz seca.

—A mi novio —mintió, con soltura.

—¿En horas de trabajo?

Sonrió mentalmente, mirándole de soslayo. Iba a devolvérsela.

—Oh, sí. Nos pone un montón tener testigos cuando tenemos sexo telefónico —soltó, coqueta—. Yo que tú escucharía con atención, Sanz, quizás aprendas algo nuevo hoy.

El Audi redujo bruscamente la velocidad, haciendo un vaivén en el carril, y Diana se rio, mofándose de él, cuando la estridente voz de Valentina al teléfono la hizo olvidarse de todo y centrarse en apartar el dispositivo de su oído antes de que le estallase el tímpano.

— ¡Por Dios, nos han contado la súper noticia! ¡Lucas Sanz está en Pinar! ¡El agente buenorro por excelencia, el macho ibérico en toda la amplitud de la palabra, el tío más bueno de la galaxia conocida, va a trabajar en nuestra comisaría! ¿Te lo puedes creer?

—Creo que, si me das un par de minutos más, puedo llegar a hacerlo —respondió, irónica, mirándole de reojo.

—No se habla de otra cosa, y por eso te hemos llamado. ¿No se supone que tú, como amiga nuestra que eres, tienes la obligación moral de informarnos de este tipo de cosas?

—Es que no he podido. Estoy...estoy trabajando.

Escuchó farfullar algo a Lucas con respecto a eso, antes de que Valentina volviese al ataque.

—También nos contaron que hirieron a Borja. ¿Él está bien?

—Vuestro bomboncito está bien —dijo, imprimiendo calma a su voz—. La bala le atravesó la pierna, pero el médico le ha dicho que debe reposar casi dos semanas, y evitar esfuerzos bruscos. Así que el vaquero ha guardado la pistola.

—Ya puedo imaginarme lo feliz que hizo esa frase a Borja —se burló su amiga—. Y tú, ¿estás bien? Nos contaron que al final intervinieron los equipos especiales, y que Sanz y tú fuisteis los

últimos en abandonar la mansión. ¿Eso es verdad? ¿Te salvó el mismísimo Sanz en persona?

—Sí —dijo, mirándole de reojo—. Bueno, chicas, hablaremos después.

—¿Por qué?

—Porque estoy...estoy con Sanz, en su coche.

— ¡¿Qué?! ¿Cómo que estás con el buenorro?

—Sí, estoy...estamos en su coche. Chicas, os tengo que dejar, ya hablamos después.

— ¡Pero Didi, necesitamos información ahora! ¡Ahora!

Diana no respondió, y colgó el teléfono, farfullando un “Adiós, locas, hablaremos más tarde”, que hizo a Lucas resoplar.

—Disculpa —dijo, al tiempo que el Audi se detenía frente a un edificio de ladrillo rojo de al menos veinte plantas.

—¿Dónde estamos, Lucas?

—En mi casa.

Pulsó un teclado en la puerta del garaje, y la puerta se abrió, desvelando un oscuro garaje que descendía hasta casi el centro de la tierra. Se internaron en aquel oscuro pozo, dando vueltas en espiral, hasta que llegaron a una enorme explanada subterránea iluminada con potentes flexos. Una treintena de coches con el distintivo de la policía estaban aparcados en perfecta hilera. Pero no coches cualquiera, no. Eran SUV de última generación. Blindados, veloces, potentes, indestructibles. Y entonces todas las luces de su cabeza se encendieron a la vez. Lucas no vivía en un edificio normal. Aquella no era una comisaría, y tampoco un edificio residencial.

Estaba en La Guarida. El mismo epicentro de la élite de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Existían rumores de que existía un complejo que era mitad residencia, mitad campo de entrenamiento y armería del equipo de operativos especiales, pero esa información, a caballo entre la realidad y la leyenda urbana, era clasificada. Y ahora sabía que era real, porque ella misma estaba allí. Lo mejor de todos los cuerpos de seguridad del país estaba en ese edificio ultrasecreto, y ella estaba disfrutando del espectáculo en primera fila.

Sonrió al ver pasar a una unidad de policías equipados con el traje de operaciones especiales, y se giró, observando cómo se dirigían a la base de entrenamiento armado. Bajó la vista a sus manos, reprimiendo las ganas de dar palmadas allí mismo, sintiéndose como una niña el día de Navidad.

Lucas aparcó en una plaza de garaje con un distintivo rojo que ella no se paró a mirar, ocupada como estaba estudiando todo con atención, y se metieron en el ascensor. Salieron del habitáculo de hacer a un largo pasillo con puertas blindadas a los lados, cuyos números no parecían tener ningún sentido. 203, 305, 604...¿Qué significaban esos números? No le dio a elaborar siquiera una teoría, cuando el policía se detuvo abruptamente en una puerta con el número 103 en una placa plateada, y abrió pulsando una combinación de números en un discreto teclado a su derecha.

Entraron en aquel impoluto piso que olía a recién pintado, y ella dejó el bolso y el abrigo en el aparador, observando la fría decoración, y Lucas sacaba más y más carpetas de una de las estanterías. Siguió observándolo todo, cuando sus ojos se toparon con varias cajas de mudanza ordenadas en perfecta hilera en el pasillo. Algunas incluso tenían el precinto de la empresa de mudanzas puesto aún, lo que delataba que la mudanza de Sanz a La Guarida había sido precipitada, demasiado precipitada. Su mirada se perdió entre aquellas cajas, preguntándose qué habría llevado al *gran* Lucas Sanz a Pinar, cuando una masculina voz sonó a su lado, y la mano de Lucas le tendió varias voluminosas carpetas que ella mantuvo en las manos, con esfuerzo.

—¿Qué...qué quieres que haga con esto? —preguntó, parpadeando.

—Necesito que las revises y empieces a trazar líneas de investigación con todo aquello que te parezca extraño. Yo haré lo mismo y pondremos las conclusiones en común al final.

—¿Al final de esta semana?

—Al final del día.

—¿Es una broma, ¿no?

—¿Te parece que estoy bromeando?

—Pero, Lucas, son...son demasiados informes.

—Pues será mejor que empieces cuanto antes. Así que, yo que tú llamaba al ‘vaquero’ desde ahora para decirle que esta noche se fría él mismo las croquetas, porque tú tienes trabajo.

—Eres un grosero.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

Diana desvió la vista, con gesto hosco, y tomó la primera carpeta, leyendo la portada, y tuvo que hacer malabarismos para que no se le cayese de las manos. 'Operación Terrario'. Conocía ese caso. Esa operación se había saldado con varios agentes heridos, y con los criminales huyendo en un veloz *jet* que los radares de la policía, inexplicablemente, no habían detectado. Alzó los ojos, y se encontró con la mirada de Lucas, que la observaba con expresión seria.

—Lucas, ¿Qué...qué es todo esto?

—He leído en los informes que quieres formar parte de la unidad de crimen organizado, ¿no es cierto?

—Sí, claro, pero...

—Pues ya es hora de que demuestres que vales para ello. Como te he dicho antes, revisa estos informes, anota todo lo que te resulte sospechoso, y al final del día, lo pondremos en común, ¿de acuerdo?

Diana asintió, mirando una vez más a esos dossieres. Por supuesto que quería formar parte de la UDYCO, y se lo iba a demostrar. Ese cretino no sabía cómo era Diana Espona. Sacó su libreta de notas de su bolso, y a los pocos segundos empezó a apuntar nombres, fechas y detalles importantes de cada operativo frustrado. Y, a partir de ahí, todo desapareció. Solo existían ella, esos papeles y la verdad que sabía que ocultaban.

Lucas la miró de reojo, y sonrió para sí. Cuando había tomado el control del operativo ‘Pez de Siam’, había estudiado el plan de asalto que ella había trazado, y se había quedado atónito. Era perfecto. Diana lo tenía todo medido al milímetro, y había organizado varios planes alternativos ante cualquier imprevisto, así como los equipos destinados para ello, además de toda la logística que haría falta. Había plasmado en aquellos papeles la futura jefa de unidad brillante, metódica y eficiente que sería algún día. Y él quería estar a su lado, apoyándola en cada paso.

Varias horas después, el rostro de la policía desvelaba el inquietante contenido de esos informes, que marcaban una sola dirección. ‘Pez de Siam’ no había sido el único operativo que había fallado. Se le sumaban decenas de ellos, frustrados horas antes de siquiera comenzar, y siempre por la misma razón. Los delincuentes parecían haber sido advertidos horas antes del comienzo del operativo.

Miró hacia él, con varias preguntas en la punta de la lengua, cuando el teléfono de Sanz volvió a sonar una vez más, y él le hizo un gesto con la mano de disculpa, y desapareció por el pasillo. Diana suspiró, dándose por vencida. En lo que llevaban de mañana, había contabilizado sesenta llamadas. Sesenta. Y eso desde que empezó a contar.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, sobresaltándola.

—¿Qué? ¿Hambre? ¿Yo?

—Sí, Espona, tú —suspiró, con resignación—. No veo a nadie más por aquí, así que sí, te

preguntaba *ati* si tienes hambre.

—Yo...sí —respondió. Lo cierto es que llevaba en el estómago solo el café del desayuno, y se moría por llevarse a la boca algo más contundente.

—Ya me lo parecía.

—¿Por mi cara de hambrienta?

—Por el rugido de tus tripas. Es como si un tiranosaurio se estuviese peleando con un caza de combate en tu estómago. Has estado a punto de tirar el edificio abajo varias veces.

—Eres un...

—Grosero y malvado jefe, lo sé —dijo, sonriendo, y ella suspiró, asintiendo. Aquello no iba a ser fácil, ni iba a acabar bien.

Lucas le señaló la mesa del comedor, donde, para su sorpresa, estaba dispuesto un pequeño picnic compuesto por una tabla de quesos, dos macedonias de frutas, y una bandeja de mini sándwiches variados. Empezó a salivar al ver dos botellitas de agua en una cubitera con hielo, y se giró hacia él, pletórica. Lucas Sanz acababa de ganarse el cielo.

—¿Cuándo has hecho todo eso?

—He llamado a un restaurante cercano, y lo han traído. El chico vino hace media hora. Estabas tan absorta leyendo los informes que no oíste ni el timbre —dijo él, y se encogió de hombros, yendo hacia la mesa, tendiéndole un botellín de agua helada—. Toma. Hoy te lo has ganado.

—Por supuesto que me lo he ganado, Sanz. Pero no por trabajar, sino por no tirar tu maldito teléfono por la ventana. ¿Por qué narices te llaman tanto?

—Mi antecesor había dejado varias cosas sin resolver antes de irse, y tengo que...supervisarlas.

—¿Tu antecesor en el puesto? Creí que eras de operativos especiales.

—No. Soy un agente...multitarea —dijo, dando un sorbo a su botellín de agua helada.

—Ese cargo no existe, Lucas.

—¿Cómo que no? Es el mismo puesto que tienes tú. Solo que en tu caso eres mitad policía, mitad catástrofe nuclear.

Diana farfulló un insulto en otro idioma, y él se rio, yendo hacia un armarito, buscando servilletas, y ella se quedó mirando, embobada, cómo la camisa del policía se levantaba. Sus ojos fueron descendiendo por su anatomía, lentamente, disfrutando de cada centímetro de ese hombre que era un maldito sueño hecho realidad, hasta que llegó a sus caderas, y el calor subió como un maldito torrente de lava por su cuerpo al ver que se le marcaba una perfectísima 'V' que descendía hasta... ¡Cielo santo del amor hermoso! Agarró el botellín de agua, y lo vació en apenas unos segundos, dejándolo sobre la mesa con un contundente golpe. Empezó a toser descontrolada, ante la atónita mirada de Lucas, que atrapó un mini sándwich.

—Cielo santo, Espona —dijo, parpadeando—. Y yo que te hacía una señorita. Solo te ha faltado soltar un eructo, y habrías ganado un concurso de camioneros.

—Soy una señorita, cretino —siguió tosiendo—. Tenía sed. Y el único concurso que he ganado, para que lo sepas, fue uno de chupitos en el pub Dados.

—Y ahora sé que ese título te lo ganaste por derecho propio.

—No te creas. Mi contrincante vomitó encima de la cabeza del tipo que hacía de juez, y fue descalificado de inmediato. Descalificado, defenestrado y arrojado a la calle sin miramientos, vamos. Así que me alcé con el trofeo.

Lucas se carcajeó.

—Vaya, vaya, así que eres una tipa dura.

—Y de las peores.

—Ya lo veo. ¿Algún vicio inconfesable más que yo necesite saber, ahora que vamos a trabajar juntos?

«Si tú supieras...»

—Claro que no. Soy una señorita, como he dicho antes.

—Está bien, está bien, distinguida señorita. Me tomaré eso como un sí.

Diana se rio, haciéndose con uno de aquellos deliciosos mini sándwiches. Trabajar con Lucas no iba a ser tan malo como pensaba. Pasaron el resto de la comida charlando tranquilamente de infinidad de temas, hasta que el delicioso menú se acabó, y Lucas empezó a recoger la mesa, ayudado por ella, que le miró, sopesando preguntarle algo sobre el caso que llevaban.

—¿Puedo preguntarte algo, Lucas?

—Lo que quieras —respondió él, con.

—¿Qué está pasando aquí, Lucas? —le vio envararse, y se tensó. Debía tener cuidado —Sé que has venido a investigar algo —señaló las cajas del pasillo—, algo que explicaría el repentino cambio de mando de ayer, y la relación que guarda con todos estos informes.

Lucas la miró con curiosidad, y se echó hacia atrás en la silla, cruzando los brazos.

—Y supongo que tienes una teoría al respecto, ¿verdad?

—Hubo un chivatazo y vosotros interceptasteis el aviso —él no le contestó, y ella sonrió, confirmando todas sus sospechas—. Por eso tuvisteis que intervenir los de operativos especiales, contigo al frente, porque sois los únicos que podéis llevar a cabo un asalto con esa precipitación, ¿no es así? Y ahora sabes que el chivato está en nuestra comisaría.

El policía cambió el gesto, conteniendo a duras penas las ganas de besarla allí mismo. Diana no solo era sagaz. Era deslumbrante.

—Ya veo que no me equivoqué contigo —dijo, clavando sus ojos en los suyos—. Sí, Diana, hay un traidor y vengo a cazarle. Para eso me han traído a Pinar. Voy a detenerlo y llevarlo ante un juez, pero para eso, te necesito a mi lado. Solo tú conoces cada detalle de la misión, así como los profesionales que formaban parte de ella. Eres la única persona que puede ayudarme con esto.

Los ojos de Diana se deslizaron de los suyos hacia el suelo. Lucas estaba pidiéndole que hiciese de espía de sus compañeros. Y sabía perfectamente cómo terminaría. Lucas inspiró, leyendo la duda en su mirada, y contraatacó. No podía perderla, no cuando se jugaban tanto.

—Por favor, Diana. ‘Pez de Siam’ fue tu operación, tu caso.

—Lo sé, pero lo que me estás pidiendo...maldita sea, Lucas, ¿Por qué no eliges a alguien con más experiencia que yo?

Él negó con la cabeza, conteniendo una verdad que pugnaba por salir de sus labios.

«Te elegí como compañera porque quiero que seas tú misma la que descubra que Borja es un traidor, porque yo no puedo decírtelo sin que me odies el resto de tu vida, y por eso voy a dejar que seas tú quien le desenmascare, mientras yo busco al otro topo, al que de verdad mueve los hilos allí dentro.»

Pero no fue eso lo que dijo.

—Te escogí como compañera porque sé que este caso te envenena la sangre tanto como a mí, y por eso sé que llegarás al final. Porque amas ser policía tanto como yo. Por eso.

Se quedaron mirándose, envueltos en ese halo que marca los recuerdos imborrables, porque éste estaba destinado a serlo. Y saltaron al vacío, arriesgándolo todo en nombre de la Justicia, la lealtad, el honor. El amor que ambos sentían por el uniforme que llevaban, y por el que estarían dispuestos a dar la vida.

—Estoy dentro.

—Diana, piénsalo bi...

—He dicho que estoy dentro —repitió, con firmeza—. Estoy contigo, Lucas.
Acababan de saltar al vacío.

Diana se regaló una larga ducha tras los tres agotadores días que llevaba trabajando con Lucas. Habían repasado casi un centenar de informes, y establecido tantas líneas de investigación como debía contener...la galaxia entera. Estaba agotada. Física, mental y, sobre todo, emocionalmente. La irrupción de Lucas había conseguido que todas las malditas mariposas de aquella explanada volviesen a su estómago con más fuerza que nunca.

Ninguno se había olvidado, lo sabía. Los sentimientos, las emociones, seguían estando ahí, intactas, esperando a que una sola palabra, un solo gesto, liberase al fin esa conversación que tenían pendiente desde hacía desde demasiado tiempo. Salió del baño, poniéndose un pijama de osos, y se dejó caer en el sofá, dispuesta a devorar absolutamente todo lo que ponían en la televisión esa noche. La programación no podía ser tan mala un sábado por la noche, ¿ver...dad?

Cinco minutos después, apagó el aparato, y suspiró. La programación no era mala. Era peor. Barajó la idea de poner una película, cuando su teléfono empezó a sonar con el nombre y la foto de Valentina en la pantalla, y sonrió. Su noche acababa de cambiar en un minuto.

—Preciosidad al habla.

—Oh, vamos, me has robado el chiste —protestó su amiga—. ¿Estás con el bombón? ¿No habré interrumpido un polvazo bestial entre vosotros, verdad?

—Estás como una regadera.

—Oh, venga, Didi —se quejó Valentina—. No puedo fantasear tranquila sin que me saltes tú y la santurrona Inquisición.

—Es la Santa Inquisición, listilla, no la santurrona Inquisición. Bebe menos, y lee más, anda. En fin. Borja ha quedado esta noche con los chicos porque hay no sé qué partido del siglo. Ya ves, la jungla del soltero en toda su extensión.

—Lamentable, Espona, realmente patético. No tenéis ni treinta años, y tu novio ya te ha cambiado por el fútbol. Eres una vergüenza para el género femenino.

—Lo sé —rio—. Y bien, ¿Me llamabas para algo, o simplemente para restregarme mi triste vida por las narices?

—Te llamaba porque Lara y yo hemos quedado para tomar unas copas en un club maravilloso que nos han recomendado, y tú estás invitada a nuestro exclusivo evento, así que ponte guapa y te esperamos allí en cuarenta minutos. Y te lo advierto, ni se te ocurra ponerte uno de tus modelitos neo góticos lenceros que tanto le ponen a Borja, y ponte algo normal, anda, que ese club es muy exclusivo.

—Eh...—protestó débilmente, mientras hacía un repaso mental a todos los vestidos de su armario, admitiendo que su amiga tenía razón. Sus vestidos eran dignos del mejor espectáculo burlesque—. Está bien, me pondré algo decente, sor censura.

—Así me gusta. Bueno, hasta dentro de un rato, Bettie Page.

—Adiós, Dita Von Teese.

— ¡Eh...! Que yo no...—se quedó en silencio unos segundos, y masculló una palabrota —Jum. Adiós.

Diana se carcajeó.

—Ya me lo parecía a mí. Hasta dentro de un rato.

Una hora después, y enfundada en un vestido de cintura de avispa negro y escote corazón, Diana llegó al local, un impresionante edificio de varias plantas en pleno centro del barrio de Los Tilos, la parte más bohemia y chic de la ciudad. Apenas cruzó la puerta, su boca trazó una enorme 'O'. Era la discoteca más impresionante que había visto nunca. Tenía varias plantas, y estaba a un suspiro de sobrepasar el aforo permitido. La música era excelente, el ambiente inmejorable, y, por si fuera poco, y para terminar de colmarla de felicidad, esa noche habían escogido el cuento de 'Alicia en el País de las Maravillas' como tema principal. Su preferido. Por todas partes había camareros caracterizados como los soldados de la reina, y camareras como el conejo blanco. Una enorme pantalla en el techo con el inquietante gato de Cheshire parecía vigilarlos a todos desde las alturas, mientras varios figurantes irrumpían en mitad de la pista al grito de "¡Que le corten la cabeza!" antes de iniciar un nuevo espectáculo. Era impresionante. Se giró hacia la sala, buscando a sus amigas, y las localizó en una de las esquinas, bailando al compás de la música electrónica.

— ¡Lara! ¡Valentina!

— ¡Didi, por fin haces aparición! ¡Creí que te habías olvidado de nosotras! —respondió Lara, tendiéndole el cóctel que habían pedido para ella, un *Gimlet*.

—Siento llegar tarde. ¿Lleváis mucho tiempo aquí?

—Pues como una hora o así —Diana parpadeó, y miró su reloj, chasqueando la lengua. Sí que había llegado tarde. Otra vez.

—Lo siento, chicas.

Lara la miró, encogiéndose de hombros, y dio un despreocupado sorbo a su copa.

—Te perdonamos porque te queremos y porque hoy tenemos muchos temas que tratar en la reunión semanal.

—¿Te has vuelto a enamorar del trasero de algún compañero, Lara? —la picó—. Porque si es así, te recuerdo que es la octava vez en lo que va de semana.

—Pues no, listilla. Valen y yo hablábamos del único tema que odiamos y amamos a la vez.

—¿El calentamiento global? —preguntó Diana, sardónica—, y no el que tú crees, si no el otro, el peligroso...

—Mi cuerpo ardiendo por combustión espontánea al ver a un macizorro también es un tema serio, querida.

—Oh, por Dios...

—Por Dios, no, Diana. Por San Lucas Sanz, a partir de ahora, que ya nos contarás qué se siente al tener a ese hombretón al lado. Vamos, soy yo, y a estas alturas habrían tenido que separarme de él con un gato hidráulico, porque me iba a pegar a sus caderas y de ahí no me sacaban hasta que se apagara el sol.

—Estáis locas.

—Supongo que sí, pero qué le vamos a hacer —dijo Valentina, haciendo sonar su uña de porcelana contra la copa, llamando la atención—. A ver, palomitas, no os revolucionéis, que hay asuntos que tratar.

—Tú dirás —dijo Diana, dando un sorbo a su Gimlet.

Valentina se aclaró la voz, y cuadró los hombros.

—El caso que nos ocupa en la reunión semanal, señorías, es el hecho de que la señorita Lara, aquí presente, compró un rodillo de pintura el viernes, ya sabes que está remodelando su habitación por cuarta vez este año, y, cuando empezó a pintar la pared de su dormitorio, el maldito chisme se alió con Satán, y se rompió.

—Vaya. Pues, no sé, que se compre otro y ya está, ¿no?

—Es que no solo estamos hablando de un rodillo de pintura, sino de defender nuestros derechos

constitucionales frente al poderoso conglomerado de empresas de la construcción y la pintura.

—Por Dios, que solo es un rodillo, cielo santo —Diana terminó por poner los ojos en blanco —. Se nos están acabando los temas de conversación, chicas.

—Espera, Espona. El caso, es que Lara fue otra vez hasta la ferretería para que se lo cambiasen o le diesen otro nuevo, cuando...

— ¡El canalla del dependiente no me lo quiso cambiar! —la interrumpió la aludida —¿Te lo puedes creer? ¿Y encima sabes lo que me dijo? ¡Que igual es que yo no sabía usarlo y por eso se había roto! —se palmeó la frente — ¡Yo! ¡La hija de un albañil y pintor de brocha gorda! ¡Por poco me zampo a ese idiota allí mismo!

—Quizás el hombre tenía razón... —dijo Valentina, pensativa.

—¿Qué?

—A ver, Lara, puede que el hombre tuviese razón. Quizás no asiste el mango con la suficiente fuerza, acariciando su suave, duro y terso mango, deslizándolo arriba y abajo con fruición, embadurnando, llenando, colmando, todas tus paredes de esa espesa y deliciosa pintura blanca, una y otra vez, hasta llegar al mismo techo, donde, con la espalda arqueada, gritaste...

—¿...Dame pintura en toda la moldura? —concluyó Diana, y las chicas estallaron en una carcajada.

—Sí, sí que me dieron pintura.

—¿Cómo que te...?

—Pues que exigí hablar con el encargado, pero, como no estaba, tuvo que venir su hijo, me pidió disculpas, me invitó a un café, a comer, y...

—¿Y...?

—Digamos que pintó, todas, absolutamente, todas mis paredes y molduras ayer por la noche.

Diana se tapó los ojos, riéndose, mientras Valentina asentía. Al fin y al cabo, Lara y ella eran compañeras de piso.

— ¡Por el santo de todos los pintores!¿Eso es verdad? ¡Ay, joder!

—Ay, joder —suspiró Valentina —sí, eso lo escuché anoche varias veces.

Las risas continuaron, mientras las conversaciones, la música y las copas iban disminuyendo a demasiada velocidad. Diana miró hacia su vacío cóctel, y se giró a sus amigas.

—Ahora vuelvo, chicas. Voy a meterle gasolina al motor.

Las chicas asintieron, y ella se volvió, rumbo a la barra. Fue abriéndose paso entre una marea de cuerpos jóvenes, bronceados, y sudorosos. El local estaba casi a rebosar, y la noche empezaba a hacer su trabajo. Ese breve espacio de tiempo en el que el día se daba una tregua y los más bajos instintos salían a dar un paseo por el lado salvaje. Consiguió llegar a la barra, donde un camarero con una cresta azul le sirvió un Gimlet, y se volvió, yendo otra vez hasta las chicas, cuando sintió unas manos en su cintura, y sus ojos se encontraron con una mirada castaña que le sonreía.

— ¡¿Ricardo?! —

El joven sonrió, y la abrazó con ganas. Ricardo Aranda y ella se habían conocido años atrás gracias a una amiga en común, Sasha Spencer, y al propio Borja, cuyas familias se conocían desde hacía años. La policía miró al abogado, y sonrió, gesto que él imitó, con un guiño.

—La policía más sexy de Pinar ha venido a mis dominios, por lo que veo —soltó él, robándole con descaro un sorbo de su copa.

—Ja, ja, ja. Sigues tan gracioso, como siempre —dijo, sarcástica, recuperando su cóctel—. He salido con las chicas, ¿y tú, qué haces en mi territorio?

—He quedado con Vero, que llega tarde, como siempre, así que he decidido ponerla un poco

celosa contigo.

—Algún día esa camarera pelirroja terminará dándote tu merecido. Y lo triste es que me tocará a mí detenerla y terminaré escribiendo en el atestado: «Su novio era un cretino, qué le vamos a hacer.»

—Supongo que sí. Pero bueno, me vuelve loco, qué puedo decir. En fin, iba a la barra a pedir una copa para Hans y para mí.

—¿Hans Kleiman? —un resorte invisible la hizo ponerse de puntillas, buscando al guapo arquitecto —¿Está...aquí?

Ricardo arqueó una ceja, travieso. Ya estaba acostumbrado a las reacciones de las chicas con su amigo. El inalcanzable soltero de oro había cruzado ya la treintena sin perder un ápice de atractivo, y eso supondría que a las veinteañeras que se lo disputaban se le iban a sumar también las treintañeras. Poca oferta y mucha demanda, chicas. La guerra estaba a punto de declararse. Volvió a mirar a Ricardo, que se limitó a encogerse de hombros, y robarle un nuevo trago de su copa.

—Maldita sea, Aranda, que ganas cinco veces más que yo, no seas caradura.

—Oh, vamos, rubia. Ya sabes lo que dicen, “Las manzanas robadas saben mejor.”

—Eres un picapleitos insufrible —refunfuñó, dando por perdido su cóctel.

—Por cierto —empezó Ricardo—, dile al capullo de tu novio que me llame, que hace tiempo que no sé nada de él, y ya sabes lo que eso significa. Si Borja y yo dejamos de ser amigos, podré cortejarte libremente, y entonces, *ma petit Mademoiselle*, puedes dar por hecho que te llevaré a un mundo de ensueño y fantasías perversas del que no querrás regresar.

—Está bien, casanova, se lo diré —se rio.

En ese instante, una sombra rojiza hizo aparición por un extremo de la sala, y el rostro del abogado mutó, desvelando una sonrisa sincera y feliz. Diana se giró, y volvió a mirarle de reojo. El casanova oficial de Pinar había sido al fin domesticado por una temperamental camarera de cabellos rojos y piernas infinitas. Quién lo hubiese dicho. Se giró hacia él, depositando un beso en su mejilla, y sonrió.

—Me ha alegrado verte hoy, Ric. Saluda a Vero de mi parte.

—Lo haré. Me ha encantado coincidir contigo hoy también, preciosa —dijo, abrazándola con fuerza—. Cuídate, rubia. Y dile al capullo de tu novio que me llame.

Diana sonrió, guiñándole el ojo, y se giró, yendo hacia a sus amigas, que en ese momento miraban extasiadas, casi en trance, a Hans y a Ricardo. Esperó a estar a un metro de ellas para dar una fuerte palmada al aire, despertándolas de su letargo.

—Creí que esta noche era para divertirse, no para babear. Casi resbalo en el charco de saliva y no quiero saber qué más que habéis formado a vuestro alrededor...

— Para llegar a ese extremo —se defendió Valentina—, tendrían que estar Lucas Sanz y Víctor González aquí también. Y entonces podemos declarar oficialmente la independencia de Pinar del resto de la galaxia, porque con esos cuatro semi dioses, ya no necesitaríamos ni alimentos con lo que sustentarnos.

—¿No comeríais, eh?

—Claro que no. Nos bastaría con mirarles para seguir con vida. Y tocarles, por supuesto. Tocarles muuuuchooo y por todas partes.

—Sanz es nuestro jefe casi supremo, siento recordártelo. Lo que está cruzando ahora mismo por tu cabecita debe contravenir todas las normas internas de la policía, la convención de Ginebra y hasta las leyes de una galaxia muy, muy lejana. Y puede que hasta sea delito.

—Oh, venga, no me digas que con Lucas al lado tendrías hambre o sed siquiera.

—Estás loca.

—Tú sí que estás loca por resistirte de esa manera a ese semidios —rio Valentina, antes de que la achispada expresión de su rostro mutara en un solo instante al vislumbrar algo al final de la sala.

—¿Qué pasa, Valen? —preguntó Diana, volviéndose, sin soltar la copa de las manos.

—Ocurre —intervino Lara, que también había dejado de pestañear — que ya podéis declarar la independencia de Pinar, porque los cuatro hombres más atractivos de la tierra están ahora mismo bajo el mismo techo que nosotras.

Diana se giró hacia donde señalaban las chicas, y sus pulmones dejaron de capturar oxígeno, y sus pies casi de sostenerla, y el mundo de girar, porque allí, bajo el mismo que ellas tres, estaba el Jefe Superior de Policía de Pinar, Víctor González, y... él. Lucas.

Apenas pudo reaccionar. Lucas estaba más impresionante que nunca, más atractivo que nunca, más...irreal que nunca. Llevaba una camiseta negra de manga larga ceñida a cada músculo de su definido torso, remangada hasta la mitad de los antebrazos, unos vaqueros que le quedaban como un guante, y la sonrisa más perfecta que existía en este planeta. No exudaba peligro. Él era el peligro. La oscura mirada de Lucas se cruzó con la suya, y supo que estaba en el mismo cielo. Y él estaba con ella.

Los segundos, los minutos, las horas, los días, qué más daba, pasaron mientras las pupilas de Diana se perdían en las suyas. Estaba volando, estaba rozando las estrellas con la punta de los dedos, estaba...

—¿Pero se puede sabes qué haces ahí parada? —la voz y el codazo de Lara la hicieron reaccionar y bajar a la tierra de golpe — ¡Ve hablar con él, ¡Venga!¿Pero no ves que te está comiendo con los ojos? ¡Haz algo!

—Sí, yo, yo...

—Sí, tú, tú... ¡Vamos!

Diana asintió, por inercia, y avanzó hasta él, casi a trompicones, mientras los ojos de Lucas la recorrían despacio, deteniéndose en sus labios, y su cuerpo respondió lanzando suaves llamaradas.

—Ho...hola, Lucas. ¿Qué...qué haces aquí? —preguntó, cuando estuvo casi a su altura.

—He salido a despejarme un poco. Tomar una copa, charlar...ya sabes, casi lo mismo que tú, que además has añadido el verbo...no sé si llamar bailar a eso que estabas haciendo en la pista — bromeó—. Bailas francamente mal, Espona.

—Ja, ja. Qué gracioso.

—Sí, ya ves —sonrió, mirando hacia su amigo—. Lo cierto es que vengo contra mi voluntad. González me ha arrastrado hasta aquí porque necesitaba despejarse. Supongo que fingir que trabaja debe dejarlo exhausto.

Diana se rio, mirando hacia Víctor, que sacudía la cabeza.

—Vaya, pues menuda amistad —contestó ella—. No pareces de esa clase de tipos que hacen cosas contra su voluntad.

—Tristemente la mayoría de las cosas que hago son contra mi voluntad —sonrió, de forma cálida—. ¿Y tú?

—He venido a desplegar mis dotes de bailarina.

—Y por desgracia, he tenido que presenciarlo. Bueno, no desesperes. Quizás hagan un concurso de chupitos y te alcés con el trofeo esta noche también.

—Oh, no. Esta es la noche de “Trae al cretino de tu jefe, y te invitaremos a una ronda”.

—Vaya, vaya, rubita, empezamos fuerte la noche.

Se carcajearon, sin percatarse de que al otro lado, unos atónitos Lara, Valentina y Víctor contemplaban la escena.

—Esto...Didi —empezó Valentina, aproximándose a ellos —cuando dejes de hacer...lo que sea que estés haciendo, y eso, nos preguntábamos si podrías presentarnos. Para que Lara y yo podamos romper el hielo, porque está claro que el tuyo está roto desde hace tiempo —dijo, en tono inocente, ganándose un pisotón de Diana en el acto.

Enseguida empezó la ronda de presentaciones, con las consabidas y manidas frases que siguen a cualquier encuentro. Lucas sonrió, mirando hacia Valentina, y señaló la copa que tenía entre las manos.

—Si me decís que bebéis, os invito a una copa. Para...romper el hielo.

La sonrisa de entusiasmo de las chicas fue digna de enmarcar, y Diana se maldijo por tener unas amigas tan fáciles de ganar. El policía le hizo un gesto al camarero, que se acercó hasta ellos con premura, y apoyó las manos en la barra.

—¿Qué os pongo?

—Un *Glenlive* para Víctor, un *gin tonic* para Lara, y un...—miró el cóctel de Valentina —¿Qué demonios es eso?

—Oh, yo lo llamo un 'Que te jodan, Borja' —respondió, risueña.

La expresión de bochorno de Diana fue suficiente para que Lucas estallara en carcajadas.

—¿Cómo?

—Un 'Que te jodan, Borja' —repitió.

—Intuyo que hay una bochornosa historia detrás.

—La hay, la hay —rio, y se acercó al policía, con gesto conspirador—. Verás, una noche en la que Borja y nuestra Didi habían discutido hasta casi matarse el uno al otro porque Borja había estado tonteando con una de las chicas de prácticas...

—Valen...—avisó Diana, con la mandíbula encajada. Aquello no le estaba haciendo ni pizca de gracia, y menos al ver la...¿sonrisa? de Lucas.

—¿Habían discutido, eh?

—Oh, sí, no te lo puedes ni imaginar, las broncas entre ellos son dignas de enmarcar. No solo vuelan los gritos y las palabrotas, también la vajilla, los vasos, los muebles...en fin, una auténtica zona de guerra —la chica miró a su amiga, haciéndole un gesto con la mano, que ella decidió ignorar, y prosiguió—. Pues el caso, es que Diana llegó al piso que compartimos Lara y yo hecha un basilisco, así que decidimos mezclar todo el alcohol que había en casa, intentando que se tranquilizara, porque... ¡Puf! Ni te imaginas cómo estaba. Parecía una dragona que se hubiese merendado a un toro cabreado a bocados.

—Esto pinta bien...—dijo Lucas, mirando hacia Diana, con una sonrisa.

—Oh, no, no terminó nada bien. Dos horas después, y con una cogerza que merecería un premio Nobel o algo así, terminamos en el balcón gritando, rebuznando, cantando o lo que estuviésemos intentando hacer, hasta que llegó la policía, claro, y entonces todo se disparató.

—¿Os detuvieron?

—¿Qué? No, claro que no. Digo que se la cosa se desmadró porque...¿A qué no sabes quién tenía patrulla justo ese día por la zona? —dijo una palmada, riéndose — ¡Borja! —Lucas estalló en una carcajada, y miró a Diana, que parecía arder mirando hacia su amiga — Y por eso lo llamo 'Que te jodan, Borja', porque fue lo único que estuvo gritando Diana mientras le arrojaba todas las macetas por el balcón. Fue todo un espectáculo.

—Habría pagado por ver eso.

—No lo habrías olvidado en la vida —rio Valentina, dando un sorbo a su copa, guardándose un

dato fundamental en la historia.

«No, Lucas, no lo habrías olvidado. Sobre todo cuando Borja tiró abajo la puerta de nuestro piso, fue hasta Diana como un maldito toro, la alzó hasta sus caderas y le dio el beso más increíble de la historia mientras repetía una y otra vez que la quería y le juraba que ella era la única mujer para él.»

La imagen del atractivo agente de uniforme con su amiga encaramada a sus caderas, besándose apasionadamente era lo más sexy, romántico y maravilloso que había visto en toda su vida. Pero eso Sanz no tenía por qué saberlo. Diana fulminó a su amiga por haberla hecho caer en el fango de la vergüenza, y le señaló la pista de baile, mensaje que captó al momento.

—Oh, por Dios, Didi, ya nos vamos.

El camarero les tendió las bebidas, y Valentina agarró a Lara y a Víctor, y los llevó casi en volandas hacia la pista, dejándolos solos.

—Podría decir algo en mi defensa —empezó Diana, con gesto resignado—, pero a estas alturas creo que he perdido todas las batallas.

—No creo que exista defensa posible tras lo que acabo de escuchar —sonrió, al tiempo que una canción de PJ Harvey hacía aparición. Lucas se giró hacia la barra, y le hizo un gesto al camarero.

—Dos *Gimlet* —dijo Lucas, mirando hacia ella—. Uno con mucha lima.

La mandíbula de Diana casi cayó al suelo. ¿Cómo sabía...? La imagen de una carpeta en casa de Lucas con su nombre llena de fotos y datos de cada ínfimo detalle de su vida empezó a tomar forma, y se estremeció. Él la miró, con condescendencia, y se limitó a suspirar.

—Cuando te saludé, el olor a lima y ginebra de tus labios era turbador. Por eso sé que es lo que llevas bebiendo toda la noche. No le des más vueltas, Espona.

Descendió los hombros, resignada, y dio un sorbo a la bebida. Estaba incluso mejor que los que había estado pidiendo ella toda la noche. ¿Cómo era posible? Miró hacia él, que se limitó a encogerse de hombros.

—Solo tenías que haberlo pedido con un poco más de lima, *Barbie* gruñona, para potenciar su sabor.

Que recordara ese mote la hizo sonreír, y le miró, entrecerrando los ojos. ¿Se atreverían a hablar sobre lo que ocurrió en aquella explanada alguna vez?

—¿Te crees muy superior dando lecciones de vida a pobres crías de veintitrés años como yo, verdad, Sanz?

—Pues sí, lo cierto es que sí —dijo, sin atisbo de remordimiento—. Aprenderás mucho a mi lado, pequeño saltamontes.

—Eres un...

—Antes de que digas nada —puso su dedo índice sobre sus labios, sonriendo, y ella se perdió en la oscuridad de sus ojos—, solo quiero recordarte lo de sujeto, verbo y predicado. Vamos, rubia, puedes hacerlo, confío en ti.

—Eres un...un...arg.

—No estoy seguro de que eso sea un insulto, pero me vale.

Diana sacudió la cabeza, riéndose. Esa noche las barreras entre ellos estaban cayendo a golpe de risas y complicidad, y ninguno quería detener ese momento. Era demasiado bueno, y pensaban aprovechar cada segundo. Dos *Gimlet* después, con una parroquia entregada por completo, coreando cada canción, y cientos de cuerpos danzando casi al compás, Diana curvó los labios, depositando su copa vacía en la barra, y alzó la vista hacia él, que miraba curioso el tatuaje que ella llevaba en la cara anterior de la muñeca. Una estrella de mar.

—Me lo hice cuando murieron mis padres —explicó.

El rostro del policía mudó en sombras, con el recuerdo de aquella noche clavada en sus recuerdos, y sus ojos dejaron de recorrer ese dibujo pintado con leves puntitos.

—¿Por qué una estrella de mar? —se limitó a preguntar

—De pequeña leí un cuento sobre una estrella de mar que vivía en el fondo del mar, y que soñaba con viajar, así que siempre les pedía a mis padres ir a la playa un día todos juntos para ir a buscar esa estrella y llevármela conmigo por todas las ciudades a las que íbamos.

—Vaya. ¿Y pudiste hacerlo? Ir a la playa, quiero decir.

—No. Siempre había una misión, un operativo, una investigación...siempre había alguna razón para posponerlo. Hasta que...ya fue tarde —se quedó en silencio—. Por eso me lo hice, para recordar que los planes, los sueños, las ilusiones que tengas, debes llevarlas a cabo antes de que llegue el día en el que ya no puedas hacerlo.

Lucas la miró, y estiró los labios en una sonrisa triste, mientras la veía acariciar ese sencillo dibujo en su muñeca que simbolizaba una infancia rota, una juventud truncada por la tragedia, y un salvaje sentido de protección se apoderó de él. Ojalá él pudiese curar todas y cada una de sus heridas, de hacerle olvidar toda la tristeza, todo el dolor. Ojalá pudiese hacerlo.

Se hizo un pequeño silencio entre ambos, lleno de intimidad, de confianza. Diana se quedó observando el rápido latido de su cuello, que delataba que no solo ella empezaba a sentir algo más en ese instante. Sus cuerpos actuaron solos, aproximándose el uno al otro, quemando con su tacto su piel, incluso a través de la tela del vestido. Era abrumador tenerle tan cerca, pero tan necesario, tan vital a la vez...Cruzaron una mirada, conscientes del efecto que provocaban en el otro. Se aturdían, se abrumaban, se encendían, como nadie había hecho hasta ahora. Y eso empezaba a asustarles. Apartaron sus miradas al mismo tiempo, mirando la pista de baile, donde los contoneos más sensuales empezaron a hacer aparición, y la música subió de volumen con un rítmico golpeteo. Los oscuros ojos de Lucas se anclaron en los azules de Diana, y los rojos labios de la policía se entreabrieron en respuesta al calor que ascendía gradualmente por su cuerpo. Fuego, sentían fuego, y las llamas no iban a extinguirse.

—Diana, yo...

—¿Sí, Lucas?

—Yo quería preguntarte si...

En ese momento aparecieron Lara y Valentina, seguidas de un más que exultante Víctor, y Lucas se apartó de ella con rapidez. El Jefe de Policía palmeó el hombro de su amigo, y se rio, señalando la pista.

—Lo que te has perdido, colega. Un melenudo ha hecho un *riff* de *air guitar* en mitad de la pista y el muy idiota se ha crecido tanto que ha resbalado en su propio charco de sudor y se ha pegado el trompazo del siglo en el suelo.

—Y lo peor —soltó Lara, carcajeándose—, es que se le cayeron los pantalones, y mostró su feo y peludo trasero a todo aquel que quisiese verlo.

Todos estallaron en carcajadas mientras una canción de los *Black Stone Cherry* resonó en el local, y las miradas de ambos volvieron a conectar. Azul y marrón. Inmenso océano, tierra infinita. Dos mundos bajo un mismo cielo.

Diana se despertó con el recuerdo de unos oscuros ojos rasgando, penetrando, invadiendo hasta el último rincón de su cabeza. Se incorporó, viendo como Pinar despertaba junto a ella, en mitad de las suaves brumas, y alargó la mano hasta el cajón de su mesita, resuelta a tomarse un par de analgésicos para la resaca, cuando su mano se detuvo en mitad del movimiento. No le dolía la cabeza. No le dolía nada en realidad, y parpadeó, sin comprender. Había bebido sin control la noche anterior, se suponía que debía tener un dolor de cabeza de órdago, pero sin embargo...Era como si hubiese estado toda la noche del sábado bebiendo agua. ¿Habría desarrollado la inmunidad ética de la que presumían Lara y Valentina? Lo dudaba bastante.

Pero entonces recordó las copas que se había tomado junto a Lucas, y la insistencia que él mostraba al camarero para que le sirviera mucha lima y mucho hielo a sus Gimlet, y una duda empezó a anclarse en ella. ¿Lucas le habría dicho algo al camarero para que no le sirviesen más alcohol? Desde que se habían encontrado, sus copas apenas sabían a vodka, pero ella lo había achacado al exceso de lima. ¿Y si....? Resopló, con gesto de hartazgo. Por supuesto que ese canalla le había dicho a los camareros que no le pusiesen más alcohol. La había tenido toda la noche a base de agua con mucha lima y hielo. Soltó una contundente palabrota, maldiciendo su ingenuidad, y juró vengarse de ese cretino petulante, sin poder fingir que algo en su interior estaba sonriendo de forma absolutamente brillante al ser consciente de la sutil forma de cuidarla de Lucas.

Se levantó, sonriendo, y se regaló una larga ducha. Ese día tenía planificado visitar a Borja, y quería estar lo más presentable posible. Silbó mientras se arreglaba y desayunaba un rápido café, mientras su mente volvía una y otra vez a la noche anterior. Lucas era un cretino, sí. Pero un cretino que la hacía reír, provocaba pequeños tsunamis de hormonas y llenaba de burbujas todo su maldito sistema. Maldito cretino encantador. Tomó las llaves y el bolso, y salió a la calle. Tomó un taxi que la dejó en casa de su chico, que apenas le abrió la puerta, se fundió en sus labios, y sus brazos la rodearon con fuerza. El perfume de Borja la envolvió, y, desde ese momento, la presencia, y el recuerdo de Lucas pareció menguar. Aunque...no desaparecer. ¿Por qué no podía dejar de pensar en él?

—Te he echado de menos, preciosa —dijo Borja, con el puño enredado en su cabello, atrayéndola hacia sí, y eso fue suficiente para que Diana aterrizara y fuera consciente de los brazos que la estaban rodeando.

—Ya veo —consiguió decir ella, sin aliento—. ¿Cómo estás?

—Pues entre que no te he visto en casi dos semanas, y estos malditos puntos, no sé qué decirte, la verdad.

Se adentraron en el piso, y Diana dejó su bolso en el aparador, mirando la sala de estar, donde se mezclaban infinidad de dispositivos electrónicos, vasos, y mandos de todos los tamaños y colores. La noche había sido movidita, sin duda. Borja alargó la mano, tomando un sorbo de un vaso con un refresco de cola con hielo que había en la mes de centro, y sonrió, mirando hacia ella.

—Los chicos vinieron a verme ayer, y, en fin, una cosa llevó a la otra, y ya sabes...

—Me imagino. Campeonato del *Call of Duty*, ¿no?

—Como me conoces, mujer.

Diana se rio, y empezó a apilar los mandos en una esquina de la mesa de centro, mientras Borja se recreaba en cómo el vaporoso vestido le realizaba el trasero, escuchándolo de fondo repetir una vez más el discurso sobre el orden y la limpieza. Asintió un par de veces, sentándose en el sofá, y sonrió al verle puesto el pasador de flores de oro blanco y diamantes que él le había regalado el año anterior por San Valentín. Si ella supiera cuánto había pagado por él, lo tendría escondido en el fondo de su armario, o en la vitrina del salón, como un valioso trofeo. Pero es que no le había quedado alternativa.

Diana se negaba a llevar alianza, y ésa había sido su pequeña venganza personal. Había grabado sus nombres, y se lo había regalado diciéndole que lo había comprado en una tienda de bisutería cualquiera de la costera ciudad de Sauzal. Era una tontería, era consciente de eso, pero él venía de un ambiente muy tradicional, y para él, ese pasador era una forma de gritarle al mundo lo que sentía por esa alocada policía. El amor más absoluto. Acarició la espalda de su chica, murmurando un “Tienes razón, nena”, que se ganó de inmediato una luminosa sonrisa de Diana. No tenía ni idea de lo que había dicho su chica.

—¿Qué tal la semana sin mí, preciosa?

—Dura —se sinceró, dejándose caer en el sofá junto a él—. ¿Y tú?

—Echándote de menos. Te llamé el jueves por la noche, por si te apetecía que cenásemos los dos aquí, pero no contestaste.

—Lo siento, estaba...estaba muy cansada.

—Ya veo. Rodríguez debe estar insoportable tras lo de ‘Pez de Siam’ —tanteó. Necesitaba saber por boca de Diana cómo estaba el ambiente en la comisaría, ya que la información que le habían dado los chicos la noche anterior le había puesto en alerta.

Habían enviado al gran Lucas Sanz a la comisaría de Pinar para, según ellos, rellenar papeles. Extremo que él no se creía, y menos con el precipitado cambio de liderazgo en el operativo del día anterior. Se jugaba su placa a que ese bastardo había venido a Pinar a investigar el caso.

—Pues no sé cómo está Rodríguez, la verdad, porque llevo toda esta semana en casa de Lucas, y no he pisado la comi...

Mec, mec, mec. Error. Vio a Borja apartarse levemente de ella, con expresión de enfado, y se maldijo cien veces. ¿Por qué no sabía cerrar la boca?

—¿Cómo que llevas en casa de Sanz toda la semana?

—Llevamos una investigación —contestó, con cautela. No podía meter la pata dos veces en tan poco tiempo—, y estamos estudiando unos informes que están en su casa.

—¿Unos informes...que están en su casa?

—Sí, eso he dicho —contestó, nerviosa—. Estamos investigando algo, y los dichosos papeles están en su casa.

—¿Qué hacen unos informes policiales en su casa?

—Bueno, no es su casa, exactamente.

—¿Qué? ¿Cómo que no es su casa?

«¿Puedes callarte, dejar de meter la pata de una vez, o, no sé, meterte debajo de la alfombra para no seguir hablando, Espona?»

—Es...maldita sea, es La Guarida.

—¿Qué?!

—Sí, Borja, La Guarida existe, está en Pinar, y he estado allí, con Lucas —dijo, nerviosa.

—Revisando...papeles.

—Sí, Borja, revisando papeles —soltó, harta—. Esos malditos informes están en La Guarida porque son confidenciales, y no pueden salir de allí. Por eso hemos estado toda la semana en su

piso, estudiándolos.

Se hizo un leve silencio, y Borja suspiró, inclinándose hacia delante.

—No me pasa nada —dijo, entrecerrando los ojos—. Didi, además de tu novio, soy policía, y, por supuesto, no soy idiota. ¿De qué va la investigación de Sanz? Y no me digas lo mismo que me dijeron los chicos ayer, que solo venía a rellenar papeles, porque no me lo creo, y sé que tú tampoco, así que volveré a repetírtelo. ¿Qué está pasando aquí?

—No está pasando nada.

—Creía que confiabas en mí.

—Y lo hago, pero es...confidencial.

—Sí, claro, confidencial, como lo era ‘Pez de Siam’, y me contabas cada punto de la investigación para que te ayudara. ¿Qué pasa? ¿Que ahora que tienes al gran Lucas Sanz a tu lado ya no me necesitas más? ¿Es eso?

—No, claro que no.

—¿Crees que se lo diría a alguien?

— ¡¿Qué?! ¡No, claro que no!

—Entonces dime qué está pasando aquí.

La policía se quedó unos instantes en silencio, calibrando qué hacer. Por un lado, sabía que la investigación que llevaba junto a Lucas era alto secreto, pero por otro...por otro lado estaba Borja. Su pareja, su mejor amigo, el hombre del que llevaba cuatro años enamorada, el hombre en cuyas manos pondría su propia vida. Sopesó varios segundos qué hacer, y al final claudicó. Al fin y al cabo, ‘Pez de Siam’ también fue su caso, y sabía que podía confiar en él.

—Está bien, te lo contaré, pero tienes que prometerme que no saldrá de aquí.

Borja suspiró, aliviado. Trabajo conseguido.

—Por supuesto que te lo prometo. Jamás haría nada para perjudicarte, Diana, lo sabes.

—Los Romenev recibieron un chivatazo horas antes de que el operativo se ejecutase, y eso es lo que estamos investigando.

— ¡¿Qué?!

Borja exhaló todo el aire de golpe, y puso la cabeza entre las mano, intentando controlarse. Lo sabían. Joder, lo sabían. Se levantó, yendo hacia el ventanal, con los pulmones aprisionándose el corazón. Se estaba asfixiando, no podía respirar, maldita sea, se estaba ahogando, iba a desmayarse de un momento a otro.

—Borja, ¿Te encuentras bien, cariño? —escuchó la voz de Diana a su espalda, casi en sordina —Tranquilo, yo...yo me quedé casi como tú. Es...es increíble que tengamos un topo dentro, y que aún no nos hayamos dado cuenta. Maldita sea, ese maldito bastardo puede estar paseándose delante de nosotros, tan tranquilo, mientras pone precio a nuestras cabezas. Pero no te angusties, cariño, cogeré a ese bastardo, ya he dado los primeros pasos, y trazado las primeras conexiones.

—¿Tú...tú eres la encargada de todo esto?

Aire, aire, maldita sea, necesitaba aire.

—Sí, yo le pondré las esposas a ese traidor. Lucas supervisará la investigación, porque ahora mismo tiene otros casos abiertos y no puede abarcarlo todo, así que el peso de este caso cae sobre mí. ¿No es una noticia estupenda? Tengo mi propia investigación.

—Diana...

—Le cogeremos, te lo prometo, cariño, no te preocupes.

La miró, a punto de caer desplomado al suelo en cualquier momento. Ese bastardo de Sanz la había elegido precisamente a ella para que le descubriese. Respiró, intentando tranquilizarse, y su mente retrocedió hasta aquel maldito turno de noche en el que el enlace le propuso un trato que él

no pudo, o no supo, rechazar. Era demasiado fácil, y la recompensa, demasiado jugosa para decirle que no. Los Romenev necesitaban un topo, y él el dinero con desesperación. Hacía solo unas pocas semanas que Diana había perdido a sus padres, y la idea de que ella corriese la misma suerte le torturaba. Verla ponerse cada día el equipo de asalto, temiendo que no volviese empezó a agobiarle cada vez más. No comía, apenas dormía...No podía perderla, ella era toda su vida, toda. Su aire, sus sueños, su ilusión, sus ganas de comerse el mundo, el motor de su vida. Y si ella...si ella moría en una misión, él no podría seguir viviendo, no podría. Por eso accedió a ese maldito trato.

Un solo operativo, una sola misión, y, mucho, mucho dinero. No más riesgos, no más peligro, no más esperas con el corazón encogido. Diana viviría tranquila para siempre. Había planeado con cuidado todo en un plan que no podía ser más sencillo. Cuando se bajaran de los furgones, él le dispararía en la pierna de forma fugaz, solo el roce de una bala, y ella se apartaría de la acción, herida de levedad, relegando el puesto en él, que ordenaría retirada de la unidad ante la peligrosidad de los criminales, y los Romenev huirían, sabiéndose con el camino ya despejado. Pero la maldita bala se desvió de su trayectoria, rebotando en una de aquellas malditas columnas, y le había alcanzado de lleno en el muslo. Malditas casualidades.

Fue hasta la mesa, y dio un largo trago al refresco con hielo, intentando calmarse. Sintió a Diana a su espalda, abrazándole desde atrás, y la desesperación habló por él. La tomó por la nuca y la besó con fuerza, con ansia, con anhelo, con toda la lujuria del mundo alojada en esa boca. Rodeó el cuerpo de la chica, estrechándolo contra sus duros músculos, y la alzó hasta sus caderas, desplomándose después sobre la mullida alfombra. La ropa de ambos desapareció en apenas unos segundos, mientras las lenguas se enredaban, se anudaban, se excitaban. Los labios de Borja fueron descendiendo por el cuerpo de su chica, mordiendo, besando, chupando. Su lengua mimó, torturó, la delicada piel, sintiendo la respiración acelerarse, desbocada. Se separó de ella, con la respiración entrecortada, y alargó la mano hacia el vaso, ya vacío, donde seis cubitos de hielo esperaban, impacientes, a entrar en acción.

Sus dientes atraparon el primero de ellos y lo deslizó por el cuerpo de Diana, sus labios, su cuello, sus senos, que, erectos, se le ofrecían golosos. Paseó el hielo entre sus cimas, haciéndola gemir, y siguió descendiendo, lenta y pausadamente, oyéndola jadear, desesperada. Sonrió para sí, deslizándolo entre sus piernas, y lo empujó hacia su interior con la punta de su lengua, pensando que el cuerpo de su chica era un maldito paraíso. Se encajó en ella, embistiendo con fuerza, profundizando, atacando, sin orden, ni lógica alguna, en un combate feroz donde los gemidos y los jadeos de uno y otro se mezclaban en un compás frenético. Las uñas de la policía se clavaron con fiereza en la espalda de él, que respondió aumentando un ritmo que ya estaba completamente descontrolado. Capturó otro hielo con los dedos y repitió la misma operación, invadiendo el cuerpo de esa mujer que ya sentía que se le escapaba entre los dedos.

—Aguanta, preciosa.

—Borja...

Incrementó la presión y el ritmo, con cada nueva frase, y con cada nueva súplica, hasta que el cuerpo de ambos empezó a arder, más fuerte, más rápido, más, más, más. Capturó más cubitos de hielo, y fue introduciéndolos despacio, muy despacio, en su cuerpo, mientras él seguía internándose en su cuerpo con fiereza.

—Joder, Borja...

—Aguanta.

Y entonces empezó, de verdad, el más condenado de los placeres. El frío y el calor se unieron a ellos en ese baile frenético, las bocas invadieron la otra, las caderas se unieron, los cuerpos

danzaron, las estocadas se aceleraron, casi hasta el delirio, mientras sentían como el hielo se derretía al compás de cada embestida, que, vibrante, les decía que el final ya estaba próximo. Sus cuerpos se rindieron al momento, acompasándose en un lento vaivén de placer, pecado y sudor, hasta que ya no pudieron aguantar más, y estallaron al unísono, mientras el policía asaltaba el cuerpo de Diana con contundencia por última vez, llegando hasta el maldito fondo de su alma.

Lo último que recordó Borja antes de que el cansancio se lo llevara a su profundo pozo, fue la imagen de un reloj de arena, cuyas doradas motas caían lentas, imparables, marcando un final que ya estaba escrito.

El despertador sonó con estridencia a las seis en punto de la mañana del lunes en casa de Lucas, y el policía lo apagó de un manotazo. Apenas había dormido. Su teléfono había estado sonando toda la noche. Definitivamente, tenía que buscar en internet algún libro antiguo sobre torturas medievales para aplicarlas todas, sin excepción, sobre el cuerpo de Víctor González.

Se levantó, y fue rumbo al cuarto de baño, rogando para que el agua helada despejara el inmenso dolor de cabeza y el cansancio que tenía encima. Había estado todo el fin de semana en la capital, en Madroñal, reunido con todos los comisarios provinciales. Y cuando creyó que todo había terminado por fin, su superior, el Director General de la Policía Nacional, Alberto Fernández, le citó en su descomunal despacho, una sala llena de trofeos y condecoraciones. Tras hacerle perder el tiempo durante diez minutos con un rancio monólogo sobre la importancia del puesto que ostentaba, se había interesado por el caso que llevaba con Diana. Le relató los avances, y las nuevas líneas que había trazado con ella, y, tras recibir unas sencillas instrucciones de ese patán, se habían despedido con un fuerte apretón de manos, que a él le había sonado a alivio.

Había abandonado esa sala, rumbo al aeropuerto, cuando se le había ocurrido hacer una visita al hospital donde trabajaba su hermana. Se habían citado en la cafetería del complejo sanitario, donde Marta le había vuelto a recriminar que hubiese abandonado la prometedor carrera de Derecho por ese trabajo de 'kamikazes y tarados', como ella lo llamaba, y que iba a costarle la vida un día de éstos.

«—Es que no entiendo por qué dejaste Derecho para...en fin, lo que sea que haces, porque, como nunca vienes a vernos, no sé ni qué maldito puesto tienes.»

«—Soy Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional.»

Su hermana lo miró, sin entender, y él se encogió de hombros. Explicarle que era el segundo al mando de todo el organigrama policial estatal no iba a hacer que su enfado bajara ni un ápice.

«—Lo que eres es un hombre sin vida, Lucas, y me preocupa. Ni siquiera tienes tiempo para ver a tus sobrinos. Los niños no dejan de preguntar por ti, y ya no sé ni qué decirles.»

«—Lo sé, y lo siento, pero de verdad que no he tenido tiempo de venir a veros.»

«—Les debes a Nora y a Leo una visita al parque acuático desde el año pasado.»

«—Te prometo que la próxima vez que vaya a la capital, los llevaré. Por cierto, ¿Mi moto sigue en el garaje?»

«—Sí, pesado, sigue ahí, tan limpia y reluciente como siempre. No sé cómo te puede gustar tanto ese chisme infernal que parece sacado del mismísimo infierno.»

«—Pues precisamente por eso, Martita.»

«—¿Qué? Oh, por Dios, eres incorregible.»

Él se había reído, y se había despedido de ella con un abrazo y un beso, prometiéndole que volvería pronto. Promesa que ambos sabían que iba a tardar en cumplirse.

«—Cuidate, hermanito. Te quiero.»

«—Y yo a ti.»

Había abandonado el hospital, rumbo al aeropuerto, reconociendo que Marta tenía razón. Hacía casi un año que no volvía a casa, encadenando operativo tras operativo, misión tras misión. Pero

era su trabajo, su pasión, todo por lo que había luchado. Y su vida. Ser policía era toda su vida.

Sacudió las gotas que caían por su pelo, y abrió la mampara de la ducha, volviendo al presente. Tras vestirse, y desayunar un café solo y sin azúcar, se subió en el Audi y llegó a la comisaría. Subió hasta la sala de descanso, donde le estaría esperando Diana, y sonrió, repitiéndose esa frase, porque sí, Diana estaba esperándole. Si le hubiesen dicho eso cinco años atrás, se hubiese reído. Había terminado trabajando codo con codo con aquella *Barbie* gruñona que le había revuelto el corazón y la cabeza en aquella explanada de aparcamiento.

Apenas faltaban unos pasos para llegar, cuando reconoció su curvilínea silueta al trasluz, y su rubio cabello recogido en una coleta. Se acercó hasta el umbral, permitiéndose observarla, y sonrió. Diana permanecía cabizbaja, parpadeando cada dos segundos, mirando de reojo un horrible cuadro abstracto de la pared. A juzgar por las enormes ojeras que llevaba, su pelo aún mojado, y la taza de café tamaño industrial que llevaba en las manos, era evidente que arrastraba una resaca de ésas que merecían un oro olímpico.

—Si vas a seguir mirando ese cuadro, déjame ayudarte: es un huevo frito al revés —dijo, haciendo que se volviera hacia él—. Y no por mucho mirarlo, se volverá más interesante, Espona.

—¿Acaso lo has probado?

—No me hace falta —contestó con suficiencia—. Es un cuadro horrendo, al derecho, al revés, boca abajo y de frente. Es una suerte de regurgitación abstracta en tonos pastel que alguien pasado de copas compró para la comisaría sin tener en cuenta la repulsión que sentiríamos todos al verlo.

Diana se carcajeó, asintiendo, y tiró el vaso de café a la papelera, volviéndose hacia él.

—¿Acabas de llegar?

—Sí, hace tan solo unos segundos. Pero te vi tan concentrada que no sabía si estabas teniendo una epifanía y decidías dejar el cuerpo e irte a vivir a una comuna hippie, por lo que decidí no molestarte. Pero ya veo que no ha habido suerte, y que probablemente solo tengas resaca. Otra vez.

—Eres un idiota. Y no tengo resaca. Anoche me comí un paquete entero de chokolatinas y me quedé dormida viendo un programa cutre de la tele donde llevan a famosos a una isla desierta para besarse, insultarse y gritarse en una espiral sin fin.

La carcajada del policía la hizo arrepentirse de haber desvelado ese lamentable episodio nocturno. Aquello había sido dar carnaza a los tiburones.

—Chokolatinas y un *reality*. Cielo santo, es lo más patético que he escuchado en toda mi vida.

— ¡Eh! Que he aprendido un montón de palabrotas nuevas.

—Puedo imaginármelo —rio—. Y seguro que te mueres por ponerlas en práctica.

—Vaya, veo que ya empiezas a conocerme.

Lucas se rio, sacudiendo la cabeza, y le señaló el pasillo.

—Bueno, Espona, vamos, que el cajón de las chokolatinas no va a rellenarse solo. Hay que trabajar.

Diana sonrió, y avanzó junto a él por los pasillos de la comisaría. Lucas era un cretino, sí, pero un cretino divertido. Aprovechó para observarle de cerca, aprovechando la penumbra. Estaba increíble, pese a que solo eran las siete de la mañana. Porque sí, porque el gran Lucas Sanz era de ese tipo de personas que solo necesitaban cinco minutos en la vida para parecer dioses del Olimpo, mientras que ella parecía una rana enfangada tras un día de tormenta pese a la media hora de lucha con las brochas de maquillaje y el secador.

—¿A dónde vamos, Lucas?

—He pensado que lo mejor para la cara de resaca chocolatera que traes hoy es encerrarte donde nadie pueda verte.

—Ja, ja. Tú siempre tan agradable.

En ese momento, el policía se detuvo frente a una puerta verde oscura, y sacó una llave del bolsillo, abriendo esa sala, donde un potente olor a cerrado los recibió en cuanto pusieron un pie dentro, y la negrura más absoluta se imponía. Diana parpadeó varias veces, intentando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, pero no ocurrió nada.

—Lucas, ¿Qué es este sitio?

Silencio.

—¿Lucas?

Más silencio.

—Lucas, no tiene gracia.

Manoteó a su alrededor, descubriendo que estaba sola, y se sobresaltó. Inspiró, y empezó una cuenta regresiva para disimular la inquietud que empezaba a atenazarla. Empezó con el treinta, y siguió contando, despacio, hasta el cero, y empezó otra vez. Y otra. Y cuando iba a empezar ya por cuarta vez, inspiró hondo, y desechó la idea. Era policía, maldita sea. Nada le daba miedo. Respiró hondo, y dio un paso hacia delante, decidida. Iba a salir de allí por su propio pie, encontrar la luz, o enfrentarse al mismísimo demonio. Pero sola, claro, tendría que enfrentarse al maldito señor del inframundo sola, porque ese cretino de Sanz se había ido vete tú a saber dónde a hacer vete tú a saber qué estupidez. En cuanto saliese de allí, le iba a dejar clarito cristalino del peligro de dejar a una chica sola en la oscuridad. ¡Sería patán!

Puso un pie frente al otro, con aplomo, repitiéndose el lema de la policía, en voz baja, para infundirse valor, y que su cerebro apartase la imagen de una enorme rata de ojos ambarinos que la estaría acechando en la oscuridad, y empezó a murmurar bajito.

—Servicio, dignidad, entrega y leal... ¡Ay!

Su pie dio de lleno contra algo duro, y cayó hacia delante, sin tiempo para frenar el impacto, cuando unos brazos fuertes la sujetaron con firmeza, y ella se ancló a ellos con la misma ansia que un náufrago se aferra a una balsa de supervivencia.

—Maldita sea, Espona, no puedo dejarte sola ni cinco minutos —le oyó farfullar.

— ¡¿Dónde demonios estabas, Lucas?! —gritó, furiosa — ¡¿Por qué me has dejado sola?!

—Obviamente, estaba buscando el cuadro de luces, rubia —dijo él, con paciencia—. Y no quería hacerlo mientras escuchaba tu molesto parloteo de fondo —engoló la voz —“Lucas, gira esa manecilla, Lucas, corta ese cable, Lucas, aprieta ese botón, no sé lo que es, e igual salimos volando todos por los aires, pero da igual, porque soy rubia.”

—Yo seré rubia, pero tú eres idiota, está claro.

—Más bien un grandísimo imbécil.

—Eso ya lo sé. ¿Y no podías haberme dicho a dónde ibas, eh? No sé, ¿Un simple “Espera aquí, Diana, mientras me pongo a toquetear todos los botones con ansia hasta que ocurra algo”?

—¿”Toquetear los botones con ansia hasta que ocurra algo”? ¿Eso es lo que hacéis tú y el vaquero en vuestros momentos íntimos? —se mofó.

— ¡¿Qué?! ¡Pero serás...!

Diana le dio un manotazo, mientras él se carcajeaba, y le tomaba de la mano para llevarla al fondo de aquella desierta sala llena de cajas por el suelo, y le señalaba otra puerta que estaba al fondo.

—El cuadro de luces estaba en la sala del fondo, por eso no me oíste llamarte. La sala está insonorizada.

—¿Insonorizada? —preguntó ella, sin dejar de mirar el punto donde sus manos se unían.

—Y blindada. Estamos en la sala mágica. Aquí es donde se guardan absolutamente todas las

grabaciones de seguridad de la comisaría.

—Creía que esas imágenes se destruían.

—Bueno, hasta hace poco, también creías en unicornios y en Papá Noel, así que...

La palabrota que soltó la policía le hizo carcajearse, pero no la soltó de la mano, hecho que, de forma inquietante, a Diana le gustó. Y quizás demasiado. Pronto llegaron a una sala con los techos altísimos, con cientos, quizás miles de cintas. Solo tendría que revisar...un millón de vídeos. Sencillo, fácil, rápido.

Dejó su bolso sobre la mesa, y se quedó mirando el mural que había en la pared de la sala, donde estaban pegadas en ordenadas hileras las fotos de todos los agentes de la comisaría. Sus ojos se deslizaron por cada imagen hasta que llegó a la foto de Borja y sonrió. Recordaba perfectamente el día en que se la había hecho. La noche anterior habían ido al cine, y al salir, les había sorprendido la lluvia. Habían corrido bajo el intenso aguacero buscando un refugio, y habían terminado haciendo el amor en el ascensor del primer edificio cuya puerta encontraron abierta. Había sido súper romántico, mágico, y...húmedo.

Siguió mirando las fotos, sin que la sonrisa se borrara de su rostro, encontrándose las fotos de Valentina y Lara, con cara de resaca tras la juerga de la noche anterior, y sonrió otra vez. Esas también las recordaba. Siguió estudiando las fotografías, y, cuando terminó, miró otra vez. Y otra. Y otra más, por si acaso, con el mismo resultado. Cero. Ella no estaba. ¿Por qué no estaba? Se giró hacia Lucas, y le señaló el mural.

—Yo no estoy.

—Por supuesto que no estás. ¿Por qué ibas a estar ahí?

—Porque...¿trabajo en esta comisaría?

—Yo no llamaría trabajar a lo que haces tú aquí, la verdad.

— ¡¿Pero qué...?!

En ese momento sonó el teléfono de Lucas otra vez, y él resopló, pasándose una mano por el pelo antes de contestar “Sanz”, y alejarse de su lado, haciéndole un gesto de disculpa. ¿Pero qué maldito puesto tenía en la policía para que no lo dejaran en paz un solo minuto? De momento, se quedaba sin respuesta. Se sentó en aquella mesa, y empezó a sacar los dossieres, poniéndolos sobre la mesa. El día comenzó, sin que el maldito *riff* de guitarra del teléfono de Sanz les dejase en paz más de diez segundos seguidos, y ella bufaba, exasperada. ¿Por qué demonios no apagaba el teléfono de una vez, activaba el contestador, o...no sé...simplemente lo arrojaba por la maldita ventana? Era una maldita pesadilla.

Cuando ya era mediodía, Diana se estiró en la butaca, cansada, y se inclinó otra vez sobre la mesa. La sensación de estar dando vueltas en círculo en la investigación la estaba agobiando. Miró a Lucas, que permanecía quieto frente al mural, con un brazo estirado, apoyándose en él, y no pudo evitar pensar que, más que un policía, parecía un modelo. Era físicamente impresionante. Lucas era perfecto, en toda la extensión de la palabra, y estaba segura de que, de haber elegido ese camino, hubiese sido uno de los mejores. Cualquiera hombre o mujer le compraría todo lo que él quisiese, absolutamente todo. Su magnetismo, su seguridad y su físico formaban un combo irresistible. Pero, como ella, había elegido la senda del peligro, de la justicia, y eso, al menos para ella, contaba muchísimo más. Era el mejor policía, era el mejor hombre.

Suspiró, admitiendo que las chicas tenían razón. Era un semidios. Un semidios, que, según le había dicho Lara, tenía un más que amplio historial con mujeres. Y entonces su ánimo se hundió un poquito más en la tierra. Se volvió hacia las cintas que había sobre la mesa, y aplacó su frustración en aquellos vídeos. ¿Qué más daba con cuántas mujeres hubiese estado Lucas? Ella estaba con Borja. Porque amaba a Borja. Sí. Lo hacía. Y mucho. Sí.

Pasó las siguientes horas revisando una cinta tras otra, tomando notas, rebobinando, parando, pausando imágenes. Toda la maldita vida de la comisaría estaba grabada. Se vio a sí misma en varias cintas charlando con las chicas, besando a Borja en cualquier rincón, preparándose para un operativo, llegando a la comisaría, saliendo de ella. Aquello era un maldito rompecabezas.

Había cruzado datos de entradas, salidas, fechas de operativos, movimientos dentro de la comisaría, trabajos que habían realizado, pero no había encontrado nada que incriminase a ningún agente. Miró hacia aquellos informes, planteándose examinar las cuentas de determinados agentes los días previos y posteriores a las operaciones, pero sabía que, sin una orden judicial, no podrían solicitar eso. Tendría que recopilar algo más de información con la que poder pedir esos datos, algo sólido en lo que basarse. Y no era fácil. Nada fácil. Se mordió el pulgar, pensativa, dudando si contarle a Lucas sus sospechas. Era solo una teoría, sí, pero necesitaba otro punto de vista.

—Lucas —le llamó, haciendo que el policía diese un leve respingo—, estoy pensando en algo, y me gustaría comentártelo.

—Te escucho.

Se levantó de la butaca en la que llevaba horas sentada, y se acercó hasta él, que en ese instante atrapaba entre los dientes el capuchón de un rotulador, y empezaba a trazar líneas entre los sospechosos.

—He estado enlazando conexiones de los días anteriores a las operaciones fallidas, y he encontrado algo que podría ser interesante. Verás, hay algo aquí que no encaja. Quien fuera que ha dado el chivatazo, ha reventado misiones no solo en la comisaría de Pinar, sino en otras, y para eso se necesita infraestructura. Mucha infraestructura, en realidad.

—¿Insinúas que se trata de una trama con varios colaboradores?

—No solo eso, Lucas. Manejan mucha información, demasiada. Y existen pocos agentes que por su trabajo puedan acceder a toda esa información sin llamar la atención. Tienen a alguien dentro de esta comisaría de manera permanente, no hay otra explicación, y alguien que puede moverse entre departamentos sin llamar la atención.

El policía la miró pensativo, y apoyó el índice en los labios. Era una posibilidad que no se le había pasado por alto, y que Diana también opinase lo mismo hacía que esa línea de investigación quizás fuera la primera piedra del sendero que les conduciría a la verdad.

—Está bien —asintió, estirando la comisura de la boca—. Ahondaremos en esas líneas, ¿te parece bien? Y ahora, ve a tomarte un descanso. Te lo has ganado.

—Si quieres, podemos subir arriba los dos y tomarnos un café los dos juntos, o comer algo, ¿qué te parece?

—Ojalá pudiera. Tengo que ir arriba a administración a rellenar informes. Pero puedes venir si quieres.

—Y mientras tú rellenas papeles, ¿yo qué hago? ¿Ver cómo frunces el ceño y mueves un bolígrafo? Es lo más aburrido que me has propuesto jamás, Sanz.

—Verme rellenar papeles ha hecho que muchas mujeres se desmayen de pura lujuria, te lo advierto.

—Fanfarrón.

Cruzaron sus miradas, carcajeándose, hasta que el dichoso *riff* de guitarra de su teléfono hacía aparición. Otra vez. Diana suspiró, resignada, y le hizo una señal para decirle que estaría en la sala del café, mientras él respondía al teléfono con gesto hosco. Salió de aquella sala en la que llevaba horas, y llegó a la sala de descanso, donde las voces de Lara y Valentina la recibieron.

— ¡Didi! —exclamó Lara — ¡Por fin te vemos! ¿Pero se puede saber dónde estabas?

—En el infierno, sumergida entre vídeos —bufó, y se encogió de hombros —¿De qué

hablabais? Bueno, no, no me lo digas, que creo que prefiero no saberlo.

—No hablábamos de hombres, listilla.

—¿Ah, no?

—No. El caso es que el otro día iba con el agente Núñez de patrulla, cuando vimos a un coche adelantarnos a toda velocidad para luego desacelerar, y volver a hacer la misma operación. Creímos que se trataba de un conductor ebrio, por lo que pusimos las luces y le hicimos parar en el arcén.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que era un pobre sexagenario constipado que iba camino a la farmacia desde su casa, y cada vez que estornudaba, pisaba el pedal del acelerador sin darse cuenta.

Diana estalló en risas, mirando a las chicas.

—¿De verdad?

—Y tanto. El pobre hombre se saltó tres controles de velocidad sin quererlo. El resfriado más caro de la historia, ya ves.

Las chicas se rieron, hasta que una voz sonó a su espalda, y la piel de Diana se erizó, como solo hacía cuando él estaba cerca.

—Buenos días, agentes Gómez y García.

Lara se quedó mirándole, sin pestañear, casi un minuto entero, mientras Valentina le miraba de arriba a abajo, dándole tal repaso que Diana empezó a incomodarse. ¿No podían ser más discretas, más educadas, más...no sé, normales? Se giró hacia él, sonriendo, y le señaló el techo.

—Creí que estarías arriba rellenando papeles.

—No hacía falta, así que he bajado a tomarme un café contigo, y...con tus amigas. Hola, chic...

No pudo decir más. Lara irrumpió en un rápido y atropellado monólogo sobre su jornada laboral, dejando bien claro que ella había finalizado todas sus tareas porque era una trabajadora excelente y la piedra angular de esa comisaría.

—Y por eso me estaba tomando ahora el café ahora, porque ya he cumplido mi trabajo, señor inspector.

—Me parece admirable su dedicación, agente Gómez, pero yo...yo no soy inspector.

—Oh, claro, perdone —se palmeó la frente—. Discúlpeme entonces, señor comisario.

—Pero es que tampoco soy comisario.

—Por supuesto que no, porque los inspectores y los comisarios son todos viejos, gordos y canosos y tú...madre mía, con ese cuerpo...ya te digo que no lo eres. De hecho, puedes ser cualquier cosa, menos eso, vamos, solo hay que ver esos brazacos que tienes, y yo, es que...

Diana le dio un codazo, silenciándola al instante, y puso los ojos en blanco, haciéndole un gesto a Valentina para que se encargase de levantar el podio de la amistad del fango en el que la había sumido Lara. Le hizo un gesto, dándole pie a que hablase, pero su amiga inspiró y exhaló todo el aire que debía quedarle en los pulmones en una sola frase.

—Cielo santo, pero que buenorro estás.

Diana creyó morir. ¿En serio había dicho eso? ¿De verdad? Fingió una risa atropellada, y le hizo una señal a Lucas para que olvidara lo que acababa de oír.

—Sanz, creo que las agentes García y Gómez tienen que seguir trabajando, patrullando, o, no sé, ¿darse una ducha fría, por ejemplo?

—¿Solás, o acompañadas? —ronroneó Lara.

El policía ladeó una sonrisa, cuando sonó su teléfono, y las miró, divertido, tomando el dispositivo entre las manos.

—Agentes, ha sido todo un placer. Espero que repitamos pronto este agradable ratito de café,

charla, y, quién sabe, quizás una ducha fría algún día.

—Oh, sí...muy fría —dijo Valentina, arrastrando las palabras, decidiendo en ese preciso instante que un buen exfoliante corporal y un guante de crin serían su próxima compra. Pensaba dedicarse en cuerpo y alma a exfoliar el cuerpo de Lucas hasta que no quedara una sola célula muerta.

Lucas les hizo un gesto de despedida, y se alejó de la sala, intentando contener una carcajada a duras penas cuando escuchó a Diana regañar a sus amigas de fondo.

—¿Pero qué buenorro estás? ¿De verdad le has dicho eso, Valen? ¿Y tú, Lara? ¡Oh, por Dios, si solo te ha faltado meterle billetes en el pantalón! ¡Que es mi jefe, joder!

—Pues dile a tu jefe que se ponga una bolsa de plástico que le tape enterito, o la próxima vez no responderemos de nuestros actos. Si es que está más bueno y revienta, Didi, y parece que la única que no se ha dado cuenta aquí eres tú. ¿Pero qué te pasa?

Lucas escuchó farfullar una frase ininteligible a Diana, y llamó al ascensor, sonriendo. Al parecer, Diana no era la única calamidad allí dentro. Descendió la vista al suelo, y suspiró, pensando que esas tres chicas iban a terminar por volverle loco. La hermandad del Santo Desastre había entrado en su vida para quedarse. Pulsó el botón del ascensor, haciendo que las puertas se abriesen, y el reflejo de Diana caminando tras él se reflejó en el espejo del habitáculo. Sus ojos azules y sus labios rojos hicieron blanco en su pecho, y él sacudió la cabeza.

«Estás jodido, Sanz. Muy jodido.»

Borja daba vueltas sin cesar por la comisaría, tenso. Los intentos de acceder a los informes para saber qué habían dicho en los interrogatorios que pudiesen incriminarle estaban resultado del todo infructuosas. No conseguía entrar al sistema encriptado de datos desde su ordenador, y no le quedaba más opción que la de intentar acceder a los dossiers directamente desde archivo. Hizo crujir los nudillos de las manos, y bajó las escaleras. Con suerte, estaría alguno de sus amigos, y le dejaría entrar. Al fin y al cabo, era la única parte de la comisaría que no tenía cámaras, por lo que no habría testigos. Llegó hasta allí, y masculló entre dientes una palabrota al ver quién estaba detrás del mostrador. Desde luego, si el destino tenía sentido del humor, no podía ser más pésimo que ese.

—Hola, Lara.

—Hola, Borja. Qué sorpresa. ¿Cómo estás?

La mejor amiga de su chica era, además de una de las mejores agentes de la comisaría, la cotilla oficial de toda la maldita provincia. Y él acababa de cavar su tumba.

—Sigo de baja, ya ves. ¿Y tú?

—Aquí, en archivo, clasificando los cientos de archivos que Lucas me ha encargado. Qué barbaridad, si una no puede una no holgazanear tranquila cuando le toca en archivo, ya no sé qué nos depara el futuro, qué barbaridad. Y bien, ¿En qué puedo ayudarte?

—Creí que Didi estaría en archivo, y venía a invitarla a comer —improvisó sobre la marcha.

—Pues se ve que no has tenido suerte. Si quieres, puedes llamarla, aunque dudo que te coja el teléfono. Está encerrada en una sala insonorizada con Lucas.

En realidad no sabía dónde estaban Diana ni el buenorro de Sanz y su estupenda anatomía, pero es que le encantaban las escenas de celos, qué le iba a hacer.

—¿Qué?

—Sí, ya ves. Ay, lo que daría yo por estar encerrada, a oscuras, con semejante hombretón a mi lado, en un sitio así, sin testigos, sin cámaras, sin remordimientos...Pase lo que pase entre esas cuatro paredes, queda entre ellos dos, y nadie más. En fin, las hay con suerte.

Borja fingió una sonrisa tan tirante que parecía que iba a agrietarse, y la Lara más malvada sonrió. El policía tensó una sonrisa, y se retorció las manos.

—Si la ves, dile que la estoy buscando, ¿lo harás?

—Descuida. Cuando la vea a ella, se lo diré. Aunque no sé si podrá quedar contigo. Sanz no la deja ni a sol ni a sombra. Agotadita y exhausta me la tiene, ya ves. Pobre Didi, debe tener la boca, las manos y el cuerpo seco de tanto trabajar con el jefe.

—Gracias, Lara.

—A tí, Borjita.

Borja giró sobre sus talones, y se alejó de allí, mientras la joven esbozaba una sonrisa que no terminó de llenar su rostro. Llámalo intuición, sexto sentido, premonición...pero había algo en esa escena que no le cuadraba, y que le decía que la visita de Borja a archivo poco tenía que ver con Diana. Y el engranaje empezó a funcionar.

Valentina arrojó su vaso vacío de café a la papelera, y se encaminó a administración, ese sitio

aburrido a donde la había destinado Lucas. Cogió su bolso de la parte superior de la máquina, donde lo había dejado, y se dio la vuelta, decidida a enfrentarse a una tarde más que aburrida entre informes. Apenas se había terminado de dar la vuelta, cuando un torso de hombre se interpuso en su camino, y la hizo trastabillar hacia atrás. El 'torso' reaccionó rápido, mascullando un juramento, y la sujetó para evitar que cayese. Menos mal. Alzó los ojos hacia allí para agradecer el gesto, cuando un perfume que su cuerpo reconoció la hizo reaccionar. Era él. Solo podía ser él. Marcos Cifuentes. Su exnovio.

—Suerte que no llevabas un café hirviendo en la mano, Valen —bromeó.

—Perdona, Marcos, iba despistada, y no te había visto —se apresuró a disculparse.

Se quedaron unos segundos en silencio, mientras los ojos de ambos volaban veloces de uno a otro, y los recuerdos parecían ahogarles.

—Y, bueno, ¿Qué tal estás?

—Pues...como todos, supongo. Atareada. Sanz no nos da tregua. Menudo caos hay montado.

—Sí, lo cierto es que el ambiente es bastante intenso.

«Intenso», se repitió a sí misma, con gesto de burla. Lo que había habido entre ellos sí que había sido más que intenso.

—¿Qué tal las chicas?

—Bien, Didi trabaja con Sanz y a Lara la han destinado a archivo.

—¿Diana trabaja con Sanz?

—Sí, supongo que la tendrá como esclava absoluta, chica para todo, secretaria a tiempo completo...algo así.

—Vaya. Espero que pueda seguirle el ritmo. Me imagino que trabajar una semana con Lucas equivaldrá a un máster acelerado de excelencia policial.

—Supongo que sí —dijo, alzando las cejas, y se quedó en silencio—. Bueno, Marcos, yo...en fin, tengo que irme. Me alegro de haberte visto hoy.

—Sí, claro. Adiós, Valen. Yo también...yo también me alegro de haber coincidido contigo.

El policía se alejó, mientras Valentina le miraba desde la distancia, y los recuerdos volvían a ella en cascada. Marcos y ella se habían conocido en una fiesta de la policía años atrás. Las copas habían corrido demasiado rápido entre los agentes, y, lo que había comenzado como una divertida y ética charla sobre los ridículos nombres de los canapés, había acabado en su dormitorio en una noche en la que ambos habían dejado que sus sentidos tomaran por una noche la iniciativa. Fue la noche más increíble, salvaje y sensual que había vivido en toda su vida.

Las paredes del dormitorio fueron testigos silenciosos de todos los significados de la palabra 'pecado', y, cuando el amanecer despuntaba en los contornos de la sierra de Amurga, se quedaron dormidos anudados en un lazo de cuerpos desnudos, y sus almas rendidas por completo. La felicidad jamás supo mejor.

Pero la resaca no tiene buena memoria, y, cuando a la mañana siguiente se despertó, y se vio con un desconocido al lado completamente desnudo, como ella, el sentido común volvió al sitio donde el alcohol lo había encerrado, y solo acertó a envolverse con la sábana, gritar, y salir despavorida de su propia habitación, cerrando con llave. Tocó la puerta del dormitorio de Lara, desesperada, y unas adormiladas Lara y Diana se asomaron al umbral, bostezando.

—¿Pero qué narices pasa, Valen? ¿A qué vienen esos gritos?

— ¡Hay un tipo desnudo en mi cama!

—¿Cómo que hay un tipo desnudo en tu cama? —parpadeó Diana, despejándose de golpe.

—Sí, un hombre, un chico, un maromo de impresión. Y por cómo dormía, completamente desmadejado y exhausto, estoy segura de que anoche tuvo que hacer todo el puñetero kama sutra

conmigo —gimoteó, a punto de echarse a llorar.

—A ver, haz memoria, de algo tienes que conocerle, si no, no te habrías acostado con él —apuntó Lara, despreocupada, estirándose como una gata.

—No lo sé, os juro que no lo sé —sollozó, en un quejido lastimero, hasta que algo la hizo reaccionar —Oh, Dios mío. ¿Y si es un asesino en serie?

—En ese caso ya estarías muerta, ¿no te parece? —bufó la rubia policía, poniendo los ojos en blanco —Cielo santo, a ver, dime, ¿estaba en la fiesta de ayer, no? Pues descríbemelo, quizás lo conozca.

—Es...a ver, solo le vi de espaldas. Es muy alto, rubio...quizás sea extranjero. ¡Oh, claro, ahí está! Lara, tú te pasas todo el día devorando chocolatinas de la vaca lila esa, ¿no? Habla tú con él. Quizás sea alemán.

—¿Qué? Joder, que no sé alemán. Y esa vaca, para que lo sepas, es suiza. ¿Por qué no hablas tú con él en inglés?

— ¡Porque no quiero que me vea la cara!

—Ese tipo debe haberte visto hasta el carnet de identidad. Joder, si hasta te habrá grabado con el móvil.

—Por favor...

La policía suspiró, y se aproximó a la puerta, seguida por sus amigas, que contuvieron la respiración, expectantes.

—*Entschuldigung* —empezó Lara, con voz firme —, *aber wir kennen dich nicht*. Pero nada, cero. *Verstehen Sie uns?* —le escucharon farfullar algo ininteligible, y quedarse en silencio otra vez.

—¿Qué pasa, Lara? ¿Qué le has dicho?

—Que no le conocemos de nada.

—Vale, ahora sigue hablando hasta que te diga cómo se llama y si recuerda lo que pasó anoche.

—Joder, es que no sé como sé cómo se dice en alemán que si recuerda haberle echado un polvo a mi amiga.

—No le digas eso —dijo Diana—. Solo dile que somos policías, que vamos armadas y que le meteremos un tiro en el trasero como se atreva a tocarnos.

—Vale —la chica dudó un segundo antes de hablar aquella mezcla de español y alemán, y volvió a apoyarse en la madera de la puerta—. *Entschuldigen uns noch ein mal, mein Herr, aber wir wollten wissen ob Sie...wir wollten...* maldita sea, chicas, ¿Por qué me metéis en estos líos siempre?

En ese momento se escuchó una carcajada a través de la puerta, y la voz de Marcos les respondió.

—Tranquilas agentes Espona, García y Gómez. Sé que van armadas y que piensan meterme un tiro en el trasero en cuanto ponga un pie fuera.

No había tardado ni un segundo en terminar la frase, cuando ella apartó a sus amigas, abrió la puerta, y se metió dentro de la habitación otra vez, donde la inmensidad oceánica de los ojos de Marcos la recibieron. Sus manos se enlazaron en su nuca antes de lanzarse a sus labios, y la sábana cayó a sus pies.

—Valentina.

—Oh, Marcos, perdona. Creí que eras...oh...menos mal que eras tú.

—¿Menos mal que era yo y no el asesino en serie pervertido que te imaginabas? —preguntó, sonriendo.

—No —respondió, y él se perdió en esos iris color avellana—. Quiero decir que menos mal

que eras tú, y solo tú.

Y así empezó todo. Casi como terminó. De forma sorpresiva, contundente y triste, realmente triste. Cerró los ojos, borrando la imagen de ella misma en el dormitorio de Marcos, envuelta en una sábana, con el pendiente de otra mujer en la mano, mientras sollozaba y le pedía una explicación que él no pudo darle, y el corazón volvió a astillarse en otro pedazo más.

El reloj de pared del despacho de Alberto Fernández, Director General de la Policía Nacional, marcaba las nueve de la noche de un martes que podría pasar por otro cualquiera si no fuera porque estaba esperando al Director Adjunto Operativo de la policía, Lucas Sanz, y al Jefe Superior de Policía de la provincia de Pinar, Víctor González.

Inspiró, con las manos a la espalda, viendo la ciudad de Madroñal, casi a sus pies, pensando en los últimos y preocupantes datos que le habían llegado del caso que llevaban Sanz y Espona. Aquello era mucho más complejo de lo que nunca imaginaron, y podría acarrear serias consecuencias en el futuro para la policía. La situación era extremadamente delicada. En ese instante notó una vibración en el suelo, y suspiró. Sanz y González acababan de llegar desde Pinar en el helicóptero que les había enviado para que los recogiesen.

Se volvió, mirando las fotos de su despacho con distintas personalidades, y frunció el ceño, preocupado. El caso del topo empezaba a complicarse. Habían llegado noticias más que preocupantes desde la prisión de Colmenar que debía trasladarles a ambos, y, además, tenía que comprobar algo por sí mismo en Sanz. No dudaba de la profesionalidad del Director Adjunto Operativo, pero el caso es que había una mancha en su expediente con nombre de mujer difícil de olvidar. Lucas se había enamorado de la persona equivocada años atrás, y eso era un peligroso precedente para el delicado caso que estudiaba ahora.

Un ruido en la puerta llamó su atención, y se volvió hacia allí, justo a tiempo de ver a Sanz y a González entrando, casi con paso marcial, en su despacho, y acortó la distancia entre ellos para saludarles. Ambos agentes constituían un tándem perfecto dentro de la policía. Eficaces, serios, duros, y letales. La seguridad y el aplomo que emanaban juntos abrumaba. Tras dos contundentes apretones de manos, González se sentó en una de las butacas y apoyó los codos en las rodillas, con pose seria, mientras Lucas permanecía de pie, con los brazos cruzados.

—¿Qué ocurre para que nos haya llamado con esta premura, Fernández? —preguntó éste último.

El Director General de la Policía esbozó una rápida sonrisa, y se puso tras la mesa de su despacho, haciendo valer de esta manera el cargo que ostentaba. La energía de esos dos jóvenes policías era demasiado intensa, y amenazaba con arrollarle a su paso.

—Os he llamado porque quería transmitir una información que nos han comunicado desde prisiones esta misma tarde y que guarda relación con la investigación que lleváis a cabo.

Lucas y Víctor intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Qué clase de información? —preguntó Víctor, con cautela.

—Tenemos un contacto en prisiones, como ya sabéis, y nos ha comunicado esta misma tarde que la investigación que lleváis junto a la agente Diana Espona ha llegado hasta la prisión femenina de Colmenar, donde están los Romenev recluidos. Saben que les estamos investigando, y que sabemos que tienen a un topo dentro.

Aquello fue una bomba nuclear en la cabeza de Lucas, y descruzó los brazos. Aquello no podía ser, no. Aquello no podía ser, no, simplemente...no, joder, Diana nunca le haría algo así, nunca. Era completamente imposible. Ella jamás hubiese comprometido la investigación de esa forma. Ella, más que nadie, sabía lo que estaba en juego.

—Diana no ha sido.

Fernández le miró, con gesto turbado. Acababa de comprobar lo que nunca hubiese querido hacer. La historia volvía a repetirse, y por una mujer. Sanz acababa de desvelar el único resquicio que le hacía vulnerable, y eso iba a traer consecuencias.

—Tú elegiste como compañera a Diana Espona, Sanz, y solo a ti te corresponde valorar el nivel de peligrosidad que pueda tener en la investigación.

—No —zanjó—. Confío en ella, sé que jamás comprometería la misión, estoy seguro de ello.

—Sanz, no quiero tener que recordarte lo que nos estamos jugando en este caso. No se trata solo de que los criminales escapen, sino de las bajas que pueden ocasionarse en cualquier operativo futuro. Debemos ser muy cautos y cuidadosos. No puede haber filtraciones, la investigación debe ser hermética, por eso se te encargó a ti, precisamente.

—Ella no fue, estoy seguro.

—Sanz, quiero creerlo, pero estamos hablando de vidas de policías que están en juegos. Lo que tú creas o no, aquí no importa. Se ha producido un chivatazo. Y solo nosotros tres, y Espona, estamos al corriente de la investigación.

Lucas hizo el amago de seguir respondiendo, pero una luz, demasiado intensa como para ignorarla, se abrió paso en él. Diana se lo había confesado a Borja, y él se lo había advertido a sus contactos, no había otra explicación posible, pero, aún así...aún así se negaba a creerlo. Diana no haría algo así, nunca. Por no mencionar que había estado siguiendo a Borja desde que llegó a Pinar, constatando que no había vuelto a reunirse con ninguno de los sospechosos que él había investigado, ni con nadie que pudiera resultar objeto de seguimiento. Miró hacia González y Fernández, que, escrutaban cada centímetro de su rostro con preocupación, y sacudió la cabeza. Tenía que haber otra explicación, tenía que haberla.

—Diana no fue —repitió, convencido—. Debe existir alguna filtración en uno de los canales intermedios.

—Lucas —dijo Víctor, con la vista clavada en el suelo—, ha habido un chivatazo en la operación más delicada e importante que hemos llevado hasta la fecha. Investigación en la que tú has metido a la novia de uno de los chivatos. Fernández tiene razón, hay que apartarla del caso.

—No —respondió Lucas, con la determinación más firme bañando su rostro—. Confío en ella, ¿vale?

—Exacto, tú lo has dicho. Tú confías en ella. Tú, no nosotros.

—¿Pero cómo te atreves...?

El ambiente se tensó al momento, y el Jefe Superior de Policía se pasó la mano por el pelo, agobiado. Odiaba pelearse con Lucas, lo odiaba, pero la culpabilidad de Diana era demasiado evidente como para pasarla por alto.

—Lucas, ya sé...sé lo que esa chica representa para ti. Sus padres murieron en un operativo en el que participaste, y entiendo que te sientas en deuda con ella, pero...

—No. Vosotros no la conocéis, no habéis visto su mirada cuando lee esos informes, cuando conecta datos. La pasión de sus palabras cuando habla del caso. No tenéis ni idea de cómo es, no sabéis lo que es estar junto a ella y percibir la lealtad que siente por el cuerpo.

—Solo me preocupo por ti, Lucas.

—Pues no lo hagas —zanjó, brusco.

Fernández los miró, de forma alternativa, y suspiró, apoyando las manos en la mesa.

—Sanz.

—¿Qué?

—Te lo voy a preguntar una vez, una sola vez, y necesito que seas sincero, porque, si no lo eres, caeré sobre ti como una maldita guillotina.

—Pregunte lo que quiera —le desafió.

—¿Confías en Diana Espona?

—Pondría mi vida en sus manos.

Fernández los miró de forma alternativa, y cruzó sus manos tras su espalda.

—Está bien, confío en su criterio. Manténganme informado de todo.

Los dos hombres asintieron, y salieron del despacho, intercambiando graves miradas que contenían mil discusiones que ninguno llegaría siquiera a empezar. Lucas no era idiota, y por supuesto que sabía que Diana se lo había contado a Borja, y eso, más que ninguna otra cosa, le destrozaba. Diana había puesto a ese bastardo por encima de la investigación, de su lealtad por la policía, y...por encima de él. Y el mundo volvió a teñirse de negro.

Las mañanas en la prisión de Colmenar siempre obedecían a la misma rutina: Desayuno, aseo, ejercicio y actividades para pasar el tiempo hasta la hora de comer. Era un horario que nunca variaba, y que ayudaba a que los reclusos mantuviesen un orden que les ayudara a sobrellevar la privación de libertad.

Al otro lado de sus gruesos muros, la situación no era muy diferente. Las rutinas impuestas en la prisión no solo afectaban a los internos, sino a los que estaban fuera. La cómoda rutina que uno de los asiduos visitantes habían interiorizado estos últimos años se veía ahora ensombrecida por un cambio sustancial en su vida. Un cambio que iba a alterar la relación con uno de los moradores de esa prisión.

El hombre se encaminó despacio hasta la entrada del recinto penitenciario, y entregó sus credenciales al guarda, que, tras una rápida comprobación, le dejó pasar, como tantas otras veces había hecho. El paseo hasta el arco de seguridad fue un suplicio, al saber que entre esas cuatro paredes residía una parte de su corazón.

Tras despojarse de todo aquello susceptible de ser convertido en un arma, el visitante se acomodó en una de las sillas destinadas a parejas, amigos y familiares, y esperó pacientemente a que por el otro lado del cristal apareciera el confidente.

El ruido de un cerrojo abriéndose rompió el incómodo silencio, y él se levantó, sin poder evitarlo, para ver de cerca a esa persona que le había robado el alma. Se sentaron casi a la vez, y descolgaron el teléfono, sin dejar de mirarse un solo segundo.

—Te veo bien. Bueno, mejor que la última vez.

—Gracias. Aunque...es duro, muy duro, estar aquí. A veces creo que voy a volverme loca. En fin, ¿Para qué has venido? No te esperaba hasta mañana.

—Ha habido una filtración, acabo de enterarme por un archivo encriptado que he interceptado —se hizo un silencio—. La policía ya sabe que los Romenev están al tanto de la investigación.

—¿Quién...?

—Ramona García, la chivata de siempre. O eso es lo que he podido leer en los informes. Escuchó una conversación en la sala común, y fue corriendo a los policías para decírselo a cambio de un permiso de fin de semana.

—Le lanzaré una advertencia a ella, y a las Romenev. Como vuelvan a jugármela, les diré que ya no me darás tú la información.

—De acuerdo. Pero no he venido solo por eso.

—¿Qué ocurre?

—Las cosas no están yendo bien con...ellos. Apenas puedo cubrirles ya. La avaricia les está consumiendo, y se están volviendo caóticos.

—¿Y los otros?

- Ya están prácticamente acabados, me he encargado de eso. Apenas tienen poder en las calles.
- Perfecto. Es el momento ideal para empezar a trazar nuestra huida.
- En ello estoy. Estoy empezando a desviar el dinero de las cuentas.
- Sé cauto. Nadie puede sospechar nada.
- Siempre lo soy, descuida.

Se quedaron mirándose, con los pensamientos ahogándose en sus cabezas. La situación empezaba a complicarse, y lo peor es que era solo el principio.

- ¿Diana Espona...?
- Sigue investigando, pero aún no tiene nada.
- Vigíla de cerca. Si es como sus padres, pronto sumará uno más uno.
- La controlaré, tranquila.
- Te quiero mucho, Venus.
- Y yo a ti, preciosa, y yo a ti.

Borja se desperezó despacio en la cama, estirando los músculos lentamente. Ese día debía volver a la comisaría para intentar averiguar en qué punto de la investigación se hallaban Sanz y su chica. Odiaba tener que hacerlo, pero no tenía otra opción. Ese malnacido de Sanz sabía más de lo que aparentaba, seguro. Dos noches atrás se había reunido con el enlace en una discreta cafetería del barrio de Fresno, y éste había sido claro.

«Entérate de qué saben, y convence a ti novia para que deje la investigación, maldita sea, o vamos a acabar todos en la cárcel. Espona es una maldita lince, lo sabes tan bien como yo, no se le pasa nada por alto. Por eso la pusieron al frente de ‘Pez de Siam’, porque es la mejor investigadora de toda la jodida provincia, y de las mejores del país. Y por eso ese cabrón de Sanz la escogió como compañera.»

Él le había mirado, pensando que no podía estar más equivocado. Si el malnacido de Sanz había escogido a su chica como compañera era por la historia de amor truncada que había existido entre ellos dos, estaba seguro. Ese cretino se había lanzado a salvarla en la mansión de los Romenev no por quedar como el héroe nacional que todos creían que eran, no. Lo había hecho porque seguía enamorado de Diana, estaba convencido. Y lo peor, lo realmente preocupante, es que sabía que ella también sentía algo por él. La estaba perdiendo, se le estaba escapando entre los dedos.

Porque ya no se trataba solo del hecho de que estuviesen distanciándose, no. Eran palabras silenciadas, silencios forzados, abrazos contenidos, besos mecánicos, sin alma ni corazón. Algo estaba ocurriendo bajo la superficie, algo lo suficientemente potente como para hacer que todo el amor que sentían se estuviese diluyendo en motas. Algo que tenía los ojos oscuros, llevaba pistola y conducía un Audi negro.

Se levantó de la cama, y miró por la ventana el trasiego de la ciudad de Pinar, y descendió la cabeza, pensando en lo que le había dicho Lara sobre Lucas y ella, y encajó la mandíbula. Si ese bastardo venía a meterle entre rejas y a llevarse a su chica, lo llevaba muy oscuro. Iba a dar un golpe de efecto para dejarle bien claro que la relación entre Diana y él seguía siendo fuerte como el acero, pese a la mala época que estaban pasando, y que él no tenía nada que hacer.

Tras media hora de ducha, desayuno y afeitado, cogió la cartera, las llaves y el teléfono, se montó en su Seat León Cupra azul eléctrico, poniendo rumbo a la comisaría. Aceleró por la autovía marítima hasta distinguir el alto edificio junto al puerto, mientras sus pensamientos fluían hacia Diana. Probablemente estaría ya en la comisaría, rellenando papeleo, repasando el próximo operativo, discutiendo con algún superior, o, simplemente, riendo con las chicas en la sala de

café, frunciendo la nariz de esa manera tan adorable que a él le volvía loco.

Aparcó el coche en el garaje, y subió hasta la zona de las taquillas. Se puso el uniforme, y subió hasta las oficinas, saludando a los compañeros que se cruzaba por los pasillos. Llegó a la planta principal, y recorrió los cubículos, buscándola, cuando reconoció su alegre canturreo. Sonrió, y fue hasta allí, tocando suavemente con los nudillos la puerta de *pladur*.

—Buenos días, preciosa.

Diana soltó el lápiz, sobresaltada, y se giró hacia él.

— ¡Borja! ¿Qué... qué haces aquí?

El policía fue hasta ella, y le rodeó la cintura con los brazos.

—No podía aguantar estar más tiempo en casa, sin verte.

—Pero el médico dijo que...

—El médico no sabe lo que es tocarte, nena.

—Pe...

No pudo decir nada más. Borja enredó su mano en su cabello, haciendo un nudo en torno a su nuca, presionándola contra él, y cayeron sobre la mesa, donde él siguió meciéndola contra su cuerpo, besándola, excitándola, y le dio todo aquello que ella ni siquiera sabía que necesitaba, saboreando cada rincón de la boca de su chica, llevándola tan al límite como quiso, sin dejarla escapar.

—Borja, si alguien entra...

—Relájate.

Y lo hizo. Se aferró a los hombros de Borja, que siguió tocándola, besándola y acariciándola, sintiendo que nada, absolutamente nada, tenía sentido si ella no estaba en su vida. Le apartó un mechón de la frente, mientras la contemplaba gemir, contonearse, jadear, con los ojos cerrados, sabiendo que todo eso se lo estaba provocando él, y que ningún hombre vería, jamás, lo que él estaba viendo en esos momentos. La entrega, el deseo, la pasión en estado puro. La perfección. Diana era condenadamente perfecta, y era suya. Solo suya.

—Te quiero, preciosa —casi rugió—. Maldita sea, dime que me quieres como yo te quiero a ti, o te juro que voy a volverme loco.

—Te quiero, Borja —gimió ella, incapaz de decir nada más.

Borja volvió a clavarse en ella con fiereza, mientras sentía el cuerpo de Diana estremecerse en torno a él, y sintió el calor abrasador del cuerpo de su chica, y ancló su boca a la delicada piel de su cuello. Con ropa y todo, estaba siendo uno de los mejores y más eróticos momentos de su vida, y anclaron sus miradas, sintiendo la potencia de sus cuerpos en pleno rendimiento. Habían vuelto a conectar, y el cable de acero que los unía volvía a estar intacto, y más fuerte que nunca. Todo estaba bien, todo volvía a ser como antes.

Borja la alzó hasta sus caderas, dejándola sobre la mesa, y se encajó contra ella, dispuesto a llegar tan lejos como ella se lo permitiese, cuando unos insistentes golpecitos en la puerta, les hicieron detenerse y girarse hacia la entrada casi a la vez. La puerta se abrió, y un tímido Jiménez, de logística, entró al pequeño despacho, visiblemente azorado, mientras Diana se colocaba la ropa a toda prisa, y Borja esgrimía una sonrisa de suficiencia.

—Hola, Jiménez. Qué alegría verte —soltó Borja, con sarcasmo.

—Yo...eh...sí...esto...me alegro de verte otra vez, Borja, ¿Qué... qué tal estás?

—Pues si no nos hubieses interrumpido, podría estar mejor, puedo asegurártelo —dijo, llevándose un enfadado codazo de Diana.

El agente se sonrojó, y se aclaró la voz.

—Sí, bueno, de eso...a eso venía. Yo...solo venía a deciros que Lucas Sanz os espera fuera

porque quiere hablar con Diana.

La cabeza de Diana casi implosionó. ¿Lucas había estado esperando fuera a que Borja y ella...? Oh, no. No, no podía ser. ¿Los habría escuchado desde fuera? Se palmeó la frente, sintiéndose una completa imbécil. Por supuesto que todos les habrían oído. Esas paredes eran de *pladur*, no de hormigón. Tenía que arreglar esto como fuera, y pronto. Apartó a Jiménez casi de un empujón, y cruzó la puerta, donde una oleada de silbidos y aplausos la recibió, aumentando su bochorno hasta cotas inimaginables. ¿Cómo podía haberse dejado llevar de esa manera? ¿Es que se había vuelto completamente loca? Maldijo a Borja, su estupendo cuerpazo y su forma de besarla, y corrió hacia los garajes. Tenía que disculparse con Lucas de inmediato. Apenas había llegado al primer escalón, cuando una mano la detuvo por el hombro, y se giró hacia allí, sintiendo que el suelo temblaba. Era Rodríguez, su superior. Estaba perdida.

—Espona, por favor, acompáñeme.

«Maldita sea.»

Elevó la mirada hacia Rodríguez, rogando para que no la deportaran a Siberia, y tomó aire soltándolo todo de carrerilla.

—Rodríguez, siento lo que ha pasado, de verdad que lo siento, y entiendo que quiera abrirme expediente y suspenderme de empleo y sueldo varias semanas, pero déjeme decirle que lamen...

—No le voy a abrir expediente por darse el lote con su pareja en la comisaría, Espona, no estamos en la Edad Media —cortó su superior, visiblemente irritado—. Se lo abriría a Borja Gómez, en todo caso, por chulito, pero no la he llamado aquí por eso.

—¿Ah, no? ¿Entonces, por qué...?

—La he llamado —vocalizó despacio—, porque Lucas Sanz me acaba de comunicar que ya no quiere seguir trabajando con usted.

— ¡¿Qué?!

—Eso es lo que me ha dicho, cuando ha entrado en mi despacho como un potro salvaje, diciendo, y cito en sus propias palabras “No puedo seguir una investigación que compromete cientos de vidas con una cría a la que le ha faltado poco para bajarse las bragas en la comisaría donde trabaja con el primer mentecato que se le cruza en el camino.”

Diana explotó, y, sin pararse a escuchar las disculpas atropelladas de su superior, corrió escaleras abajo, hacia la zona de garajes. Distinguió el Audi negro acelerando por el aparcamiento, y voló sobre los últimos escalones, sin pensar en otra cosa más que en alcanzarle. Sorteó a varios agentes, y serpenteó entre los coches justo a tiempo de plantarse en mitad de su trayectoria, y cruzó los brazos. Lucas iba a tener que frenar y escucharla, o pasarle por encima, pero iba a escucharla.

Los frenos del Audi chirriaron con fuerza cuando el coche se detuvo frente a ella con impecable precisión. El coche alemán quedó atravesado en mitad de aquella estrecha calle. El silencio que siguió al frenazo, junto al olor a goma quemada de los neumáticos y las volutas de humo que pronto llenaron parte del garaje, envolvieron la escena de un aura de irrealidad propia de los sueños. Diana clavó sus ojos en Lucas, que la miraba destilando furia a través del cristal. Le vio crujir la mandíbula y salir del coche, fuera de sí, dando un portazo que rebotó en las paredes del hormigón del edificio, casi haciéndolas temblar, y alzó el mentón.

—¿Cómo te atreves a intentar echarme de la investigación, Lucas?

—¿Qué cómo...? —se pasó las dos manos por el pelo, conteniéndose— ¡¿Pero te has vuelto completamente loca?! ¡Podía haberte matado, maldita sea! ¡¿Es que no te queda ni una sola neurona después de casi follarte a...?!

El sonoro bofetón que la chica restalló en su mejilla sonó por todo el garaje, haciendo que los

policías que contemplaban la escena dejaron hasta de respirar. ¿Espona acababa de abofetear a Sanz? Lucas crispó los puños, conteniéndose como un león rabioso, y sus ojos volaron hacia los de ella, que le mantuvo la mirada, desafiante.

— ¡No te consiento que me hables así, ¿lo has entendido?! ¡¿Pero quién narices te crees que eres, tú precisamente?!

— ¡Soy tu superior, maldita sea!

— ¡Mi superior, claro! —bufó, con desprecio — ¡Mi superior y el mujeriego por excelencia! ¡Conozco tu historial, Lucas, lo conozco! ¡Yo y todos! ¡Así que no te atrevas a juzgar con quien me bajo las bragas o no, en comisaría, porque no te incumbe en absoluto! ¡Así que sigo dentro del caso, tanto si te gusta, como si no! ¿Entendido?

Lucas la miró, sin que la furia bajara una sola décima.

—Entendido, cristalino, rubia —farfulló, y se metió de nuevo en el coche, ante el estupor general de todos los agentes, y volvió a cerrar de un portazo.

Diana no pudo evitar dar una patada al suelo de pura rabia al verle salir del garaje y girar a la derecha, internándose en el denso tráfico de la calle. Acababan de marcar un punto y aparte en su relación, y las consecuencias pronto iban a revelarse de la peor forma. Miró hacia el grupo de policías que la observaban, estáticos, y dio rienda suelta al cabreo cósmico que la recorría hasta la última punta de sus cabellos.

— ¡¿Pero es que no tenéis nada mejor que hacer, eh?! —rugió — ¡¿Por qué no os ponéis a trabajar de una maldita vez, y me dejáis todos en paz?!

Se secó una lágrima rebelde que caía por su mejilla, sin saber que otra figura la observaba desde lo alto de las escaleras, confirmando sus peores temores. Diana estaba enamorada de Lucas. El final empezaba a escribirse.

El resto del día pasó entre la sala de vídeos y los archivos, donde masticó toda su frustración, su rabia, y su confusión. Permaneció en la sala de vídeos hasta que la noche cayó a plomo sobre la ciudad, y exhaló, recostándose contra el espaldar de la butaca. Le dolían todos y cada uno de sus músculos, y sentía la cabeza a punto de explotar. Recogió sus cosas, tomó su teléfono, y marcó el número de Lucas para mantener una fría e impersonal charla sobre la investigación. Independientemente de la desastrosa relación personal que mantenían, seguía siendo su jefe, y debía estar informado de todo.

—Sanz —contestó él con voz ronca y fuerte en apenas un susurro entrecortado, como si acabara de terminar una maratón.

—Lucas, soy...soy Diana —consiguió decir a duras penas—. Esto...he estado...

Se interrumpió al escuchar por el otro lado de la línea una voz de mujer, en un suave ronroneo, casi un gemido.

—Estoy a punto, Lucas. Te necesito...ahora, vamos.

—¿Con quién estás? —preguntó, con voz dura.

—Diana, no es un buen...

—Lucas, por favor, ahora, te necesito —jadeó la mujer—, no puedo aguantar más, por favor...Lucas...

Aquello fue como dar el pistoletazo de salida en una carrera de caballos. La mandíbula de Diana se tensó sola, y toda la rabia, la furia y la más profunda cólera tomaron su voz, dando palabras a su ira.

— ¡¿Estás con una mujer?!

—Diana, no es un buen momento. Tengo que colgar.

— ¡¿Estás con otra?!

—¿Qué?

— ¡¿Estás con una mujer, sí o no?!

—Ese no es tu maldito problema.

— ¡¿Estás en la cama con otra y no es mi problema?!

— ¡No, no es tu maldito problema porque no estoy en la cama con nadie, joder! —casi escupió, sin ápice de calma en la voz — ¡Estoy en mitad de un maldito operativo, así que no estoy de humor para hablar sobre a quién meto, o no, en mi cama, y menos después de lo que he tenido que escuchar hoy entre Borja y tú! ¡Adiós, Diana!

Oyó cómo colgaba, y todo se diluyó en motas. Volvió a marcar su número, y una voz mecánica le informó que el teléfono estaba apagado. Apagado. Inspiró, mirando el dispositivo plateado, incapaz de creerse lo que estaba ocurriendo. Lucas jamás apagaba el móvil. Nunca.

Víctor miraba a Lucas mientras encadenaba una copa de whisky tras otra sin decir una sola palabra. Pero no hacía falta. La expresión devastada de su rostro hablaba por él. Se había enterado de lo que había ocurrido esa mañana en la comisaría, y, al ver que Lucas no le cogía el teléfono, había salido rumbo al único lugar en el que, sabía, podría encontrar a su amigo. El ‘Amy’s corner’, el sofisticado bar donde los camareros jamás hacían preguntas, ni el resto de clientes entablaban conversación entre ellos. Era un bar para olvidar. Un bar donde perderse para no ser encontrado. Suspiró, y se sentó a su lado, sin que el policía hiciese amago alguno de girar su rostro hacia él.

—Lucas, o me cuentas qué ha pasado hoy, o...

—Pasa que ahora mismo quiero matar a ese malnacido de Borja Gómez, Víctor, eso es lo que pasa.

—Sí, lo sé. El bocazas de Torres, el de los garajes, me ha contado lo qué ha ocurrido hoy. Lo siento.

Lucas agitó su vaso, haciendo danzar a los dos solitarios hielos en el océano de whisky, y lo dejó con suavidad sobre la barra, haciendo tintinear los cubitos.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que no puedo hacer nada. No puedo siquiera descubrir a ese bastardo ante ella porque sé que me odiará toda la vida si lo hago —casi escupió las palabras, y dejó caer la frente sobre la barra, derrotado.

Esa misma mañana le habían avisado para que fuera a Central para revisar dos operativos que se pondrían en marcha dentro de poco, y él había chasqueado la lengua, molesto. Había planeado pasar la mañana junto a Diana revisando unos informes que habían pedido a Madroñal y que por fin les habían llegado. Había tecleado un escueto mensaje diciéndole que no iba a poder estar en comisaría con ella, porque le habían surgido unas reuniones en Central, y había sonreído al ver la respuesta de la policía.

«Seguro que no hay ninguna reunión. Te lo has inventado para escaquearte del trabajo, ¿verdad? Eres un cretino, Lucas.»

«Me has pillado, rubia. Supongo que eso es algo que he aprendido de ti. Ya sabes, lo de fingir que trabajas mientras piensas en lo increíblemente macizo que estoy.»

«¿Qué? Eres...eres...»

«Lucas Sanz, muñequita gótica, soy el gran Lucas Sanz. Recuérdalo. Y ahora, revisa los informes e intenta no fantasear mucho conmigo. Ya sabes que me van las morenas.»

«Eres un...un...puaj.»

Se carcajeó, y guardó el teléfono. Había cogido las llaves del Audi y se había puesto en camino, pensando que quizás podría hacer una parada en la comisaría de Pinar antes de ir a Central. La haría rabiarse un poco más, se tomaría un rápido café con ella, e iría a Central. Era un buen plan, y, qué demonios, quería verla. Había aparcado el coche en los garajes, saludando a los agentes Torres y Mata, que le pararon cuando ya había subido el primer peldaño de la escalera que llevaba a las oficinas.

—Sanz, espere. ¿Le contamos un chiste?

—¿Qué?

—Sí, un chiste. Me lo acaba de contar mi cuñado por teléfono.

—¿Pero qué hacen con el teléfono en horas de trab...?

No le dejó terminar.

—Ahí va, escuche. Si los zombis se pelean, ¿Zombiolentos?

Él les había mirado, pensando en establecer una norma por la que se pudiera expedientar, suspender de empleo y sueldo y enviar a Siberia a los policías vagos y con un pésimo sentido del humor. Esa comisaría era imposible. En las pocas semanas que llevaba allí, había visto tal desorganización y caos allí dentro, que le extrañaba que lo único podrido allí fuera la corrupción interna. Aquello era un circo lleno de agentes uniformados.

Resopló, sacudiendo la cabeza, y llegó a la planta de arriba, yendo hacia la zona de pequeños despachos donde supuso que estaría Diana, y sonrió al imaginarse lo que haría al verle. Se levantaría de la silla, casi tropezándose con sus pies, soltando un atropellado “¿Qué haces aquí, Lucas?”, mirándole como ella sola sabía hacerlo. Él le diría cualquier tontería, para molestarla, y ella resoplaría, bajito, aleteando ese par de mariposas negras que tenía por pestañas, antes de esbozar su preciosa sonrisa. Maldita sea, le volvía loco.

Miró hacia todas partes, y sus ojos se posaron en la zona de pequeños despachos habilitados mediante paredes de *pladur*, y sonrió. Diana debía estar ya trabajando. Apenas le quedaban unos pasos para llegar, cuando el inconfundible sonido de un gemido apasionado rasgó el aire, y los primeros silbidos llenaron el espacio, aplastando su corazón hasta casi pulverizarlo.

— ¡Vamos, Borja, deja el podio bien alto, y empotra a Espona de una vez!

Y entonces la oyó gemir por segunda vez, jadeando el nombre de Borja, y todo se tornó a negro. Dio media vuelta y fue hasta el despacho de Rodríguez como un vendaval y la rabia habló por él, mientras Rodríguez intentaba justificarla y él juraba expedientarlos a los dos, echarlos del cuerpo y enviarlos a alguna colonia de trabajos forzados, si era preciso. Aquello iba en contra de todas las normas, las escritas y las que estaban por escribir, y habían cruzado su maldito límite. Crispó los puños, salió del despacho, y se precipitó escaleras abajo, dispuesto a descargar su rabia conduciendo como un loco por la autopista.

¿Cómo podía haberlo traicionado de esa forma? ¿Es que él no significaba nada para ella? Arrancó el coche y puso rumbo a la salida, tensando los nudillos al volante, cuando la vio en medio de la calle del garaje, tan hermosa e indómita como siempre, y tuvo que clavar los frenos a fondo mientras su corazón estallaba en pedazos. Salió hecho una furia del coche, dispuesto a gritarle hasta que se acabara el maldito mundo, cuando la palma de su mano volvió a poner los límites entre ellos.

Había arrancado el Audi otra vez, saliendo de allí a toda velocidad, y había llegado a central, hecho una furia. Se había puesto el equipo de asalto y se había metido en uno de los furgones, desde donde debía coordinar un operativo de captura de unos ciberdelincuentes. Se concentró a fondo, como siempre, hasta casi el final de la operación, cuando ella había llamado, y escuchó su preciosa, sensual y maldita voz. ¿Por qué el destino lo odiaba de esa manera? Había perdido por completo el hilo del operativo, y había tenido que apagar el teléfono, hecho que le había valido una sonora bronca del Director General de la Policía, Alberto Fernández, que se había visto dando instrucciones a la Unidad de Crimen Organizado sobre otro operativo mientras estaba en un *spa* disfrutando de la tranquilidad. Maldito inútil.

Dio un último trago a su copa, mientras su amigo le miraba sin pronunciar palabra, y él recordaba las duras palabras de Diana sobre su fama de mujeriego. Pensó en todas las mujeres a las que había llevado a su cama simplemente para mitigar su soledad, en esas noches que su propia existencia le pesaba demasiado, y se hundió un poco más en su propia tristeza.

—La he perdido.

—No la has perdido, oh, venga hombre. A ver, Espona es...vale, es muy especial, qué digo especial, es un bombón envuelto en dinamita, pero hay más chicas, Lucas.

—No para mí —dijo, con la mirada ahogada en alcohol.

—Sí, claro que para ti. Para ti y para todos, joder, que...

—No, no lo entiendes. Llevo cinco años enamorado de ella, Víctor. Cinco malditos años.

—¿Qué? ¿Cómo que llevas enamorado de Espona cinco años?

Víctor se apartó, haciendo chirriar su taburete, mientras el desconcierto y la confusión tomaban su rostro.

—Diana es la chica de la explanada de aparcamientos —soltó, sin dejar de mirar su vaso.

No podía ser. ¿Diana era la misteriosa chica de la explosión? No. Lucas le había hablado de esa chica durante meses, estaba completamente obsesionado con ella. Lo miró, entendiendo de golpe por qué Lucas llevaba años intentando formar parte de la élite de la policía. No había sido por ambición profesional, o por llegar más alto que ninguno con apenas treinta años, no. Lucas llevaba cinco años escalando peldaño tras peldaño, casi de forma enfermiza, porque sabía que solo estando entre la élite policial podría acceder a ella, por eso. Tanto sacrificio, esfuerzo y sudor, tenían un motivo, que no era otro que una mujer. Una mujer cuyo corazón ahora pertenecía a otro hombre, un policía traidor que no había dudado en poner precio a su vida. Si alguien movía los hilos del destino, era un canalla miserable.

—Lo siento, Lucas.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo esto? Saber que ella pudo haber sido mía, si yo, cinco años atrás, no me hubiese comportado como un maldito cretino y la hubiese dejado marchar.

—Cometiste un error, y ahora está subsanado. No seas tan cruel contigo mismo.

—¿Por qué tengo tanta mala suerte, Víctor? Primero Aria, y ahora...joder.

Víctor se quedó en silencio, sin saber qué contestar. Aria era una oscura mancha en la vida de Lucas, de ésas que no se van aunque pasen cien años. Porque mujeres como ella son las que dejaban huella, con ese tipo de belleza tan salvaje que es imposible mirarlas una sola vez y no caer rendido ante ellas. Su tez morena, su cabello oscuro y esos ojos de un intenso color esmeralda la convertían en un maldito sueño. Y lo era. Aria fue un sueño para él. Un sueño que terminó como la peor de las pesadillas.

Lucas aún recordaba la primera vez que la vio entrar en comisaría como agente en prácticas. Se había torcido un tobillo en la entrada, y él había salido del despacho del puesto que ocupaba de inspector por ese entonces, cuando sus miradas se cruzaron, y el universo explotó ante ellos. Se entregaron por completo a un romance sin límites de ningún tipo, y ardieron en las llamas del amor y del deseo seis maravillosos meses que fueron los mejores de su vida. Y un día, borracho de tanto amor, decidió dar el gran paso. Fue hasta una joyería, compró un precioso anillo de brillantes que pensaba darle la siguiente semana, al tiempo que le ofrecería toda su vida en tres sencillas palabras que decidirían todo su futuro, y volvió a casa, conduciendo su BMW.

Al día siguiente, y mientras desayunaban juntos en su piso, recibió una llamada de la comisaría central, convocándole a una reunión de urgencia. Se tomó el café de un trago, le dio un beso a Aria, prometiéndole que esa noche cenarían juntos, y llegó a la comisaría central para reunirse con sus superiores, rogando para que no le enviaran a un operativo la misma noche que pensaba pedirle matrimonio a su novia. Pero la situación no podía ser más opuesta.

Apenas pudo mantenerse en pie mientras le mostraban todas las pruebas que incriminaban a Aria con los Brozovic, un clan criminal de los países del este cuyas ramificaciones en Europa se extendían desde las más bajas calles hasta los más pudientes partidos políticos, que financiaban

sus campañas por las empresas fantasma de los delincuentes. Y el mundo se desmoronó al ver las pruebas. Vídeos, audios de conversaciones en comisaría, movimientos bancarios, extractos de interrogatorios de miembros de los Brozovic, incluso conversaciones telefónicas. No había duda, ni defensa posible. Aria era culpable.

Fue hasta su piso cuando cayó la noche, y se había olvidado de todo lo que le habían dicho sus superiores en cuanto ella abrió la puerta. Se abalanzó sobre ella, devorando sus labios, y obvió que era una traidora, de que había puesto precio a su vida, que colaboraba con criminales...incluso enterró en lo más profundo de su mente las grabaciones que había escuchado en las que ella se jactaba de haberle utilizado. Se olvidó de todo.

Se entregó por completo a ella, dándole hasta el último pedazo de sí mismo en una noche en la que los cuerpos de ambos se midieron en un intenso cuerpo a cuerpo en el que los tabúes, y las palabras 'límites' y 'prohibido', desaparecieron entre las sábanas. Fue un encuentro voraz, salvaje, erótico. Animal. El amanecer los sorprendió mientras él se hundía en su cuerpo, ése que ya no volvería a saborear porque ese cuerpo, simplemente, ya no era de la mujer de la que él se había enamorado.

A la mañana siguiente, mientras ella se terminaba la taza de café, tres agentes de los servicios secretos habían tocado a su puerta. Él les había abierto la puerta y se había apartado hacia un lado, tomando su cazadora y sus llaves, y había salido de aquel piso, con los gritos de Aria de fondo llamándole una y otra vez. Se montó en su coche, con la vista nublada en lágrimas y había conducido por todas las carreteras que se encontró, parando en todos los bares que encontró, bebiéndose todas las copas que pidió, jurándose a sí mismo que jamás volvería a sentir nada por ninguna mujer.

Encadenó borrachera tras borrachera en bares de mala muerte hasta convertirse en una sombra. Fue una época terrible de la que apenas recordaba nada, solo fondos de vasos, labios rojos de ocasionales compañías, despertares en camas ajenas, puñetazos en la pared, gritos, y lágrimas. Hasta que una mañana, cuando apenas acababa de acostarse tras dejar caer al suelo la última botella de ginebra, un estruendoso ruido en su puerta le alertó. Fue arrastrando su mal humor hasta allí, encontrándose a Víctor frente a él. Su amigo se limitó a tirarle su bolsa de deporte y su pase personal de un gimnasio al que él solía acudir. Le miró apenas dos segundos, y, sin decir palabra, se fue. Solo eso, nada más. Ninguna larga diatriba que terminase con ellos enzarzados en una pelea a puñetazos, ningún reproche, ninguna palabra más alta que otra. No hubo nada de eso. Víctor solo le puso la solución en sus manos. Se quedó mirando la bolsa de deporte, pensando que tenía al mejor amigo del mundo, y no le hizo falta otra cosa para reaccionar.

Se duchó, se vistió, y condujo su BMW hasta aquella explanada de aparcamientos al lado del gimnasio, situado al lado de una universidad de pijos famosa por su rimbombante nombre. Cogió su bolsa de deporte, rogando para que el sudor y el cansancio borrasen a Aria de su memoria por unas horas. Pero el destino tenía otros planes para él, y colocó en el lugar exacto, y a la hora exacta, a una joven rubia con un vestido de calaveras rojo para salvarle la vida. En todos los sentidos.

—Lucas, tienes que hacer algo, esto...—empezó Víctor, sacándole de sus pensamientos—, si Diana es esa chica de los aparcamientos, tienes que hacer algo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Quiero que espables. Maldita sea, es el maldito amor de tu vida. No permitas que se vaya con ese traidor.

—Pero ella le ama, y él a ella, ¿es que no lo entiendes?

—¿Que la quiere? Vamos, Lucas. A ese tío Diana le da igual, mientras que tú...joder, tú estás

enamorado de ella desde que la viste por primera vez —Lucas le miró, atormentado, y el Jefe de Policía suspiró. Aquello era infinitamente peor de lo que pensaba. Había que actuar—. Así que solo te queda una opción.

—No puedo pedir el traslado a Madroñal, Víctor, no hasta que termine la investigación.

—No se trata de alejarte, sino de todo lo contrario.

—¿Qué me acerque más a ella? Te recuerdo que trabajamos juntos en turnos de dieciséis horas. Si me acerco más, terminará poniéndome una orden de alejamiento.

—No, capullo, me refiero a acercarte en otro sentido. Tienes que pedirle una cita.

—¿Qué? ¿Una cita? ¿Pero es que te has vuelto loco?

—Claro que no. Vamos, llévala a un sitio bonito y dale un poco del auténtico Lucas Sanz. No el capullo arrogante que llega todos los días a comisaría con cara de “Os voy a fulminar a todos, panda de gandules”, sino al verdadero Lucas, ese que solo muestras a unos pocos.

—¿Y si me dice que no?

—¿Decirte que no? ¡Vamos, hombre! Vi cómo te miraba en el club. Hay magia, química, chispas y fuegos artificiales entre vosotros, y parece que eres el único que no se da cuenta. Ella siente algo por ti, zoquete.

Lucas frunció el ceño, y se quedó mirando su reflejo en la cristalera tras la barra, donde una hilera de ordenadas botellas multicolores parecían asentir cada palabra de Víctor. Una cita para pedir perdón. Una cita para probar que las segundas oportunidades existían. Una cita con la única mujer que su corazón reclamaba a gritos cada noche.

—Está bien, le pediré una cita, ¿contento?

—Estupendo. Y ahora, capullo, invítame a una copa, que me la he ganado por ser tu niñera.

Lucas suspiró, y le hizo un gesto al camarero para que le trajese una copa del mejor whisky reserva al cretino de su amigo. Ese maldito capullo se la había ganado.

Diana se despertó y se giró hacia la ventana, viendo cómo los primeros rayos de sol rayaban las cúspides de la cadena montañosa de Amurga. Se quedó mirando el espectáculo de la luz abriéndose paso, la silueta de los edificios recortándose contra el cielo, y su mente vagó otra vez hasta Lucas.

Tenía que arreglar las cosas con él cuanto antes, tenía que explicarle lo que sucedió, y rogar para que él disculpara su comportamiento. Su cabeza volvió a repetir la escena del garaje, y suspiró, exhausta ante su propia idiotez.

“Te has marcado un tres en raya, Espona. Espectáculo, insulto y bofetón. Plas, plas, plas.”

Se levantó de la cama, se duchó, desayunó y puso rumbo a la comisaría. Atravesó las acristaladas puertas, y, tras saludar de forma mecánica a todos los compañeros con los que se topó, llegó a la sala de vídeo. Encendió las potentes luces, y, arrojando el bolso sobre la mesa, fue directamente al armario-archivador donde estaban los informes, con la esperanza de que sumergirse todo el día en el trabajo, la alejaran de pensar en Lucas por unas horas. Miró su teléfono apenas unos segundos, y la decepción y la tristeza llegaron para quedarse. Ni una llamada de Lucas. Ni un solo mensaje.

Se hundió en la butaca, masticando la desolación, y ni siquiera la enorme columna de informes que se alzaban frente a ella, consiguieron alejar los pensamientos más lúgubres. ¿Y si Lucas no quería volver a trabajar con ella, y la apartaba de la investigación?

Tras tres agotadoras horas, se recostó en la butaca, con el bolígrafo entre los dientes, y un informe entre las manos, admitiendo la triste realidad. Su vida se estaba desmoronando. Borja y ella atravesaban la peor crisis que hubiesen pasado nunca, la del silencio, Lucas no quería saber nada de ella, y, para rematar ese círculo infernal, estaba perdida en la investigación, completamente perdida. Ya había abandonado decenas de líneas de investigación por resultar desiertas. Tenía que existir una maldita conexión, un hilo por el que tirar, pero no conseguía verlo.

Posó el índice contra sus labios, y se levantó de la butaca, yendo hacia una de las mesas donde los dossiers que le había dejado Lucas descansaban abiertos, con decenas de anotaciones escritas con papeles con adhesivos en los bordes, y apoyó las palmas de las manos sobre la superficie de madera, leyendo, interpretando, pensando. Revisó los datos, las cintas, las fotos...Una y otra vez, buscando cualquier pista, pero no encontró nada fuera de lo normal.

Apartó todas aquellas hojas, dejándolas sobre varias butacas vacías, y decidió variar el método, estableciendo una cronología. Quizás hubiese una conexión en el tiempo. Colocó los papeles por orden, y se cruzó de brazos, pensando en una frase escrita en un *graffitti* en una pared cercana a su casa. Lo había hecho un chaval del barrio donde vivía, y ella ni siquiera le había llamado la atención. Ese chico era un auténtico genio con los esprays. En él se veía un ángel desplegando las alas, con una sola frase pintada en arabescos en la parte inferior.

«Cuando la oscuridad te envuelva, despliega las alas.»

Era una frase preciosa. Miró los informes, mordiéndose el labio inferior, pensando en si ése estaba siendo, precisamente, su error. No desplegar las alas, no ver más allá de los informes que leía. Se había centrado tanto solo en los operativos fallidos, que había olvidado los otros, los que se habían culminado con éxito. ¿Y si había una razón, más allá de la pura coincidencia, por la que

algunas operaciones fallaban, y otras no? Se remangó las mangas de la blusa, se hizo una coleta de caballo, y apartó de un manotazo todos los informes.

Tomó el rotulador que tenía en las manos, trazando tres líneas divisorias sobre la superficie de la mesa. El primer grupo reunía a los clanes del este, comandados por los Brozovic, y bajo el que operaban los Romenev, y el segundo a los clanes centroeuropeos, liderados por los Rosslyn.

Inspiró con fuerza, y empezó a apuntar en varios folios todos los nombres de los operativos de los últimos años, asignándoles a cada uno un color según si se trataba de un operativo fracasado, en rojo, y en verde, los llevados con éxito. Y empezó la ardua tarea. Pasó horas en aquella desierta sala, enlazando, conectando datos. Buscando una grieta, una ínfima grieta. Hasta que la encontró.

Solo las misiones que tenían que ver con la detención del clan de los Rosslyn habían terminado con la detención de los criminales. Ese dato, esa grieta, era más que llamativa, sí, pero había que demostrarlo. Se pasó la lengua por el labio inferior, sintiendo que quizás, solo quizás, había descubierto una nueva vía. Una guerra entre bandas criminales que era demasiado llamativa como para que la policía la hubiese pasado por alto tantos años. Y una luz, pequeña, pero lo suficientemente fuerte como para iluminarlo todo, fue abriéndose paso. ¿Y si todo se reducía a una lucha entre clanes criminales con el encubrimiento de la policía?

Resopló, agobiada, y se quedó mirando aquellos papeles. Tenía que comentárselo a Lucas. Era una pista fiable, sabía que lo era, pero lo que planteaba era gordo, demasiado gordo, y las implicaciones que arrastraba eran muy serias. Debía ser extremadamente cauta antes de lanzar una acusación como esa. Miró los informes que estaban sobre la mesa, y, sin pausa, ni dilación, redactó los avances que había hecho ese día, y dio a la tecla de 'Enviar', para que el archivo llegara a todos los departamentos implicados de forma confidencial y encriptada. Suspiró, cuando el último de esos correos se iluminó con un símbolo verde, anunciando que había llegado a su destino.

Estiró los brazos por encima de su cabeza, deshaciendo la cola de caballo de su cabello, sin tener ni la más remota idea de que ese informe redactado en una tarde en la que su corazón latía desacompañado, iba a ser la clave para la resolución del caso y la apertura de otro mayor.

Recogió sus cosas, y miró su reloj de pulsera. Las doce de la noche. Suspiró, y decidió volver a casa dando un breve paseo. Necesitaba respirar un poco, aligerar las piernas, y pensar. Sobre todo, pensar. Recogió su bolso y su abrigo, y bajó a la calle, en busca de un taxi que la llevaría, en apenas veinte minutos, a la cómoda tranquilidad de su dormitorio. Empezó a caminar por las calles, inmersa en todas las revelaciones que la investigación había desvelado.

Sabía que la pista de una guerra entre clanes criminales era más que plausible, y que podría ser lo que habían estado buscando, pero la cuestión era probarlo. Todos los policías sabían que algo estaba pasando en los bajos fondos, no solo por el operativo 'Pez de Siam'. Algo estaba ocurriendo, estaban haciéndose más fuertes en la sombra, y eso solo podría explicarse porque se sabían protegidos, pero, ¿Por quién? ¿Quién de la policía podía estar apoyando a los criminales sabiendo las consecuencias que eso podría acarrear?

Estiró el cuello, agobiada por todas esas conclusiones, demasiado oscuras como para aceptarlas sin más, cuando el silencio a su alrededor la sobrecogió, y se percató de que llevaba demasiado tiempo caminando sola por aquella vacía calle. Miró el nombre de la calle en la placa de un edificio para ubicarse, y la preocupación llegó para quedarse. Había atravesado el umbral del barrio de Olivares. Frunció el ceño. No era seguro caminar sola a esas horas por esa zona.

Tragó saliva, y sus tacones se pusieron en movimiento antes que su cerebro diese la orden de moverse, cuando notó que los faros de un coche empezaban a seguirla, y su corazón se desbocó.

Empezó a caminar más rápido, y notó que el coche también lo hacía. Miró hacia el frente, donde se extendía una avenida larga, apenas iluminada, sin soportales en los que esconderse, ni callejones para darle esquinazo. ¿Por qué demonios no había esperado en la puerta de la comisaría a que llegase un taxi para volver a casa? ¿Es que se había vuelto loca? Exhaló, con un enorme 'Sí' por respuesta, y encajó los dientes. Ahora ya era tarde para regañarse, estaba en peligro de verdad y tenía que intentar salvarse de un atraco, o algo peor. Debía trazar un plan de huida.

A doscientos metros, vio un muro de apenas dos metros, con una valla que parecía ser el patio de un colegio. Con un poco de impulso, llegaría hasta la valla y podría saltar dentro, a salvo. Eso, confiando en que su asaltante no la atrapara antes. Sus músculos se tensaron, y sintió la adrenalina ayudándola a conseguir ese último apoyo que necesitaba. La sintió devorando, arrasando cada una de sus células, y cómo corría a través de su sistema, activando los más básicos instintos de supervivencia.

«Vas a salir de esta, Espona. Maldita sea, eres policía.»

Inspiró con fuerza, con el frío aire de la noche llenando sus pulmones, cuando notó un leve claxon a su lado, y se giró, sin saber muy bien por qué lo había hecho, y el mundo empezó a girar en rápidas espirales al ver el Audi de Lucas aparecer a su lado como un silencioso guardián. Sonrió, aliviada, mientras los ojos de Lucas la recorrían de una forma tan intensa que por un momento tuvo que concentrar todas sus energías en poner un pie frente a otro para no desplomarse en la acera. Su camisa de botones blanca contrastaba con la chaqueta de cuero negra que llevaba puesta, y suspiró al ver el leve rastro de barba que cubría su mandíbula, normalmente despejada, y que le daba ese punto salvaje que le encantaba.

—Hola Luc...

—Sube —cortó él, abriendo la puerta del acompañante del Audi, con gesto enfadado, y la mágica atmósfera de damisela en apuros rescatada por un príncipe azul se vino abajo, manchando de barro todo alrededor. Ni ella era una damisela, ni él un príncipe. Era un policía cabreado, y ella una policía que en ese momento desearía estar en cualquier otro lugar de la tierra, eso es lo que eran.

La joven obedeció, y se internó en el interior del vehículo. Apenas se escuchó el 'clic' del cinturón de seguridad, Lucas arrancó, haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto, dejando atrás la oscura calle. Los neumáticos lanzaron un agudo quejido cuando Lucas giró por una estrecha calle, y su voz irrumpió brusca en el habitáculo.

—¿Por qué demonios estabas caminando sola a estas horas, Diana? —resopló, enfadado — Joder, a estas horas las calles están llenas de perversos, psicópatas y vete a saber qué más. Eres policía, joder, es algo que ya deberías saber.

—Iba a tomar un taxi —se defendió.

—Podías... maldita sea, podías haberme llamado, o... ¿De dónde demonios venías?

La chica se irguió, enfadada. No tenía diez años para que la estuviese regañando de esa manera. Sí, no debió empezar a caminar sola por la calle, ya lo sabía sin que él tuviera que recordárselo.

—Vengo de la comisaría, para tu información.

—¿De la comisaría?

—Sí, eso he dicho. Llevo tres días encerrada en los archivos, haciendo turnos de dieciséis horas, pero claro, como ni siquiera me coges el teléfono, o respondes mis mensajes, supongo que no tienes ni idea.

Lucas asintió, con gesto de disculpa, y sus hombros parecieron relajarse.

—He estado ocupado en Central con varios asuntos, y yo... lamento no haber respondido a tus

mensajes —dijo, y se quedaron en silencio unos minutos, hasta que Lucas retomó la conversación, bajando el tono—. Lo cierto es que mañana iba a ir a recogerte a tu casa por la mañana porque...quería hablar contigo. Necesito hablar contigo.

Oh, oh. Ahí estaba la conversación que más temía. La iba a apartar del caso.

—Lucas —empezó, de forma atropellada—, ya sé lo que me vas a decir, así que, por favor...deja que hable yo primero. Ya sé que mi comportamiento últimamente deja bastante que desear, soy consciente de ello, de verdad, pero eso no quita que no ame mi trabajo. Respeto esta comisaría y el trabajo que llevamos juntos por encima de todo, así que...

—Diana, yo...

—Por favor, Lucas, espera, deja que termine. Yo...entiendo que quieras apartarme del caso, pero déjame decirte que estarías cometiendo un error, un tremendo error. Nadie va a conseguir más líneas de investigación que yo, ni más grietas por las que descubrir nuevas pistas, ni más conexiones. Ya sé...ya sé que soy un desastre andante, ya lo sé, pero mi trabajo es impecable, Lucas. Impecable. Revisa mi expediente si quieres.

—Lo sé, Diana, pero...

—Soy buena en mi trabajo, Lucas, muy buena. Soy la mejor compañera que vas a tener. No la más simpática, ni la más seria, ni la más sofisticada, pero soy buena trabajando. Soy lo que necesitas, lo único que necesitas para llegar al fondo de todo esto, y por eso te ruego que me dejes seguir demostrándotelo.

Lucas la miró, incapaz de decir nada, y sus nudillos palidieron sobre el volante, reprimiendo las ganas de parar el coche en mitad de la calle, lanzarse a sus labios, y besarla como jamás la habrían besado, quitarle la ropa, y demostrarle todos los significados de la palabra amor sobre el sillón trasero de su coche.

—No voy a apartarte del caso, Diana.

—¿No?!

—No, claro que no. Eres...eres de las mejores investigadoras que conozco, eres...cielo santo, eres brillante. No era eso lo que quería hablar contigo.

—¿Y entonces de qué se trata?

—Yo...en fin, me preguntaba si tú...me preguntaba si te apetecería que cenásemos juntos alguna vez.

Paf. Croc. Bam. Doble salto mortal.

«¿Qué?»

—¿Me estás pidiendo...una cita? —exhaló ella, atónita.

—Sí...bueno, no.

—¿No? —ahora la confundida era ella.

—No sería una cita en el sentido estricto —se pasó la mano por el pelo, azorado—. Solo sería...eso, una cena de compañeros de trabajo —dijo, mientras se daba una paliza mentalmente en ese momento.

Porque sí, maldita sea, eso es exactamente lo que quería hacer, tener una cita con ella, llevar a cenar a la chica más guapa del planeta a un restaurante precioso para que pudiesen charlar tranquilamente de cualquier tema que no fuera aquella maldita investigación. Eso es lo que quería. Lo único que quería. ¿Qué me dices?

Lucas tragó saliva, mientras notaba su boca secarse y sus músculos tensarse ante el silencio y la expresión de Diana. ¿Por qué no decía nada? ¿Estaba enfadada? ¿Sorprendida? ¿Contenta? ¿Asqueada y avergonzada al mismo tiempo? ¿Era miedo lo que veía en sus ojos? No, miedo, no, estaba aterrada. Joder, la había asustado. ¿Cómo podía haber sido tan torpe como para soltarle

eso de sopetón? No, espera, ahora parecía feliz, ¿Estaba feliz? ¿O estaba disimulando una mueca de asco? Maldita sea, iba a matar a Víctor por hacerle caer en el ridículo más atroz que estaba sufriendo en toda su vida.

Se pasó la mano por la mandíbula, intentando fingir que la desazón no estaba devorando sus nervios en ese instante, mientras el silencio de Diana se le clavaba en las tripas, y todos los demonios libraban una batalla sin cuartel en su cabeza. Tenía que haberse quedado callado, joder. Tenía que haber mantenido la boca cerrada para no caer en el ridículo más atroz que estaba sufriendo en toda su vida.

—Me encantaría ir a cenar contigo, Lucas.

—¿Qué?

«¿Qué?»

—Que me encantaría ir a cenar contigo. Di el día, la hora, y allí estaré —dijo ella, con voz suave, y las malditas burbujas empezaron a llenar su pecho otra vez.

—Pues...no sé...—titubeó, incrédulo aún —¿Este sábado te parece bien?

—Me parece perfecto.

Diana sonrió, con la certeza de que su oscuro príncipe volvía a su vida, mientras Lucas aceleraba, sintiendo que eran los latidos de su corazón, que latían frenéticos, y no el motor del coche, lo que estaba haciendo correr el Audi por la autopista de circunvalación de la ciudad. Era un nuevo mundo, un nuevo universo, y estaba a sus malditos pies.

Valentina salía de la zona de administración, satisfecha por su semana. No había sucumbido ni una sola vez a las invitaciones de bollitos glaseados de Lara, y había ido al gimnasio tres días seguidos. Estaba pletórica. Bajó hasta la sala del café, mientras sentía las endorfinas corriendo por su sistema, y se regodeó en la cara que pondría Lara cuando tuviese que pagar el precio por perder la apuesta. Un buen par de tacones. Pero estaba dispuesta a cambiarlos por una noche de daiquiris y mojitos. Una, que es todo caridad, ya veis.

Llegó a aquella cómoda sala que se había convertido en un segundo hogar, y echó los últimos céntimos que le quedaban en el bolsillo al interior de la máquina de café, rogando para que esta vez ese maldito chisme no se estropeará, cuando las palabras 'Fuera de servicio, lamentamos las molestias', se iluminaron en la pantalla.

—Maldito trasto inútil —bufó.

Palmeó el lateral de la máquina, el frontal, dio un certero puntapié en la base, pulsó botones sin ton ni son, pero nada. El chisme se negaba a funcionar. Se dio la vuelta, airada, dando un paso hacia la salida, cuando un torso duro frenó su avance. Trastabilló hacia atrás, farfullando una disculpa al tiempo que alzaba el rostro para ver contra quién había chocado, y su mente se nubló al reconocer ese perfume. Era él. Solo podía ser él. Marcos Cifuentes. ¿De verdad había tropezado dos veces la misma semana, en el mismo sitio, con él? La estadística es un ser cruel.

—Marcos...—exhaló.

—Hola, Valen, vaya, dos veces en una semana. ¿Intentabas tomarte un café de esa máquina infernal?

—Sí, pero el chisme ha decidido no colaborar.

—Si quieres, puedo invitarte a uno en la cafetería que está enfrente.

Valentina se quedó sin saber qué decir, y negó con la cabeza. No podía tomarse un café con Marcos. Podía saludarle de forma cordial por los pasillos, e intercambiar un par de frases amables, pero, a partir de ahí, era terreno vedado.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque tú...yo...en fin.

Marcos frunció el ceño, dolido, y se cruzó de brazos.

—Para mí también es difícil, ¿sabes?

—Marcos, por favor, no...

— ¡Joder, Valen! ¿Sabes lo que es verte cada día en comisaría sabiendo que ya no puedo tocarte, abrazarte, o...? ¿Por qué me haces esto?

—No te hago nada, Marcos. Tuvimos una relación, rompimos, y ya está.

—¿Y ya está? ¿Tan poco significó para ti lo que tuvimos que me despachas con un “ya está”, sin ni siquiera dejarme intentarlo, sin...?

— ¡No puedo estar contigo, Marcos! ¿Es que no lo entiendes?

—¿Y tú no entiendes que yo ya no puedo seguir fingiendo que estoy bien? ¡No puedo más, Valen! ¡Joder, ¿es que no te das cuenta de que esto me está matando?!

Valentina no contestó, y se apartó de su lado, caminando hacia la puerta. Marcos corrió hasta ella, dándole alcance justo en el umbral, y la obligó a volverse.

—Valen, por favor, espera. Necesito hablar contigo. Por favor, escúchame.

—¿Que te escuche? ¿Qué se supone que tengo que escuchar? ¿Qué te acostaste con Victoria, tu ex, mientras estabas conmigo? ¿Es eso lo que tengo que escuchar?

— ¡Fue un maldito malentendido!

—¿Un malentendido? ¡Me encontré su maldito pendiente debajo de tu cama! ¿Cómo llegó eso ahí? ¿Se teletransportó de su oreja hasta tu dormitorio?

—Valen, yo...

—No —atajó—. No, Marcos, ya no.

— ¡Creí que eras tú, joder, creí que eras tú, y...!

No le dejó terminar. Alzó sus ojos hacia él, con rabia, y se alejó de la sala, dejando su destrozado corazón junto al del policía.

Marcos cerró los ojos con fuerza, volviendo a aquella maldita noche en la que todo se había hundido hasta los cimientos. Valentina y él habían discutido esa tarde, como venía siendo habitual después de volver de visitar pisos de alquiler. Habían decidido irse a vivir juntos, pero siempre había un motivo por el que él rechazaba cualquier oferta. Estaba muy lejos, poco luminoso, muchas escaleras, pocas escaleras, vecinos ruidosos, vecinos silenciosos...siempre había algo. Y esa tarde la bronca había sido monumental. Valentina le echó en cara que quizás ningún piso era lo suficientemente bueno para él porque en el fondo no quería irse a vivir con ella, mientras él lo negaba, aunque en el fondo sabía que tenía razón.

Le aterraba vivir con ella, sí, pero por motivos diferentes. Jamás se había sentido tan vulnerable, tan expuesto, tan...enamorado, y sabía que si la convivencia con ella fracasaba, no lo soportaría. Era ella o el vacío más absoluto. Cuando Valentina se fue de su piso, dando un portazo, él había bebido hasta perder el sentido, y la había telefoneado durante el resto de la tarde y de la noche, mientras el alcohol seguía haciendo su trabajo, embotando sus pensamientos y sentidos.

Al fin, a las dos de la mañana, le había dejado el último mensaje. Apenas había susurrado un “Joder, preciosa, perdóname, por favor, perdóname por todo. Ven a mi casa, por favor, ven y hablemos. Te echo muchísimo de menos, y yo...yo no puedo vivir sin ti, preciosa, no puedo.” Y cayó dormido.

Media hora después, creyó estar en medio de un sueño, cuando la figura de una mujer apareció frente a él, y, entrecerrando los ojos, le besó. Solo que estos besos no sabían a ella. Enredó su puño en sus castaños cabellos, atrayéndola hasta él, con una alarma en la cabeza sonando

constantemente. La apretó contra su cuerpo, saboreando esa piel que ahora se le antojaba extraña, fría. ¿Por qué no sabía a Valentina? ¿Por qué no estallaba el fuego que le consumía cada vez que estaban juntos? ¿Dónde estaban las chispas, la sinfonía de sus jadeos al compás? Sintió sus uñas clavarse en su espalda cuando su boca se ancló a sus senos, chupando, lamiendo, mordiendo... atormentando, y un jadeo salió de sus labios.

La cogió en brazos, sin dejar de besarla, y fue con ella hasta el dormitorio, donde la despojó de hasta la última de las prendas que tenía, mientras sus dedos recorrían cada hueco, cada protuberancia, y ella se estremecía de placer. Volvió a hundir los labios en los suyos, sin lograr encontrar en ellos el sabor de su chica.

La misma alarma de antes volvió a resonar en su cabeza, mientras sentía aquellos labios, ajenos, recorriendo su cuerpo, diciéndole, sin palabras que quizás lo que tenían se había roto de tal forma que sus cuerpos ya no se reconocían. Su chica no había venido para solucionar las cosas, sino para despedirse de él de la forma más sensual que existía. Por eso sentía que la mujer que estaba frente a él, no era Valentina. Y ni sus besos, ni su piel, o sus caricias, eran los de ella. Porque ya había perdido a Valentina. Y perdió el control por completo.

Echó la cabeza hacia atrás cuando había visto esa melena castaña descendiendo por su abdomen, y acarició aquel suave cabello, mientras sentía aquella boca empezando a recorrer su deseo, y gimió, sintiendo cómo su lengua y cada recoveco de su boca se plegaban a él. Anudó sus dedos en sus cabellos, guiándola, cada vez más fuerte, cada vez más rápido, más profundo, hasta que estuvo completamente dentro de ella. Sintió el calor, el sudor, el deseo, el placer que solo ella podía darle, y estalló contra su lengua, que recibió con fruición todo lo que él quiso darle. La sintió retirarse, y tumbarse a su lado, mientras él seguía con los ojos cerrados y la respiración desbocada.

—Valentina, mi amor, yo...tenemos que hablar —jadeó, y sintió el cuerpo de la chica apartarse de forma brusca.

Miró hacia allí, con las tinieblas del alcohol posadas en sus ojos, y la alarma que había estado sonando en su cabeza todo el tiempo, estalló. Recordaba haber buscado el número de Valentina en el listado, pero, al parecer el alcohol y su torpeza habían pasado directamente al nombre posterior. Victoria. Su exnovia. Aquello no podía ser, maldita sea, no.

—¿Victoria? ¡¿Pero qué coño haces aquí?!

— ¡Me llamaste, y me dijiste que viniese! ¡¿No lo recuerdas, o qué?!

—Llamé a Valentina, no a ti.

— ¡¿Qué?!

No recordaba muy bien lo que ocurrió después. Había escuchado gritos, insultos, y había sentido la mejilla arder tras el previsible bofetón que le habría propinado su ex. Pero nada más. Lo que sí recordaba, y con infinita tristeza, fue lo que ocurrió al día siguiente. La visita de Valentina, el perdón, el arrepentimiento, cómo se mezclaron sus cuerpos sobre su cama, cómo la había hecho suya, disfrutando de cada caricia y de cada beso como si fuese la primera vez que lo hacía. Y el pendiente. El maldito pendiente que Victoria había olvidado bajo su cama, y que él olvidó recoger. Maldita sea.

Lucas daba vueltas al rotulador que tenía entre los dedos, con un codo apoyado en la mesa y los dedos enredados en su oscuro cabello. Hizo crujir el cuello, con gesto cansado, cuando sonó su móvil con el nombre de González en la pantalla, y bufó. En ocasiones pensaba que si no fuera porque eran amigos desde hacía años, a estas alturas ya le habría pegado un tiro.

—Sanz.

—Soy Víctor.

—Ya sé quién eres, veo tu nombre en la pantalla de mi móvil cuando me llamas. Cielo santo, cada vez me arrepiento más de haberte dado mi teléfono. ¿Qué quieres?

—Preguntarte qué estás haciendo.

—¿Ahora mismo? Intentando deshacerme de un amigo pesado.

—Ja, ja, qué gracioso estás hoy.

—Sí, ya ves. En fin, estoy cansado, dime qué quieres de una vez para que yo pueda decirte que no y cada uno pueda seguir con su vida en paz.

—Solo quería saber si te apetecía salir el sábado para despejarte.

—No puedo, tengo planes.

—¿Planes? No pensarás volver a meterte en aquel antro y beberte todas las reservas de whisky del planeta, ¿verdad? —Se hizo un leve silencio, y el Jefe de Policía bufó, cargando como un toro—. Maldita sea, Lucas, que vas a terminar enfermando, joder, y...

—Voy a ir a cenar con Diana —le cortó, y al segundo se arrepintió de haberlo hecho. Aquello había sido como darle un bistec poco hecho y sangrante a un tiburón. Se hizo tal silencio en la línea, que Lucas miró el dispositivo, por si la llamada se hubiera cortado.

—Víctor, ¿Sigues ahí?

—¿Se la has levantado a Borja Gómez?!

—No le he levantado la novia a nadie, solo vamos a ir a cenar.

—Está bien, me creeré que *solo* es una cena con una *compañera de trabajo* —dijo, intentando que su amigo captara el tono, algo que el aludido ignoró.

—Mejor, porque eso es exactamente lo que es. Una cena con una compañera de trabajo.

—Está bien, *compi* del año. ¿Y adónde piensas llevar a cenar a la maciza de tu *compi* de trabajo a cenar?

—A *La Nuit*.

—¿A *La Nuit*? ¿Pero *La Nuit*...del acantilado?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Joder, Lucas —empezó su amigo—. Nadie lleva a una compañera de trabajo *solo a cenar* al restaurante más caro de la provincia.

Lucas suspiró, admitiendo que su amigo tenía razón. Era un sitio bastante caro, pero su ubicación, su ambiente, y su exquisito menú le habían hecho poseedor del título de mejor restaurante de la zona, así que ese había sido el elegido. Eso, y porque su hermana se lo había recomendado tras un intenso interrogatorio sobre Diana en el que él había tenido que ponerse en la piel de duro policía para no desvelar más información que la que le dio. Era una compañera de trabajo, una excelente investigadora, y una buena persona. Punto y final.

—Pues mira, me alegro de ser el primero.

—Y tan primero. Uh, uh, macho, tú estás pilladísimo por la rubia.

—Anda, déjame tranquilo, y ponte a trabajar.

—Está bien, pero esto no acaba aquí. Quiero detalles jugosos.

— Adiós, cotilla.

Lucas suspiró, y colgó. Desde luego, González bien podría ganarse la vida como portera. Dio unos toquecitos con el teléfono en su mesa, y tecleó el número del restaurante. Esperó, con impaciencia, a que sonaran seis tonos hasta que una voz de mujer contestó al otro lado.

—Buenas tardes, restaurante *La Nuit*, le atiende Nadine.

—Buenas tardes. Llamaba para hacer una reserva.

—Pues lamentamos comunicarle que hasta dentro de dos meses no tenemos mesas libres.

—Entiendo —resopló con fastidio. Su plan acababa de irse al garete—. De todas formas, ¿Podría avisarme si hay alguna cancelación de última hora?

—Por supuesto. ¿Su nombre?

—Lucas Sanz Martín.

Se hizo un silencio inmediato al otro lado, y la chica pareció afectada. Su fama le precedía, sin duda, y pudo corroborarlo cuando escuchó sonido de teclas y papeles al otro lado, moviéndose frenéticos.

—Espere, señor Sanz, por favor. Enseguida le pondré con Cristian, el maître. Él le atenderá personalmente.

La aguda voz de un hombre le perforó los tímpanos, y el infierno se abrió solo para él. Diez minutos después colgó el teléfono, con el cerebro saturado tras el interrogatorio. Había creído, ingenuamente, que solo tendría que concretar la hora, el día, y, acaso, el menú, pero ese tal Cristian le había hecho ver que estaba muy equivocado. Aquello era peor que un operativo.

Primero le sometió a un tercer grado sobre el tipo de relación que mantenían Diana y él antes de decidir en qué mesa les colocaba, y luego siguieron las preguntas que hicieron que su cabeza casi explotara. ¿Qué quería transmitirle con esa velada? ¿Qué quería hacerla sentir? ¿Qué música querían escuchar, y en qué orden? ¿Necesitaban algún tipo de iluminación especial? ¿Cuánta distancia quería que hubiese entre las sillas? ¿Quería que la vajilla resaltase el color de sus ojos, o, por el contrario, quería que fueran de la misma gama cromática? ¿Qué tipo de cristalería preferirían para la cena? ¿Quería que los cubiertos fueran hervidos, o lavados a presión?

Pero no quedó ahí. El hombre le siguió preguntando sobre el tipo de champán, de vino, si necesitaban un postre especial, y...lo mejor, qué perfume usaba Diana, para no contrarrestar su aroma con el de las flores que adornarían la mesa. Llegados a este punto, el Director Adjunto Operativo de la Policía estaba tan abrumado que ya apenas podía decir un par de palabras seguidas con coherencia.

«Huele al maldito paraíso, cretino», estuvo a punto de responder, pero se contuvo.

—Pues...no lo sé, a melocotón.

—¿A melocotón?

—Sí, huele a melocotón —contestó, ofuscado.

El hombre farfulló algo en francés, y oyó cómo rasgaba un papel.

—*Très bien, très bien, et...monsieur*, ¿Sabe el color del vestido que llevará la dama, para conjuntarlo con el mantel y las servilletas?

—Pues...no sé, rojo, supongo —se vio respondiendo, sin tener ni idea de qué tenía planeado Diana llevar para la cena. Lo cierto es que el rojo le sentaba fenomenal, y quizás se decantase por ese color.

—¿Rojo, supone? ¿Pero qué rojo? ¿Rubí, inglés, teja, bermellón, borgoña, carmesí, escarlata, fresa...?

Inspiró con fuerza, algo aturdido, y negó con la cabeza. Rojo, no. Mejor, otro color.

—Quizás vaya de negro...

—¿Grafito, petróleo, carbón, ébano, azabache...?

—¿Blan...co?

—¿Alabastro, puro, hueso, tiza, nieve, roto, perla, seda?

«¿Pero qué...?»

—¿Verde, quizás?

El maître dijo algo en francés que le sonó a bofetón lingüístico, y colgó el teléfono. Se quedó mirando hacia el tráfico que pasaba por la calle, pensando que, al día siguiente, a esta misma hora, estaría cenando con la mujer más increíble del mundo. Por fin tendría una cita con Diana. Se repitió esa frase tres veces, para hacerla más real, y se levantó de la butaca. Tenía algo que hacer algo antes de la cita. Bajó al garaje, metiéndose en el Audi, y salió de allí a toda velocidad, con los labios curvados hacia arriba.

Diana chasqueó la lengua, molesta, mientras rebuscaba en cada cajón de la cocina de su chico. ¿Dónde habría puesto Borja el café? Movió un par de botes, hasta que un tirón en la pierna la hizo detenerse, y maldecir como un camionero. ¿Por qué demonios Borja no ponía el café en un estante intermedio, como hacía el noventa y nueve por ciento de la población? Sacudió la cabeza, y maldijo su metro setenta, su cocina, los estantes altos, y hasta al mismísimo santo de los botes de café, si es que existía, cuando una voz la sobresaltó.

—¿Qué haces, Didí?

—Oh, menos mal que estás aquí. ¿Dónde has puesto el café, Borja?

—En la estantería de abajo, donde ha estado siempre —contestó él, despacio, mirándola de reojo—. Lo recordarías si pasases más tiempo aquí, en vez de...en fin, donde sea que estés todo el día metida.

Diana recogió el dardo venenoso, lanzando una tímida sonrisa de disculpa.

«Espero apartarme a tiempo para la próxima bala que me lance.»

—Paso demasiado tiempo encerrada en comisaría, y quizás eso ya esté causando estragos en mi cerebro.

—Ya veo —contestó él, y guardó silencio durante unos segundos, mientras la veía llenar la cafetera italiana y ponerla sobre la vitrocerámica—. Si quieres, cuando salgas hoy, podríamos ir a tomar algo, o a cenar, para que te despejes —ofreció, tanteándola. La cuerda se estaba tensando entre ellos, e iba a romperse.

—No lo sé. Lucas y yo tenemos que terminar unos informes, y...

Estalló.

— ¡Estoy harto de todo esto! ¿vale?

—¿Qué?

—Empiezo a cansarme de no poder verte o estar contigo cuando me apetece. Te echo de menos, y necesito estar contigo. Y necesito que tú estés conmigo cuando estemos juntos, Diana, porque te juro que ya no sé ni qué pensar de todo esto.

—¿De todo esto? ¿Qué es todo esto?

—Desde que has cogido este maldito caso apenas nos vemos, y cada vez que te llamo estás demasiado ocupada para atenderme porque estás haciendo vete tú a saber qué con el maldito Sanz.

—¿Haciendo vete tú a saber qué? ¡Estamos trabajando!

—Sí, claro, y yo tengo que creérmelo.

—¿Cómo puedes decirme algo así?

—¿Decirte el qué? ¿Qué ya nunca estamos juntos porque prefieres ese caso que a mí?

—No prefiero al caso que a ti, Borja, pero entiende que ‘Pez de Siam’ era mi caso, y algún bastardo lo reventó desde dentro. Por eso estoy invirtiendo tanto tiempo en dar con él. Quiero atraparle antes que nadie. Maldita sea, ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Lo único que entiendo aquí es que tu trabajo está por encima de mí, eso es lo único que entiendo aquí —sentenció, y una sonrisa ladina apareció en su rostro—. O quizás no. Quizás no es el caso lo que estás poniendo por encima de mí, a otra persona, más bien.

—¿Qué?

—Oh, vamos, ¿Te crees que soy idiota? ¿Sabes todo lo que he tenido que oír sobre vosotros dos? Los rumores, los comentarios velados, los susurros...

—¿Desde cuándo te preocupa lo que piense la gente de nosotros?

— ¡Me importa desde que sé que puede ser verdad! ¿Sabes lo último que he tenido que escuchar? Que vais a ir a cenar juntos —la miró directamente —¿Eso es verdad, Didi? ¿Vas a ir a cenar con él?

—Sí, pero...

— ¡¿Qué?!

—Borja, no es...solo es...

—Oh, claro que lo es. Dime, ¿ahora es cuando me dices que para ti Lucas solo es un compañero más, o vas a esperar a que te baje las bragas en el asiento trasero de su coche para decírmelo?

— ¡Es mi jefe, Borja!

—Y el primer hombre del que te enamoraste, ¿te crees que no lo sé?

—¿Qué?

—Sé que sientes algo por ese bastardo, Diana, lo sé. Lo veo en tus ojos, lo siento cada maldito día. Ya no hay fuego, Didi, no lo hay desde que ese bastardo llegó a Pinar, ¿Y sabes por qué?’ ¡Porque le amas a él, joder! ¡Le amas! ¡Y encima te atreves a negármelo!

Se quedaron mirándose, con la sensación de que los últimos capítulos de su historia de amor ya estaban escritos. Borja se giró, abandonando su piso, mientras la cafetera borboteaba sobre la vitrocerámica, y las lágrimas de Diana se estrellaban contra el suelo.

A las ocho menos cinco de la tarde del sábado, Lucas esperaba a Diana frente a su portal, nervioso. Tamborileó con los dedos sobre el logo del volante del Audi, pensando en la reserva del restaurante. Había elegido un menú no incluido en la carta del restaurante, para desesperación del chef, y habían tenido que comprar los ingredientes y prepararlos exclusivamente para esa cena. Por no mencionar el vino y el champán. Marta, su hermana, se los había enviado desde las Islas Canarias, donde residían sus suegros, vía expés. Había sido una odisea traerlos, pero quería que Diana degustara esos vinos nacidos de las volcánicas entrañas de la tierra.

En ese instante escuchó el ruido de una puerta abrirse, y la mujer más bella de la tierra apareció, con un ceñido vestido rojo tipo años cincuenta a la altura de las rodillas que abrazaba cada curva de su cuerpo con encanto, y unos tacones de vértigo de color negro con tachuelas. El rojo de sus labios y su grueso *eye liner* le remontó años atrás, en aquella explanada de aparcamiento, y tuvo que reprimir con fuerza las ganas de besarla allí mismo.

Era el mismo modelo, en versión sofisticada, del día que se conocieron. Vestido rojo, peinado *pin up*, tacones negros. Y ese inmenso rojo que enmarcaba sus gruesos labios. Era preciosa, por todos los cielos que lo era. Y él inmensamente afortunado por tenerla esta noche solo para él. Porque esta noche, Diana era solo suya. Daba igual que mañana otro rozara su piel, y besara sus labios. Esa noche solo existían ellos dos.

Salió del coche, yendo a su encuentro con una sonrisa que esbozó sin esfuerzo, y se acercó hasta ella, dándole un suave beso en la mejilla, mientras el olor a melocotón de Diana le envolvía como un suave pañuelo. Como la velada fuera lo mitad de increíble que habían sido esos dos segundos, iba a terminar ardiendo.

—Su carruaje le espera, princesa —dijo, con galantería, haciendo que ella sonriera.

—Ten cuidado, Sanz. Me acostumbro demasiado rápido a lo bueno, y después te voy a exigir cada día lo que me ofrezcas hoy.

—¿Y por qué no lo haces? —susurró, y ella cruzó una mirada con la suya. Definitivamente, uno de los dos iba a terminar envuelto en llamas esa noche.

Se metieron en el Audi, y se incorporaron con suavidad al tráfico. Durante varios minutos, tan solo la música de LP, en tenue volumen, llenó el ambiente, mientras las densas respiraciones de ambos, conteniendo todas las palabras que no se atrevían a pronunciar, se imponía en el interior de aquel vehículo.

—Estás preciosa, Diana —murmuró Lucas, mirando apenas unos segundos hacia ella.

—Gracias, bueno, tú...también.

—¿Estoy precioso? —rio.

—Oh, más que eso. Estás celestial, como un querubín. Solo te falta el arpa.

Lucas se carcajeó, mientras giraba el volante, esquivando el pequeño atasco que se veía a lo lejos, mientras Diana era incapaz de apartar sus ojos de él. Sí que parecía algo celestial. Llevaba puesto un pantalón gris oscuro, a juego con la chaqueta, una camisa de color azul marino y la sonrisa más sexy y arrebatadora que se hubiese fabricado. Sus ojos ascendieron hasta sus gruesos labios, y suspiró. Esa noche iba a ser un infierno, ya lo estaba viendo, así que más le valía ir controlándose desde ese preciso momento, o la combustión espontánea de la que solía hablar

Valentina iba a convertirse en algo muy real. Se quedó en silencio unos segundos, y su rostro se iluminó cuando tomaron la carretera de la costa.

—¿Vamos al restaurante de las Salinas? —preguntó, emocionada—. He oído que hacen una parrillada de pescado maravillosa, y...

—He reservado mesa en *La Nuit*.

Diana parpadeó, girándose hacia él. Era imposible, completamente imposible, reservar mesa en ese local con tan poca antelación. Por no hablar de que era increíblemente caro. Caro, y fabuloso. Tanteó su bolso, recordando, que, por fortuna, había traído la tarjeta, y respiró tranquila. Iba a tener que comer espaguetis con ajo lo que le restaba de mes, pero estaba segura de que valdría la pena.

—Vaya. Siempre...siempre he querido ir allí.

Le vio sonreír, y continuaron el trayecto en silencio, mientras ella miraba hacia la carretera de los acantilados, donde la potente brisa se colaba por el respiradero del coche. Se abrazó los brazos, viendo cómo Lucas encendía la calefacción, y sonrió, apreciando ese pequeño gesto. Lucas era un conjunto de pequeños gestos amables, pequeños detalles que, si prestabas la suficiente atención, te permitían conocerle. Y cuando lo hacías, asumías que, a partir de ese instante, ya no podrías separarte de él. Lucas era el hombre más maravilloso del mundo, envuelto en un físico tan potente que abrumaba.

Las luces del fabuloso restaurante *La Nuit* aparecieron ante ellos, y Lucas aminó la velocidad para subir la empinada cuesta que llevaba al local, situado en lo alto de uno de las colinas que daban a los acantilados de la costa. Era acristalado, de inspiración francesa, y cientos de bombillitas adornaban un pasillo hasta la entrada que parecía susurrar, bajito, que aquí era donde los sueños se hacían realidad.

Llegaron a la explanada del aparcamiento, y Lucas aparcó en el exterior. Salieron del coche, y la chaqueta del policía cayó sobre los hombros de la chica antes de que ella pudiese incluso estremecerse por el cambio de temperatura. Entraron en aquel restaurante sacado de un cuento de hadas, y una maquilladísima camarera les invitó a pasar.

—Bienvenidos a *La Nuit*. Señor Sanz, señorita Espona, les hemos reservado la mesa Casiopea, en la segunda planta. Acompañenme, por favor.

Diana sintió la mano de Lucas posada en su espalda, acompañándola hasta la planta superior del restaurante, donde el íntimo ambiente la llenó por completo, y exhaló cuando vio la mesa que les habían asignado. Estaba frente a los enormes ventanales que daban al acantilado, y si uno se asomaba, parecía flotar sobre las olas. Sobre el techo, cientos de luces diminutas dibujaban la constelación de Casiopea. La mesa estaba brillantemente decorada con cubertería y menaje plateado. En el centro, una pequeña corona de rosas negras, violetas y peonías blancas destacaba con el mantel azul oscuro, casi violáceo, que lucía impoluto.

Emocionada, tomó el móvil, haciéndole varias fotos. Las chicas iban a palidecer en cuanto vieran aquello. La camarera apagó la luz del pequeño reservado, haciendo que un centenar de pequeñas bombillas que estaban en las paredes genialmente camufladas se encendiesen, creando ese ambiente en el que nacen las más bellas historias.

La policía miró hacia Lucas, conteniendo la respiración, sin poder decir una sola palabra. Estaba turbada por todo lo que Lucas había preparado para una simple cita. Nunca, ningún chico, ni siquiera Borja, se habían molestado tanto por preparar algo así para ella.

—¿Te gusta? —preguntó él, visiblemente nervioso.

—¿Bromeas? Es un sueño, Lucas.

El policía sonrió, y se acercó para retirarle la silla con amabilidad, mientras Diana sentía que

esa noche iba a ver las estrellas, y no precisamente las del cielo. El camarero llegó a la mesa, informándoles del menú que Lucas había escogido para la cena. Cuando el hombre se retiró, miró hacia Lucas, con timidez, y sonrió.

—Como me sigas mimando así, voy a pedir el traslado por exceso de atenciones.

—No te emociones, rubia, que aún la noche no ha empezado.

Llegó el primer plato, nigiri de langostino azul, mientras ellos rompían el hielo, salpicados con un estupendo Malvasía, y, cuando llegó el segundo, abalón ahumado con crema de yogur y espuma de puré de patata con tinta de calamar, ya estaban inmersos en un montón de temas dispares, mientras sus manos y sus miradas se entrelazaban sin llegar a hacerlo.

—En realidad apenas sé nada de ti, Lucas —tanteó—. ¿De dónde eres?

—Soy de la capital. Nací y crecí allí, hasta que a los dieciocho años accedí al cuerpo de policía tras un breve paso por el ejército, y, bueno, mi vida cambió a partir de entonces. Aún conservo mi piso en la capital, pero bueno, es más un museo que otra cosa.

—Mis padres también tenían una casa en Pinar que era casi su cuartel general, pero en el que apenas vivimos dos meses. Aún no he podido volver allí, y no sé qué haré con esa casa, en realidad. Quizás termine vendiéndola algún día, o yéndome a vivir allí. No lo he decidido aún.

—Vaya.

Diana se encogió de hombros, y revolvió el café.

—Ya ves. ¿Y no echas de menos Madroñal?

—Claro que sí. Mi familia y mis amigos viven allí, y los echo de menos, claro que sí. Bueno, a ellos, y a esos monstruitos que tengo por sobrinos, y que cual...

Se quedó callado al instante, y ella no pudo menos que enternecerse. Lucas llevaba tanto tiempo en los servicios secretos que había asumido con normalidad no dar ninguna información sobre su vida personal. Pero esa noche la coraza había caído, y ella estaba viendo, de verdad, y por vez primera, al verdadero Lucas. Y le gustaba, le gustaba muchísimo.

—Vaya, vaya, así que el tío Lucas...

—Pues...sí —sus labios se curvaron, relajados—. Se llaman Nora y Leo. Seis y cuatro años tienen los angelitos.

—Seguro que son adorables.

—Son unos auténticos diablillos de la peor calaña, en realidad, no te dejes engañar por su cara de tiernos infantes.

—¿Y te gusta estar con ellos?

—¿Con mis sobrinos? Sí, claro. Me vuelven loco cuando voy a visitarlos, y más de una vez he terminado con un terrible dolor de cabeza cuando los acuesto en la cama tras estar todo el día batallando con ellos, pero me encanta que pasemos tiempo juntos.

El corazón de Diana creció varios centímetros al oírle decir algo tan tierno. Seguro que era un tío fabuloso, y, estaba convencida, sería un padre excelente. En ese instante la imagen de Lucas jugando con y sonrió, imaginando a Lucas jugando con un bebé sobre la mullida alfombra de la sala de estar de su piso le llegó en una oleada, y tuvo que parpadear, reconduciendo sus pensamientos. Lucas era su jefe. Su jefe, no el futuro padre de sus hijos. ¿Pero qué demonios le pasaba?

—Pero bueno, es difícil compatibilizar esta vida con una familia. Y más siendo el...

Se quedó abruptamente en silencio, y miró a Diana, con alarma. Había estado a punto de confesarle que era el Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional. Un puesto que siempre debía permanecer en la sombra por motivos de seguridad. Sus ojos buscaron los suyos, en busca del mínimo resquicio de sospecha en los ojos de la chica...y lo encontró, por supuesto que lo

encontró. Diana era más perspicaz de lo que él podía imaginar.

—¿...El trabajo más duro y hermoso que existe? —terminó ella por él, y él agradeció esa pequeña tregua.

—Por no mencionar que es el más agotador. No sabes la cantidad de memos y muñequitas góticas que tengo que soportar a diario.

— ¡Pero serás...!

Se rieron, y siguieron degustando el delicioso menú con el fabuloso vino, con la sensación de que esa noche se había abierto un paréntesis en el tiempo, y que las estrellas se habían alineado en la posición correcta. Acababan de encontrarse, de verdad, por primera vez. Dos almas en mitad de este loco mundo que habían encontrado su lugar.

—Nunca respondiste a mi pregunta —dijo él, y sus ojos se clavaron en los suyos.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué tiraste una piedra a mi coche aquella vez?

Se mantuvieron la mirada, mientras sus mentes volaban cinco años atrás, hacia aquella explanada, a las llamas, los restos del coche volando por los aires, el humo. Sus cuerpos pegados como uno solo.

—Porque —balbuceó—, bueno, yo...

—Yo, bueno, aquel día...yo...yo...—se justificó, torpemente —quería verte la cara, y...

—¿Qué? —Lucas dejó caer la cuchara del café con estrépito sobre el platillo —¿Me lo estás diciendo en serio?

—A ver —se defendió—, si te hubieses dado la vuelta para que pudiera ver otra cosa que no fuese tu trasero, no habría tenido que lanzar esa piedra contra tu coche para que te girases.

—¿Así que estoy vivo por mi cara bonita?

—Más bien por tu trasero resultón.

—No me lo puedo creer.

—¿Si te digo que yo tampoco, me creerás?

—Si no te conociese, desde luego que no, pero cómo ya sé cómo eres...sí, sí que me lo creo. Ya por entonces eras una pequeña hecatombe nuclear con patas.

—Bueno, te salvé la vida. Eso cuenta, ¿No?

—Y después me abofeteaste, te recuerdo.

Se miraron, sin dejar de reírse. Desde luego, su encuentro había sido algo inolvidable. Una piedra, una bomba, un insulto y un bofetón. Insuperable.

—¿Has vuelto allí alguna vez? A la explanada, quiero decir.

—No, lo cierto es que...no —mintió él.

Sí había vuelto, y lo había hecho para buscarla. Había preguntado por ella en la universidad, aludiendo una investigación policial en marcha. No pensaba dejar ir a esa muñequita siniestra sin antes haber dejado todas sus huellas dactilares sobre esa piel de alabastro. Había esperado en aquella sala de blancas paredes, cuando una mujer llegó hasta él, y le mostró la solicitud de baja del centro de Diana. La había perdido.

Se alejó de allí, tras farfullar un “gracias”, que no estaba seguro de haber pronunciado, consciente de que le había arruinado la vida a esa preciosa muñeca de aspecto roquero. Sus padres, al saber lo que había ocurrido, se habrían mudado de allí rápidamente antes de que el nombre de su hija saliese a la luz, desvelando su paradero, algo muy peligroso en el mundo en el que se movían. Y había sido por su culpa. La miró, con gesto de disculpa, y susurró.

—¿Y tú? ¿Has vuelto alguna vez allí?

—No —mintió ella también.

Al día siguiente había ido, y, saltándose el cordón policial, había recogido un trozo de chasis del BMW que aún tenía motas de sangre de Lucas. Lo había envuelto en un pañuelo y se lo había llevado a casa. Ahora yacía en el interior de una bonita caja de madera negra con calaveras, donde guardaba sus objetos más preciados.

—Siento que por mi culpa tuvieras que abandonarlo todo.

—¿Crees que dejé la universidad por la explosión?

—¿No fue así?

—No, claro que no. Fue por ti, Lucas.

Si existiese un color para describir lo que sintió Lucas en ese momento, sería...rojo. Intenso, ardiente y devastador rojo.

—Por...¿mí?

—Sí. Gracias a lo que ocurrió, ese mismo día decidí que quería ser policía. Para...para volver a verte, Lucas.

El Director Adjunto se echó hacia atrás en la silla, comprendiendo, en un solo segundo, la brillante trayectoria profesional de Diana. Había estado escalando peldaño a peldaño en el escalafón policial a base de esfuerzo y dedicación, no por ambición profesional, o para alimentar su ego, no. Había estado subiendo escalón a escalón por...él. Habían estado buscándose sin ni siquiera saber que lo estaban haciendo.

Diana suspiró, mirando hacia la noche, que se cerraba sobre sí misma, y miró su taza vacía de café, antes de volver los ojos hacia Lucas. Las pupilas de ambos se dilataron a la vez, desnudando todas las emociones que habían mantenido demasiado tiempo silenciadas, y los dedos avanzaron trémulos por el mantel, buscándose, deseándose.

En ese instante una camarera sonriente se acercó hasta ellos, diciéndoles de forma muy amable que ya iban a cerrar el restaurante. Lucas asintió, y Diana miró su reloj de pulsera. Habían extendido la velada casi una hora después de la hora de cierre del restaurante. La magia, el maravilloso paréntesis, había acabado, y era hora de volver a la realidad, donde volvían a ser la agente Diana Espona y...lo que fuera, multitarea, súper policía, peligro personificado, sensualidad hecha hombre, súper agente, Lucas Sanz. Superior y subordinada. Policías. Compañeros.

La chaqueta del policía volvió a cubrir sus hombros, y ella se estremeció. Solo que esta vez no fue por el frío. Algo había cambiado en ella, algo que le asustaba admitir. Se metieron de nuevo en el Audi, y se dirigieron a la costa, con una balada de *Whitesnake* sonando en el equipo de música. Aparcaron en uno de los miradores que daban a una de las recónditas calas, viendo cómo la noche se imponía con su suave y oscuro velo, y Diana se volvió hacia él, confusa.

—¿No me ibas a llevar a casa?

—No, aún no. Venga, sal del coche y acompáñame, tengo que enseñarte algo.

—¿El qué?

—Ya lo verás, Espona, venga, vamos, no me hagas relegarte a archivo para siempre por insufrible —le abrió la puerta del Audi y le señaló unas pequeñas escaleras labradas en piedra, que descendían hasta una de las calas—. Vamos, hay que bajar hasta la playa.

Descendieron por aquella angosta escalera hasta la pequeña playa, y, cuando apenas quedaban un par de escalones para tocar la arena, se detuvo, mirando hacia la fina arena blanca, y lo que había sobre ella. Miró hacia Lucas, mientras sentía las primeras lágrimas recorrer sus mejillas, y apenas pudo balbucear un atropellado “Lucas, ¿qué...?”, porque en mitad del manto dorado había cientos de conchas formando una réplica exacta del tatuaje de estrella de mar que ella llevaba tatuada en su muñeca. La estrella que simbolizaba los sueños por los que debemos luchar.

—Bienvenida a tu sueño, princesa —susurró Lucas a su lado, y ella le abrazó. Era lo más

romántico que habían hecho por ella en toda su vida.

Hundió el rostro en su cuello, aspirando su olor, y algo chispeante, abrasador, ligero...mágico, recorrió hasta la última de sus células, sabiendo que su destino pasaba por esas pupilas de ébano. Dos oscuros espejos en los que podría zambullirse hasta ahogarse sin que un solo grito saliese de su boca.

—Lucas...—exhaló.

—Diana...—murmuro él, con la voz ronca.

Respiraciones agitadas, manos que se deslizan, miradas llenas de deseo, una playa solitaria, la luna reflejando en el mar, la suave brisa, y dos cuerpos con la piel en llamas. No había un escenario más perfecto para que los sentimientos se liberaran, y la piel reclamase lo que era suyo. Era el momento. Llevaban esperándose toda la vida. Las uñas de ella rodaron por el cuello de Lucas, y su bronca respiración avivó el calor que sentían en sus corazones.

«Bésame, por favor, bésame, Lucas.»

Sus labios se entreabrieron, y aspiró el cálido aliento del policía sobre su boca, sintiendo que le faltaba el aire...necesitaba ese aire que solo Lucas podía aire, ese aire que la llevaría al maldito paraíso y que ella estaba desesperada por probar. Estaba a punto de caer al vacío.

Ese era el momento en el que ellos debían continuar lo que dejaron que muriera en aquella explanada, cinco años atrás, o continuase como los cuentos de hadas. Porque se deseaban, porque la atracción era tan inmensa entre ellos que bastaría una sola chispa entre ambos para que la tierra ardiera entera hasta el núcleo. Era amor lo que sentían, ahora lo sabían. Cerró los ojos, expectante, y todo se volvió...frío.

—Es tarde, te llevo a casa —dijo él, separándose de ella.

«¿Qué?¿Cómo que...a casa?¿Qué?»

La burbuja había explotado, y el agua les había salpicado, devolviéndoles a la realidad.

—Toma, ve yendo al coche —dijo él, tendiéndole las llaves del Audi, sin mirarla, posando una mano en su nuca—. Yo subiré enseguida, tengo que...necesito...

«Necesito que me dé el aire o explotaré como un maldito volcán.»

Ella asintió, en silencio, y empezó a caminar deprisa hacia las escaleras, mientras sus ojos se humedecían y las pestañas apenas podían contener ya las lágrimas que luchaban por escapar.

«Aguanta hasta las escaleras, Espona, maldita sea, aguanta. Vamos.»

Casi había llegado a los primeros peldaños, cuando sintió unos pasos detrás de ella, veloces, y unos fuertes brazos la rodearon, apretándola, reclamándola, y se perdió. Por completo. Los dedos del policía se enredaron en su rubio cabello, y sus cuerpos se encajaron en un abrazo que hablaba de necesidad, de pertenencia, de desesperación. Lucas apoyó su frente contra la suya, cerrando los ojos, y ella arañó su nuca, incapaz de separarse de él un solo milímetro más.

—Nunca pude olvidarte, Diana, y no lo hice porque no pude, ni quise hacerlo. Nunca. Aquel día mi vida, mi mundo, todo lo que conocía se vino abajo, y lo hizo porque tú llegaste a mi vida, trastocándolo todo. Y desde ese día, todo lo que he hecho, todo lo que soy, ha sido gracias a ti, Diana. Porque quería ser digno de ti, y porque yo...maldita sea, te quiero, Diana. Te quiero.

No hizo falta más. Sus labios se estrellaron, sus dientes mordieron, y sus lenguas exploraron con ansia aquello que llevaban reclamando desde que vieron por primera vez, fuera de control, mientras el sabor de uno y otro se entremezclaba en sus labios. El deseo, el amor, la desgarradora necesidad del otro se reunieron en aquel momento en el que la piel y las emociones reclamaban lo que tanto habían echado de menos.

Lucas se enredó en ella, con todo su mundo cayéndose a pedazos en aquel momento. Si Diana quería destrozarle el corazón, podía hacerlo, podía romperselo hasta hacerlo trizas, podía romper

su cuerpo y destrozar su alma, porque ya nada importaba. Su vida entera le pertenecía, por completo y hasta el final, porque ahora sabía que su destino estaba unido al de ella.

Su mano se deslizó hasta la mejilla de la chica, y sus ojos volaron hacia los suyos. La conexión volvió a resurgir de donde estaba enterrada y toda la electricidad, las chispas, las burbujas, y las malditas mariposas se liberaron al fin, batiendo furiosas en su interior, mientras una verdad se abría paso en su corazón. Daba igual cuánto tiempo hubiese pasado, lo que hubiesen vivido por separado, y qué los hubiese unido otra vez. No podrían separarse en lo que les restaba de vida, y esa certeza les atravesó el pecho, donde el nombre del otro, grabado a fuego, les abrasó por completo. Porque su amor era así. Incondicional. Invencible. Infinito.

Fernández miraba ceñudo la ciudad de Madroñal mientras esperaba a Sanz y a González. El informe de Diana Espona que casi acusaba directamente a la policía de estar detrás la guerra de clanes criminales que estaba asolando toda la provincia de Pinar era mucho más que preocupante. La joven agente había apoyado esa idea con más de un centenar de datos cruzados, llamadas telefónicas, e historiales de algunos de los delincuentes. Había sido exhaustiva, pormenorizando cada detalle, apoyando cada nueva idea con hechos. Había hecho un gran trabajo, no podía negarlo.

Y justo por eso su informe era tan preocupante. De demostrarse cada punto que afirmaba, esas conclusiones podía traer unas consecuencias nefastas para la imagen de la policía de cara a la opinión pública. Y no podía arriesgarse a que su nombre se manchase. Algo así podía echar por tierra décadas de brillante e impecable trabajo.

Cruzó los brazos a la espalda, mirando por el ventanal la iluminada ciudad, cuando sintió la conocida vibración en el suelo de su despacho que marcaba que el helicóptero que había traído a los dos policías acababa de posarse en el helipuerto de la comisaría central. Suspiró, y se mantuvo en la misma posición hasta que un toque de nudillos en la puerta, le anunció que Sanz y González ya estaban aquí. Les saludó con un enérgico apretón de manos, y les invitó a tomar asiento.

—Gracias por venir, agentes —empezó—. Les he convocado a esta reunión de urgencia porque la agente Espona envió hace unos días unos informes a central planteando una nueva vía de investigación que temo pueda traer consecuencias imprevisibles para el cuerpo que representamos.

—La guerra de clanes. Sí, lo sé, también leí el informe —dijo Lucas, con gravedad.

A su lado, Víctor entrecerró los ojos, asintiendo, con sus pensamientos caminando por otro sendero. Llevaba más tiempo que Lucas manejando esos puestos burocráticos, y sabía que Fernández ya intuía que la policía estaba detrás de todo esto desde hacía tiempo. Las cifras eran demasiado escandalosas como para pasarlas por alto, lo que era una clara muestra del escaso interés que tenía ese burócrata por acabar con todo. La cuestión era por qué les había hecho venir. Diana había enviado el informe hacía demasiado tiempo.

—Todos leímos el informe, Fernández —comenzó Víctor—. La teoría que plantea Espona es demoledora para la policía, lo sabemos, y ha supuesto un giro en el caso.

—No solo un giro en el caso —matizó Lucas, haciéndole un gesto con el mentón, indicándole que él seguiría con la conversación con el superior de ambos—. Fernández, esto es demasiado grave, demasiado serio, y por ello necesitamos abrir una pieza separada para separar lo que planteó Diana.

—¿Una pieza separada? ¿Se refiere a abrir otro caso paralelo?

—Sí, por supuesto, pero para ello necesitaríamos más medios, más agentes...esto va a necesitar mucha infraestructura.

—No —contestó Fernández, deprisa. Demasiado deprisa..

—¿No?

—Denegado.

Los dos policías intercambiaron una rápida mirada de estupor. ¿El propio Director General de la Policía rechazaba la investigación de uno de los mayores escándalos de corrupción? ¿Qué estaba pasando allí?

—Fernández —llamó, o más bien, atacó, Lucas—, esto es una maldita bomba dentro de la policía, un...

—Sanz, he dicho que no. Puede investigar ese caso que propone Espona como un anexo al caso que llevan, si quieren, pero no voy a aprobar la apertura de otro mayor.

—¿Es una maldita broma? Fernández, si Diana tiene razón, y podemos demostrar que la policía ha estado detrás de todo esto desde hacen años, pedirán la cabeza de todos. De todos, incluida la suya, ¿Lo entiende?

—Está bien, le pondré un par de agentes más de apoyo, pero...

—¿Un par de agentes?

—Con un par de agentes más, será suficiente, estoy convencido.

Lucas explotó.

—¿Pero se da cuenta de lo que está diciendo? ¡Los Brozovic y los Rosslyn llevan años peleándose delante de nuestras narices, y alguien de la policía ha estado encubriéndolo, apoyando a los Brozovic, mientras usted fingía mirar hacia otro lado!

—Lucas —advirtió Víctor, en voz baja.

—Lucas, no, Víctor. ¡Maldita sea, esos canallas van a conseguir que Pinar, y todo el país se convierta en su feudo del crimen particular porque nosotros no queremos pararlos!

—Está bien —espetó Fernández—, Sanz. Dime cuántos agentes necesitas, y hablaré personalmente con Rodríguez para que...

— ¡Necesito a la maldita Unidad de Crimen Organizado, Fernández, a toda la maldita unidad, además de la Unidad de delitos Fiscales y a la de lucha contra el narcotráfico! ¡Necesito a toda la jodida caballería, Fernández, los necesito a todos!

Lucas acabó su discurso asestando un golpe seco sobre la madera de la mesa de Fernández, que cerró los ojos, imaginándose las constantes llamadas del Ministro de Interior y del Secretario General de Seguridad, Omar Moreno, por este escándalo que se había gestando en sus narices sin que él se diese cuenta. Maldito Sanz. Le había dejado en evidencia.

—Está bien. Empezaré a hacer llamadas el mes que viene para que le den todos los medios que necesite.

—¿El mes que viene? —casi gritó Lucas — Fernández, para entonces esos bastardos...

—Esos bastardos, Sanz, llevan años riéndose de nosotros en nuestras narices, así que no creo que por un mes pase nada más.

Víctor tensó la mandíbula, y plantó la mano en el torso de su amigo, apartándolo con brusquedad, y se dirigió a su superior. Si Lucas seguía hablando, aquello iba a acabar muy mal.

—Fernández, con todo respeto, las informaciones que manejamos indican que las acciones violentas por parte de estos grupos se suceden cada vez con más regularidad, y dentro de un mes la situación podría volverse insostenible. Hay que actuar de inmediato.

—González, de verdad que...

—Alberto —le tuteó—, si lo que planteó Espona es cierto, supondría que hemos dado con la raíz de la ola de delincuencia que está azotando la provincia de Pinar. Ya están llegando noticias de robos, asesinatos, palizas, droga adulterada, contrabando, y un largo etcétera de otras ciudades de la provincia, y es cuestión de semanas que llegue también a Pinar. Si eso ocurre, ya no podremos contenerlos, por eso tenemos que actuar ahora. Diana nos ha mostrado el camino, el posible origen. Vamos a por ellos ahora que podemos, ahora que no nos esperan. Fernández, por

favor.

El Director Adjunto los miró de forma alternativa, y asintió, despacio.

—Está bien, González. Mañana mismo empezaré a hacer las llamadas pertinentes. Y en cuanto a la investigación que mantiene con Espona, Sanz, tiene un mes para cerrar ‘Pez de Siam’, o lo cerraré yo por falta de resultados. Encuentre al maldito topo de una vez.

Lucas resopló, enfadado. En un mes Diana y él no podrían concluir la investigación. Estaban casi al límite, haciendo turnos de dieciséis o más horas. Un mes no era nada. Ese maldito cretino quería cerrar el caso para no tener que jubilarse con esa enorme mancha en su expediente. Le miró, sabiendo perfectamente lo que había ocurrido bajo la superficie.

González había dado un golpe de efecto, y Fernández había tenido que bajar las orejas. Y eso no era algo que pasara con mucha frecuencia. La investigación que él llevaba con Diana le importaba muy poco a ese patán, lo del plazo solo había sido una demostración de fuerza, para demostrarle que él seguía llevando las riendas.

Aquello había sido una clara línea roja de Fernández, y ambos lo habían captado. A ese maldito inútil le daba igual la guerra de clanes, solo quería jubilarse con honores, y era más que probable que terminara usando sus contactos para quitarles de en medio. Eran una piedra demasiado grande en el zapato, y el hecho de que Diana, una simple policía, hubiese destapado la guerra de clanes, era un cartel de neón para los altos mandos, y eso, a ese burócrata, no le convenía. Inspiró, y le hizo un gesto a Víctor, para que abandonaran el despacho.

—Fernández, ha sido un placer.

—Lo mismo digo —dijo Fernández, con gesto brusco, y suspiró, dando la reunión por finalizada en ese preciso instante.

Los policías abandonaron la sala, y subieron a la azotea de la comisaría, donde el helicóptero policial les esperaba con las aspas ya en movimiento para llevarles de vuelta a la ciudad de Pinar. Se internaron en él, con los rostros demudados de preocupación. Despegaron, sin apartar los ojos del otro ni un segundo, y pronto la ciudad de Castañar quedó a sus pies. Víctor se giró hacia su amigo, y apoyó los codos en las rodillas, inclinándose hacia delante. Lucas era de los mejores policías que conocía, pero debía aclararle que para tratar a gente como Fernández la diplomacia lo era todo.

—Lucas, ya sé que no le guardas ningún respeto a Fernández, pero la próxima vez, déjame decirte que...

—¿Respeto como el que ese...burócrata tiene por los agentes que se juegan la vida ahí fuera mientras él sigue aquí, sentado en su despacho, sin exponerse al peligro? ¡No me jodas! ¡Respeto! ¡El respeto hay que ganárselo!

—Es su última palabra, Lucas, y eso, desgraciadamente, va a misa.

—¿Su última palabra? ¿Sabe lo que hago yo con su última palabra?

—Lucas...

— ¡Víctor, en un mes no podremos terminar la investigación, y él lo sabe! ¡Maldita sea, esos bastardos van a escaparse porque ha sido incapaz de ver lo que ocurría frente a sus narices, y ahora que lo sabe, va a dejar que se escapen! —bramó Lucas, fuera de sí — ¡Le hemos puesto en evidencia, y va a vengarse poniéndonos la zancadilla en cada paso que demos, hasta que la trama sea tan grande que seamos incapaces de controlarla!

—Lo sé, claro que lo sé, pero Fernández no es mal tipo, Lucas —El Director Operativo parpadeó, confuso, y Víctor se pasó la mano por el pelo, inquieto—. Aunque lo parezca, no lo es. Sabe lo que se le viene encima, y ha actuado como un ratón asustado.

—Lo sé.

Se quedaron en silencio varios segundos, y Víctor clavó los ojos en Lucas, que permanecía con el puño apoyado en los labios, mirando hacia la oscura noche, e inspiró antes de hablar. La anterior reunión con Fernández le había puesto sobre la pista de que algo se estaba moviendo en las prisiones, por lo que había estado pidiendo las cintas de las visitas de los familiares de forma discreta, y había descubierto algo.

—Lucas, también quería hablar contigo de otra cosa.

—¿Qué ocurre?

—No lo he investigado en profundidad aún, pero es algo que me ha llamado la atención. Verás, ¿Recuerdas la última reunión con Fernández?

—Claro que la recuerdo, ¿Por qué?

—Verás, he pedido las cintas de las grabaciones de las visitas del clan de los Romenev a sus familiares, y, por lo que he podido conectar, estoy convencido de que existe una figura que es la que realmente mueve los hilos.

—¿Una...nueva figura? ¿Un topo jefe?

—No exactamente. He cruzado datos encriptados de cientos de conversaciones, y siempre aparece el mismo nombre: Venus.

—¿Venus?

—Así es, Venus, pero no tengo ni idea de qué significa. No sé si es una persona, un operativo...no sé qué demonios es, pero no me gusta, no me gusta un pelo, Lucas.

Sanz asintió, preocupado, y se recostó en el asiento del helicóptero, sintiendo las aspas de la aeronave batir sobre él. Él también sospechaba algo así. Desde hacía dos años, varios clanes criminales parecían seguir el mismo *modus operandi* en sus intervenciones, y eso solo podía significar que alguien los estaba dirigiendo desde la sombra. Alguien que conocía el proceder de la policía, y como burlarlo sin ser detectado. Las incógnitas se acumulaban, y el tiempo se agotaba. Eran ratones esperando a que la trampilla se cerrase.

Lucas se estiró, tras haber revisado varias cintas hasta la extenuación, y se levantó de la butaca cansado como pocas veces lo había estado. La reunión con Fernández daba vueltas en su cabeza sin cesar. Ese maldito inútil iba a ponerles todas las trabas posibles en la investigación, era un hecho. Por si fuera poco, el descubrimiento de Víctor en torno a una misteriosa figura le había tenido en vela casi toda la noche. Venus. ¿Quién demonios sería, y cuál era su papel en todo esto? Tenía que averiguarlo.

Se giró hacia el ventanal, metiendo las manos en los bolsillos, y se quedó mirando la extensa ciudad que se extendía ante él, y suspiró, contemplando su reflejo. Miró hacia la calle, donde algunos policías que habían finalizado su jornada charlaban entre ellos, dirigiéndose a sus coches, y no pudo evitar pensar qué estaría haciendo Diana en esos momentos. Habían pasado dos días desde la cita. Dos días de ese beso que lo había cambiado todo, porque había sido...perfecto. Ese beso había sido increíble, maravilloso, pasional, sensual. Un beso que no era de este mundo, un beso que les había dicho lo que ninguno había querido confesar hasta ese momento. Se amaban, por supuesto que se amaban, y con más fuerza que nunca.

Porque ahora lo sabía. Cuando se habían separado en la playa, él había escrutado su mirada, con temor a encontrar arrepentimiento, turbación, o incluso vergüenza. Pero no había hallado nada de eso. Los azules ojos de Diana le hablaron de entrega, pasión y amor. Y sonrió como nunca lo había hecho. Sus labios recorrieron otra vez los suyos, y sus manos volvieron a encontrarse. Y las burbujas, las chispas, la brisa del mar, el sonido de las olas de fondo y el olor a salitre, les hablaron de deseos y sueños cumplidos. Y amor, sobre todo, amor. Amor tan inmenso que podría secar el maldito océano, y aniquilar montañas con tan solo un suspiro. No se habían olvidado. Nunca podrían hacerlo.

Se estiró brevemente, y decidió volver a casa. Cogió su chaqueta de cuero negra, que estaba tendida sobre una de las mesas de archivo, y salió por la puerta, encontrándose a Jiménez y Hernández, dos agentes de la comisaría. Les saludó, fingiendo interés en lo que le estaban diciendo en esos momentos sobre una patrulla que acababan de finalizar sin incidentes, y les hizo un gesto con la mano de despedida, conteniendo casi al límite la frase, “Descansen, soldados”. Lo cierto es que le hacía gracia ver cómo se cuadraban todos los agentes a su paso, y ver que lo trataban como si fuese un actor famoso que hubiese venido a documentarse para su próxima película.

Amagó una sonrisa, sin poder evitar pensar que la única agente que no le temía, era, precisamente, Diana Espona. Sus continuos bostezos, la cara de resaca que traía los lunes y las largas pausas para el café con sus amigas habían estado a punto de terminar con sus nervios más de una vez. Pero entonces se ponía ante los informes, y la otra Diana, ésa de la que también estaba enamorado, hacía aparición con su profesionalidad y aplomo. Y entonces caía fulminado.

Bajó las escaleras, pensando en ella, y alzó la mirada, localizando su Audi aparcado en el lugar de siempre, y sacó las llaves de su bolsillo, silbando bajito una canción, cuando una voz masculina rasgando el aire detuvo su paso. Se giró, sabiendo perfectamente a quién se iba a encontrar, y alzó el mentón, encontrándose con la mirada oscura de Borja Gómez.

—Agente Gómez —saludó, con voz dura. Si había alguien a quien no le apetecía ver ese día,

era, precisamente, a ese maldito traidor.

El novio de Diana bajó las escaleras, hasta colocarse frente a él, y Lucas inspiró, haciendo valer su metro noventa, lo mismo que medía Borja.

— Quería hablar contigo sobre lo del otro día.

— Ya he hablado con Rodríguez sobre eso, así que no tienes qué preocuparte, Gómez, ya está olvidado. Sin embargo, me gustaría recordarte que esto es una comisaría, no el reservado de un club nocturno, así que te rogaría que no vuelvas a hacer sentir incómoda a Diana con algo así, o de lo contrario sí que tomaré represalias contra ti.

— Como si pudieras tomar represalias contra mí — soltó, con sorna.

Lucas lo miró, fingiendo con una sonrisa de suficiencia las ganas que tenía de tumbar de un puñetazo a ese cretino.

— Siento ser yo quien tenga que decírtelo, pero, sí. En estos momentos, soy tu superior, así que tendrás que acatar mis órdenes. Así que, si no tienes nada más interesante que decirme, tal y como sospecho, será mejor que te apartes de mi camino y dejes de hacerme perder el tiempo.

— Mira, Sanz, no quiero que empecemos con mal pie, pero la verdad es que tampoco veo la manera de evitarlo.

Ahí estaba. El macho alfa en todo su apogeo. Lucas esbozó una sonrisa sardónica, y se cruzó de brazos.

— ¿Sabes qué, Borja? Me arriesgaré.

— Eres despreciable, Sanz. ¿Te crees que puedes venir aquí y apoderarte de todo?

— ¿Qué?

— Oh, vamos, no disimules conmigo. Vienes aquí, con toda esa aura de poder de las altas esferas, de saberte más listo que nadie, de tener a todas las mujeres babeando por ti. Pero sé lo que eres en realidad, Lucas. Conozco tu fama de lobo solitario, de depredador. Llegas, utilizas a todos los que necesitas, y después te vas, sin importarte a quién dejas en el camino. Por eso has llegado tan arriba, porque para ti no existe nadie más que tú.

Sanz lo miró, dilatando las aletas de la nariz. Ese maldito chivato no sabía por todo lo que había tenido que pasar para llegar a donde había llegado. No sabía cuánto esfuerzo, cuántas noches en vela, cuántos cadáveres, ni a cuantos funerales por compañeros caídos en servicio había tenido que asistir para convertirse en el hombre que era.

Claro que era un lobo solitario, pero no le había quedado otro remedio. Era la única manera de sobrellevar toda la rabia, toda la impotencia, todo el dolor. Y por supuesto que conocía la fama con las mujeres. Había estado coleccionando muescas en su cama de decenas, quizás más de un centenar de amantes ocasionales que le hacían olvidar, por unas horas, quién era. Ni él mismo sabía en cuántos labios y cuerpos se había enterrado para ahogar toda su angustia. Hasta que la volvió a encontrar a ella. Y la calma, la más inmensa calma y paz se había posado en su corazón y su alma.

— No tienes ni idea de lo que estás diciendo, Gómez, así que cuidado.

— ¿Qué no tengo idea? Yo creo que sí — le retó—. He visto cómo miras a mi chica, y no me gusta, no me gusta ni un pelo. Así que, como te vuelva a ver mirándola así, juro que te partiré la cara en tantos pedazos que no podrán recomponértela. ¿Me he expresado bien? Olvídate de Diana de una maldita vez, maldito bastardo, o juro por el cielo que voy a acabar contigo.

Aquello fue demasiado incluso para él, y mutó la expresión de su rostro por otra más amenazante. La expresión del poderoso Lucas Sanz, Director adjunto operativo, y se volvió hacia ese traidor.

— Escúchame, Borja, y escúchame bien. No voy a renunciar a Diana jamás porque es el maldito

amor de mi vida. La quiero y voy a luchar por ella, tanto si te gusta, como si no, así que vas a tener que encontrar la forma de asumirlo.

—Eres un cabrón, Lucas, un auténtico cabrón.

—Cuidado, Gómez. Cuidado.

Lucas se volvió, y siguió bajando las escaleras, fulminando con la mirada al ya nutrido grupo de policías que se habían acercado hasta allí a enterarse de hasta el más mínimo detalle de aquella discusión que, estaban seguros, iba a traer consecuencias. Lucas llegó hasta su coche, y arrancó, saliendo del garaje, haciendo chillar los neumáticos sobre el pavimento. Iba a hacerle pagar a ese indeseable todo el mal que había hecho, e iba a ser implacable. Tensó el pie sobre el acelerador, y el Audi rugió, secundando la amenaza de su dueño.

Diana se estiró en su butaca, mirando las motas de polvo de la sala de vídeos arremolinarse en un haz de luz. Estiró el cuello, haciéndolo sonar, cuando la estridente melodía de su teléfono con el nombre de Lara empezó a sonar, creando eco en la sala. Contestó, y se recostó contra el respaldo, intentando distinguir algo en las atropelladas palabras amigas de su amiga, de las que solo pudo entender un “Quiero detalles truculentos”, “Habrás dejado el podio bien alto”, y “Por Dios, dime que te empotró contra el capó de su coche y te bajó las bragas con los dientes”, al que Diana respondió poniendo los ojos en blanco, y echándose hacia atrás en la silla.

—Cielo santo, Larita, eres más bruta que unos bastoncillos de papel de lija.

—Bueno, bueno, dejemos de hablar de mí. ¿Cómo fue?

Diana le describió cada momento, cada sensación, cada mínimo detalle de la cita con Lucas, mientras su amiga asentía con emoción, lanzando chillidos agudos. Porque sí, amaba a Lucas, ya no podía ocultarlo, ni quería seguir haciéndolo. Se había enamorado de él, lo había hecho, y con todo el corazón.

—Es de cuento de hadas, Didi. Me alegro mucho por ti.

—Gracias, pero bueno, no hay que exagerar. Aún no hemos hablado de lo que ocurrió, y además, está...Borja. Aún no se lo he dicho, porque la verdad es que no sé cómo afrontar esa conversación, y...

—¿Te refieres a la conversación que ya han tenido Lucas y Borja en los garajes? —dijo, burlona, y Diana dio un respingo.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes, guapa. Borja le llamó de todo, y, cuando ya parecía que la cosa iba a pasar a mayores, y por mayores, me refiero a una pelea a puñetazos, el súper jefe se limitó a soltar un “No voy a renunciar a Diana jamás porque es el maldito amor de mi vida.” Puf, creo que la onda expansiva de mis bragas cayendo al suelo se tuvo que escuchar hasta en Pekín.

—¿Qué?

—Sí, guapa. Yo tampoco podía creérmelo cuando Torres me lo contó.

—¿Torres? ¿El de los garajes?

—Ese mismo —contestó su amiga, despreocupada—. Ese hombretón se entera de todo, cielo santo. Es mis ojos y mis oídos, y, desde hace dos semanas, mi oscuro objeto de deseo. Bueno, su trasero, más bien.

—¿Pero se puede saber cómo Torres y tú os habéis hecho amigos? Siempre está en los garajes, y tú en los archivos.

—Oh, eso. Desde que Lucas me destinó injustamente a archivo —empezó, despreocupada—, Torres y yo empezamos a hablar, porque no hace otra cosa que pasarse por allí. Si es que la fama de maciza que tengo ha llegado hasta los garajes. Así que, en fin, una cosa llevó a la otra y...he

caído fulminada ante semejante trasero.

Luz. Fuego. Una maldita llama que barrió todo el ambiente como un cometa iluminando el oscuro cielo. Una alarma sonó en la cabeza de la policía, recordando una frase que había dicho su amiga. Torres tenía ojos y oídos en todas partes. Apartó la vista hacia el suelo, y la conexión surgió casi de la nada. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Borja había insistido hasta la extenuación para que ella abandonase ‘Pez de Siam’ por la simple razón de que él conocía al culpable. Torres y Borja eran amigos, de hecho, eran casi íntimos. Y Torres estaba en el lugar idóneo para espiar, el garaje. El sitio donde se preparaban los operativos con antelación, y se revisaban los pedidos de la armería. Pocos puestos en comisaría eran tan discretos como ese.

Por no mencionar que Torres conocía a prácticamente toda la comisaría. Su carácter amable y simpático le habían hecho ganarse la amistad y el cariño de todos sus compañeros, y eso le había supuesto la cobertura perfecta. Pensó en el grupo de amigos de Borja en comisaría. Toledo, Sánchez, Déniz, Torres, Suárez, Barranco...quizás ese era el entramado que habían estado buscando Lucas y ella todo el tiempo. Los amigos de Borja.

Se levantó casi de un respingo de la silla, despidiéndose atropelladamente de su amiga, y hundió la cabeza entre las manos, con ese latigazo frío en la espalda que siempre le marcaba que estaba en el camino correcto.

Corrió hacia las estanterías de los vídeos, y empezó a buscar, frenética. Torres estaba implicado en la trama de espionaje policial, lo sabía, y ahora iba a demostrar que había dado con el topo principal, el que coordinaba todo. Ya tenía a ese bastardo. Era él, el maldito Torres era el maldito topo. Y lo había tenido delante de las narices sin darse cuenta.

Fue hasta el mural que Lucas tenía en la pared, localizando la foto del policía, y dio un golpe a la pared con el dorso del puño. Ese había sido el bastardo que había estado a punto de reventar su operativo.

Ya lo tenía. Lo había atrapado.

Diana pasó horas encerrada en aquella sala, viendo todos los vídeos de la zona de los garajes. Las grabaciones desvelaban a todos los agentes que se habían reunido con Torres a horas intempestivas en lugares demasiado desiertos de la comisaría, justo en las fechas en las que los operativos que habían fracasado estaban preparándose.

Colocó las cintas de las grabaciones de los días anteriores a la operación 'Pez de Siam', y las visionó durante horas. Agentes entrando, saliendo, bromeando, tomando café, trabajando, fingiendo hacerlo...todo era de lo más normal. Hastiada, dio a la tecla para adelantar un poco más, cuando algo, un pequeño destello, brilló, y el bolígrafo de la policía cayó al suelo con estrépito, mientras el semblante de ésta palidecía, cuando en una de las imágenes apareció alguien que no debía estar allí.

Su teléfono sonó con el nombre de Valentina en la pantalla, pero ella colgó, sin molestarse siquiera en contestar. No podía hacerlo, no podía hacer nada en realidad. En ese instante, podía caer un obús a su lado, y no se movería un solo centímetro. ¿Qué hacía Borja en los garajes a las dos de la mañana con unos informes en la mano? Miró con atención, y sus ojos se nublaron. Eran sus informes, los que contenían las anotaciones que ella había hecho durante la labor de documentación de la operación 'Pez de Siam'. Miró la imagen con detenimiento, con una mano en el pecho, y la otra en el teclado.

En ese instante apareció una segunda figura robusta junto a él, y exhaló al reconocer al interlocutor de Borja. Ese hombre era uno de los matones del clan criminal de los Romenev. Casi por inercia, y movida por un extraño impulso, se levantó de la butaca, meditando. Debía ser objetiva, sí, pero se trataba de Borja, y no podía ser objetiva con él, era imposible. Quizás el hombre de las grabaciones no era Yuri Domenech, el guardaespaldas de los Romenev, sino alguien que se le parecía. O quizás Borja estuvo investigando por su cuenta, o quizás solo era casualidad, o...o...La realidad empezaba a caer por su propio peso.

Recordó el operativo 'Pez de Siam', las inquisitivas preguntas de Borja, su insistencia para que hablara con Rodríguez y le colocara a él como segundo al mando, el asalto, las balas, los gritos, el derrumbe...incluso él había resultado herido y no había podido intervenir. Borja había caído justo antes de que...silencio. Total y absoluto silencio.

Su mente dejó de arrojar datos, ideas, fechas que pudiesen aportar una explicación para lo que era evidente, y se quedó completamente en blanco porque un dato crucial y fundamental atravesó su cabeza, y un recuerdo irrumpió con toda su fuerza. Borja había caído herido en una zona demasiado alejada del tiroteo, donde ni siquiera las balas perdidas del enfrentamiento de la mansión habían llegado.

Se había herido él mismo para no entrar en la mansión, dejándola a ella sola ante los Romenev. Había planeado que la mataran allí dentro. Y su mente, su alma y su corazón, simplemente, se apagaron.

Borja suspiró cuando colocó la cartuchera con el arma reglamentaria en la mesa de la armería, donde la custodiarían hasta el próximo turno. Esta última guardia había sido agotadora, y solo podía pensar en ver a Diana, aunque solo fueran cinco minutos. Tenía que hablar con ella, e

intentar recuperarla como fuese.

Había estado meditando la noche anterior, y había decidido contarle lo de ‘Pez de Siam’, pese a las consecuencias que pudiese acarrear, y juntos tomarían una decisión, una buena decisión, porque ella era la mejor para eso. Ella sabría qué hacer, convencería a Lucas para que no le detuvieran, o le encubriría...algo haría, estaba seguro. Diana y él se seguían queriendo, pese a todo.

Habían pasado una época horrible, pero todo se solucionaría con el tiempo, y en cuanto ese cretino de Sanz se fuese de Pinar, y todo volviese a ser como antes. Enfiló hacia la salida, dispuesto a preguntarle a Torres si había visto a Diana, cuando un reflejo dorado iluminó su universo, y sonrió al ver a Diana en mitad de la sala principal de la comisaría.

Le hizo un gesto para que le siguiera a la sala del café, y él asintió. Fueron hasta allí, y por unos instantes, todo pareció volver a ponerse en su sitio. Quizás Diana venía a disculparse y a decirle que dejaba el caso. Quizás. Se acercó hasta ella, con paso tranquilo, pero todo cambió al ver la dura expresión de la policía. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Didi.

—Las chicas me han contado lo de los garajes. ¿Es verdad? ¿Amenazaste a Lucas?

Él la miró encajando la mandíbula, y asintió, con su mirada clavada en ella, casi atravesándola.

—Ah, eso.

—Sí, Borja, *eso*.

—Sí, Diana, lo hice para dejarle bien claro que no tiene nada que hacer contigo. ¿Pero es que no te das cuenta? Ese malnacido solo te está utilizando.

—¿Me está utilizando, eh?

—Sí, Diana, te está usando, y de forma tan sutil que no te das cuenta de que lo hace. Deja el maldito caso, por favor, para que todo vuelva a ser como antes.

—¿Cómo antes de qué exactamente, Borja? —se apartó de él casi de un salto —¿Cómo antes de saber que estás involucrado en la trama de espionaje?

Todo por lo que había estado rogando, suplicando, rezando por que no ocurriera, ya había ocurrido. Diana le había descubierto, había visto las imágenes que le comprometían directamente con los Romenev.

—¿Qué?

—Oh, vamos, ¿Acaso vas a negar ahora que tus constantes preguntas sobre la investigación no tienen nada que ver con el hecho de que estés involucrado?

—Diana...no es lo que...no es lo que parece —el rostro del policía se llenó de miedos, de temores confirmados.

— ¡¿Ah, no?! ¡Entonces explícame qué hacías con Yuri Domenech en el garaje de la comisaría a las dos de la mañana dándole mis informes! ¡Explícame qué narices era eso, porque te juro que ya no sé qué pensar! ¡Por favor, dímelo, dime que no es verdad, que no ayudaste a los Romenev, que no nos vendiste, que no me antepusiste a un fajo de billetes! ¡Dímelo!

Borja se pasó la mano por el pelo, y clavó sus ojos en los de Diana. Estaba dándole una última oportunidad de explicarse, estaba quemando el último cartucho, quemando la última esperanza.

—Yo...ellos...maldita sea, no quería que...joder. Esto no tenía que haber pasado así.

— ¡Sabías lo que significaba esa operación para mí, y aún así, se los diste todo a ellos! ¡Todos los malditos planes de asalto que tracé, todas las biografías, los seguimientos, los malditos puntos débiles de su organización que logré encontrar! ¿Cómo pudiste...?

Él la miró con el corazón hecho pedazos, bajando la cabeza, confirmando sus peores temores. Y ella se quebró en ese preciso instante. Todo lo que fueron, lo que eran, sus planes, sus sueños

comunes se quebraron en ese momento.

—¿Sabes qué, Diana? Da igual todo lo que pueda decirte ahora. Tú ya me has juzgado y dictado la sentencia.

Borja la miró por última vez, y giró sobre sus talones, enfilando hacia la salida, con el corazón hecho pedazos y el alma partida en dos. Se detuvo en mitad de un paso, y se volvió hacia el vacío pasillo.

—Lo hice por ti, Diana. Todo lo hice por ti —musitó, al silencio, mientras su corazón se partía en millones de pedazos.

Es extraño cómo el secundero del reloj vibra a través de las horas que marca. Justo cuando llega a la aguja llega al número, el ruido parece bajar de estridencia, como si se activara una diminuta sordina. Y lo mismo ocurre cuando cruza el minuterero, donde el rutinario 'clic' da paso a otro sonido más amortiguado. Sonido y tiempo, paciencia y nervio. Todo va unido de la mano.

El hombre se ajustó el reloj en su muñeca, y suspiró sonoramente. Treinta minutos. Solo tenía treinta minutos para estar con la persona que más amaba en esta vida. Paciencia, y nervio, calma y ansias.

Suspiró sonoramente, y se dirigió al arco de seguridad, como cada semana, para despojarse de todo aquello que sabía que pitaría en un sonido agudo y estridente, con el consiguiente cacheo y pérdida de tiempo. Se acercó hasta allí, dejando las llaves, el móvil, la cartera y el cinturón sobre aquella bandeja plástica y miró hacia la sala donde los presidiarios hablaban con sus familiares. Era muy duro ir allí cada semana, y, aún así, lo hacía.

Tardó casi un mes en conseguir un carnet falso con el que poder entrar a prisión sin llamar la atención, y dos semanas más en conseguir un disfraz lo suficientemente bueno para no llamar la atención. Tarea completamente inútil, según constató en su segunda visita. Los familiares de los presidiarios llegaban tan derrotados y devastados a aquel lugar, que podrían ponerle al mismísimo Papa al lado, y ellos ni siquiera girarían la cabeza, concentrados como estaban en su propio infierno particular.

Inspiró con fuerza, pasó el arco de seguridad, que se mantuvo en un respetuoso silencio, y recuperó sus cosas. Apenas se puso el cinturón, fue caminando hasta el cubículo por donde tendría que salir la razón de su existencia. Venus. Descolgó el telefonillo en cuanto se sentó frente a él, y ladeó una sonrisa, en una suerte de sonrisa sin ganas.

—Has adelgazado.

—Lo sé. Se están empezando a complicar las cosas.

—¿Sospechan algo?

Inspiró, y asintió despacio, evaluando cómo endulzar la peligrosa situación a la que se estaban viendo avocados. Diana Espona había resultado ser una investigadora más astuta de lo que jamás se imaginaron. Había dado con la guerra de clanes.

—Han dado con algo que puede acarrearlos problemas, y es cuestión de tiempo que den con la conexión con 'Escorpión alado'.

—¿Has hablado con Ivan Brozovic?

—Sí. Y no podemos seguir confiando en él. Han vuelto a lo de antes, droga en las calles, robos por toda la provincia, amenazas...están llamando demasiado la atención.

—¿Has movido el dinero de las cuentas?

—Sí, descuida. Pero he tenido que hacer algunas rectificaciones, y espero que no se den cuenta de que les estoy quitando parte de sus ganancias.

—Ten cuidado, o nos descubrirán.

Él la miró preocupado. Ivan Brozovic ya había dejado de ser un aliado poderoso. Estaban vendiendo droga tan adulterada que era cuestión de minutos que el mequetrefe que lo esnifara cayera redondo al suelo, y eso sería una alarma roja para la policía. El idiota de Ivan compraba los lote de droga sin comprobar su pureza primero. ¿Qué clase de criminal hace eso? Uno demasiado estúpido y temerario, sin duda, y eso iba a traer problemas, problemas que terminarían salpicándole a él. Miró hacia la mujer que tenía delante, mientras su mente trazaba un plan para lo que se avecinaba. No iban a caer con ellos.

—Te sacaré de aquí antes de que se produzcan las detenciones, princesa, no te preocupes —le prometió, casi en un susurro—. Dejaremos que caigan los topos pequeños primeros, y, cuando la situación se ponga demasiado tensa y difícil, nos escabulliremos, aprovechando la confusión.

La mujer le miró, asintiendo despacio.

—Está bien, confío en ti.

Se quedaron en silencio, mirando el secundero del reloj de la pared de esa aséptica sala de visitas, sin que ninguno dijese una sola palabra, o hiciese ruido alguno, mientras el reloj seguía con su hipnótica canción. Tic, tac, tic, tac, y una canción infantil resonaba desde sus recuerdos, marcándoles el trágico final que se avecinaba.

¡Tic, tac!
¡Se oye el reloj!
¡Tic, tac!
¡Estad bien atentos!
¡Tic, tac!
¡Que se escapa el tiempo!

Cuarenta y dos horas, treinta minutos y treinta y cinco segundos habían pasado desde que Diana redactó el informe que incriminaba a Torres, a Borja, y a un nutrido grupo de agentes más de la comisaría de Pinar como responsables de la trama corrupta. Y cuarenta y cuatro horas, veinte minutos y veinte segundos, que su corazón se había roto.

Había mandado los archivos encriptados a la comisaría central, y, a partir de entonces, todo se transformó una vorágine de llamadas, correos, agentes entrando y saliendo de la comisaría, noticias confusas y escasas.

Cuando llegó el atardecer, un mensaje de urgencia de la Unidad de Información desvelaba el peor de los escenarios: iba a intervenir la unidad de crimen organizado, que confirmaría todas las pruebas que ella había presentado, y después vendrían las detenciones, que tendrían que ser autorizadas por el Director Adjunto de la Policía, esa enigmática figura del que nadie conocía identidad alguna. Esa fue la última información que recibió. Desde entonces, silencio. Denso y desesperanzador silencio.

Cuando llegó el anochecer, y con el corazón apenas latiendo, Diana decidió que debía llamar a Lucas para decírselo, aunque ni ella misma sabía cómo afrontar esa conversación, cuando ni siquiera había vuelto a verle, o ni siquiera hablar con él, tras la cita.

Aquel beso lo había cambiado todo entre ellos. Sabía que no había sido un beso más, y que para él había significado tanto como para ella, pero los pasos a dar a partir de ese momento seguían siendo una incógnita. Marcó el teléfono del policía, que contestó al segundo tono, y se preparó mentalmente para afrontar la peor conversación de su vida, la que jamás soñó hacer.

—Buenas noches, Diana.

—Buenas noches, Lucas.

—Iba a llamarte ahora. Acabo de llegar de central, de una reunión de urgencia con Fernández. Diana asintió, sabiendo perfectamente el origen de esa reunión de urgencia.

—Ibas a llamarme por el caso, ¿verdad?

Él suspiró, y casi pudo verle asentir, con pesadumbre, mientras metía una de sus manos en el bolsillo del pantalón.

—Sí. Diana, ¿Estás segura de todo lo que ponía el informe?

—Sí. He enviado los vídeos para que lo comprueben los de Crimen Organizado. ¿No...no los has visto?

—No, claro que no. Si tú estás segura de que todos esos agentes están involucrados en la trama, yo también.

Los labios de Diana se curvaron, aliviados. Lucas la creía, sin haber visto siquiera los vídeos, y ese gesto, que hubiese pasado desapercibido para otros, para ella era un mundo. Lucas estaba poniendo la mano en el fuego ante la cúpula policial porque confiaba ciegamente en ella. Y no había mejor declaración de amor que esa. Diana se mordisqueó el labio, nerviosa, y suspiró, sin saber bien cómo afrontar la segunda parte de la historia.

—Lucas, no...eso no es todo. Yo...—inspiró —Borja también está implicado.

—Sí, también lo leí en el informe —se hizo un silencio—. Lo siento, Diana.

—¿Qué...qué va a pasar ahora con él, Lucas?

—No sé qué ocurrirá a partir de ahora con él, Diana. Todo dependerá de la detención y el interrogatorio que le hagan. A partir de ahí, los abogados son los que pondrán las condiciones sobre la mesa.

Se quedaron en silencio, y Diana suspiró.

—Bueno, pues yo...ya me voy a casa.

—De acuerdo. Que descanses. Te veré mañana en comisaría.

—Sí, claro.

Se quedaron en silencio casi un minuto entero, antes de que ella susurrara un tenue “Buenas noches, Lucas”, y él le respondiese con un tierno “Buenas noches, preciosa”, que había tocado todas y cada una de las aristas de su alma. Colgó, y se quedó mirando el teléfono, donde la foto de una estrella de mar hecha con conchas en una preciosa playa, hacía de fondo de pantalla. Miró hacia el interior de la comisaría, y entró. Necesitaba algo que la ayudara a calmarse. Fue hasta la sala del café, y parpadeó al ver a Víctor allí.

—Hola, Diana.

—Hola, Víctor. Creí que estarías en central.

—No, he tenido que venir para hablar con Rodríguez, por...

—Por lo de mi informe.

El policía la miró, y asintió, casi pidiéndole disculpas con la mirada.

—Sí. Ha sido una bomba nuclear, y temo que esta noche no voy a dormir más que media hora. Tengo que volar a Madroñal para reunirme con Fernández, ya que soy el responsable último de todos los policías de la provincia.

—Lo siento, Víctor.

—Tranquila. Y tú, ¿estás bien? ¿No deberías estar en casa ya? Son casi las diez de la noche.

—Lo sé, es solo que...—dudó un segundo antes de seguir—. No me apetecía estar en otro sitio.

—Te entiendo. Debe haber sido un golpe durísimo. ¿Has hablado con Lucas?

—Sí, acabo de llamarle.

Un nuevo silencio, más denso, se abrió entre ellos, y Víctor suspiró.

—Bueno, que descanses, Diana.

—Gracias. Intenta hacerlo tú también.

Se despidieron con un gesto con la mano, y Víctor se quedó mirando a la rubia policía, sopesando la idea de revelarle la verdad de aquel aciago día que permanecía en la memoria de todos, grabado a sangre y fuego. Miró a la joven policía, suspirando. Merecía saberlo.

—Lucas estuvo aquel día con tus padres.

—¿Qué?

—Digo que Lucas estuvo presente el día que tus padres fallecieron. Formaba parte del equipo de asalto de ‘Escorpión Alado’. Era quien lideraba el segundo retén de ataque, el que debía detener a los Brozovic cuando el primer grupo de asalto fracasara.

—¿Lucas estuvo allí?

—Sí. Yo estaba en central, como segundo al mando de la operación, coordinándolo todo con los drones. Fue la primera vez que Lucas y yo nos separábamos en un operativo, siempre estábamos juntos. Él incluso bromeó con eso, y preguntó si podía sustituirme un oso de peluche, porque seguro que sería más eficiente que yo —la miró—. Como puedes ver, ya por entonces era un cretino.

Diana ladeó una sonrisa, imaginándose la escena.

—Bueno, para ser justos, con el tiempo ha afinado su grado de imbecilidad. Ahora es simplemente insoportable.

Víctor esbozó una sonrisa que se quedó a medias, y resopló, antes de que su mirada se tiñera de sombras, y habló en voz baja, casi en un murmullo.

—Lucas fue el primero en acudir a la escena del accidente cuando el helicóptero en el que iban tus padres se precipitó a tierra. Saltó todas las barreras, sin importarle nada más que llegar hasta ellos, e intentó sacarlos de allí —la temperatura del cuerpo de la chica descendió diez grados de golpe. Miró hacia el Jefe de policía, que, desviando sus ojos de los suyos, asintió en silencio a sus preguntas—. Tu padre murió en sus brazos, Diana. Lucas se quedó con él hasta que espiró por última vez.

El ambiente se ensombreció, y el silencio se instaló en aquella pequeña sala. Los recuerdos de aquellos días comenzaron a mezclarse en la mente de Diana. Y todo cobró otra dimensión, con la realidad quemando cada partícula, cada mota de aire, cuando los recuerdos de aquellos días comenzaron a mezclarse en su mente. Recordaba aquel día a la perfección.

Estaba esperando a pie de pista, junto a Borja, las chicas y un sinfín de agentes, a que el avión que transportaba los cuerpos de sus padres terminase de posicionarse en la pista, mientras ella veía, con los ojos nublados por las lágrimas, como descendían los féretros de la aeronave, y del interior salía un agente con el uniforme, gafas de sol tipo aviador, y la gorra cubriéndole el rostro. Se había quedado mirando su fuerte y ancha espalda mientras ayudaba a cargar con uno de los ataúdes sobre sus hombros, agradeciéndole mentalmente ese gesto.

Recordaba su mandíbula encajada, su gesto tenso, la expresión de dolor que subyacía en cada músculo de su cuerpo cuando fue a darle el pésame. Había escuchado su triste y profunda voz hablando con Borja, mientras sentía sus ojos posados en ella.

Recordaba vagamente haber leído el informe del operativo, y la parte que mencionaba que los cuerpos de sus padres habían sido custodiados por un anónimo agente que también había estado presente en el asalto a la mansión de los Brozovic. Un agente que había permanecido en la bodega de aquel avión infernal durante las cinco interminables horas que duró el vuelo.

Y un fogonazo, como un destello de luz fue abriéndose paso en su cabeza, mientras su mente pasaba una y otra vez, a cámara lenta, lo ocurrido aquel día. La escena de aquel agente anónimo saliendo de aquel avión volvió a su cabeza, y lo supo. Era Lucas, era él. Se quedó con ellos

porque sabía que eran sus padres. Se acercó a Víctor, y dándole un fuerte beso en la mejilla, salió corriendo hacia la salida de la comisaría, dispuesta a continuar un capítulo en su vida que jamás debió cerrarse.

No recordó nada del trayecto hasta La Guarida, porque el tráfico jamás fue tan borroso, las calles tan difusas, y el tiempo tan confuso, hasta que por fin distinguió aquella enorme mole de ladrillo y hormigón, y se arrojó fuera del taxi casi en marcha. Se vio tocando insistentemente un botón plateado que parecía no querer hacerle caso, hasta que una voz de hombre respondió al otro lado casi en un rugido.

— ¡¿Pero qué demonios pasa, joder?! ¡Maldita sea, que acabo de llegar! ¡¿Es que no me podéis dejar ni un maldito minuto en paz?! —

— ¡Lucas!

— ¡¿Diana?! —

La puerta se abrió, y ella corrió hasta el ascensor, con el pulso a doscientos, y el corazón golpeando su esternón hasta casi rompérselo. Pulsó la tecla del ascensor varias veces, mientras temblaba como una maldita hoja, hasta que las puertas se abrieron. Se metió en el interior, ya sollozando sin control cuando al fin el elevador se detuvo, y, cuando las puertas se abrieron de par en par, todo desapareció. Todo, menos él, que, con el pelo húmedo, vaqueros, camiseta oscura, la miraba con los ojos llenos de deseo, anhelo, necesidad, y el amor más profundo que podía existir.

—Diana —dijo por todo saludo antes de que los labios de la policía se estrellaran contra los suyos, exigiendo, demandando, de forma devastadora, húmeda, profunda y sensual ese beso que se habían negado desde hacía demasiado tiempo.

Lucas la presionó más contra él, profundizando ese beso que sabía a lujuria, a pecado, a amor. Las lenguas de ambos se enredaron en una sensual danza, donde sus manos hicieron el acompañamiento, besando, mordiendo, lamiendo, chupando. Nunca unos besos supieron mejor, porque no existían otros besos mejores que esos. Ternura, afecto, entrega, pasión...amor...el beso más devastador, ardiente y magnífico que jamás había existido.

Las manos de ambos exploraron cada centímetro del cuerpo del otro con avidez, y los dedos del policía se aferraron a las caderas de ella, aprisionando, apretando, acariciando, arañando cada hueco, cada protuberancia. Los labios de Diana avanzaron glotones por la anatomía del policía, sin dejarse nada atrás. Era su momento, y dejó que su cuerpo, y su deseo, tomaran el control. Lucas la despojó de su blusa, arrancando su sujetador de encaje azul, y sus labios torturaron la suave piel de sus senos. Los gemidos barrieron todo el aire, mientras las bocas de uno y otro se mordían, se besaban.

Un fino hilo de sangre manó de los labios de Lucas, y ella lo besó, saboreando el rojo líquido, y él no pudo despegar sus ojos de ella ni un solo segundo mientras lo hacía. Era lo más erótico que había sentido nunca. Lucas la bajó al suelo, despojándola de los pantalones y de su lencería, y volvió a subirla hasta su cintura, cuando los primeros temblores se apoderaron de ella, rindiéndose al amor y el deseo. Los ojos del policía se oscurecieron como la noche, y exhaló contra su boca.

—Joder, no puedo más —jadeó, y se quitó la camiseta por la cabeza en un solo movimiento.

Se desabotonó él mismo el pantalón, deslizando su bóxer, y, en un contundente y certero movimiento, se encajó en ella, haciéndola gritar. Cuando llegó la segunda estocada, las piernas de Diana temblaron, y cuando llegó la tercera, el cuerpo de la chica ardía. Se mecieron el uno contra

otro a un ritmo demencial, sin dejarse nada, acompasándose a sus movimientos por inercia, como si sus cuerpos hubiesen tomado el control de la situación, y se desbocaron por completo. Las caderas de la policía rotaron contra él, y sus músculos se tensaron con fuerza. Aquello era el maldito paraíso.

—Lucas...—suplicó ella, mirándole con esos ojos por el que él moriría mil veces.

El policía volvió a embestirla, profundizando cada movimiento, cada nuevo beso, cada nueva caricia. Lucas, su Lucas, el hombre del que se había enamorado siendo prácticamente una adolescente y que ahora había vuelto a su vida, estaba allí, moviéndose con ella, dentro de ella, disfrutando con ella, en una sincronía perfecta.

Durante unos increíbles segundos, minutos, horas, quién sabía, todo giró, quemando con su fuerza cada átomo que encontraba a su paso. El combate del deseo prosiguió, con fiereza, y los primeros espasmos empezaron a sacudirles, y los movimientos se volvieron frenéticos, histéricos, apasionados, hasta que ninguno pudo aguantar más y el policía la embistió por última vez, llegando hasta el rincón más remoto de su alma, y un potente, gigantesco, y atronador orgasmo los aniquiló por completo, dejándoles completamente devastados. Se habían sentido, se habían amado, se habían fundido en uno solo. El tiempo pasó en el más absoluto silencio, y Lucas la abrazó, mientras las gotas de sudor recorrían su piel.

—¿Estás bien, princesa? —preguntó, con la respiración entrecortada.

—Sí, yo...puf, yo... ¡puf! —farfulló, confusa.

—¿Yo, puf, yo, ¡puf!? —repitió él, jovial.

—Sí, grandísimo imbécil. La *Barbie* gruñona está bien.

El policía se carcajeó, y la miró, completamente arrobado.

—Me alegro, porque voy a demostrarte que eso que se dice de que segundas partes nunca fueron buenas no es más que un bulo sin sentido.

—¿Segundas partes, Sanz? —fingió un gesto de decepción —Soy más de trilogías, la verdad.

—¿Así que trilogías, eh? —ladeó una sonrisa — Pues es una pena, porque yo soy más de sagas.

Se fundieron en un profundo beso, con la certeza de que estaban empezando a escribir su propia historia, esa que estaba destinada a ser épica. La más pasional, emocional y desgarrada. Porque era ella, porque era él, porque estaban juntos. Porque no existía una historia más bella que la suya.

Los claroscuros del amanecer despertaron a Diana sobre el torso de Lucas. Se giró, y los músculos de su cuerpo respondieron con una protesta. Sentía que cada uno de sus huesos había sido vapuleado, destrozado, reducido a cenizas y reconstruido después. Miró a Lucas, que dormía plácidamente, y se empezó a deslizar despacio fuera de la cama para recuperar su ropa, cuando un brazo le rodeó la cintura, y sintió cómo él hundía su boca en su cuello.

—¿A dónde crees que vas, preciosa?

—A casa. Necesito ducharme y dormir un poco, para, ya sabes, volver mañana a la comisaría donde ambos trabajamos sin que se note que acabas de destrozarme sobre esta cama.

—¿Que yo te he destrozado? —se carcajeó—. Cielo santo, creo que nunca, ni en un operativo, me había movido tanto. Tengo agujetas, Diana. Agujetas. Yo, que entreno a diario. Deberías trabajar en un circo como contorsionista.

—Eres un idiota —le dio un leve golpe en el brazo, mientras escuchaba sus carcajadas—. Y lo de trabajar en un circo, lo dirás por ti. Has hecho desaparecer mi ropa, señor ilusionista.

Lucas se carcajeó, y ella aprovechó para zafarse de sus brazos en un ágil salto. Fue hasta el baño anexo al dormitorio, guiñándole un ojo al policía, que contemplaba el maravilloso cuerpo desnudo de Diana en medio de su habitación. Suspiró, mirando hacia la puerta del baño, y ladeó una sonrisa. Quizás Diana necesitara ayuda en la ducha.

Media hora después, ambos policías se hallaban en la cocina, asiendo con fuerza una taza de café humeante, sin poder dejar de mirarse completamente extasiados el uno al otro. Lucas estaba sentado en la silla, solo vestido con el bóxer, mirando hacia la chica de la que llevaba cinco años enamorado, dudando si en realidad se había muerto en aquel infernal helicóptero que Fernández había enviado para recogerle, y esto era el cielo. Si era así, bienvenida fuera la muerte. Miró a Diana, que llevaba puesta su camisa blanca de botones, y sonrió. Debería ser delito ser tan hermosa.

—Eres preciosa, Diana.

—Eso es porque me queda bien tu camisa —contestó resuelta, jugueteando con el bajo de la tela—. Debería ir a trabajar así a partir de ahora. Seguro que, por ir contigo, Rodríguez haría la vista gorda.

—¿Con que esas tenemos, eh? ¿Ahora pides tratos de favor por estar con el jefe?

—Por supuesto que sí.

Lucas se rio, sacudiendo la cabeza, hasta que la vio mordiéndose el labio inferior, y sus ojos fueron descendiendo por su cuerpo, clavándose en las increíbles curvas que se intuían a través de la camisa blanca de botones, y se echó hacia atrás contra el respaldo de la silla.

—Lo haces aposta, ¿verdad?

—¿El qué?

—Volverme loco.

Ella se rio, de forma coqueta, y se levantó de la mesa, poniendo la taza vacía en el fregadero, y se inclinó, abriendo uno de los armarios inferiores, fingiendo buscar un vaso. La camisa de botones que llevaba puesta se subió varios centímetros, dejando sus minúsculas braguitas de encaje y su perfecto trasero al descubierto. Giró el rostro hacia él, y, haciendo un mohín con sus perfectos labios en forma de corazón, esgrimió una sonrisa de lo más inocente.

—Lucas —dijo, arrastrando las letras —Creo que no voy a llegar al fondo del estante para coger el vaso que quiero. ¿Podrías...ayudarme?

La mirada que le devolvió el policía la hizo estremecerse de deseo, y notó como su cuerpo respondía, con el calor focalizándose en un punto muy concreto de su anatomía. Lucas se pasó la mano por el pelo, y miró hacia su bóxer, que, tirante, contenía la respuesta a la imagen del maravilloso trasero de Diana frente a él. Definitivamente, esa mujer era su perdición. Suspiró, y se levantó de la silla, con la piel ardiendo en llamas. Lo hacía aposta. Por supuesto que lo hacía aposta.

Se acercó por detrás hasta ella, y, pegando su torso a su espalda, le separó las piernas con las rodillas, y la hizo apoyar las manos en las puertas de los armarios altos.

—Prepárate, rubita, porque voy a dejarte afónica —susurró, y ella exhaló, al tiempo que su cuerpo se encendía como una tea en una oscura noche al escuchar el crujido del encaje rompiéndose.

Sintió a Lucas acucillarse tras ella, y su boca entre sus piernas justo antes de deshacerse en un primer gemido al que siguieron muchos más, en una lenta y sensual tortura. Sus dedos se curvaron solos sobre la encimera cuando murmuró su nombre entre espasmos, y supo que no podría aguantar más. Gritó un “Lucas” que sonó agónico, y el contacto cesó. Respiró hondo, y se preparó para lo que sabía vendría a continuación. La primera embestida la hizo crispas los dedos sobre la madera del armario de los vasos y arrancó de sus labios el nombre de Lucas en forma de grito, y, para cuando el policía se había hecho ya completamente con su cuerpo, la cocina entera tembló. A partir de ahí, todo fue caos, deseo, placer y sudor.

Una hora y media después, los dos policías atravesaban la ciudad a bordo del Audi, viendo los coches, la gente caminando deprisa por la calle, los cláxones, la música a todo volumen de otros vehículos a su alrededor...todo parecía estar envuelto en una mullida suavidad que hacía que todo pareciese flotar, levitar, sobre el asfalto. Diana sintió la mano de Lucas acariciando la suya, y se giró hacia él, apoyándose en su hombro unos segundos.

La escena de la cocina se había saldado con varios vasos rotos y las puertas de varios armarios desencajadas, cuando no tiradas directamente sobre el suelo. El amor nunca dejó tal rastro de destrucción a su paso.

Se quedaron en silencio, mirando hacia los coches que, parados en la calle, como ellos, esperaban pacientes avanzar metro a metro hasta llegar a la intersección por la que podrían esquivar ese tráfico infernal. Diana colocó su bolso negro de cuero sobre sus rodillas, jugueteando con él, cuando un fogonazo cruzó por su cabeza al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Estaban parados. Era la primera vez que veía a Lucas metido en un atasco. Siempre los esquivaba con maestría, girando por callejuelas, torciendo en bulevares, y ahora estaban allí, detenidos junto al resto de conductores en un atasco. El gran Lucas Sanz estaba distraído esa mañana, y era por ella. Definitivamente, ese día les iba a resultar muy difícil a ambos disimular que no tenían millones de burbujas en el estómago.

—¿Tienes que ir a central hoy? —preguntó, sin romper la relajada atmósfera del vehículo.

—Sí. Fernández quiere un informe pormenorizado de tus conclusiones para enseñárselo al Secretario de Estado de Seguridad, así que me pasaré el día redactándolo y luego tendré que ir hasta Madroñal en helicóptero para presentarle los resultados a esos dos cretinos.

—¿No puede hacerlo Fernández? Es decir, ya que no ha hecho absolutamente nada, al menos podría...

Lucas la miró, arqueando una ceja, divertido, y Diana no pudo evitar reírse. Todos sabían que el puesto de Fernández era algo meramente simbólico. Todos sabían que quien realmente se encargaba de todo era el Director Adjunto Operativo, un agente en la sombra del que nadie conocía su identidad, pero que era el que coordinaba todos los operativos y estaba al tanto de todas las misiones que realizaba la policía española fuera y dentro del país. El policía del millón, lo llamaban, porque esa era justo la cantidad que había llegado a ofrecer un diario de tirada nacional para hacerse con su nombre. Miró a Lucas, y sopesó la idea de preguntárselo. Teniendo en cuenta que se codeaba con la cúpula policial, quizás lo conociera.

En ese momento Lucas miró hacia ella con esa sonrisa por la que la mitad de las mujeres del planeta quemarían con un mechero su ropa interior, y algo chispeó en su cabeza, ordenando datos, fechas, reuniones, ausencias...todas esas investigaciones que llevaba paralelamente al caso que investigaban, y todo pareció tener un nuevo sentido, un nuevo rumbo.

Recordó el continuo trasiego de agentes de otras comisarías para reunirse con él, los cientos de llamadas y mensajes que recibía cada día. Aquello no era, ni de lejos, el trasiego normal de un agente de operativos especiales, o multitarea, como él mismo lo había llamado. El trabajo de Lucas tenía que ver más bien con la organización y el control de misiones de varios cuerpos dentro de la policía. Y entonces se dio cuenta. Coordinar y controlar. Solo existía un puesto en la policía con todas esas funciones, solo uno. Un cargo que era inconfundible.

Inspiró hondo, recordando la imagen del letrado plateado en la puerta de su piso en La Guarida brilló como un cometa, y algo encajó en su mente. Los números de La Guarida no eran números normales, obedecían a jerarquías. Y el suyo era el 103. Uno, cero, tres. Primer nivel, tercero en jerarquía. Jerarquía. Uno. Cero. Tres. Tres, maldita sea, el tres. El Secretario de Estado de Seguridad, el Director General de la Policía, y...él. El tres.

«El tres. El maldito tres.»

No, no, no. Aquello era impensable, imposible. ¿Lucas era el policía del millón? Parpadeó, sintiendo que su corazón saltaba encabritado.

—Lucas...¿Eres...eres el...?

Él asintió, despacio, mirando hacia ella, analizando su reacción, que, obviamente, y como no podía ser de otra forma, fue de completa turbación.

—¿...Hombre con más suerte del mundo por tenerte a mi lado? Pues...sí. Ese es el único puesto del que estoy orgulloso, porque es el que más trabajo me ha costado. Y, por supuesto, es la única inscripción que estoy dispuesto a que graben en mi lápida. “Aquí yace Lucas Sanz, el idiota con más suerte del mundo por convencer a la chica más increíble de la tierra de que él era su hombre ideal.”

Diana se rio, completamente descolocada por el piropo siniestro de Sanz, y se recostó en el sillón, con el pulso a doscientos por hora, hasta que llegaron a la comisaría. Aparcaron en el sitio de siempre, Lucas y apagó el motor. Llevaban semanas haciendo exactamente lo mismo; llegar, aparcar, salir, e ir a los ascensores en completo silencio. Solo que ahora todo era diferente. El mundo entero era diferente. Salieron del Audi juntos, como habían hecho tantas otras veces, y Lucas acarició el dorso de su mano, con disimulo, aprovechando la penumbra del garaje. La burbuja estaba próxima a deshacerse, y debían afrontarlo. Dentro de esas paredes de hormigón, eran la agente de policía Diana Espona y el Director adjunto operativo de la policía Lucas Sanz. El *gran* Lucas Sanz. Y esta vez el adjetivo se lo tenía ganado.

—Hora de volver a la realidad —musitó ella, y se separó levemente de él.

Caminó un par de pasos mas, cuando Lucas, sorprendiéndola, y, ante la mirada atónita del resto de agentes que se encaminaban con ellos hasta el ascensor, la tomó de la mano, entrelazando sus dedos con los suyos, y apretó con fuerza.

No tenía miedo de que los vieran juntos, y le estaba pidiendo que ella tampoco lo tuviera. Ella respondió, y se apoyó en él, que rodeó su hombro con un brazo, dándole un suave beso en la sien, mientras los primeros comentarios y expresiones de confusión no se hicieron esperar.

Las puertas del ascensor se abrieron, y ellos entraron junto al resto, quedándose justo en el centro. Las miradas disimuladas hacia sus manos entrelazadas les hicieron sonreír, y, más cuando todos se quedaron en completo silencio cuando Lucas la giró y le dio un profundo y húmedo beso, apoyando sus manos en su nuca y su cintura, atrayéndola hacia él mientras susurraba bajito, solo para ella.

—Gracias, princesa.

Se separó levemente de ella, y ambos se mantuvieron la mirada. Esta mirada que hablaba de amor, lealtad, y confianza. Se habían encontrado, y no pensaban soltarse. Jamás.

El día pasó inexorablemente lento para Diana, hasta que a las cinco de la tarde su teléfono empezó a sonar, y tomó una bocanada de aire. Era Valentina. Los rumores de lo que había pasado entre Lucas y ella en el ascensor habían corrido como la pólvora, y sus amigas estaban hambrientas de noticias de primera mano. Contestó con el chillido al unísono de sus amigas de fondo, y se preparó para lo que vendría a continuación. El interrogatorio más duro de su vida.

— ¡Por Dios, dime que es verdad lo que me ha contado la cotilla de Mabel, y que el buenorro de Sanz y tú estáis juntos!

—Pues...sí —contestó, sin poder contenerse.

El agudo grito que se escuchó enseguida tuvo otro eco, reflejado en la voz de Lara, que se había sumado a la conversación.

—Oh, por Dios, Didi, todas las mujeres de esta comisaría vamos a declarar este día el día de santa Diana, la diosa del sexo, de la lujuria sin límites, de la más salvaje fornic...

—De acuerdo, ya lo he pillado, así que no hace falta que sigas.

— ¡Necesitamos detalles! —gritó Valentina, de fondo — ¡Y fotos! ¡No, mejor vídeos, necesitamos vídeos!

—No va a haber nada de eso, brujas.

—Oh, venga ya. Pero cuéntanos cómo fue, quién se declaró a quién y...oh —se hizo un silencio —. Cielo santo, ¿Y Borja?

Diana inspiró, despacio, sin saber qué contestar. ¿Cómo decirles a las chicas que Borja era un traidor? ¿Cómo decirles que el chico que le había enseñado a Lara a conducir una moto había puesto precio a su vida? ¿Y a Valentina? ¿Cómo iba a decirle que el hombre que fue a partirle la cara a Marcos cuando la vio aparecer por la comisaría hecha un mar de lágrimas era un canalla? ¿Cómo iba a decirles algo así? Borja era su amigo también, y no podía poner a las chicas en su contra, no hasta que no se celebrara el juicio. Se lo debía, por todo lo que fueron, y aún eran.

—Pues la verdad es que aún no se lo he dicho. No...no puedo. Ya tiene bastante con asumir nuestra separación, como para encima...no.

Las chicas guardaron un respetuoso silencio. Aparecían a Borja, lo querían muchísimo. Pero la química entre Lucas y ella, sumada a la historia que tenían, había firmado por ellos el final de su historia de amor. Diana esperó una respuesta, un reproche, algo, pero lo que encontró fueron frases de apoyo por parte de las chicas. Tenía a las mejores amigas del mundo.

Tras interrogarla para intentar sonsacarle dónde, cómo y cuándo había sucedido todo, Lara empezó un largo monólogo sobre la importancia de dejar satisfecho a un hombre en la cama, mientras hacía un repaso, demasiado gráfico, a la ropa interior que iba a necesitar de aquí en adelante para deslumbrar a un hombre como el *gran* Lucas Sanz.

Ella terminó asintiendo, por aburrimiento, desbordada ante la exagerada imaginación de sus amigas. Sin embargo, no pudo evitar un pequeño atisbo de inseguridad. Lucas había cosechado una fama de rompecorazones allá por donde había pasado, y una rápida comprobación en internet de lo que había dicho Lara sobre el idilio que había mantenido el Director Adjunto con las hijas de dos ministros no solo era cierta, sino que además se le habían sumado las de tres Directores generales, y hasta la de un cónsul. Sonrió, fingiendo una tranquilidad que no sentía, y contestó.

—Larita, querida, aquí de lo que se trata no es de seducir con lencería, sino de lo que haces cuando la última pieza de encaje cae al suelo.

Las chicas se carcajearon, y ella respiró. Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo, y apenas podía asimilar, ni comprender, la mitad de ellas. Pero lo único que seguía brillando como un diamante era el amor que sentía por él. Y con eso bastaba.

A las once de la noche un sonido estridente la sobresaltó, y se incorporó de la cama, sobresaltada. ¿Qué demonios...? Miró hacia todas partes, localizando su teléfono, que en ese momento se iluminaba con el nombre de Lucas llenando la pantalla. Con dedos torpes y aún adormilados, logró contestar, sin que la habitación dejase de dar vueltas.

—¿Lucas?

—Hola Diana —su increíble voz jamás sonó tan masculina, tan maravillosa, tan profunda—. Solo quería darte las buenas noches—. ¿Te he despertado?

—No...no, claro que no. ¿Dónde...dónde estás?

—Acabo de llegar del aeropuerto. El cretino de Fernández nos ha hecho quedarnos más tiempo con el Ministro del que esperaba. Aguantar a capullos insufribles va incluido en el suelo. ¿Y tú, qué tal tu día?

—Largo —se sinceró.

—También lo ha sido para mí.

Diana ahogó un suspiro, y la posibilidad de tomar un taxi hasta La Guarida pasó a ser una opción más que atractiva. En ese momento escuchó unos nudillos golpeando la puerta, y parpadeó. ¿Quién...? No. Saltó de la cama, corriendo hacia la puerta, y abrió de un tirón, casi empotrando la madera contra la pared, y le vio. Simplemente le vio. Vestido de negro, tan perfecto como siempre, tan increíble como nunca. Su oscuro príncipe había vuelto. Se encaramó a sus caderas de un salto, estrellándose contra sus labios, y Lucas recorrió su boca, tomándola con fuerza, mientras sus dedos se enredaban en su trigueña melena.

—Te he echado de menos —dijo ella, sin aliento.

—Ya lo veo —contestó él, con una sonrisa traviesa en el rostro—. Pero te juro, preciosa, que habrá valido la pena la espera.

Lucas la llevó en brazos hasta el dormitorio, y la tumbó en la cama. La desnudó despacio, y se quedó frente a ella, quitándose la ropa lentamente, mientras ella le contemplaba. El policía se quitó la camisa, y la arrojó a los pies de la cama, al igual que los pantalones, los calcetines. Las botas. Pero todo con lentitud. La había echado de menos casi hasta la locura ese día, pero iba a hacerla esperar. Necesitaba verla deshacerse con solo mirarle.

Deslizó el bóxer, despacio, liberando su deseo, y ella se incorporó lentamente, sin apartar sus ojos de los suyos. Lucas sonrió, recordando todas las veces que había soñado con tener a Diana exactamente así, desnuda frente a él, con la mirada cargada de deseo, como ahora, sintiendo que Diana era una princesa de cuento de hadas. Su gótica, sensual y perversa princesa de cuento de hadas. Y sonrió. La besó profundamente, haciéndola exhalar un suspiro al tiempo que su otra mano se dirigía al perfecto ángulo que se dibujaba entre sus piernas.

—Lucas... —jadeó ella, mientras él seguía llevándola al paraíso.

—Así, princesa, justo así.

Se miraron, jadeantes, y ya no hicieron falta palabras. La deseaba, y necesitaba su cuerpo de una forma tan ardiente y animal que iba a tenerla gimiendo, deshaciéndose y jadeando todas las malditas horas del día. La miró con ansia, con entrega, con desesperación, rogándole que no parara de mecerse con él, dándole un profundo beso, que, en ese momento, y más que nunca, sabía

a sexo, lujuria e intimidad, mientras sentía el cuerpo de Diana temblar entre sus brazos. La tumbó a horcajadas sobre él, y la embistió con fuerza, sin preámbulos, sin más preliminares.

—Maldita sea...—gimió ella, estremeciéndose.

Volvieron a mecerse uno contra otro, en un compás desesperado, mientras la ingle del policía se endurecía, y su mandíbula se encajaba. No podía aguantar más. Volvió a llenarla por completo, y, una vez más, volvieron a demostrarse por qué estaban destinados a encontrarse. El infierno había llegado para quedarse, y ellos estaban condenados.

El sabor de los labios de Lucas sobre los suyos la despertó un día más. Separó las pestañas con lentitud, y sus dedos se anudaron en su cabello, mientras fuera todo parecía seguir un ritmo tan caótico como siempre. Se tapó con las sábanas, que, esa mañana, más que nunca, olían a ellos. Esas sábanas que habían sido testigos de cada beso, de cada jadeo, de cada caricia. Esas sábanas que hablaban de sentimientos expuestos, de tabúes derribados, de deseo incontrolable, de sudor, placer y amor. Sobre todo, hablaban de amor. Durante unos segundos, solo el sonido de sus respiraciones, acompasadas, rompieron el ambiente, y Diana se refugió en su musculado torso.

—Te quiero, Lucas.

—Lo que ocurre es que te gusto demasiado en la cama, y eso te nubla la razón.

—Serás idiota.

—Cómo me conoces, mujer —se rio.

Lucas la besó una vez más, mientras un océano de caricias se abría ante ellos, y el deseo, y el amor, volvieron a hablar su propio idioma.

Una hora después, ambos se hallaban en el interior del Audi del policía, rumbo a la comisaría. Lucas tenía que reunirse esa misma mañana con varios mandos superiores, y Diana estaba terminando de organizar toda la burocracia para preparar los juicios contra los acusados. Excepto el informe del interrogatorio de Borja, que Lucas había prometido preparar él mismo, para evitarle el mal trago. Torcieron por una estrecha calle, cuando el móvil de Lucas empezó a sonar, con el nombre del Víctor en la pantalla. Pulsó la tecla del manos libres, y contestó.

—Sanz.

—Hola, Lucas, soy...

—Víctor, sí. Lo sé. ¿Qué tal estás?

Un leve silencio respondió a esa pregunta, y la pareja intercambió una mirada interrogante.

—Víctor, ¿sigues ahí? ¿Te encuentras bien?

—¿Qué si sigo aquí? ¿Me preguntas qué qué tal estoy y si me encuentro bien? Macho, Espona debe hacer maravillas en la cama para haberte borrado ese humor de perros y conseguir que me preguntes que cómo estoy. Madre mía, quién te ha visto y quién te ve...

—No exageres.

—No exagero. La última vez que me preguntaste qué cómo estaba fue porque me rompí las dos piernas esquiando. Esa mujer te tiene abducido, Luquitas, algo comprensible, hay que reconocerlo, porque esa pedazo de hembra está que vamos, está tremenda, y me quedo corto, porque bueno, en fin... Si hasta ayer, en la reunión con todos los jefazos, estabas sonriendo. Tú, sonriendo. Tú. A Diana hay que levantarle un monumento, y no solo por ese trasero respingón que tiene, sino por...

—Víctor, que estoy con...—le reconvino Lucas, mirando nervioso hacia Diana, que apenas podía contener la risa.

—Puf, a ver, no te culpo, si yo también me pongo que... vamos, cómo me pongo cuando la veo. Si es que el otro día la vi con unos pantalones de cuero ceñidos a ese culo de infarto que tiene, y te juro que me dieron ganas de...

—Víctor, que... —gruñó Lucas, tenso, con los nudillos ya blancos sobre el volante, sin que su amigo le hiciese caso.

—Pues lo que te decía —le interrumpió Víctor, completamente lanzado—. Vamos, es que fue ver ese trasero, y no sé ni cómo me contuve de darle un buen mordisco. Y esas tet...

—Joder, Víctor, que...

—Que sí, pesado, que ya sé que está contigo, pero reconoce que es ver ese trasero, y ese par de melocotones que le asoman por el escote, y...vamos, porque está contigo, porque si no, yo mismo terminaría un día de estos arrancándole la ropa sobre la mesa de mi despacho. ¡Uf! Le haría todo lo inimaginable hasta hacerla gritar mi jodido nom...

— ¡Diana te está escuchando, joder! —rugió Lucas, y el eco rebotó contra los cristales del habitáculo del coche, mientras una atónita Diana apenas podía apartar sus ojos del teléfono, intentando asimilar que Víctor González, Jefe Superior de Policía de la provincia de Pinar, al que tan serio y profesional creía, hubiese sido capaz de soltar toda esa ristra de obscenidades.

—Buenos días, Víctor —dijo ella, fingiendo el tono más formal que pudo.

Lucas encajó la mandíbula, girando el volante hacia la calle de la comisaría, mientras al otro lado su amigo seguía callado. El mutismo siguió, hasta que, pasados treinta segundos más, González pareció reponerse y recobró su tono de voz habitual.

—Agente Espona, Sanz, un placer.

El denso pitido al otro lado les indicó que Víctor había terminado colgando el teléfono, y Diana se giró hacia Lucas, que resoplaba nervioso, a punto de explotar como un volcán. Las fantasías de su amigo no le habían gustado nada, pero que nada. Bufó, y giró el volante, metiéndose con brusquedad en uno de los bulevares de la ciudad por donde solían atajar para llegar a comisaría.

—Hoy voy a tener que pasar por la comisaría provincial para hablar del caso y, de paso, voy a dejarle clarito cristalino a ese mono en celo que voy a romperle las piernas como vuelva a imaginarse algo así contigo.

—Oh, vamos, Lucas, no seas así, es tu mejor amigo.

—Me da igual que sea mi amigo, juro que lo mataré.

Diana se carcajeó, mientras el Audi descendía a los garajes de la comisaría. Lucas apagó el motor cuando terminó de aparcar, y salieron cogidos de la mano, sin que Diana dejara de reírse un solo segundo. La escena era más que surrealista.

Se encaminaron a los ascensores, cruzándose con unos cuantos agentes que les devolvieron el saludo con aburrida cotidianidad, y ellos sonrieron. Las miradas de asombro y cuchicheos de los primeros días habían dado paso a saludos mecánicos, breves y anodinas conversaciones sobre el tiempo, y sonrisas amables. Parecía que sus compañeros ya se estaban acostumbrando a verles juntos.

Aunque no todo era de color de rosa. Los amigos de Borja le habían retirado la palabra, motivados por la repentina solicitud de vacaciones anticipadas que había pedido su exnovio. Todos creían que el pobre Borja, incapaz de asumir la traición de ella con Lucas, había decidido poner tierra de por medio. Sin embargo, la realidad era muy diferente. Borja sabía que su detención era inminente, y estaba preparando su defensa a conciencia. Su amiga Sasha Spencer, la abogada de día y camarera *pin up* de noche, se lo había dicho porque su despacho era el encargado de llevar su caso. Iban a ir a por él con toda la artillería, y debía estar preparado.

Se apoyó en Lucas, apenas se cerraron las puertas del ascensor, y él la abrazó.

—¿Todo bien, preciosa?

—Sí, tranquilo.

—¿Seguro?

—Sí, es solo que...todo está bien.

Lucas la miró apenas dos segundos, y se acercó a su oído, susurrando.

—Te quiero, Diana. No lo olvides nunca.

—Y yo a ti.

No hizo falta más. Lucas la besó con suavidad, enredando sus dedos en su pelo, atrayéndola hacia él, y ella se dejó caer por completo. El beso se prolongó en suaves caricias que fueron subiendo de intensidad mientras las plantas iban sucediéndose, y las miradas de soslayo del resto de agentes que estaban en el ascensor se volvían menos discretas. Ninguno supo decir el momento exacto en el que Lucas la puso contra la pared del habitáculo y devoró sus labios con un hambre feroz, sin darle tiempo a respirar, mientras ella jadeaba por la contundencia del beso, y los primeros murmullos hacían aparición.

—Madre mía. Van a tener razón los rumores y la boda del año está al caer —dijo una agente, provocando las risas de todos, excepto la de ellos, ocupados como estaban enredándose en la boca del otro.

En ese momento se abrió la puerta, y todos salieron con la sonrisa aún puesta en la boca. Diana fue la última en abandonar el habitáculo, con los ojos clavados en él, que se despidió de ella vocalizando un tierno “Te quiero” que a punto estuvo de hacer desaparecer la lencería de la policía, mientras pulsaba de nuevo el botón del garaje. Las puertas se cerraron, y ella se volvió, dirigiéndose hacia la sala de café, donde ya la esperaban las chicas mostrando una perfecta sonrisa socarrona.

—Hola Diana, ¿Qué tal? —empezó Lara —Bueno, no me lo digas, que con la cara que traes hoy ya me hago una idea.

—No es lo que...

—Oh, sí, sí que lo es —respondió Valentina—. Cielo santo, es que parecéis lapas, Didi. No me extraña que las cotillas de administración siempre estén hablando de vosotros y de vuestros constantes asaltos sexuales.

—¿Qué?

—Lo que oyes. A ver, es que estáis todo el día fornicando como animales en cualquier rincón de la comisaría. Así, es normal que esas malditas arpías de la comisaría no hablen de otra cosa. Nos dais demasiada envidia, y eso, querida mía, nunca es bueno.

Diana enrojeció con violencia, recordando la escena de la parte de atrás del archivo dos tardes atrás. Las chicas los habían encontrado en una postura de lo más comprometida, y no habían dado parte, hecho que agradeció enormemente.

—Por cierto, lo del otro día, no era lo que parecía, Lucas y yo solo...

—Lo cierto es que no informamos a Rodríguez de lo que vimos por lealtad hacia ti, y por bueno, porque nos dejásteis sin capacidad de reacción, qué quieres que te diga.

—Por cierto —apuntó Valentina—, tienes que ir a que te repasen ese extraño tatuaje de libélula que tienes en la ingle.

— ¡Es un ángel!

—Ay, perdona, es que cómo no parabas de moverte...menuda flexibilidad la tuya, por cierto. Estuvimos varias veces tentadas de interrumpiros, pero entre tu tatuaje y el trasero de Sanz, la verdad es que el tiempo se nos pasó volando, ¿verdad, Lara?

—Oh, sí, ya lo creo que sí.

— ¡¿Qué?!¿Pero cuánto tiempo estuvisteis...?

—Pues...—se miraron, pensativas —creo que fue entre el “Joder, nena, llevo soñando con esto todo el maldito día. Te aseguro que vas a ver las estrellas” y el “No puedo aguantar más, preciosa,

deshazte conmigo, vamos, maldita sea.” Sí, creo que fue entre esas dos frases.

La cabeza de Diana explotó. Esas dos malditas pervertidas lo habían visto...todo. Todo.

— ¡Sois unas...unas...!

—Por cierto —la interrumpió Lara —¿Dónde está ese semental?

—Tenía que ir a la comisaría con González. Solo vino para traerme. Y esto no se queda aquí, vamos a hablar largo y tendido sobre respetar la intimidad..

— ¡Ah! Hablando de cosas íntimas y oscuras —dijo Valentina, cortándola—. Víctor me ha dicho que Lucas y él van a ir un concierto esta noche de esa horrible música *heavy*, y nos han pedido que les acompañemos, así que he comprado entradas para todos.

Diana suspiró, sacudiendo la cabeza. Se acababa de dar cuenta de que sus amigas eran unas pervertidas, iba a ir a un concierto de esa horrible música por voluntad propia, y estaba con el hombre que la volvía loca. Desde luego, el embrujo de Lucas la estaba haciendo perder la cabeza por completo.

A kilómetros de allí, en la comisaría provincial, el ambiente era totalmente opuesto. En una enorme y acristalada sala de reuniones, un contrito Lucas, junto al propio González y Carlos Rodríguez, jefe de la comisaría de Pinar, estudiaban con atención la documentación sobre Torres que había preparado Diana. En las imágenes, se apreciaba al agente Torres entrando y saliendo varias veces de allí, reuniéndose con todos tipo de presidiarios cuyo nexos en común no era otro que haber servido de enlace a algún clan criminal. Asintió, satisfecho, y se aproximó a la mesa, a tiempo de detener el plano exacto en el que el agente Borja Gómez se reunía con uno de los Romenev antes de la operación 'Pez de Siam'.

—Ya podemos ir organizando una detención y un interrogatorio en condiciones. Ese malnacido va a cantar la maldita traviata —dijo Víctor, satisfecho.

—Entendido —dijo Rodríguez—. Llamaré a los agentes Déniz y Alameda para que lleven a cabo el interrogatorio.

—No, lo haré yo —irrumpió Lucas, severo.

Rodríguez frunció el ceño. Lucas, además de ser famoso por su contundente eficacia en cada operativo, era famoso por sus broncos interrogatorios que terminaban, invariablemente, con los médicos entrando en tropel en la sala para sofocar los fortísimos ataques de ansiedad que provocaba en los detenidos, que terminaban confesando hasta el dinero que le habían robado del monedero a sus abuelas cuando eran pequeños. Dominaba y usaba el acoso y derribo psicológico a la perfección.

—No creo que sea buena idea —dijo González—. Tu implicación emocional con Diana Espona, expareja de Gómez, puede ser usada contra nosotros si deciden recurrir el testimonio.

Su amigo lo fulminó con la mirada, y él se la mantuvo. No iba a ceder en esto. Lucas no podía interrogar a Borja. Quería meter a ese malnacido entre rejas, y no quería ningún cabo suelto.

—Víctor, siento recordarte que, gracias a una grandísima jugarreta que me hiciste, soy tu superior, así que no te atrevas a decirme qué puedo y qué no puedo hacer en este caso. ¿Lo has entendido?

—No te estoy diciendo lo que debes hacer, solo expreso mi opinión en relación a la conveniencia, o no, de que seas tú quien interroge a Gómez.

—¿Me estás cuestionando profesionalmente?

—En este caso, sí. Maldita sea, Lucas, no estás preparado para algo así, y no serás capaz de mantener la cabeza fría. Los abogados se nos echarán encima, ¿es que no lo entiendes?

—He dicho que puedo hacerlo.

—¿Serás capaz de ser objetivo? Porque te recuerdo que estamos hablando del hombre que puso precio a la vida de tu pareja.

Sanz lo miró, encajando la mandíbula, reconociendo que Víctor no andaba desencaminado. Se la tenía guardada a Gómez por poner en peligro la vida de la mujer que amaba en aquel maldito operativo, y pensaba acabar con él.

—Interrogaré yo mismo a ese bastardo, y es mi última palabra, Víctor —zanjó, agarrando su cazadora y salió de la sala.

Rodríguez miró a Víctor, y se rascó la mandíbula, mirando hacia las carpetas que estaban sobre la mesa.

—Víctor, nos conocemos desde hace años, y sabes que nunca interfiero en tus asuntos, pero...

—Lo sé, Carlos, lo sé. Hablaré con él.

—Hazlo, por favor, convéncelo de que mantenga la rabia bajo control. Borja estaba bajo mi mando, y Sanz está demasiado implicado emocionalmente en esto. Nos ha costado demasiado dar con ellos, y todo se puede ir al garete en cuestión de un segundo.

—Casi matan a su chica, entiéndelo.

—Lo único que entiendo aquí es que esto va a acabar mal, Víctor. Muy mal. Hazme caso. Y más cuando Espona sepa que Lucas la estaba espiando.

Víctor miró hacia el hombre, y descendió la vista al suelo. Su amigo iba a tener que confesárselo alguna vez a Diana, y eso tendría consecuencias imprevisibles, sí, pero eso, vendría más tarde. Se aclaró la voz, y alzó la vista hacia Rodríguez, que le observaba, expectante.

—Mantendrá el control, Carlos, te lo garantizo.

—Ojalá lo haga, porque si no, ese pobre desgraciado de Borja Gómez no va a salir vivo de la sala de interrogatorios.

El viernes por la noche el local donde se celebraba el concierto *heavy* estaba a un solo cubito de hielo de superar el aforo permitido. Las canciones del grupo que actuaba como telonero animaban el ambiente. Tras las barras, tatuados camareros servían todo tipo de cervezas, cócteles sofisticados y coloridos refrescos a todo aquel que se acercaba con un billete en la mano. Víctor miró a Lara, que estaba dando vueltas a su combinado mientras movía la cabeza al ritmo de la canción, y Valentina intentaba, sin éxito, seguir el ritmo de la canción. Lara la miró, burlándose de su escaso oído musical, cuando de repente elevó su rostro por encima del hombro del Jefe Superior de Policía, y abrió los ojos como platos.

— ¡Cielo santo del amor lujurioso!

—¿Qué pasa, Lara? —gritó Valentina, intentando hacerse oír por encima de la música —¿Ya han entrado al escenario ‘Los devoradores de cráneos’?

—‘Los adoradores del diablo’ —corrigió Víctor, por enésima vez, poniendo los ojos en blanco.

—Seguro que son igual de siniestros, qué más da. Me encuentro a un tipo de esos por la calle, y le saco un crucifijo.

—¿Un crucifijo?¿Y de dónde vas a sacar tú un crucifijo, eh, listilla?

—Puedo improvisar uno con los tampones tamaño zeppelin que llevo en el bolso. Si eso no lo disuade, le amenazaré con metérselos por tú ya sabes dónde. Ya verás cómo el pobre desgraciado sale corriendo a por una pila bautismal. Eso, o se clava él mismo una estaca.

Víctor sacudió la cabeza, exhausto, y se giró hacia Lara.

—¿Qué estás mirando que ni parpadeas?

— ¡Es...Marcos!

—¿Quién?

—El ex de Valentina. Y, que me condenen por ello, pero es que está más guapo y te juro que revienta mi ropa interior de un plumazo. ¡Valen, mira, es Marcos!

La aludida apenas se dio la vuelta, y su mandíbula cayó casi hasta el suelo. Era Marcos Cifuentes, por supuesto que lo era. Lo reconocería incluso aunque apagaran todas las malditas luces del club. Le vio con sus vaqueros oscuros, su jersey negro en pico remangado hasta el antebrazo, e inspiró, incapaz de serenarse. Ese hombre era su maldita criptonita. Marcos la miró, y se acercó hasta ella, aprovechando la oscuridad. Sus ojos barrieron su cuerpo, y sonrió.

—Hola, Valen.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, como saludo, frunciendo los labios.

—He salido con los chicos. ¿Y tú?

—Aquí, esperando a que un príncipe azul llegue a mi vida, aunque, con el historial que tengo, casi prefiero quedarme con cualquier cerdo. Al menos sabría a lo qué atenerme desde el principio para no llevarme sorpresas después.

Aquello dolió. Lara y Víctor intercambiaron una rápida mirada y les señalaron la barra, vocalizando un “Estaremos allí”, gesto que ni Valentina ni Marcos percibieron, ocupados como estaban en fundirse en los ojos del otro, que destilaban llamas.

—Maldita sea, Valen, ¿Cuándo vas a dejar que te explique lo que ocurrió?

—No quiero que me expliques nada, Marcos. Sé lo que vi, te acostaste con ella.

—Sí, joder, pero lo hice creyendo que eras tú, te lo he dicho cientos de veces.

—Lo que me faltaba por oír —se giró, y sintió la mano del policía cerrándose en su brazo.

—Valen, por favor...

—No, Marcos. Ya, no.

—Valen...

—Adiós, Marcos. Adiós —murmuró, ahogando ese sollozo que sabía que la partiría en dos. .

Se volvió, yendo hacia sus amigos, que intercambiaban miradas preocupadas, y Lara suspiró, consciente de que esa situación requeriría una actuación estelar de las suyas. Abrió la boca para hablar, justo cuando los primeros acordes de una nueva canción rompían el ambiente, y unos sonrientes Lucas y Diana hacían aparición con cara de estar en el mismísimo cielo.

—Vaya, ya están aquí 'La Bella y el Bestia' —dijo Víctor.

—Más bien 'El Bello y la Gótica' —matizó Lara —Y, a juzgar por la cara que traen, o acaban de romper todas las patas de la mesa del comedor, o la mampara del baño.

—O las dos cosas —apuntó Víctor.

Diana y Lucas llegaron hasta ellos, saludándoles con efusividad.

—Hola a todos, sentimos llegar tarde —dijo Diana, volviendo a acurrucarse junto a Lucas—. Nos hemos retrasado porque...

—Estáis todo el día fornicando, retozando, copulando, alcanzando cotas de perversión dignas de las más pervertidas películas pornográficas en una espiral de lujuria sin precedentes por cualquier rincón. Lo sabemos, tranquilos —dijo Lara, ante la estupefacción general—. Lo entendemos y os perdonamos el retraso, porque sabemos que eso lleva tiempo.

— ¡Lara! —gritó Diana, escandalizada.

—Oh, vamos, como si me fuera a acongojar por ver algo así. Te recuerdo que ya os hemos pillado practicando todo tipo de posturas imposibles en cualquier lugar de la comisaría estas últimas semanas, sin ni siquiera sacar el móvil para inmortalizar vuestras retorcidas fantasías. A eso se le llama amistad, querida mía, y lo demás, sobra.

La cara de desconcierto de Lucas ante semejante discurso fue digno de enmarcar en el podio de honor del bochorno, y las risas no se hicieron esperar. Diana apoyó la frente en el torso de su chico, riéndose, mientras sonaba una versión de una canción de PJ Harvey que amenazaba con desmoronar la sala.

—Pero no os preocupéis, hemos estado muy entretenidos en vuestra ausencia hablando de sexo, y de las diferentes posturas en las que puedes acostarte con alguien sobre el capó de un coche.

—¿Qué? —preguntó Diana, desconcertada, y miró de reojo a Lucas, que se encogió de hombros, tan perdido en la conversación como ella.

—Sí, ya ves. Debe ser increíble hacerlo allí, porque Valentina asegura que el mejor polvo de su vida fue, precisamente, sobre el capó de un *crossover* tras el Festival *Pinarock* del año pasado. Puf, qué suerte tienen algunas.

— ¡Lara! —rugió la aludida —¿Quieres cerrar la maldita boca?

—¿Qué? Oh, vamos, no seas tímida —recreminó con gesto fingido—. ¿No te acuerdas? Me dijiste que fue súper salvaje y romántico, y que esa noche fue cuando te diste cuenta que estabas enamorada de ese chico —oyó cómo Marcos Cifuentes tosía sonoramente, a escasos metros de ellos, atragantándose con la cerveza, mientras sus amigos le daban palmadas en la espalda, y su amiga la fulminaba con la mirada—. Ay...¿Cómo se llamaba? Bueno, da igual.

—Cierra la maldita boca.

—Oh, vamos, ¿De verdad que no te acuerdas? Sí, mujer, ese chico que, cuando rompisteis, te pasaste tres días borracha lloriqueando por todos los rincones porque habías perdido al amor de

tu vida. Sí, Valen, ese chico que te regaló trescientas rosas, y estuvo durante dos meses durmiendo en el rellano de nuestro piso, contra la puerta, solo para que le perdonaras. Ese tipo, Valen. El único hombre con el que tú misma me dijiste que quieres estar. Solo con él. Para siempre.

La chica miró de soslayo a Marcos, que en ese momento se incorporaba, aún tosiendo, y le dedicaba la sonrisa más luminosa que había visto en su vida. Acababa de hacerle el hombre más feliz de todo el planeta tierra. Ella le guiñó el ojo, cómplice, cuando las guitarras rasgaron el aire, y la sala se convirtió en una jaula de gritos. Diana miró hacia la barra, y le hizo una señal a Lucas.

—Me voy con las chicas, ¿quieres algo de beber? —él negó con la cabeza, y ella le dio un rápido beso —Ahora vuelvo, no te escapes, ¿vale?

—No lo haré —Lucas se rio, y la besó. La contempló alejarse, mirándola embelesado, con la voz de Víctor de fondo.

—Deja de tirártela con la mirada, tío. Al final Lara va a tener razón y parecéis unos animales.

—Oh, cállate —soltó, robándole el botellín de cerveza a su amigo.

Víctor lo miró, recordando la reunión que habían tenido esa tarde. En apenas unos días tendría que hacer las maletas y volver a la capital, a Madroñal para asumir de verdad el cargo de Director Adjunto Operativo de la Policía Nacional. Pero lo haría lejos de ella. Lejos de lo único que le mantenía con vida.

—¿Ya se lo has dicho?

—No, no he encontrado el momento de hacerlo.

—¿No has encontrado el momento, o el valor?

Lucas lo miró, descendiendo la mirada al suelo. Diana no accedería a cambiar todo su mundo, toda su vida, para seguirle a él a la capital. Aquí en Pinar estaban sus recuerdos, su trabajo, sus amigas, los compañeros con los que llevaba años trabajando. Allí no tendría a nadie.

—Se lo diré pronto.

—¿Cuándo es pronto?

—Pronto, ¿vale? No es fácil.

Víctor suspiró, y le miró con tristeza.

—Nunca lo es —se limitó a afirmar, y miró hacia Diana, que en ese instante hacía equilibristas con varias copas en las manos, rogando mentalmente para que el amor que sentía por su amigo fuera lo suficientemente fuerte como para luchar por él. Ya le había visto una vez hecho pedazos, y aquello no podía volver a ocurrir.

—Y si ella no...bueno, yo...

Víctor se giró hacia él, y vio un destello en su mirada, un solo destello, que hizo que saltaran todas sus alarmas.

—¿No estarás pensando en dimitir, verdad? Joder, Lucas, que...

—No voy a dimitir.

—Sí que te lo has planteado si ella no acepta. ¿Tan pillado estás que...? Estás jodido, Sanz. Muy jodido.

—Lo que estoy es enamorado, Víctor. Muy enamorado.

Al fin llegaron junto a ellos, y Lucas miró a su chica. Suspiró, y, sin decir palabra, la tomó por la cintura y enlazó sus bocas en un beso cargado de tanto erotismo que arrancó silbidos alrededor. Las chicas y Víctor se giraron hacia ellos, riéndose y gritando la consabida frase de “Iros a un hotel, pervertidos”, ante las carcajadas de algunos jóvenes alrededor. Pero ellos no les escuchaban, no los veían, no existían. Diana gimió contra los labios de Lucas el “Te quiero” más sexy que el policía había escuchado en toda su vida, y se lo dejó todo en ese beso. Todo el amor, el afecto, la pasión. Dos corazones vibrando furiosos mientras sentían cada acorde, cada vibración.

Y el mundo volvió a desaparecer una vez más, mientras un secundero marcaba la cuenta atrás.

Tic, tac, tic, tac...el sonido del secundero del reloj de la prisión era una maldita tortura para sus oídos. Ese maldito trasto marcaba cuánto tiempo le quedaba para ver a esa preciosa muñeca que era todo su mundo. Suspiró, descendiendo los hombros, y miró el reloj que tenía en la muñeca, en un gesto que se había hecho automático en él. Siempre controlando el tiempo, siempre controlándolo todo...empezaba a estar harto de todo eso. Posó el puño sobre sus labios, pensativo, y suspiró. Las cosas no estaban yendo bien, nada bien. El maldito hallazgo de Diana Espona, relacionando el clan de los Romenev con los Brozovic y la guerra abierta que mantenían con los Rosslyn, lo había dejado sin capacidad de reacción.

Inspiró, estirando las manos, recordando aquel maldito operativo, 'Escorpión alado', y suspiró. Sus padres habían estado cerca, muy cerca, de destapararlo todo. Y ahora su hija, en una suerte de venganza celestial, era quien le iba a descubrir. El cielo tenía un sentido del humor muy oscuro. En ese instante, las puertas de todos los locutorios se abrieron a la vez, y por uno de los cubículos salió la mujer más bella de la tierra. Él se acercó, sonriendo, y se sentó en la silla metálica frente a ella.

—Hola, preciosa.

—Hola, ¿Qué tal estás?

—Pues no muy bien. Hay novedades, y temo que no van a gustarte.

—¿Has hablado con Brozovic?

—Sí, y por eso quería verte hoy.

Torció el gesto al recordar la última reunión mantenida con Ivan Brozovic hijo. Había acudido al lugar señalado, sabiendo que esa sería la última reunión que mantendría con él. Brozovic padre había pedido su protección años atrás, y había aprovechado su puesto en la policía para construir una provechosa sociedad secreta que le habían supuesto suculentos beneficios.

Él se encargaba de mover todos los hilos para que sus movimientos pasasen desapercibidos para la policía, mandando destruir pruebas, y ellos, los Brozovic, y los clanes que trabajaban junto a ellos, como los Romenev, les pagaban una continua cuota del diez por ciento de todas sus ganancias, lo que se traducía en muchos, pero que muchos ceros. Suya había sido la idea de las sociedades fantasma y los 'hoteles negros' en diferentes puntos del Caribe como tapadera perfecta para esconder sus negocios. Y ahora exigía el pago por todo ello, liberarla. Punto que los Brozovic no iban a cumplir.

«—Mi paciencia se está agotando, Ivan.»

«—Lo tengo todo bajo control.»

«—Lo dudo bastante cuando tus chicos no hacen más que llamar la atención. Están llenando las calles de droga en mal estado. Estoy haciendo lo imposible para tapar tus chapuzas, pero la mierda ya empieza a salpicar. Solo la semana pasada hubo tres chavales ingresados por sobredosis, ¿lo comprendes? Tengo a narcóticos y a crimen organizado pisándome los talones.»

«—Está bien, tranquilo, pondré en vereda a mi gente.»

Lo miró, asumiendo que Ivan Brozovic hijo no era un buen aliado, y, menos, un buen jefe. Era débil y desorganizado, y era cuestión de tiempo que el resto de pequeños clanes fuesen a por él.

El silencio que se hizo se llenó de dudas, de incertidumbres, de planes apenas trazados. La mujer asintió, con la duda pintada en el rostro, y sus ojos volaron hacia los de él.

—No me falles.

—Volveremos a estar juntos, cariño, y volverás a ser libre, confía en mí.

—Te confiaría mi vida, 'Venus'.

El lunes, a las nueve de la mañana, llegaron a la comisaría y fueron hasta los ascensores con las manos fuertemente enlazadas, como siempre, mientras él le daba suaves besos, y ella se dejaba abrazar. No habían podido dormir en toda la noche, pero sentían que en ese instante podrían recorrer a pie todo el planeta cien veces, y no se cansarían. El mundo jamás fue tan increíble, ni ellos tan felices. Lucas se volvió hacia ella, y la besó, sonriendo.

—¿Te recojo a la hora de comer?

—No lo sé, tengo demasiado trabajo, y...

Los labios de Lucas se curvaron en una sonrisa mordaz.

—He dicho que te recogería a la hora de comer, no he especificado qué te ibas a meter en la boca durante esa hora en la que se supone que...

— ¡Oh, por Dios —gritó, escandalizada, propinándole un manotazo en el brazo—, eres un perverso!

En ese momento, una voz, demasiado familiar, irrumpió en mitad del pasillo, creando el caos, y Diana se giró hacia allí. Sus ojos se abrieron completamente al ver la figura del policía en mitad de aquel largo corredor. Su pelo y su mirada oscura, la barba deslizándose con suavidad por su mandíbula, los músculos de su torso marcándose bajo la camisa oscura de botones, sus piernas atléticas ciñéndose al pantalón. ¿Cómo podía haber olvidado lo atractivo que era?

—¿Qué...qué haces aquí, Borja?

—He venido porque el *gran* Lucas Sanz tiene que interrogarme hoy.

—¿Qué?

—¿No te lo ha dicho? —inquirió Borja, con malicia en la voz—. Aquí el súper héroe ha llegado a un acuerdo con la fiscalía para que me dejen en libertad a cambio de que haga de chivato oficial del reino. Trato que, obviamente, no pienso aceptar porque implicaría mi sentencia de muerte.

—Te garanticé protección, Borja, y pienso cumplirlo —replicó Lucas, severo, alzando sus oscuros ojos hacia él.

—Vamos, hombre, no soy estúpido. Con esa mierda de trato me tendrías fuera del mapa, justo lo que quieres. Oh, vamos, Lucas, llevas queriendo tirártela desde que la viste, no mientas —paseó su mirada de uno a otro—. Aunque es obvio que eso ya ha pasado.

Lucas inspiró con fuerza. Iba a terminar partiéndole la cara a ese imbécil, podía apostar a que sí.

—Si estás aquí es porque traicionaste el cuerpo de policía al que juraste lealtad, por eso, y por nada más.

— ¡Lo hice por ella! ¡Para que estuviese a salvo, segura, lejos de todo esto!

—Somos policías, Borja, policías. Yo elegí esta vida, Diana también y hasta tú. Nos jugamos la vida cada día para defender la ley, y eso trae consecuencias.

—¿Consecuencias? —estalló —¿Has olvidado cómo murieron sus padres?¿Lo has olvidado? ¿Quieres que acabe como ellos, en una caja de pino con una bonita bandera encima mientras todos le dicen lo valiente y estupenda que era?¿Quieres eso?

— ¡Borja! —gritó Diana, al borde de las lágrimas, y eso hizo reaccionar a Lucas como un caza

de combate.

No iba a permitir que ese malnacido le hiciese revivir aquellos días, no cuando había sido él quién había visto morir a sus padres.

—Cierra la maldita boca, Gómez.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer? A ti te da igual lo que le ocurra porque para ti ella solo es una muesca más en el cabecero de tu cama. Pero para mí ella es especial, y por eso hice lo que hice. Para protegerla, algo que tú no harás jamás.

—¿Protegerla? ¿Cómo en la mansión de los Romenev? —explotó Lucas — ¡Ahora mismo ella estaría muerta si no llegamos a intervenir! ¡Así que no te permito que digas una sola palabra más, Borja! ¡La vendiste, a ella y a todos tus compañeros!

Borja le dedicó una mirada de odio tan profunda que fundiría el hierro hasta convertirlo en agua, y los miró de forma alternativa.

—Claro, como no —inspiró con fuerza, y clavó sus ojos en Lucas—. Y ahí entraste tú en acción. El jodido príncipe azul para salvarla.

—Borja, por favor...—sollozó Diana.

—¿Cómo te convenció, Didi? ¿Te prometió un ascenso, dinero? Oh, venga, algo te tuvo que prometer. No me digas que fuiste tan estúpida como para hacerle el trabajo sucio a cambio de nada.

— ¡Firmé ese maldito informe incriminándote porque eras culpable, Borja!

—¿Y lo hiciste antes, o después de chupársela a este cabrón? Eres una maldita zorra.

Diana, que apenas fue consciente que su ex había caído al suelo sangrando por la nariz cuando vio a Lucas abalanzarse otra vez sobre él en una espiral de golpes, gritos y bufidos que se mezclaban con sus propios sollozos.

— ¡Parad! —gritó ella, intentando separarles — ¡Por favor, parad!

Lucas se apartó, con los ojos inyectados en sangre, y los nudillos morados.

— ¡Vuelve a decirle algo así, Borja, y juro por Dios que te mataré!

— ¡Sanz! —la atronadora voz de Fernández resonó por el pasillo, mientras una veintena de agentes uniformados se acercaban hasta ellos, con González detrás, viendo toda la escena.

Dos agentes se acercaron hasta Borja, inmovilizándolo, y lo llevaron casi a rastras a la sala de interrogatorios, ante la mirada severa del Director General de la Policía, que miraba a Lucas con la mandíbula tensa.

—Sanz, espero un informe sobre esta actuación por su parte antes de que termine el día.

—Lo tendrá —respondió, con los hombros tensos, y sin apartar la vista de Borja, que, incluso esposado, le desafiaba con la mirada.

—Y ahora empecemos con lo interrogatorios. Le espero en la sala.

Diana apenas pudo contener más las lágrimas, y salió corriendo de allí, mientras se quebraba en pedazos. Aquello era peor que horrible. Los dos hombres que amaba, enfrentados por una investigación.

Corrió hacia las escaleras, con los gritos de Lucas de fondo, pero los ignoró. Olvidó todo lo que la rodeaba, porque sabía, que el interrogatorio de Borja no iba a ser rápido, ni fácil, ni indoloro. No se necesitan a una veintena de agentes, al Jefe Superior de Policía, al Director General de la Policía, y al mismo Lucas para un sencillo interrogatorio. Iban a mandar a Borja, y a todos los topes, al paredón. Se estremeció, y cerró los ojos, sintiéndose una persona despreciable.

Llegó a la calle, mientras sentía las lágrimas rodando por sus mejillas, y pensó en la única persona que podría ayudarla en ese momento. Hacía mil años que no se veían, y echaba de menos a aquella alocada abogada que había conocido en el primer y único curso de derecho que hizo.

Sasha Spencer, cuya pasión por las modelos *pin up* las había unido. Tecléo su número en su teléfono y la cantarina voz de la chica no se hizo esperar, arrancándole una sonrisa donde no se veía capaz de encontrarla.

Se citaron en una cafetería cercana a la comisaría, y en apenas veinte minutos ya estaban frente a frente. Se habían sonreído desde la distancia, mientras la policía pensaba en qué don oculto tenía su amiga para aparentar ser otra persona completamente diferente en cuanto se ponía la ropa del trabajo. “Soy como una súper heroína, y el traje chaqueta es mi disfraz.”

El antagonismo entre Sasha abogada y Sasha camarera era tal que más de una vez se había encontrado sirviendo whisky a ambas partes de uno de los casos que llevaba, y era testigo silenciosa de los pactos que conspiraban entre ellos. Y más de una vez, gracias a esa información extra, conseguía que todo el peso de la ley cayese sobre ellos.

La rubia abogada miró a su amiga, sonriendo, y le hizo una señal al camarero para que les tomase nota del pedido. Estaba hambrienta. El amable profesional llegó, y, tras dejarles dos platos de churros con chocolate caliente delante, y regalarles un chiste tan malo que las hizo reír, se retiró. Cuando volvieron a quedarse a solas, la abogada extendió la servilleta sobre su regazo, tomó el tenedor y un trozo de pan, y sopló el contenido del plato.

—Por cierto, Ricardo te manda saludos.

—¿Cómo está?

—Genial, sigue con Vero, mi amiga, y además...—se aclaró la voz, con solemnidad—, he de anunciarte que el otro bombón oficial de Pinar, Hans Kleiman, ha caído en las redes del amor.

—¿De verdad?

—Está colgadísimo por una comercial, Carla Álvarez. Pero la chica tiene novio y en fin...la cosa está un poco tensa. En fin, un lío, como siempre.

Diana asintió, sabiendo perfectamente por lo que estaría pasando esa chica. A fin de cuentas, ella había pasado por lo mismo, pero, en su caso, el desenlace había sido terrible. Para todos.

—Y...bueno —empezó Sasha, dando cuenta del estofado—, supongo que no me has llamado para que hablemos de los ligues de Hans, así que, ¿en qué puedo ayudarte, Didi?

Diana suspiró, y le relató todo, desde el principio, mientras el ceño de la joven abogada la miraba con gesto cada vez más serio. Aquello pintaba mal, muy mal, para Borja. La rubia *pin up* se limpió la comisura de la boca con la servilleta, y dejó la servilleta a un lado del plato, con lentitud, pensando en cómo encarar esta conversación con su amiga.

—Bueno, la condena que le espera a Borja dependerá de cómo vaya el interrogatorio, que, de hecho, me extraña que no lo estés llevando tú a cabo. Normalmente lo hace el agente que descubre al topo. Intuyo que lo han hecho así por deferencia hacia ti, pero, como te digo, es la primera vez que veo algo así.

Diana se encogió de hombros, quitándole importancia. Lucas se habría valido de su cargo para hacerlo él y ahorrarle el mal trago.

—En caso de que lleguen a un acuerdo —continuó la abogada—, y él quiera colaborar, le espera la condena mínima, conmutable por una sanción económica, suspensión de empleo y sueldo por un tiempo determinado, y cambio de destino. En caso de que no colabore, prisión incondicional sin fianza con una pena que oscilaría entre los seis a los doce años, dependiendo de los delitos que le atribuyan al final. Pero como te digo, todo depende de cómo vaya el interrogatorio.

El rostro de Diana habló por sí solo al imaginarse a Borja entre las paredes de una prisión, y enterró el rostro entre las manos.

—Lo siento, Didi —dijo su amiga, y la policía estalló en llanto.

Una hora después, Diana viajaba a bordo del primer taxi que vio, dando la dirección del único sitio en el que quería estar en ese momento. El vehículo paró frente al portal de un precioso dúplex adosado, y salió del vehículo. Abrió la puerta de la casa de sus padres, y fue hasta su dormitorio, en la segunda planta, despojándose del abrigo, el bolso y las llaves, y se acostó sobre ese frío colchón en el que apenas había dormido unos meses. Cerró los ojos, e inspiró con fuerza. Estaba cansada. Muy cansada. Y su corazón también.

Varias horas después, con la oscura noche ya instalada en el cielo, su móvil empezó a vibrar, furioso, con el nombre de Lucas iluminando la pantalla, y miró la hora. Las dos de la madrugada. Tomó el dispositivo entre las manos, donde casi una veintena de mensajes de Lucas parpadeaban en el buzón. Los fue abriendo y escuchando uno por uno, mientras sentía que su alma iba consumiéndose a cada nueva palabra.

Mensaje recibido a las 18:30

«Hola, preciosa. Acabo de terminar la tanda de interrogatorios, y necesito verte. ¿Dónde estás?»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 18:45

«Si te has ido a dar un paseo, iré a buscarte, no te preocupes por la distancia. Solo quiero saber si estás bien.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 19:00

«Si necesitas estar sola, solo dímelo, y ya está. Solo necesito saber que estás bien, y a salvo.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 19:15

«Diana, me estás asustando. Contesta, por favor.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 19:20

«Salgo para tu casa ahora mismo. No te muevas de allí.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 19:40

«Tu vecina me ha dicho que no has vuelto a casa hoy. Diana, si esto es por lo de Borja, dímelo, y hablaremos, cariño, hablaremos de lo que sea.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 20:15

«He vuelto a la comisaría, y las chicas dicen que no te han visto en todo el día. Diana, ¿Dónde estás?»»

Mensaje recibido a las 20:20

«He llamado a Sasha Spencer y me ha dicho que la última vez que te vio fue a las once de la mañana, pero que no le dijiste a dónde ibas. Por favor, dime solo si estás bien.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 20:50

«Por favor, Diana, dime dónde estás, e iré a buscarte donde sea, donde me digas. No...no estoy enfadado, ¿vale? Solo preocupado. Por favor, contesta, cariño.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 21:15

«Joder, dime que estás bien, por favor. Mándame un mensaje o házmelo saber a través de las chicas, pero por favor, ponte en contacto. Me estoy volviendo loco, Diana. »

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 21:25

«Cariño, por favor, dime si estás bien, yo solo...dime que estás bien, maldita sea, yo...joder, Diana, por favor, dime que estás bien, solo eso.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 21:45

«Joder Diana, ¿Dónde demonios estás?»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 22:10

«Por favor, contesta, necesito saber si estás bien. Estoy muy preocupado, joder.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 22:30

«Mierda, Diana, cógeme el jodido teléfono, o te juro por Dios que voy a poner Pinar patas arriba hasta encontrarte.»

Fin del mensaje.

Mensaje recibido a las 22:45

« ¡Diana, joder! ¿Dónde coj...?»

Apagó el dispositivo y no escuchó ninguno más. No podía. Tiró el teléfono en la mesita, y volvió a hundirse entre las mantas, dejando pasar el tiempo, mientras contemplaba la tenue luz de la luna entrando en la habitación, y volvió a quedarse dormida. Apenas una hora después, dos contundentes golpes en la puerta la sobresaltaron, y algo se encendió en su cabeza. Era él. Solo podía ser él. Salió del dormitorio, bajó las escaleras y atravesó la sala de estar mientras los golpes se repetían.

— ¡Diana, abre la puerta! —tronó su grave voz al otro lado.

—¿Lucas? ¿Qué...cómo...cómo me has encontrado?

—¿Qué cómo te he encontrado? ¡He tenido que pedir una puñetera triangulación de tu maldito teléfono para localizarte! —bramó, en un intenso rugido — ¡Joder, no puedes desaparecer de esa forma! ¡Creí que te había ocurrido algo, maldita sea!

— ¡Pues ya ves que estoy bien, así que ya puedes largarte!

— ¡¿Que...que me vaya?! ¡¿Me lo estás diciendo en serio?! ¡Joder, Diana!

— ¡Sí, Lucas, vete! ¡Ya me has encontrado gracias a métodos dignos de un maldito psicópata, así que ahora puedes largarte!

Se giró hacia el interior de la casa, cuando dos nuevos golpes en la madera la hicieron volverse.

— ¡Diana! —escuchó su grave voz a través de la puerta, y se detuvo. Esa maldita ronca y masculina voz conseguiría detener un tren sin frenos en plena pendiente.

—Por favor, Lucas, vete. No...no puedo estar contigo hoy, ¿no lo entiendes?

—¿Qué? Maldita sea, Diana...yo...—inspiró con fuerza, y bajó el tono de voz —joder, el interrogatorio de Borja fue puro trámite. Salió diez minutos después de empezar, tras firmar una confesión y una retractación que elaboramos para él. No hizo falta nada más.

Diana se detuvo en mitad de un paso, girándose hacia la puerta otra vez.

—¿Eso...eso fue todo?

—Sí, claro que sí. Con las pruebas, los informes, y su firma bastaban. Yo...siento lo que pasó en el pasillo, y me destroza saber que hayas podido pensar que hice cualquier cosa para herirte usándote como lanza de batalla.

Lucas suspiró, al otro lado de la puerta, dejando caer la frente contra la madera. Antes del

interrogatorio, entendía a Borja, y podía incluso disculparlo hasta cierto punto. Su posición no debió ser sencilla. Por un lado, la idea de ofrecerle una vida mejor a su chica, y por otro, la profunda decepción que él sentía por el cuerpo, como ya le había pasado a otros muchos agentes que empezaban cargados de ilusión y poco a poco iban desencantándose del trabajo policial. Pero lo que había ocurrido en aquella sala de interrogatorios se lo guardaría para él.

—Borja era mi novio, Lucas —dijo ella, con el alma astillándose—. La persona más importante de mi vida, y ahora...ahora...estás tú, y ya no sé...y el hecho de que hayas sido tú quien...

—Lo sé, y lo entiendo, ¿vale? Yo...ya sé que no puedo pedirte que sientas lo mismo por Borja que por mí, pero...

—No, no puedes —lo interrumpió, con voz seca, y se hizo un inmenso silencio que le dolió incluso a ella. No estaba siendo justa con él, y lo sabía.

—Ya lo sé —empezó Lucas, en un susurro contenido, trasluciendo dolor—, sé que no vas a sentir nunca lo mismo por mí que por él. Ya lo sé. Solo te pido que confíes en mí, solo eso —continuó él, en un susurro roto—. Sé que...solo arrastro caos y problemas a mi alrededor, pero...te quiero, Diana. Te quiero, tanto si lo crees como si no, y por eso...por eso te suplico que me dejes intentarlo. Déjame demostrarte que soy todo cuanto necesitas. Por favor.

Diana inspiró, yendo hacia la puerta, y posó la frente y las palmas de las manos allá donde intuía que estaba el cuerpo de Lucas, en una suerte de extraño abrazo a través de la madera, y cerró los ojos. Era cierto que amaba a Borja, y siempre lo haría, pero lo que sentía por Lucas era mil veces más fuerte.

—Te quiero, Lucas —musitó.

—¿Qué? —respondió él, en un susurro.

—Que te quiero. Con todos los problemas, con todo el caos, con toda la tensión. Y si tengo que escoger entre los dos, te escojo a ti, porque solo te quiero a ti.

Abrió la puerta, encontrándose con la mirada más oscura y grave que jamás había visto. La mirada del hombre que amaba. Los labios del policía conquistaron los de la rubia *pin up*, que enredó la lengua en la suya, y las manos comenzaron su particular sendero del deseo en la piel del otro. Las prendas cayeron, los dedos acariciaron, las uñas arañaron, los dientes mordieron, y los labios besaron, chuparon, se enredaron en el otro. Las prendas fueron apartadas, y los cuerpos conquistados, en un combate feroz. Lucas se encajó en ella en un solo movimiento, hasta el mismo centro y fondo de su alma, una y otra vez, hasta que ninguno pudo aguantar más, y cayeron al suelo, desbocados.

Ya nada importó después. Ni los ruidos de sus jadeos, altos, salvajes, animales, ni la fuerza de las embestidas, ni el sudor que resbalaba de los cuerpos de ambos. Perdieron completamente la cabeza, mientras se dejaban todo lo que eran, todo lo que sentían, en el pasillo de esa preciosa casa, el hogar de Diana. El sitio al que volvió tras la explosión de la explanada cinco años atrás, el mismo sitio donde el hombre del que se enamoró aquella mañana y que ahora invadía su cuerpo, dejándola al borde del éxtasis.

Un jadeo al unísono puso fin a ese primer asalto, y Lucas se incorporó, tomándola en brazos, y la llevó, aún jadeante y con la respiración entrecortada, hasta el dormitorio, mientras ella acariciaba y besaba su rostro, salpicado en sudor.

—Te quiero más que a mi vida, Lucas. Lo eres...lo eres todo. Todo.

Lucas la besó, dedicándole una mirada de un amor tan profundo que le llegó al corazón, abrasándolo por completo, y esa noche dejaron cada letra de sus nombres grabados a fuego en la piel del otro.

Los rayos de luz traspasaron las blancas cortinas de la casa de los Espona Yánez, descubriendo dos cuerpos anudados en un mar revuelto de sábanas. Lucas se giró, y se quedó mirando al techo, mientras rodeaba el perfecto cuerpo de Diana con un brazo, pensando en el día anterior. Los interrogatorios habían resultado ser una maldita trampa.

La detención de Torres, el que creían enlace principal de la trama, había resultado ser una pista vacía. Ese pobre infeliz apenas sí manejaba un par de nombres de importancia, y el descaro con el que los había pronunciado les hacía presagiar que en realidad Torres era un mero intermediario también, era un ratón pequeño. La investigación seguía abierta, en toda su amplitud. Había demasiadas preguntas sin responder, demasiadas nuevas incógnitas.

Apoyó el antebrazo en la frente, con los recuerdos del día anterior aún frescos en su memoria, mirando los dibujos que los haces de luz dibujaban a través de las blancas cortinas en las paredes, con la imagen de Borja en aquella sala aún reciente. Ese malnacido había intentado incriminarla usando todo tipo de pruebas falsas contra ella, movido por la rabia, afirmando que en realidad se trataba de una hábil mentirosa que incluso había usado a Lucas en su propio beneficio. Y él estalló con toda su potencia.

Desmontó una por una todas sus mentiras, le amenazó, le puso contra las cuerdas, mostró ante toda la cúpula las pruebas que había recopilado Diana contra él, y que eran irrefutables. Le hizo caer en el fango. Pero ese canalla no se amilanó, y atacó con más mentiras, creando las dudas en algunos agentes, e incluso en el propio Fernández, que había empezado incluso a hojear los dossiers, con el ceño fruncido. Y fue entonces cuando él tomó la decisión más arriesgada de su vida, que le había podido acarrear graves consecuencias. Pero lo hizo, y fue por ella. Y todos mantuvieron silencio.

Cuando terminó el interrogatorio, y, tras una ardua discusión con su propia conciencia, el propio Fernández y otros mandos de la unidad del crimen organizado, decidió que Borja fuese destinado a la comisaría de otra provincia, eludiendo la cárcel. Y lo había hecho por ella. Diana no hubiese soportado ver a Borja entre rejas. Así que tomó la segunda decisión más arriesgada de su vida. Dejar libre a ese canalla. Apenas se lo comunicaron, se había levantado de la silla, agarrando su cazadora, y le había mirado en claro desafío.

«—No voy a darte las gracias por esto, Sanz, si es lo que estás esperando.»

«—Lo he hecho por Diana, no por ti, que te quede claro.»

«—Sí, claro, no vas a quedar ante ella como el cabrón que eres, eso nunca, caballero andante.»

«—Me importa muy poco lo que pienses, Gómez. Estás libre gracias a Diana, esa mujer que nunca te mereciste.»

«—No voy a separarme de ella, nunca, Sanz. Solo te has aprovechado de un tropiezo para jugar tus cartas y hacer que ella cayese en tu red.»

«—¿Un tropiezo? ¡Has intentado meterla en la cárcel para que sea ella la que pague por tus errores. ¿Eso es quererla? ¿Pero cómo puedes ser tan despreciable?»

«—¿Me acusas de despreciable, precisamente tú, Lucas? ¡Tú, que has vuelto a mi chica en mi contra, y me la has robado delante de las narices. ¿Pero sabes qué? Diana me quiere, y volverá a mí. Solo tengo que esperar que cometes un error con ella.»

«—Eso no va a pasar nunca, así que ya te puedes ir olvidando de eso.»

«—No tientes a tu suerte, porque un día se terminará acabando.»

Lucas le había mirado, y ni siquiera se dignó en contestarle. El tropiezo en toda esta historia lo había cometido al dejarla ir cinco años atrás en aquella explanada de aparcamiento, y se juró que algo así no volvería a ocurrir. Nunca.

El aeropuerto de Pinar era una vorágine de llamadas por megafonía, gente con maletines, niños corriendo por todas partes, trabajadores con distintivos de colores colgados al cuello en forma de tarjetas, y un ingente ejército de guías turísticos, que, armados con llamativos carteles, buscaban a sus clientes como lince en mitad de la llanura. Un auténtico caos humano.

Un agudo y molesto pitido, proveniente de la zona de seguridad, dejaba en evidencia que un pasajero, en este caso pasajera, llevaba algo sospechoso encima, y varias miradas se posaron en ella, mientras la rubia joven extendía los brazos, maldiciendo mentalmente su brillante idea de poner se tacones con hebillas metálicas para el viaje. A escasos metros de ella, un atractivo hombre la contemplaba con una sonrisa socarrona en el rostro, portando al cuello un pase especial que le eximía de pasar control alguno.

Diana estiró los brazos cuando una mujer con aspecto de no haber dormido en varios días la apartó del resto del grupo y pasó un aparato metálico por todo su cuerpo, mientras miraba a Lucas, que, pícaro, murmuraba un “Podríamos jugar a eso alguna vez”, y ella suspiraba, exhausta. Si el Director General de la Policía supiera a qué clase de perverso había colocado como Director Adjunto Operativo, no volvería a dormir durante una buena temporada.

—Vuelve a mirarme así, perverso, y haré que te detengan.

Lucas se carcajeó cuando saltó la luz verde, y la tomó de la mano, llevándola a través de los pasillos. Pasaron de largo por las tiendas del aeropuerto, para desesperación de Diana, que veía las colecciones de perfumes casi de refilón, y su yo más consumista sufría un ataque de ansiedad. Enfilaron hacia la puerta acristalada marcada con el número A12, en cuya pantalla el nombre de 'Madroñal' aparecía escrito en color amarillo chillón.

Se colocaron al lado del mostrador, junto a las agentes de pasaje, y Lucas sacó las tarjetas de embarque que les eximían de hacer cola porque su chico, y como él no se cansaba de repetirle, era prácticamente el dueño y señor del universo. Diana apretó su mano en cuanto se adentraron en el finger, rumbo a la aeronave, e inspiró, intentando calmarse.

—No te pongas nerviosa, que no muerden. Tranquila.

Tranquila. Ja. Lucas iba solo a llevarla a su ciudad, a Madroñal, donde le iba a presentar a su familia y a sus amigos, que la observarían, la estudiarían con atención, la analizarían, le harían un millón de preguntas, la juzgarían para, sin ningún miramiento, emitir un veredicto. Tranquila. Ja. Ja. Ja.

—Estaré tranquila el lunes, cuando esté en mi casa, a salvo.

—Relájate.

—No puedo, este viaje es como una visita al dentista para mí.

—Les encantarás, ya lo verás.

—¿Y si no lo hago? Tenías que ver la cara de los padres de Borja cuando fui por primera vez a su casa. A su madre le faltó un suspiro para ir a esconder sus joyas y su cubertería de plata.

Lucas se rio, y negó con la cabeza, incapaz de entender cómo Diana no fuera consciente de ver lo increíble que era.

—No pasará nada de eso. Y si pasa, yo te diré dónde esconde mi madre la cubertería buena, no te preocupes.

—¿Ahora somos Bonnie y Clyde?

—Seremos lo que tú quieras, preciosa.

Lucas la vio carcajearse, y sonrió. Se metieron en el avión, y ella se acurrucó junto a él en cuanto se abrocharon los cinturones. Apenas despegaron, Diana cayó en un profundo sopor, y él sonrió al escuchar su profunda respiración. Miró por la ventanilla cómo se alejaban de la montañosa provincia de Pinar, y suspiró. Ese viaje no solo era para conocer a su familia y amigos, por supuesto que no. El aviso de Fernández había sido claro. En apenas dos semanas, tendría que volver a Madroñal, pero sin ella. A no ser que Diana pidiese el traslado, algo que él ya estaba orquestando de espaldas a ella. La necesitaba a su lado, necesitaba verla cada día. Sabía de sobra que era muy egoísta lo que planteaba, pero quería que, cuando tuviese que tomar la decisión, lo hiciese sabiendo lo que encontraría en Madroñal. A él, al verdadero Lucas.

Por eso iba a llevarla a su piso, donde estaban sus cosas, sus recuerdos, sus fotos. Darle una vuelta en la moto por la sierra, llevarla a su cafetería favorita para que probara el mejor cacao del mundo. Ir al parque del Sosiego, enseñarle la plaza vieja, la catedral, los museos, los coloridos jardines verticales de las fachadas del barrio de las ciencias. Llevarla de bares con sus amigos, a los que hacía una eternidad que no veía. Quería hacer todo eso con ella. Quería que supiera cómo sería la vida junto a él, la vida que le esperaba. El futuro que les quedaba por vivir. Miró hacia ella, que dormitaba sobre su hombro, y sonrió, besándola suavemente en el cabello.

—Descansa, preciosa. Yo velaré por tus sueños —susurró, mientras la imponente silueta de la ciudad de Madroñal se impuso por la ventanilla del avión, desvelando cada bosque, cada barrio, cada detalle. Volvía a casa. Porque su hogar, su verdadero sitio, era ella.

Media hora después, un taxi les dejó en una preciosa avenida de uno de los barrios más céntricos de la capital, mientras Diana miraba las tiendas, los museos, las casas emblemáticas, los famosos rascacielos, las imponentes estatuas, las catedrales, las famosas puertas de entrada a la capital, extasiada. Estaba casi en el maldito centro del mundo. Salió del coche, inspirando el olor a ciudad, a centro, y se giró hacia Lucas, intentando comprender cómo podía preferir la tranquila ciudad de Pinar a esto. No es que ella no adorase Pinar. Era una urbe que estaba creciendo a pasos agigantados, y su amplio panorama cultural y comercial harían palidecer a cualquier ciudad de otro país, pero esto era...cielo santo, esto era otro nivel.

Se detuvieron en un portal con una impresionante puerta de madera lacada, y el policía tecleó un número en el tablero. La puerta se abrió, desvelando un amplio vestíbulo de época y un ascensor al fondo, y fueron hasta el moderno ascensor, marcando la última planta, el ático. Apenas entraron al piso, se volvió hacia él, con los ojos abiertos de par en par. Este piso era la antítesis a su casa de La Guarida. Esto era un hogar. Había cuadros, fotos de viajes, con su familia, amigos, recuerdos, libros, música, óleos comprados a artistas callejeros...aquello casa rezumaba vida, y calidez.

Esto no era solo una casa. Era un fortín emocional, el sitio al que venir a refugiarse cuando todo a su alrededor se desmorona. El único lugar al que volver tras el funeral de un compañero, un operativo fallido, un romance truncado...Dejó su bolso sobre el aparador, y Lucas la condujo por el resto de aquel enorme piso de cuatro dormitorios hasta llegar a la gigantesca terraza, desde donde se contemplaba una maravillosa vista de Madroñal.

—¿Te gusta?

—Es increíble, Lucas. ¿Por qué no vives aquí? Me refiero a que...

—Estoy bien donde estoy —concluyó—. Y ahora, señorita, quiero enseñarle una última cosa. Pero yo que tú me pondría esos pantalones de cuero que te has traído.

—¿Por qué?

—Ya lo sabrás. Prepárate para volar, rubia.

El viento, sus cuerpos moviéndose en cada curva, la adrenalina, la sensación de libertad, el cuerpo de Lucas junto al suyo, y toda esa corriente de energía que subía por los pies, lanzando descargas en cada una de sus venas. Era indescriptible, irreal...mágico. Estaban volando sobre el asfalto, sintiendo cómo la carretera y ellos se fundían en uno solo. Apenas habían adelantado al último coche, cuando la autopista, inmensa y desierta, se presentó ante ellos, y Lucas no se lo pensó. Le dio un suave toque en el brazo, que venía a decir “Agárrate fuerte, preciosa, porque ahora viene lo bueno”, y ella se ancló a él, sintiendo cómo el motor rugía, y volaron sobre aquellas dos ruedas, sintiendo que solo existían ellos y la aplastante velocidad que comprimía cada uno de los átomos que los componían, convirtiéndolos en viento, asfalto...y adrenalina. Porque en eso se habían convertido. En una bola inmensa de adrenalina mecida por el viento, la velocidad y la energía que fluía de la tierra.

Lucas giró en una curva, y le dio un suave toque en el hombro, y ella miró. Una extensa recta de varios kilómetros se extendía ante ellos, y sonrió. Le sintió acelerar a fondo, y lo demás, simplemente, se esfumó. Eran aves sobre el asfalto.

A las tres de la tarde, y frente a una puerta de aluminio blanco de una casa de dos plantas en un tranquilo residencial, Diana esperaba que la bandeja de dulces que llevaba en las manos no se le cayese antes de tiempo, mientras el cretino petulante de Lucas se reía bajito de ella. Al fin la puerta se abrió y la madre de Lucas apareció ante ellos, luciendo una sonrisa de anuncio. Tenía los oscuros ojos de Lucas, pero su mirada era completamente opuesta. Si la de su hijo hablaba de sensualidad, peligro y fuerza, la suya hablaba de calidez, ternura y entrega. Agitó su castaño cabello, y se acercó hasta ella, dándole un breve y sentido abrazo.

—Menos mal que habéis llegado. Los niños ya estaban subiéndose por las paredes —miró hacia Lucas—. Llevamos media hora esperándote, hijo.

—Lo siento, mamá. Es que Diana quería probar el *jacuzzi*, y tuve que enseñarle, punto por punto, cómo funcionaba —rio, socarrón, mientras la chica se giraba hacia él, escandalizada. ¿Cómo se atrevía a decir algo así delante de su madre?

—Lucas, querido, espero que esta joven sepa ponerte en tu sitio, porque en lo que a mí respecta, ya he tirado la toalla desde hace tiempo.

Ahora fue Diana la que se rio, mientras Lucas farfullaba como un colegial.

—Bueno, Diana. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, muy bien, gracias, señora...—se oyó decir a sí misma, antes de poder pensar una respuesta siquiera.

—Oh, por Dios, llámame Laura. Solo los del banco me llaman señora, y nunca es para nada bueno. Y ahora, por favor, pasa. Estás en tu casa.

—Está bien. Gracias, Laura.

Lucas y ella avanzaron tras la mujer, y llegaron a la enorme mesa de comedor, de un bonito color pino, y la sensación de familiaridad que invadió a Diana fue abrumadora. Saludó a todos, uno por uno, y se detuvo en los niños, que la miraban curiosos.

—Hola, pequeños. Soy Diana, la...

—La novia del tío Lucas, sí. Mamá ya nos lo ha dicho —dijo la niña, Nora, con aire de suficiencia.

—Pues...sí, lo soy —miró hacia la hermana de Lucas, Marta, y sonrió—. Son adorables.

—No te dejes engañar por sus caritas. Son unos diablillos —suspiró, con divertida resignación—. Y bien, cuéntanos, ¿Habías estado alguna vez en Madroñal?

—No, nunca. Y me encanta. Hemos ido a la carretera de la sierra, y...

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer! —bufó, volviéndose hacia Lucas —Seguro que le has enseñado tu piso a toda prisa y has corrido al garaje a montarte en ese chisme salido del infierno, ¿verdad? ¡Así no se trata a una mujer! No te preocupes, Diana, yo te enseñaré la ciudad a fondo la próxima vez que vengas. Olvida al cretino de mi hermano.

—Y hablando de la próxima vez —empezó la madre—, Diana, querida, nos preguntábamos si...

—Si vas a hacer con el tío lo que hacen todas las novias —dijo Nora, y todos se giraron hacia la niña.

—¿Qué?

Se hizo un pequeño silencio, y Lucas carraspeó, incómodo. Marta suspiró, y se agachó a la altura de su primogénita.

—Cariño, lo que te expliqué ayer, pues...a ver, lo normal es que...

—Pero nos dijiste que era normal. ¿Es...es mentira?

El aire pareció esfumarse de la cocina en un solo segundo y Lucas miró a su hermana, que enrojeció.

—Marta...—empezó a decir Lucas, con tono de advertencia, mientras Diana miraba hacia él, sin una sola gota de sangre.

—Nora, lo que quise decir es que...—empezó Marta, nerviosa.

— ¡Me dijiste que la novia del tío es la que nos va a llevar de ahora en adelante al acuario! ¿Eso es mentira, mamá? ¿No nos va a llevar?

Todos se miraron, carcajeándose, ante la expresión desolada de los pequeños.

—Está bien —dijo Lucas, aún riéndose—. Diana y yo os llevaremos al acuario la próxima vez.

—Pero mamá dijo que la novia del tío nos llevaría esta tarde.

—¿Cómo qué...?. Marta, no me jodas. ¿Llevo un año sin venir y me haces esta put...?

Lucas farfulló una contundente palabrota que los niños repitieron en modo bucle, mientras los gritos, las risas y las regañinas volaban en todas direcciones. Diana miró aquella divertida estampa pensando que así quería que fuera su vida a partir de ahora. Un organizado caos de risas felices, amor sin condiciones, al lado del hombre más perfecto de todo el planeta. Dirigió una mirada hacia el padre de Lucas, un hombre alto, como su hijo, de suaves ojos castaños, y hacia Diego, el marido de Marta, que se encogía de hombros, mientras los niños daban vueltas por toda la cocina, y Lucas, Marta y su madre discutían.

—Siempre están así —dijo el padre de Lucas, Alfredo, sentándose en una silla, y haciéndole un gesto para que se sentara a su lado.

—Paciencia —dijo Diego—. Solo podemos darte ese consejo para esta familia. Paciencia.

«Y amor, porque es lo único que se respira aquí. Amor profundo, tierno e incondicional.»

Varias horas después, y tras una divertida tarde en aquel acuario al que se había apuntado toda la familia, Lucas y ella volvieron a casa, extenuados. Los sobrinos de Lucas la habían sometido a un intenso interrogatorio, en el que, sin pretenderlo, se vio respondiendo a todo tipo de preguntas, que iban desde si conocía a Papá Noel, si iba a pasar las navidades con ellos, si alguna vez había visto de cerca al ratoncito Pérez, qué pensaba sobre los dibujos de los ‘Osos voladores galácticos’, y cuál era su preferido, y, lo más importante, y que provocó que la nuez de Lucas apareciese y desapareciese en una fracción de segundo, era cuándo iban a tener primitos.

—Siento todo lo de hoy, de verdad —dijo Lucas, sacando la llave del piso de su bolsillo—. No sabía que mi hermana planeaba una jugarreta así, y te agradezco que hayas permanecido a mi lado en todo esto.

—Tienes una familia maravillosa, Lucas, y tus sobrinos son adorables.

—Lo sé. Son increíbles. Y ahora...He pensado que podíamos ir a cenar a un sitio fabuloso en el

centro. ¿Qué me dices?

Ella sonrió, pletórica.

—Te digo que sí.

Horas más tarde, volvían anudados el uno en el otro, ebrios de tanto amor. Habían cenado en un romántico restaurante del centro, y habían vuelto dando un romántico paseo por los Jardines Reales. Las calles y el ambiente en Madroñal eran otro mundo. Y ella se emborrachó de ellos.

Lucas abrió la puerta de su piso, y ella se dejó caer en el sofá. Estaba agotada, pero feliz, porque durante la cena, había empezado a entender la razón última de este viaje con Lucas. Su chico no la había llevado allí solo para pasar un fin de semana romántico, o para conocer a su familia y amigos, no. Este viaje, el fin de semana en sí, eran una proposición. Esta era su casa. Madroñal, su ciudad, y ésta, su verdadera vida. Esta era su estrella de mar hecha de conchas. Su sueño. Y le estaba pidiendo que lo vivieran juntos.

«Entra en mi vida y no te vayas nunca.»

Le miró, y, sin decir palabra, fue hasta él, y le besó, diciéndole, con todo su cuerpo, lo que sus labios no podían decir en ese momento. Le amaba, y lo hacía con todo el corazón. Cayeron sobre la mullida alfombra, deshaciéndose el uno en el otro, durante horas, mientras arriba, en el cielo, el armónico baile de las estrellas empezaba a alinearse, trazando una nueva historia para ellos, al tiempo que el amor más inmenso se demostraba con cada átomo de sus desnudos cuerpos.

Lucas acarició el cuerpo desnudo de Diana por encima de las sábanas, contemplando, extasiado, cómo la luz del amanecer dibujaba claroscuros sobre el cuerpo de la policía. Cerró los párpados, intentando retener ese momento para siempre en su memoria. Los tenues rayos de luz entrando por la ventana, llenándolo todo de calidez, filtrándose entre sus dorados cabellos, sus labios entreabiertos, la maravillosa curva que dibujaban su cintura y sus caderas.

Diana era un sueño, y él estaba disfrutando y viviendo cada segundo como si fuese el último. La noche anterior había sido mágica, y no solo por lo que había ocurrido entre aquellas sábanas. Oírle decir en la intimidad de su casa que le quería, había sido increíble. Miró a Diana, con el recuerdo de otra mujer invadiéndole. Un recuerdo con ojos color esmeralda, y oscuros cabellos. Su mente voló cinco años atrás, cuando la llevó a Madroñal para que conociese su ciudad. Habían pasado la noche en su dormitorio entre promesas de amor eterno, que, ahora sabía, fue falso, y deseo saciado entre sábanas, sudor y jadeos salvajes.

Se tumbó boca arriba, con el antebrazo apoyado en la frente, mirando cómo la estancia se iluminaba con las luces del amanecer, y su mente regresaba a Aria. Su detención, el juicio, la sentencia. Su particular infierno tras todo aquello. La bomba. Diana. La joven que hizo que todos sus demonios se esfumaran con una sola mirada. Y un bofetón, claro, recordó, y no pudo evitar sonreír. Se giró hacia ella, que en ese momento empezaba a desperezarse, y suspiró. Su chica no había cambiado, ni su amor por ella tampoco. Las pestañas de Diana se fueron separando con lentitud, y esa sonrisa que era su principio y su fin, apareció en su rostro.

—Buenos días, Lucas.

—Hola, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Mejor que bien —bostezó —¿Qué hora es?

—Las diez.

—Vaya, qué tarde. ¿Qué quieres hacer?

—He pensado que podríamos comer con unos amigos míos, si te apetece. Te caerán bien. Sus chistes son mejores que los de Valentina, y tienen mejor gusto musical que yo.

—Puf, menudo alivio. De acuerdo, genial. ¿También son policías?

—No. Yo fui el único tarado que se sacó la plaza de policía y se fue de Madroñal fui yo.

—Cuál fue tu primer destino?

—Pinar. Me mandaron a Pinar, donde...

—...me conociste.

—Donde me enamoré de ti.

Se quedaron mirándose, arrobados, hasta que Diana se levantó de la cama, poniéndose de rodillas sobre él, y Lucas contempló, cómo ella deslizaba sus labios por su torso, por su estómago, dejando un rastro de besos hasta llegar a la frontera de sus caderas, donde ancló sus labios a su encendido deseo, y él echó la cabeza hacia atrás, extasiado. Si el cielo existía, debía ser exactamente así, estaba convencido. Y empezó. Diana le llevó hasta donde el cielo y el infierno se unían, y él enredó sus dedos en su pelo, guiándola, reclamando cada vez más. La pasión, el sudor, las respiraciones aceleradas de ambos...era demasiado, y todo a la vez. Las manos de Diana se aferraron a sus caderas, y él perdió completamente el control dentro de su boca. Estaba loco por esa mujer, y su vida, su corazón y todo lo que era, absolutamente todo, se lo estaba entregando a ella en ese preciso momento.

Se perdió en su boca hasta que ya no pudo aguantar más, y girándose, se volvió hacia ella, colocándose entre sus piernas, mientras ella seguía afanándose entre sus caderas. Su boca alcanzó su centro, y el primer gemido de Diana rasgó el aire de su dormitorio. Siguió moviéndose, excitando, besando, hasta que los límites fueron traspasados, y todos los tabúes derrocados.

El almuerzo con sus amigos fue toda una espiral de conversaciones disparatadas, chistes malos y carcajadas sin final. Sus amigos fueron amables y simpáticos con Diana, y sonrió cuando todos, sin excepción, fueron levantando sus pulgares con discreción. Cómo no iban a caer rendidos ante ella. Diana era pura diversión y magia. En un momento que Diana se ausentó con las chicas para traer una nueva ración de tapas, Pedro, uno de sus amigos, se acercó hasta él y estiró la comisura de la boca.

—Parece buena chica, Lucas.

—Lo es. Es...Diana es increíble.

—Sí. No se parece en nada a Aria, ni a la otra, ¿Cómo se llamaba?

—Marina. Pero ella y yo nunca fuimos...

—Oh, sí. Sí que lo erais. Otra cosa es que tú no quisieras admitirlo, pero sí, lo erais. ¿Cómo está, por cierto?

—No lo sé —mintió. Lo de Marina ya era pasado y estaba enterrado—. No la he vuelto a ver desde hace un año. Coincidimos en una investigación, pero nada más.

—¿Nada más?

—Nada más —dijo, desviando la vista para que Pedro no leyese en sus ojos aquella salvaje sesión de sexo en aquella habitación de hotel, en la que él había terminado con una luxación en el hombro, y ella con moratones en los muslos.

—Cuidala, Lucas. Esta chica es de las que valen la pena, y, algo me dice que es la definitiva.

—Porque lo es. Es la definitiva.

—Me alegro. Enhorabuena, Luquitas. Bienvenido al maravilloso mundo de los casados.

—Capullo —bromeó, mientras una idea empezaba a rondar por su cabeza. Una idea que llevaba algún tiempo barajando.

A las seis de la tarde, y, tras una tanda de besos, abrazos y promesas de verse pronto, llegaron otra vez a casa. Diana fue hasta la ducha y él aprovechó para mirar la hora del vuelo en su dispositivo, y suspiró, mirando hacia la puerta del baño. Debían estar en el aeropuerto dentro de una hora. Una hora. Ese era el plazo que le daba el destino para informar a la mujer de sus sueños

que su vida iba a cambiar a partir de ahora.

Suspiró, negando con la cabeza, y anuló los pasajes. Necesitaba más tiempo, mucho más. Se acercó a la puerta del baño, tocando levemente la madera, y entró. La visión de Diana empapada por el agua, completamente desnuda, y con rastros de jabón rodando sensualmente por su piel debería estar prohibida por razones de salud pública. Miró el tatuaje de su costado, donde la frase “La muerte es solo el principio” parecía ondularse con cada movimiento, y sonrió. Joder, esa mujer le volvía loco.

—Acaban de llamar del aeropuerto. Nos han anulado el vuelo, así que saldremos mañana a primera hora a Pinar.

—Oh, no. ¿De verdad?

—Sí, es una faena, pero bueno, podemos hacer algo, y así aprovechamos esta noche en la capital —sonrió—. He pensado que podíamos pedir algo y cenar en la terraza. ¿Qué me dices?

—Te digo que sí.

Dos horas después, el buen humor de Diana y los elogios hacia el plato de pasta que habían pedido en el restaurante italiano de la esquina, caían en saco roto. Los piropos culinarios contrastaban de lleno con el ensombrecido rostro de Lucas, que, cabizbajo, revolvía la comida en su plato. Diana se echó hacia atrás, y dio un sorbo a su copa de vino, mientras una preciosa y triste canción de Lewis Capaldi sonaba de fondo.

—Lucas, cariño, si te pasa algo, puedes contármelo, ya lo sabes.

Él sacudió la cabeza, y apartó su plato, provocando una mirada de desahucio en los ojos de la policía.

—Mañana culmina oficialmente la operación.

El silencio que siguió a esa frase fue denso, pesado, asfixiante. La misión de Lucas, por la que le habían enviado a Pinar, había terminado. Terminado. Habían encontrado a todos los topes, y su trabajo allí había finalizado. Se quedaron en silencio, mirando hacia la ciudad de Madroñal, con sus miles de luces rompiendo la oscuridad de la sierra que la rodeaba, y que asistía al final de su historia.

Diana parpadeó, despacio, mientras sus pulmones se reducían, y el significado de ese fin de semana daba un nuevo giro. Aquel viaje no era una proposición para afianzar más su relación, ni una demostración de cómo sería su vida en Madroñal, ni tan siquiera un paréntesis para conocerle más a él, no. Lucas se estaba despidiendo de ella de la forma más hermosa que se le había ocurrido.

—Fernández me lo comunicó hace tres días —dijo, sin mirarla, y sus hombros descendieron al compás de su respiración— se hizo un nuevo silencio, y sus miradas se cruzaron—. Lo siento.

Más silencio, más palabras encarceladas arañando barrotes. Tragó saliva, disimulando, como podía, que su corazón estaba haciéndose pedazos, y miró hacia él, que clavaba la mirada en el paisaje iluminado de Madroñal.

—¿Cuándo...?

—Dos semanas. Ese es el plazo que me ha dado.

—¿Es...?

—¿Destino definitivo? Sí, lo es.

Un espeso silencio lo cubrió todo, y ella le miró, aturdida, incapaz de asimilar que el amor de su vida volvía a irse de ella. Cruzó su mirada con la suya, sin saber bien qué decir. La historia volvía a repetirse. Se encontraban, saltaban chispas, se alejaban. Pero esta vez todo era distinto. Ahora sabía que jamás podría olvidarle.

—Te echaré de menos, Lucas —murmuró, con la voz rota.

—Y yo a ti, Diana. Te echaré de menos cada maldito segundo.

Se miraron, con la melancolía anclada hasta la última de sus partículas, y Lucas acertó la distancia que les separaba, con una sola idea en la cabeza. No podía dejarla atrás. No podía porque, simplemente, no quería hacerlo. Ya había dejado demasiadas cosas atrás, demasiados amigos, familia, sueños...pero no podría soportar la ausencia de Diana. Ese fin de semana lo había entendido, al fin. Esa preciosa muñeca de porcelana se había convertido en su aire, en el latido de su corazón, en la maldita sangre que corría por sus venas, en los ideales por los que luchar hasta quedarse sin aliento. Y no podría respirar sin ella a su lado.

Se anclaron a los labios del otro con desesperación, intentando ahogar en ese beso toda la tristeza, todas las dudas, toda la desesperanza, la cruda realidad. El camino que habían recorrido juntos llegaba a su fin, y la separación estaba próxima. Lucas la cogió en brazos y la llevó a su enorme dormitorio. La dejó sobre la cama, donde no dejó de besarla, acariciarla y repetirle que la quería ni un solo segundo.

Se colocó entre sus piernas, y la desnudó con dedos hábiles en apenas unos segundos. Las manos de Diana volaron hacia sus pantalones, bajándolos, mientras él se quitaba la camiseta por la cabeza de un tirón y hundía su boca en su escote. Los bóxer del policía desaparecieron, liberando todo el deseo que clamaba ser saciado, y las piernas de Diana se enroscaron a sus caderas al tiempo que él se internaba en ella con fuerza.

Nada de preliminares, caricias o besos cálidos que desembocasen en ese íntimo acto. En esos momentos la tristeza ganaba la batalla, y se besaron, se mordieron, se arrancaron gemidos el uno al otro mientras las lágrimas de Diana empapaban sus mejillas, y él las enjugaba con sus labios, en una suerte de baile frenético y melancólico donde ningún deseo podría ser plenamente satisfecho, tan solo la acuciante necesidad de uno y otro. Diana se mecía contra su cuerpo, mientras las manos del policía le marcaban un fuerte, duro, implacable ritmo.

Siguió moviéndose con ella, dentro de ella, sin descanso. Dejó que los instintos más salvajes se apoderasen de él por completo, dejándola volar, disfrutar, gemir sin descanso. Diana estaba a punto de estallar. Apretó la mandíbula con fuerza, y se detuvo. Aún no. La tumbó boca abajo en la cama, poniéndola de rodillas, con las palmas sobre el colchón, mientras ella jadeaba, con la piel en llamas. Deslizó sus manos por sus caderas, sintiendo que necesitaba llenarse de ella, como nunca lo había hecho, sentirla completamente, como jamás había probado. Acarició sus nalgas, con fuerza. Diana tenía un trasero de infarto, redondo, firme, perfecto. No lo pensó dos veces.

Diana jadeó ante lo que se avecinaba, y su boca se secó ante la insinuación de Lucas. ¿Iban a hacerlo? Inspiró lentamente, relajándose, y su pulso se aceleró solo. Notó los latidos de su corazón en su cabeza, impacientes, y su piel empezó a arder. Sintió las manos de Lucas apretando sus nalgas con fuerza, y cómo su encendido deseo iba abriéndose paso. Era fuerte, era intenso...era Lucas.

—Joder —farfulló, entre dientes, cuando él rotó las caderas, y profundizó más la embestida. Notó todo su cuerpo acogiéndole, tensándose, hasta que llegó al maldito fondo. Lucas se retiró, lentamente, y se clavó en ella otra vez en un movimiento brusco, contundente, animal—. ¡Joder!

—Así, Diana, así —jadeó él, con la respiración agitada de contenerse—. Voy a...joder, dime que vas a aguantar.

Diana se mordió los labios, reprimiendo un grito, y respiró despacio, intentando relajarse, mientras sentía cómo su chico esperaba, quieto, a que ella diese su permiso para que se reanudara aquel salvaje combate cuerpo a cuerpo.

—Lucas —gimió bajito, y él sonrió.

El policía tomó el control, mientras ella disfrutaba de aquella experiencia. Los dedos de Lucas

volaron hacia su centro, excitándola, acariciándola, llevándola al límite, mientras él la invadía una y otra vez. Se dejó vencer por el deseo, y se concentró en sentir su cuerpo dentro del suyo como nunca. Jadeó el nombre de Lucas y su cuerpo empezó a convulsionarse en un fuerte orgasmo. Y entonces él paró.

—Lucas, ¿Qué...?

Él no contestó. Se giró hacia él, y le vio con el rostro, y el cuerpo, empapado en sudor. Las gotas corrían por su musculado torso, y el tatuaje de su hombro parecía brillar. El policía se estiró, y abrió un cajón de su mesilla de noche, sacando un...no podía ser. Ante sus ojos apareció una caja de color rojo, con el nombre de una famosa tienda erótica en el costado.

—Relájate, princesa.

La voz del policía sonó cálida en su oído, y tembló de placer ante lo que se avecinaba. ¿Podría resistirlo? Los dedos de Lucas volvieron a deslizarse en su interior, y se apartaron. Notó sus manos posadas en sus nalgas, y la intensa presión de su cuerpo adentrándose en ella, una vez más, y suspiró de placer. Una, dos, siete, nueve, diez veces, y detenerse. La respiración agitada de ambos se acompasó, y entonces sintió aquel objeto deslizarse en su interior, mientras Lucas seguía llenándola desde el otro lado, y resopló. La suavidad del vibrador la llenó por completo cuando lo empujó hasta el fondo, y el dulce infierno llegó para quedarse. Las manos del policía rodaron por sus caderas, y sintió su torso pegado a su espalda, y su respiración casi entrando en erupción.

—Aguanta, preciosa. Por favor, aguanta.

Asintió, respirando hondo, y notó el vibrador entrando en funcionamiento. Jadeó. Maldita sea, aquello era fabuloso, más que fabuloso. Gimió, sin poder evitarlo, mientras sentía la contundencia de Lucas encajado entre sus nalgas, y el vibrador haciendo lo mismo desde el otro lado. Lucas activó más potencia en sus embestidas, y ella se apoyó en los codos, agachando la cabeza. Iba a romperla en dos, iba a hacerlo, y ella gritaría de puro placer cuando lo hiciese.

—Lucas...

—Joder, aguanta, Diana, por favor, aguanta —gruñó, entre dientes, clavándose con fiereza en ella, y su cuerpo entero empezó a temblar. Iban a estallar de un momento a otro.

Se arqueó cuando el vibrador alcanzó la máxima potencia, llevándola hasta el maldito límite, sin piedad. La doble intrusión siguió torturándola, invadiéndola, rompiéndola, haciéndola jadear, atormentando una y otra vez su interior hasta que, en medio de ese baile desgarrado del placer más salvaje, un jadeo poderoso se impuso sin que ella pudiera hacer nada para frenarlo.

Sintió hasta la última de sus células temblar, y a Lucas derramarse en su interior, poniendo fin a un encuentro en el que ambos se habían dejado llevar como nunca. Dándolo todo, exponiéndose por completo. Se desplomó sobre el colchón, sin poder respirar, y cerró los ojos, sin ser capaz de sentir nada aparte de la electricidad que recorría su cuerpo.

—Lucas, creo que este ha sido el mej...

—Cásate conmigo —soltó él, de pronto, y el mundo se detuvo.

—¿Qué?

« ¡¿Qué?! », repitió un eco en su cabeza.

—Que te cases conmigo, Diana.

—Lucas, yo...

—No voy a separarme de ti —dijo, con aplomo—. Te quiero, Diana. Eres toda mi maldita vida. Y si tengo que renunciar al puesto de Director Adjunto Operativo de la Policía, lo haré. Haré todo lo que haga falta y todo lo que me pidas porque nunca he estado tan enamorado como lo estoy ahora. Y si necesitas que siga demostrándote que te quiero de todas las formas en las que se puede querer a una persona, lo haré. Seguiré demostrándotelo hasta convencerte.

Diana le miró, en silencio, y todas las dudas, los miedos, y la incertidumbre se borraron de un plumazo.

—Sí.

—¿Qué?

—Que sí, Lucas —repitió, anudando las manos en la nuca del policía—. Mi respuesta es sí. Sí. Sí. Sí.

Le tomó el rostro con las manos, y la besó, apretándola contra él, asiéndola fuerte. Sus dedos se clavaron en los omóplatos de la chica, apretándola con fuerza, y sus cuerpos volvieron a amoldarse a la perfección. La iba a llevar hasta un juzgado, hasta un maldito altar, o a donde fuera, y le iba a jurar amor eterno porque eso es lo que le pedía su corazón a gritos. Pasar el resto de sus días con esa mujer que había prendido su corazón con la fuerza de mil hogueras, y escribir, junto a ella, la historia de amor más hermosa que jamás se hubiese escrito.

Dos decenas de ojos con galones en las chaquetas miraban a Lucas y a Diana, que se encontraban presidiendo la enorme mesa ovalada color caoba que ocupaba más de la mitad de la sala de reuniones. Lucas apoyó la palma de las manos sobre la madera, y saludó con un movimiento de mentón a Víctor, que hizo aparición con semblante serio.

Los últimos agentes, superiores y secretarios entraron en aquella sala, y las luces fueron atenuándose gradualmente, dando todo el protagonismo a la luminosa pantalla que ocupaba una pared entera de la estancia, donde Lucas y Diana expondrían los resultados de su investigación. Era el final. Era el momento. Los resultados de los interrogatorios habían lanzado unos resultados devastadores. La célula corrupta no estaba, ni de lejos, desmantelada. Las conexiones que los interrogatorios habían desvelado iban a marcar un antes y un después en la policía. La dimensión de la trama corrupta era colosal, y apuntaba en una sola dirección: los Brozovic. El grupo criminal que controlaba gran parte de la delincuencia no solo en la provincia de Pinar, sino en todo el país, y que, gracias a las últimas investigaciones, habían desvelado su talón de Aquiles: un contacto en la policía que era el que les iba a hacer caer.

Quien les había estado apoyando en la sombra sería, precisamente, quien les haría besar el suelo. Solo tenían que encontrarle. Pero no solo eso. Lucas había ideado un plan en el que les atacarían por varios flancos. Mientras buscaban a ese misterioso agente, otras unidades se encargarían de ir deteniendo, sin dilación, a todos los miembros conocidos que aún quedaban libres de los Romenev. Iban a hacerles cantar y meterlos a todos entre rejas de una vez por todas.

Lucas suspiró, mirando hacia los asistentes. Aquello iba a ser una hecatombe, estaba seguro. Giró el rostro hacia Diana, buscando algo de serenidad para enfrentarse a eso, pero la rubia policía miraba a todos con expresión concentrada.

—¿Estás bien, preciosa?

—Sí, tranquilo —estiró la comisura de la boca—. Lo harás muy bien.

—Vaya, tengo una fan.

—Más que eso. Si se atreven a molestarte, les meteré un tiro, descuida.

Lucas sonrió, y le guiñó un ojo.

—A por ellos, princesa.

—Tú y yo contra el mundo, Lucas.

—Tú y yo contra todo el maldito mundo, Diana.

Sonrió, cogiendo una carpeta, y fue hasta uno de los extremos de la sala. Sacó los dossiers y los extendió sobre la mesa, mirando a todos los presentes. Exhaló cuando vio aparecer la figura de Carlos Rodríguez, jefe de la comisaría de Pinar, y suspiró. Hora de empezar.

—Gracias a todos por venir —empezó—. Como ya sabéis, estos últimos dos meses, la agente Diana Espona y yo hemos recopilado la información suficiente para poder acusar a cierto número de agentes de esta, y otras comisarías de la provincia, por su implicación en una trama corrupta que abarca los operativos Terrario, Cóndor, Lyckerman, Pez de Siam, y un triste y largo etcétera. Pero estas detenciones, lejos de dar carpetazo al caso, han abierto una nueva vía que estamos investigando.

—Entonces, ¿No hemos detenido ya a todos los sospechosos? —preguntó una mujer con un

moño tirante en la nuca, y que lucía varios distintivos en los hombros de su chaqueta.

—No, aún no, y por eso estáis hoy aquí. Hemos interrogado tan solo a los de la comisaría de la provincia de Pinar. Pero hay más, muchos más, que están bajo vigilancia en estos momentos. Pero eso no es todo, lamentablemente. Basándonos en el brillante informe de la agente Espona, que planteaba una presunta guerra entre los clanes, se ha empezado a investigar los diferentes asientos económicos en las cuentas de los Romenev y se ha hallado algo inquietante.

—¿Desvíos de dinero? —preguntó uno de los asistentes, con gesto contrariado.

—Ojalá fuera eso. Los datos que arrojan esos asientos económicos, es que, lejos de ser la organización criminal organizada e independiente que creíamos, los Romenev son tan solo un tentáculo de otra organización más compleja: los Brozovic —los murmullos no tardaron en aparecer en todas direcciones, así como las señales de alarma en los rostros—. Son ellos los que dirigen las cuentas de los Romenev. Mismos desvíos, mismos apoderados, mismas fechas, mismas operaciones...demasiadas casualidades.

—Pero Sanz, lo que plantea es...

—Colosal, lo sé. Llevamos años detrás de los Brozovic, esa organización que creímos desaparecida tras ‘Escorpión alado’, pero, como veis, sigue más viva que nunca, y esta es la prueba. Han estado ocultos tras los Romenev todo el tiempo, por eso los creímos en otra parte del mundo, cuando la realidad es que seguían operando aquí, delante de nuestras narices.

—Mismo perro, distinto collar —apuntó un agente con canas desde uno de los extremos de la sala.

—Eso es. Y por eso tenemos que detenerlos antes de que se oculten tras otra organización criminal.

—¿Eso supondrá la apertura de otro caso?

—Sí, y no un caso cualquiera. Va a ser el mayor operativo de todos los tiempos, pero...si les cogemos, si conseguimos dar con ellos —enfaticó—, acabaremos con la trama corrupta y con la guerra de clanes de una sola vez. Para siempre.

La sala entera se quedó en silencio, mientras observaban a Lucas, y todos tomaban conciencia de lo que se estaba planteando allí. El mayor operativo policial de la historia. Lucas tomó aire, y miró a los asistentes con la mirada cargada de determinación.

—Agentes, la operación ‘Pez de Siam’ acaba de transformarse en algo más complejo que va a requerir más esfuerzo, más trabajo y más horas por parte de todos. Y más riesgo. Riesgo que todos debemos asumir. Esta, agentes, será la mayor operación policial realizada hasta la fecha. Va a requerir más esfuerzo, más trabajo y más riesgo. Riesgo que debemos asumir. No podemos confiar en nadie, y quiero recalcar la palabra nadie. Estamos solos, como siempre hemos estado. ‘Schlange’ ha comenzado.

Se hizo un denso silencio, y Carlos Rodríguez tomó la palabra, tras unas breves y condescendientes palabras de agradecimiento al Director Adjunto Operativo y a la agente Diana Espona.

—Y ahora —se aclaró la voz—, pasaré a organizar la última fase de ‘Pez de Siam’, que se hará conjuntamente con asuntos internos. El primer objetivo del que se tuvo conocimiento, el agente Borja Gómez, será interrogado de nuevo por Lucas Sanz, al ser él quien lo destapó.

—No, Rodríguez, se equivoca —interrumpió Diana—. Lo...lo siento, siento interrumpir, pero en realidad fui yo quien descubrió al agente Gómez, por lo que...

—No, Espona, es usted la que está equivocada —rebatía Rodríguez, confuso, mirando a uno y a otro alternativamente—. Fue el Director Adjunto quien lo descubrió en una operación de seguimiento que duró un año.

Diana parpadeó, confusa, y miró hacia Lucas, cuya extraña expresión no supo descifrar. Se giró de nuevo hacia Carlos Rodríguez, su superior, y carraspeó levemente.

—Con todos mis respetos, jefe, creo que se equivoca. El seguimiento del que me habla ha durado dos meses, y lo he realizado yo misma.

—No, Espona. Tanto usted, como el agente Gómez estuvieron bajo nuestra lupa casi doce meses gracias a unas sospechas más que fundadas entre Borja y varios esbirros de los Romenev, por lo que Lucas Sanz ordenó seguirles a ambos, pincharles los teléfonos...lleva el último año siendo observada por un grupo de cuatro agentes, entre los que se encontraba Sanz. ¿No...no lo sabía?

Una bomba en medio de aquella sala no hubiese creado más caos. Diana se giró hacia Lucas, que mordiéndose los labios, dio un paso hacia ella con expresión aterrorizada, y un escalofrío la sacudió al comprender de golpe la verdadera razón por la que Lucas la había escogido como compañera. No había sido por su brillante expediente, ni por ser una de las mejores investigadoras, no. Quería que los sospechosos se delatasen entre ellos, y que fuese ella quien traicionase a Borja.

—¿Eso es verdad, Lucas?¿Nos...espiaste?

—Diana, yo...lo siento, pero no sabía cómo decírtelo sin que terminaras odiándome el resto de tu vida, y...

—Y no solo eso. Lo preparaste todo para que fuera yo quien descubriese a Borja, ¿verdad? ¿Cómo pudiste hacer algo así, Lucas?¿Cómo?

—Diana, por favor, escúchame.

—No, Lucas. Ya, no.

—No podía decirte que Borja era el topo porque no sabía si podía confiar en ti. Maldita sea, ¿Crees que no sabíamos que le informabas de todos los puntos de nuestra investigación? ¡Claro que lo sabíamos, y por eso...!

—Decidiste seguir utilizándome.

—No, claro que no, pero no sabía si tú...

—¿No sabías si era yo quien te estaba utilizando, y no al revés?¿Es eso?

— ¡No! ¡No sabía si al final me terminarías traicionando! ¡No sabía si al final, a la hora de la verdad, lo seguirías escogiendo a él por encima de mí y de la investigación! ¡Por eso no te dije nada!¿Es que no lo entiendes?

—Yo...yo ya no entiendo nada, Lucas. Ya no puedo entender nada —dijo, y salió corriendo hacia la puerta.

Lucas fue tras ella, esquivando a los policías que pasaban en ese momento por allí, mientras la veía correr hacia las escaleras. Llegó hasta allí, saltando los escalones de dos en dos, tres en tres, cuatro en cuatro, y, cuando estuvo a punto de torcerse un tobillo al llegar al rellano de la sexta planta, Lucas prácticamente se lanzó sobre ella, rodeándola con los brazos.

—Diana, maldita sea, para, por favor. Para, y escúchame. Siento lo de Borja, siento no habértelo dicho antes, pero necesitaba saber qué escogerías el lado correcto, que le delatarías.

— ¡Me has utilizado!

— ¡No te he utilizado! ¡Todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido real, Diana, todo! Desde el primer 'hola' hasta...

—Hasta que te metiste en mi cama, ¿no?

—¿Qué? ¡No, claro que no!

— ¡Maldita sea, si hasta me pediste que nos casáramos!¿Era tu forma de coronar tu maravillosa actuación?

— ¡Te pedí que te casaras conmigo porque estoy enamorado de ti!

—Eres un maldito bastardo mentiroso. Aléjate de mí, de Borja, y de todos los que conozco.
—¿Ahora defiendes a ese traidor?
— ¡¿Te crees mejor que él?! ¡Me mentiste!
— ¡Y él también lo hizo! ¡Maldita sea, podían haberte matado en aquella operación!
— ¡Borja jamás habría permitido que me ocurriese nada, porque él...él...!
—Porque él te quiere, y tú le sigues queriendo a él, ¿no? —Diana alzó su mirada hacia él, y se quedó en silencio —¿Era eso lo que ibas a decirme?¿Que le sigues queriendo, que le sigues prefiriendo a él por encima de mí?¿Es eso, Diana?

Diana le miró, y su corazón respondió por ella. No, no amaba a Borja. Pero no podía decírselo, no cuando el amargo beso de la traición acababa de rozar sus labios. Se giró para que Lucas no leyese en sus ojos que su corazón estaba rompiéndose en mil pedazos en ese momento, y comenzó a andar despacio. Miró hacia el inmenso vacío, sintiendo que las más oscuras tinieblas se cernirían sobre ella a partir de ese momento. Había traicionado a Borja por una falsa promesa de amor del hombre que creía el amor de su vida, un hábil tahúr en el juego de la mentira.

Empezó a bajar los peldaños de la empinada escalera, con la sensación de estar descendiendo a los infiernos, ese lugar donde tendría que expiar todos sus pecados. Y el vacío, la nada, y la desolación más profunda, le clavaron las garras en la piel, arañando hueso con su filo.

El viento nocturno chocaba con fuerza contra los cristales de aquel bar de moteros situado en el cruce de la desolación y la miseria humana más absoluta. En su desvencijado interior, un camarero ataviado solo con unos pantalones y un abierto chaleco de cuero negro, secaba con un trapo sucio aquella barra de madera, en la que demasiada sangre y demasiado alcohol se habían filtrado por cada una de sus vetas. A escasos metros de él, una mustia y ebria parroquia apenas prestaban atención a lo que hacía. Dos tipos en una mesa, otros cuatro en los billares, y aquel hombre que, desde hacía cuatro días, yacía desplomado en aquella mesa, bebiendo como si el maldito mundo se hubiese acabado.

Le miró de reojo, sin dejar de pasar el mugriento paño por la barra, y frunció el ceño. Estaba demasiado quieto. Se puso el paño sobre el hombro, y suspiró, rogando para que no fuera otro borracho que la palmaba en su bar. Se giró hacia uno de los hombres que estaban bebiendo en la barra, y señaló al tipo de la mesa.

—Jimmy, llama a la pasma. Tengo otro cadáver aquí.

—Joder, menuda mierda, ¿otra vez? Macho, con este ya van tres el último mes.

—¿Te crees que no lo sé? —tiró el paño sobre el mostrador con rabia—. Estoy harto de estar sacando muertos de aquí. Te juro que estoy hasta los huevos.

—¿Por qué coño no irán a morir a otro sitio?

—Y yo qué sé. Anda, llama a la policía, cuanto antes lo saquemos, mejor. No quiero tenerlos husmeando por aquí, es malo para el negocio.

—De acuerdo. Pero quítale el reloj antes, es de los caros.

—Serás chorizo...—se rio, asintiendo.

Se acercó hasta la figura desplomada sobre la mesa sin disimular una mueca de asco. Ese tipo era policía, podía apostar su peludo trasero a que lo era. Los delataba su porte y esa arrogancia que parecían tener metida en la piel. Se agachó a su altura, y le puso sus dos rechonchos dedos sobre la carótida. Tenía latido, débil, pero lo tenía. Le registró los bolsillos, haciéndose con su cartera. La abrió, y, tras leer el nombre, se retiró, silencioso. Sabía quién era ese tipo, y lo último que quería era problemas.

«Joder, lo que me faltaba.»

Volvió a la barra, donde le esperaba Jimmy, que le señaló el desvencijado teléfono.

—Dicen que ya vienen. Y ahora —mover los dedos—, dame mi reloj.

El camarero negó con la cabeza.

—Olvidalo.

—¿Qué? Tío, que estamos hablando de un Rolex. ¿Se te ha ido la olla?

—He dicho que lo olvides. ¿Sabes quién es ese tipo? —le señaló—. Es el jodido Lucas Sanz. Como se entere que le has robado el reloj, nos despellejará a todos vivos, empezando por nuestras peludas pelotas, ¿entiendes eso?

Jimmy parpadeó, y asintió, despacio, mirando la puerta.

—Bueno, vale. Me piro, no quiero estar aquí cuando venga la maldita caballería.

—Pues ya estás tardando.

El camarero miró a Jimmy marcharse, y su mirada volvió a clavarse en Lucas, preguntándose qué demonios habría ocurrido para que un tipo así terminase en un bar como este.

«¿Qué te ha hecho morder el polvo, Sanz?»

Media hora después, un hombre con el pelo castaño y mirada grave entró en el local como una apisonadora. El camarero le señaló hacia el rincón, y la mirada de Víctor reparó en el cuerpo que yacía sobre la mesa, rodeado por un sinfín de botellas de whisky. Encajó la mandíbula, y fue hasta su amigo.

— ¡Joder, Lucas! ¡Llevo cuatro días buscándote por todos los hospitales, comisarías y antros del país! ¡Creí que estabas muerto, maldita sea!

—La he perdido. La he perdido para siempre —contestó, en un ronco susurro.

—Lo sé, pero...

—No volverá, Víctor, ella...joder, no volverá.

—Maldita sea, Lucas, no...joder.

Él contestó, farfulló, o balbuceó algo, no sabía bien, y volvió a desplomarse sobre la mesa, mientras escuchaba a su amigo discutir a gritos con el camarero, ese tipo siniestro que había estado sirviéndole whisky y vaciándole la cartera cuatro malditos días. Sintió las manos del Jefe Superior de Policía apartándole el vaso y la botella de las manos, ponerlo en pie, y arrastrarlo hasta la salida de aquel tugurio, donde respiró la helada brisa del amanecer, que le asaeteó los pulmones como mil agujas clavándose en la piel, y boqueó. No podía respirar, no podía pensar, apenas podía sentir otra cosa más que mareo, dolor y tristeza, porque eso era lo único que llenaba su cuerpo en ese instante.

Logró levantar la cabeza, y distinguió el negro BMW de Víctor y entrecerró los ojos. Estaba lejos, demasiado lejos, o eso le parecía. Respiró despacio, intentando serenarse, mientras el rostro de Diana, sus besos, sus caricias, esa forma de gemir contra su oído, mientras él la hacía suya, retornaron a él con toda su crudeza. La había perdido para siempre. Y cerró los ojos, rindiéndose a la oscuridad.

— ¡No pierdas el conocimiento, Lucas! ¡Joder, no pierdas el puto conoc...! ¡Lucas!

Y la negrura lo envolvió, llevándolo al siniestro abismo, susurrándole, con malicia, que hay errores que jamás podrán ser subsanados, pese a todo el amor, pese a todo el afecto, porque destruyen a la base más profunda de las emociones. Esa parte que lleva mil cicatrices en el costado y que impide que el perdón pueda anclarse en cada uno de nosotros. Esa parte.

Las siguientes semanas fueron una terrible pesadilla de la que Diana parecía no despertar. La detención de Torres, Martínez, López, Romero, Jiménez, Losada... todos los agentes implicados se vieron entre rejas, y el ambiente en comisaría jamás fue tan destructivo. Su relación con Lucas fue contemplada desde otra perspectiva, y las sonrisas de complicidad que la saludaban por los pasillos semanas atrás dieron a miradas despectivas, rictus severos, y palabras vejatorias. Pasó de ser la peculiar policía que había cazado al gran Lucas Sanz a la traidora que casi había metido al simpático, guapo y dulce Borja Gómez en prisión, en eso se convirtió.

Lucas, como era de esperar, desapareció de la noche a la mañana sin dejar ni rastro, como un fantasma. Porque eso es lo que era en realidad. Una sombra, un espectro. Sombras capaces de crear luz en cualquier rincón, llenándolo todo de calidez, para luego volatilizarse hasta desaparecer. Ni siquiera preguntó por él. Ni siquiera se paró a escuchar las explicaciones sobre su repentina ausencia, que afirmaban que lo habían destinado en otra ciudad, a otra provincia, a otro país, otra misión, otro cargo... no sabría decir qué excusa le pusieron, y, a estas alturas, eso ya no importaba.

Pero la humillación y la venganza guardaban una última carta. Una noche sintió aporrear su puerta de madrugada, y se había levantado, vestida tan solo con su corto pijama de algodón negro. Había abierto la puerta, soñolienta, encontrándose a una decena de agentes de asuntos internos portando una orden policial de registro de su piso. Se hizo a un lado, y salió al pasillo de su edificio, viendo cómo ese grupo de hombres destrozaban su apartamento sin miramientos de ningún tipo.

Inspiró, contemplando cómo registraban su sala de estar, tirando al suelo cientos de fotos, libros, música, cartas... Nada quedó a salvo. Toda su vida destrozada en cuestión de minutos. Respiró hondo, sintiendo arder sus pestañas, y, cuando vio que aquello no tenía visos de acabar pronto, tomó su teléfono, y esperó dos tonos hasta que la adormilada voz del Jefe Superior de Policía sonase al otro lado.

—Víctor, soy... soy yo.

—¿Diana?

—Sí. Siento llamarte a estas horas, pero... es que no sabía a quién más llamar.

—¿Cómo que...? ¿Pero qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó, alarmado, y ella escuchó sonido de sábanas apartándose.

—Están registrando mi piso.

— ¡¿Qué?! ¡¿Cómo que están registrando tu piso?!

—Sí, los de asuntos internos están... están destrozándolo todo, Víctor. Llegaron con una orden policial de registro, y llevan una hora tirando mi casa abajo.

—Joder, me cago en... Enseguida me ocupo de esto, ¿de acuerdo?

Colgó, sin poder evitar las primeras lágrimas, y a los pocos segundos el teléfono del que parecía ser el responsable de semejante despliegue de la vergüenza sonó, y los gritos coléricos del Director Adjunto Operativo de la Policía se escucharon hasta en el piso de abajo.

Los agentes apenas pudieron reaccionar, y, tras unas disculpas apresuradas, y con los rostros desencajados, aquel grupo de alimañas salió atropelladamente de su piso, dejando un rastro de

devastación a su paso, y a ella, a su tristeza, y a su vergüenza solas en aquel rellano.

Se internó de nuevo en su casa, ignorando las preguntas de sus vecinos, que, ahora sí, salieron de sus casas exigiendo una explicación que ella no podía darles. Cerró la puerta con cuidado, mirando los estragos de aquel asalto a la intimidad de su hogar, y pasó por encima de los vacíos cajones volcados sobre el suelo, y se tumbó sobre el desnudo colchón de su cama, mirando la vergonzosa alfombra de ropa, recuerdos, fotos, libros y músicas que yacían tirados y rotos por el suelo de su habitación. Se tapó con la manta, estallando en un sollozo, cuando su teléfono empezó a sonar con el nombre de Lucas en la pantalla. Alargó la mano hacia el aparato, sabiendo que al otro lado estaba el hombre que, pese a todo, seguía amando. Cerró los ojos, recordando su fuerte y segura voz, esa que le había dicho que la quería, cuando se detuvo, recuperando la cordura en el último segundo.

No podía responder. No, cuando su piso, su refugio, parecía arrasado por un ciclón por culpa de ese maldito bastardo que le había destrozado el corazón y el alma. Se sorbió la nariz, y tomó el aparato entre los dedos, arrojándolo al suelo. Se tapó con la manta, cuya suave tela se empapó de las lágrimas que ya salían en tropel de entre sus pestañas, rogando para que la densa oscuridad de la noche la arrastrara con ella.

Pero no lo hizo. Su teléfono siguió sonando durante horas, mientras sus ojos se secaban por todas las lágrimas vertidas, y todos los monstruos se cernían sobre ella, recordándole que los cuentos de hadas no existían, y que ahora tocaba pagar el cruel precio de haber vivido una mentira. Sus ojos se cerraron, y el más oscuro y cruel averno se cernió sobre ella.

Las densas nubes cargadas de lluvia entristecían un día ya de por sí cargado de melancolía. Un lunes cualquiera, de un mes cualquiera, en una calle cualquiera. Todo parecía haberse impregnado de soledad, y la siempre difícil conciencia de lo finito. Todo acaba, todo termina.

Valentina y Lara bebían a sorbos el café, una frente a otra, pensativas, mirando hacia la comisaría. Los transeúntes corrían de un lado a otro, mientras el cielo parecía estar a punto de romperse sobre sí mismo, descargando un contundente aguacero. Llevaban varias horas despiertas, y sus enormes ojeras y sus expresiones preocupadas las delataban. A las cuatro de la madrugada las había llamado Víctor para informarlas del registro nocturno en casa de su querida Didi.

Del resto; la intervención de Lucas, el cese fulminante el principal artífice de semejante despropósito, el inspector Palomo, así como de todos los agentes que habían participado en el ultraje a Diana, se habían enterado apenas un par de horas después. Lucas no había dudado un solo segundo en aplicar la más contundente advertencia en una suerte de mensaje para navegantes.

«Tocadla, y os fulminaré a todos.»

Mensaje que parecía haber calado en la comisaría. Esa mañana el vacío hacia Diana se había hecho más acusado que nunca, y su amiga había terminado por pedir permiso para ausentarse de su puesto y volver a casa. La situación ya era insostenible, Diana tenía que irse de allí cuanto antes. Las chicas se miraron apenas unos segundos, hablando sin palabras, y desviaron la vista hacia las nubes del cielo, que proseguían su camino hacia la costa en un esponjoso velo grisáceo.

—Valen, tenemos que hacer algo.

—Lo sé, ya lo sé, pero, ¿el qué?

—Necesita irse de aquí un tiempo. Tú estás ahora en administración, ¿Por qué no organizas un traslado a otra ciudad?

—¿Un traslado? ¿Crees que tal como está es conveniente que cambie de ciudad?

—¿Crees que aquí está mejor? Oh, vamos. Entre que le están haciendo la vida imposible en

comisararía, y lo de Lucas y Borja, va a terminar enfermado de melancolía. Necesita salir de aquí, olvidarse de todo por un tiempo.

—Pero estará sola.

—Sí, pero tiene que lamerse las heridas lejos de aquí, en un lugar donde los recuerdos no la ahoguen a cada paso.

Valentina la miró, haciendo un mohín con los labios, y asintió, despacio.

—Está bien, lo haré. Se lo diré a Víctor, para que agilice los trámites. No debería tardar más de un par de días en admitirse todo.

—Estupendo. Llamaré a Didi para decírselo.

—¿Aceptaré?

Dudó unos segundos, mirando hacia los transeúntes, que corrían intentando guarecerse de las primeras gotas de lluvia.

—Lo hará porque ya no tiene nada que perder.

Se quedaron en silencio, mientras veían cómo la lluvia empapaba los adoquines y el negro asfalto, marcando que no iba a haber un final feliz para esta historia de amor de su amiga. Las malditas perdices habían quedado carbonizadas hasta los huesos.

— ¡¿Por qué narices has autorizado su maldito traslado sin consultarme, Víctor?! —gritó Lucas, fuera de sí — ¡Se supone que eres mi amigo, joder, y en vez de ayudarme con esto, en vez de eso...maldita sea!¿Cuándo pensabas decírmelo, eh?

— ¡Soy tu amigo, Lucas, no te equivoques! ¡Pero Diana es una agente a mi cargo, y debo velar por ella!

— ¡Mañana mismo la quiero aquí de vuelta, ¿me oyes?! ¡Mañana mismo!

— ¡No! ¡Le mentiste, Lucas, lo hiciste, y en vez de arreglar las cosas, te fuiste a Líbano, maldita sea!¿Cómo te imaginas que le sentó eso?

— ¡¿Que me fui a Líbano?! ¡Me enviaron allí, joder!

—¿Y qué querías que hiciera mientras tú no estabas aquí, eh? ¡No sabes cómo fueron estas tres semanas para ella! —gritó, señalando hacia la sala común de la comisaría de Pinar, donde casi una treintena de agentes les miraban, atónitos.

La inusual estampa de los dos jefes discutiendo a gritos en mitad de la comisaría por una mujer no era algo que se viese todos los días.

—¿Te crees que no lo sé? ¡Fulminé al maldito inspector Palomo, maldita sea!

—Lo de Palomo solo fue la guinda del pastel. Fue un maldito infierno para ella estar aquí. ¡Le hicieron la vida imposible, joder! ¡Todos!

Lucas cuadró los hombros, encajando la mandíbula, y se giró hacia los policías, cuyas miradas parecían anclarse en el marmóleo suelo que pisaban.

—¿Sois todos compañeros de Diana Espona, me equivoco? —tronó su voz, amenazante.

—Sí —respondió una tímida voz al fondo.

Víctor suspiró, en silencio, sabiendo que Lucas les iba a hacer pagar el traslado de Diana. A todos y cada uno de ellos.

—Para los que no lo sepáis —empezó—, soy el Director Adjunto Operativo de la Policía — una oleada de gritos ahogados, murmullos y toses invadió la estancia—. Y, partir de ahora, asumiré el control completo de esta comisaría.

—¿Qué? Pero, pero...—se escuchó a varios agentes, en cuyos rostros no cabía mayor estupor.

—Mañana, a las siete en punto, os quiero a todos de uniforme. A todos.

El infierno había abierto sus puertas, y esos agentes iban a perecer en las llamas.

De la noche a la mañana, la tranquila comisaría de Pinar se convirtió en la base de operaciones del caso 'Schlange', y en el que participaban casi un centenar de agentes. Jamás se trabajó tanto, ni tan duro. Incluso Víctor fue trasladado allí, hecho que inquietó a todos.

Las chicas intentaron sonsacarle a Víctor algo de información, pero siempre obtenían un escueto “Es secreto policial, no puedo contároslo, lo siento” los días buenos, y un “El malnacido de mi mejor amigo, que además de amargarnos la existencia, me ha prohibido hablar de ello. Será capullo el tío”, los malos. Y los malos, por desgracia, se iban acumulando mientras los buenos no hacían más que menguar. El gran Lucas Sanz se convirtió en un tirano controlador que pagaba con todos la rabia que bullía en su sistema.

Pronto las peticiones de traslado fueron acumulándose, mientras Lucas, en un acto de despotismo infinito, negaba las de todos aquellos que sabía habían hecho la vida imposible a Diana. Pero no solo con ellos. Las chicas también sufrieron su ira. Lucas las culpaba del traslado de Diana, y el hecho de que ambas se negasen a mediar entre ellos estaba terminando con la paciencia del gran Sanz.

—No puedes negarnos el traslado, Sanz —le había dicho Lara—. No hay razones objetivas para ello, y lo sabes.

—Puedo hacer lo que me plazca, porque soy vuestro maldito jefe, así que mi respuesta es no.

—No estamos haciendo nada importante aquí.

—¿Cómo que no? —sonrió, sardónico, sin levantar la vista de los informes —Siempre necesitaré alguien que dé mal ejemplo al resto.

La joven policía inspiró, hinchándose, preparada para una contestación, cuando un agente entró en el despacho, visiblemente nervioso, y miró hacia ella. Lara frunció el ceño, y se alejó de allí, dando un portazo, yendo hacia la mesa que Lucas les había puesto frente a su despacho.

—No lo soporto más, Valen, te lo digo en serio. Cualquier día hago una locura, como lo oyes.

—Ya haces suficientes locuras al día, Larita, y ya tenemos suficientes problemas, así que mejor déjalo estar ¿quieres? No nos conviene cabrear a Luquitas más, que ya bastante calentito viene todos los malditos días.

—Ya, y a eso me refiero. Esto no puede ir a peor. ¿Pero has visto con qué cara salen todos los policías que entran a su despacho? Al agente Blasco hasta le he visto contener un puchero.

—Lo sé, cariño, lo sé. Lucas es un déspota, un tirano, y bla, bla, bla...Pero no puedo odiarle, Lara, está demasiado macizo. Le salva ese culazo que tiene, porque si no...iba a hacer vudú contra él hasta que se me acabaran las agujas.

Se quedaron mirando al suelo, rumiando su frustración, cuando un grupo de agentes de la UDYCO entraron en el despacho de Sanz como una exhalación. No habían pasado ni treinta segundos cuando los primeros gritos empezaron a escucharse con total nitidez desde allí, casi tronando contra las paredes. Hoy Lucas no tenía un buen día, como venía siendo costumbre. Valentina rozó el brazo del policía que estaba más cerca de su mesa, y señaló la puerta del despacho.

—¿Sabes qué ha pasado, Guerrero?

—Ha habido un nuevo tiroteo entre bandas en la zona este. Maldita sea, con esta ya van cuatro esta semana. Esos malnacidos van a terminar convirtiendo Pinar en la maldita Nápoles de Corleone.

Las chicas intercambiaron una mirada de preocupación, y asintieron casi a la vez. Hacía cuatro meses que Lucas se había trasladado a Pinar, con casi un centenar de agentes, y la situación no hacía más que empeorar en las calles, tal y como él predijo que ocurriría. Los criminales parecían multiplicarse, mientras los esfuerzos por detenerles y llegar hasta el fondo del caso fracasaban

con estrépito. Solo este último mes había habido más ajustes de cuentas y asesinatos que en los últimos diez años. Estaban al límite, y la investigación pronto fracasaría.

—Valen —empezó Lara, apoyando el mentón en la palma de la mano—, tenemos que hacer que Diana vuelva.

—¿Qué vuelva? ¿Pero te has vuelto loca?

—No, claro que no. Maldita sea, esto va cada vez peor, ¿no te das cuenta?

—Pero Diana no va a querer volver, no ha superado lo de Lucas.

—Sí, sí que lo tiene superado.

—Sí, claro, lo tiene mega superado. Lo ha dejado clarito cristalino en todos los monólogos nocturnos telefónicos que nos ha obligado a mantener con ella, ¿no los recuerdas?

—No exageres, Valen. Está sola en Sauzal, y se agobia, solo es eso.

—Sí, claro, súper sola y triste en Sauzal. Por eso sale de noche de jueves a domingo con el resto de sus compañeros de la comisaría a beberse hasta el agua de las macetas, claro. Y luego, además, nos llama en mitad de la noche, cuando está en plena fase etílica de “exaltación de la amistad” para soltarnos perlas como —engoló la voz—: “Odio a Lucas Sanz”, “Lucas Sanz es lo peor que me ha pasado en la vida”, “Lucas Sanz es pasado para mí”, “Lucas Sanz es un dios del sexo, y echo de menos su enorme poll...”

— ¡Valen! —la cortó Lara.

—Vale, está bien, eso último no lo dijo —bufó, con gesto de aburrimiento—. Pero eso no quita, Larita, que nuestra Didi no haya superado lo de Lucas, y, la verdad, dudo mucho que vaya a querer volver.

Lara suspiró, admitiendo que tenía razón. Aunque...

—¿Y si le pedimos a Víctor que autorice su traslado, como orden directa?

—¿Crees que aceptará?

—No tendrá más remedio, Víctor es su superior. Además, no le diremos que Lucas está aquí, ni que ahora es el jefe de la comisaría de Pinar. Por favor, Valen...

—Está bien, hablaré con Víctor, y...joder, que sea lo que el cielo quiera que sea.

—Está bien. Pero démosle un par de meses para que se recupere, ¿de acuerdo? Aún no está preparada.

Valentina gimió bajito. Maldita sea, aquello iba a terminar mal.

Dos meses después

Diana atravesó aquella amplia y luminosa avenida que rebosaba vida por todas partes, mirando hacia las decenas de peatones que caminaban despreocupados, con bolsas en las manos, mientras hablaban, reían, o, simplemente, tecleaban frenéticos en sus pantallas, ignorando el precioso azul aguamarina del cielo. Respiró hondo al llegar a las acristaladas puertas de aquella comisaría, tras las que se encontraba la mitad de su corazón, esa parte que creyó perdida y que ahora estaba dispuesta a recuperar, costara lo que costara.

Entró, decidida, y sus ojos barrieron aquella enorme estancia donde la actividad frenética, marcaba que era un lunes cualquiera de una semana cualquiera. Agentes uniformados corrían de un sitio a otro con papeles, con informes, con cafés. Ciudadanos que charlaban entre sí haciendo cola en las ventanillas de administración. Prisas, prisas, prisas. Y risas. Eso nunca faltaba. Alzó el mentón, casi poniéndose de puntillas sobre aquella marea de cabezas, y su corazón volvió a localizarlo antes que su mirada. Allí estaba. Aquella figura uniformada que fue todo su mundo. El policía pareció percibir su presencia, y se giró hacia ella, anclando su oscura mirada en la suya, y se quedaron mirándose, como si fuesen los dos últimos ejemplares de una especie extinta.

Le vio apartarse de los agentes que estaban a su alrededor, y sus labios apenas se abrieron para pronunciar un apenas murmurado “hola” antes de que sus brazos la rodeasen, y su perfume, ese aroma que siempre relacionaría con él, la envolviese. Hundió el rostro en la piel de su cuello, apretando un abrazo que llevaba anhelando dos largos meses. Mil años habían pasado desde aquella tarde en la que una chica con un vestido rojo de calaveras se había cruzado en su vida, cambiándola para siempre.

—Yo...—empezó ella —quería llamarte, pero...

—Shh...lo sé, ¿de acuerdo? Lo sé, cariño, lo sé. Sé que lo intentaste, porque yo también hice lo mismo, pero no encontré el valor, ni...He estado a punto de llamarte tantas veces que...pero no podía, no porque...

—Yo...yo también, pero temía que no quisieses hablar conmigo, que no me perdonases, y...

Se quedaron en silencio al mismo tiempo, y las frases que tenían planeadas, las explicaciones, los motivos, todo murió en sus labios cuando sus pupilas volvieron a encontrarse. Todo lo que creyeron perdido volvió a su lugar, donde siempre tenía que haber estado. Ni todo el odio, ni el rencor del mundo podrían borrar lo que sentían.

—Siempre voy a perdonarte porque siempre voy a estar aquí para ti, Diana. Siempre.

—Y yo, Borja. Siempre.

Borja sonrió con la expresión de alivio más sincera, cuando una ola de silbidos desde el otro extremo rompió de golpe la íntima atmósfera, y el policía suspiró, con gesto de escarnio, señalándole la puerta de salida a su exnovia.

—Malditas porterías cotillas —se giró hacia el grupo—. ¿No tenéis cosas mejores que hacer, cómo, no sé, trabajar, por ejemplo?

—Pues la verdad es que no —contestó uno de los agentes, ufano, cruzando los brazos.

—Marujas. Vamos, Didi, será mejor que salgamos —Ella se rio, y alargó la mano hacia él, que entrelazó los dedos de ambos, y les hizo una señal de despedida a sus compañeros, señalándoles la cafetería que estaba justo enfrente de la comisaría—. Vuelvo en media hora, *señoritas*.

— ¡Deja el pabellón bien alto! —gritó uno de los agentes, provocando un contundente taco del policía.

El que había sido su chico seguía maldiciendo como un camionero cuando se lo proponía. Salieron a la calle, obviando todo lo que sucedía a su alrededor. Estaban juntos otra vez, y lo demás no importaba. El afecto que sentían el uno por el otro seguía estando ahí, perenne, como una roca que lleva miles de años aguantando los envites del mar. Llegaron a la cafetería, y se sentaron en una de las mesas más alejadas, mientras las manos y las miradas no dejaban de enredarse la una en la otra.

—Disculpa a mis compañeros. Los han sacado directamente del Neolítico, y los han dejado aquí, qué le vamos a hacer.

—En Sauzal son peores, créeme —contestó ella, sonriente.

—¿Peores que esta panda de neanderthales? No lo creo.

—Oh, sí que lo son. De hecho, cuando llegué, crearon una leyenda urbana para mí solita sobre los motivos de mi traslado, así que ya te puedes hacer una idea.

—¿Te convirtieron en una siniestradevorahombres?

—Peor. En la asesina y caníbal de mi expareja.

— ¡Venga ya! —se carcajeó.

—Ya ves. Soy la mantis religiosa de la Policía Nacional.

Borja se rio, y miró a la camarera que les acercó los dos cafés a la mesa. Tomó un sorbo, y se quedó observando a esa preciosa muñeca que creyó que jamás volvería a ver. Inspiró, y se mordió levemente el labio antes de hablar.

—Te he echado de menos —dijeron a la vez, y él suspiró.

Se hizo un leve silencio, y las manos de Diana volaron hacia las de Borja.

—Vaya —sonrió—. Te he...he echado de menos. Muchísimo.

—Y yo...maldita sea, estar sin ti ha sido lo peor que me ha pasado nunca. Siento que todo pasara así, y yo... —empezó él, sin atreverse a mirarla directamente.

—No tienes que disculparte.

—Sí, sí tengo que hacerlo, y necesito decirte que lo hice solo por ti, por nosotros, aunque no me creas.

—Sé que hiciste lo que creíste mejor para los dos, no te culpo por eso, jamás podría hacerlo.

—Pero yo a ti, sí, Didi. Te culpé de todo.

—Lo entiendo, de verdad, no tienes que...no tienes que disculparte, porque yo también tengo mi parte de culpa de lo que ocurrió. Me involucré por completo en el caso, sin prestar atención a todas tus señales de alarma, y, en vez de hablar contigo, sobre lo que te estaba ocurriendo, me dediqué a investigar, a discutir contigo por todo, y por eso...

—No, no me refiero a eso —el ceño de la chica se frunció solo—, sino al interrogatorio.

—¿El interrogatorio? ¿De qué estás hablando?

—Yo...te juro por que no quería causarte ningún mal, pero estaba...estaba tan enfadado cuando os vi en el pasillo a Lucas y a ti, que...me cegué por completo, y...te culpé de todo, Diana. Mentí hasta donde no creí que fuera capaz de hacer para que cayeses conmigo, y...

El mundo de Diana empezó a caer, y los cascotes empezaron a golpearla por todas partes. Aquello no podía ser, no. ¿Borja había intentado culparla de lo que había ocurrido?

—¿Cómo que me culpaste? ¿Qué estás diciendo, Borja?

—Lo siento, cariño. De verdad que lo siento. Fui un maldito bastardo, y...me arrepiento profundamente de lo que ocurrió. Pero ese día...habló la rabia por mí y no pude contenerme. Lo siento, lo siento muchísimo. Estaba tan enfadado contigo que...joder.

La mano de Diana voló sola hacia su boca, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Borja, su Borja, había intentado incriminarla.

—Borja, podía haber ido a la cárcel por tu culpa, ¿lo entiendes?

—Lo sé, créeme que lo sé, y lo siento, lo lamento profundamente. Menos mal que el que me interrogó fue Lucas, que desmontó cada una de mis mentiras, porque otro habría hecho caer la espada sobre ti al momento.

—¿Lucas me defendió?

—Más que eso —soltó una risa seca—. Tu caballero de la oscura armadura dijo que si tú eras culpable, él caería contigo.

La policía apenas pudo reaccionar. ¿Lucas había arriesgado su trabajo, su vida, todo por lo que había luchado...por ella?

—¿Dijo...dijo eso?¿Qué caería conmigo si yo era culpable?

—Sí. Y puso el maldito puesto de Director Adjunto Operativo de la policía que tenía, y del que yo no tenía ni idea que ostentaba, a su entera disposición. Y todos se callaron, claro. Nadie dudaría de la palabra del *gran* Lucas Sanz. Ya ves, un jodido príncipe azul. Hay que fastidiarse, ya ves —soltó una risa seca—. Así que, cuando llegues a casa hoy, ya puedes darle el beso mas increíble de la historia, porque ese capullo arrogante se lo ha ganado solo por lo que tuvo que pasar ese día.

Los ojos de Diana volaron veloces hasta él, y Borja frunció el ceño al leer su expresión, tan clara para él como una gota de agua.

—Didi, ¿Lucas y tú, ya no...? —ella negó con la cabeza, y los hombros de Borja descendieron—. Lo siento.

—Tranquilo, ya está...ya está superado.

—¿Puedo preguntar qué os ocurrió?

—Me mintió.

—¿Y sabes por qué lo hizo?

—No.

—¿No se lo preguntaste?

—No.

—¿Has vuelto a verle?

—No quiero volver a verle.

—¿Por qué?

— ¡Porque no quiero! —gritó —¿Qué es esto, otro interrogatorio?

—Está bien, está bien, perdona —suspiró, y se echó hacia atrás en la silla, pensativo. A los demás podía engañarles, pero a él no. No, cuando estaba viendo su mirada rota y su expresión vacía —¿Le amas? —preguntó de forma directa, y sus ojos casi perforaron los suyos.

Diana alzó su mirada hacia él, perdiéndose una vez más en esos iris de ébano, haciéndose esa misma pregunta. ¿Lo amaba? El silencio que siguió a esa cuestión respondió por sí misma Lucas, Lucas, Lucas. Siempre Lucas.

—Yo...

Borja inspiró con fuerza, y se cruzó de brazos. Dolía. Joder, aquello dolía. Diana seguía enamorada de ese capullo arrogante hasta los huesos. Miró hacia la que había sido su chica, e inspiró, haciendo la pregunta que nunca quiso hacer.

—¿Y por qué no se lo dices, Didi?

—Ya es tarde.

—Nunca es tarde. Nunca, Didi. Nunca.

Ella asintió, descendiendo la vista a la mesa, y el amor más profundo volvió a imponerse en su cabeza. No podía seguir engañándose. Por supuesto que seguía queriendo a ese bastardo, y siempre lo haría.

El escenario no podía ser más dantesco. En uno de los extremos de aquel tugurio que olía a orín, tabaco y alcohol rancio, yacían los cuerpos desmadejados y llenos de agujeros de bala de los matones del clan Rosslyn. La obra llevaba el sello inconfundible de los Brozovic. Lucas suspiró, y su pulgar rozó la culata de su arma. Dirigió la mirada hacia Víctor, que, con gesto contrito, estudiaba el escenario con la misma preocupación que él. Iban a necesitar refuerzos para los próximos días, no había alternativa. Había que doblar el número de efectivos en las calles.

El ajusticiamiento entre clanes rivales era algo completamente inusual en Pinar, y más teniendo en cuenta que los Brozovic ya se habían hecho con el control de toda la droga de la provincia. Estos asesinatos parecían responder más a una demostración de fuerza hacia la policía, que otra cosa. Esos malditos criminales estaban desafiándoles directamente.

«Podemos jugar delante de vosotros, porque somos intocables.»

Ese era el mensaje. Alto y claro. Miró a Víctor, y se pasó la mano por el pelo, agobiado. Tenía que volver a comisaría para informar de este nuevo crimen. Se despidió de Víctor con la mano, y se encaminó a su coche. Arrancó el Audi, que respondió con un suave ronroneo, y se metió de lleno en el caótico tráfico de Pinar, una ciudad que no parecía descansar nunca. Esquivó hábilmente los atascos, absorto en sus pensamientos sobre el caso, que estaba enroscándose sobre sí mismo, como la serpiente de la que tomaba nombre. Estaban encontrando decenas de pistas que resultaban ser callejones sin salida, y se les estaba agotando el tiempo.

La situación ya no podía ser peor. Cada vez era más difícil poder demostrar la implicación de aquellos malditos camellos de poca monta y sicarios de tres al cuarto con los Brozovic. Habían urdido una red tan intrincada como caótica, y él ya no sabía ni por dónde seguir buscando. Resopló, enfadado, pensando en Diana. Si ella estuviese aún dentro de la investigación, daría con la conexión, la clave, la forma de llegar a ellos, estaba seguro. Era la policía más perspicaz e intuitiva que conocía, era la mejor, era excepcional. Y ahora estaba fuera del caso, y de su vida. Maldita sea.

Su móvil empezó a sonar, rompiendo la triste burbuja de la autocompasión, y la voz del agente Ferrer al otro lado de la línea sonó lejana, informando que un encapuchado había tiroteado, a plena luz del día, a dos miembros del clan Rosslyn. Aquello era una maldita pesadilla. Giró el volante, adentrándose en una iluminada calle para evitar el atasco del semáforo de la avenida de platino, y se quedó parado en uno de los semáforos, con los recuerdos de la noche anterior volviendo a él. Víctor le había localizado en el bar en el que pasaba cada noche, encadenando un whisky tras otro, y habían mantenido una larga y dura conversación sobre Diana. Tenía que enfrentarse a su pérdida de otra forma que no fuera trabajando como un animal, gritando a todos como un enérgumeno, y bebiendo hasta perder el conocimiento cada noche. Pero la cuestión era cómo enfrentarse a algo así, cómo afrontar la pérdida de la mitad de un alma.

«Llámala, vete a verla, o lo que sea, Lucas, pero haz algo, joder. Haz algo, porque cualquier día te voy a encontrar muerto en una cuneta de carretera, y ahí sí que todo se habrá acabado.»

Él había asentido, más para que le dejase en paz que otra cosa, y había vuelto a beber hasta casi perder el conocimiento para no admitir que tenía razón. Tenía que hablar con ella, tenía que hacerlo, pero...¿Cómo?¿Cómo acercarse a ella sin que le terminara odiando más de lo que ya debía hacer?

El semáforo al fin se iluminó con la señal en verde, y en apenas un par de minutos llegó a la

comisararía. Saludó a los agentes de la entrada, y pasó a la sala común, donde un numeroso grupo de policías le saludaron, casi cuadrándose, y sonrió, recordando cómo era esa comisaría cuando entró, y cómo era ahora. Donde antes había sofás y espacios libres, había ahora una fila de mesas con ordenadores nuevos, y nadie, es decir, nadie, iba a la sala de café jamás. Excepto Lara y Valentina, claro. Las amigas de Diana habían iniciado contra él una guerra silenciosa, a la que él no iba a responder.

Se metió en su despacho, cerrando la puerta con contundencia, y se quedó mirando la cadena montañosa que rodeaba la provincia. La sierra de Amurga era espectacular, inmensa, poderosa. La muralla defensiva natural de la ciudad. Se sentó en la butaca, y tomó la primera de las carpetas de informes que la brigada de Crimen Organizado habían dejado la noche anterior sobre su mesa, pensando en la agente de policía Marina Espino. Le había costado que se la cedieran para la investigación, pero al fin el maldito Fernández y el inútil del Secretario de Estado de Seguridad, Omar Moreno, habían firmado su incorporación, y él había respirado, aliviado.

Marina era una de las personas más inquisitivas e inteligentes que conocía, y estaba seguro de que con ella a su lado por fin podrían empezar a avanzar de verdad. Llevaba días sopesando estudiar ciertos movimientos financieros de los Romenev para entroncarlos con los Brozovic, y Marina era la persona adecuada. Sabía moverse como pez en el agua por el complicado mundo de los números. Debían reunir las pruebas suficientes para que ningún juez dudara de su culpabilidad, y no podían cogerse los dedos.

Quería pillar a esos malnacidos, pero no quería ponerles las esposas y tener que soltarlos después por falta de pruebas, una situación que empezaba a ser frecuente. Detenciones espectaculares tras meses de investigación que quedaban en nada en cuanto los tiburones de los abogados de esas escorias hacían aparición, y un juez dictaminaba su puesta en libertad por algún error en el procedimiento. Tomó la carpeta, hojeándola, cuando su puerta se abrió de golpe, y una figura con una cantarina voz se quedase de pie en mitad de su despacho.

—Rodríguez, me incorporo mañana, y venía a salud...

Las carpetas cayeron al suelo, el aire detuvo su paso, y la sangre dejó de circular por el cuerpo de ambos. Aquello no...no podía estar pasando. Los segundos pasaron sin que un solo músculo de su cuerpo hiciese amago alguno de moverse, mientras los ojos de Lucas recorrían los pantalones ceñidos de cuero, la camiseta de topitos rojos y los increíbles ojos azules de la única mujer que su corazón llamaba a gritos cada maldita noche.

—¿Diana?

—Joder, no puede ser —dijo ella, antes de volverse—. Joder, no.

Diana corrió hacia la puerta en apenas un segundo, tiempo que Lucas invirtió en saltar por encima de la mesa, cerrar la puerta, y rodear su cintura, impidiéndole la huida. La puerta se cerró con estrépito frente a ellos, mientras el policía hundía su rostro en el hueco de su hombro, y el perfume a melocotón inundó todos sus sentidos. Joder, era ella. Era ella de verdad.

—Diana —musitó.

—Déjame salir, Lucas.

—No hasta que me escuches.

—No voy a escucharte porque no quiero ni que te acerques a mí —se giró, zafándose de su abrazo—. Suéltame, maldita sea.

—Por favor, escúchame, solo escúchame, y después...

—He dicho que no voy a hacerlo. No voy a escuchar una sola palabra de lo que me tengas que decir. Perdiste ese derecho cuando te largaste sin importarte nada, sin...

— ¡¿Y qué demonios que hiciera, eh?! —rugió — ¡¿Ir hasta Sauzal y traerte aquí por la fuerza

para que me odieras el resto de tu vida?!

—He dicho que no quiero escucharte ni que te acerques a mí. Y ahora...déjame salir, déjame salir porque no puedo, ni quiero, estar cerca de ti.

Lucas la miró en silencio, con sus ojos oscuros traspasando cada mota de sus iris azulados, y encajó la mandíbula, apoyando su cuerpo contra el suyo.

—No voy a dejar que te vayas, Diana, ya no —susurró él, y ella sintió estremecerse hasta la última de sus partículas—. No voy a hacerlo porque te quiero, porque te he echado de menos, y porque...

Diana se perdió en esos ojos oscuros, en la desesperación de voz, idéntica a la suya, y obvió todo, la traición, de esos dos terribles meses sin él, el dolor, la tristeza...todo ardió, todo se olvidó. Apenas fueron consciente de lo que ocurrió después. Sintió la fuerte mano de Lucas posada con fuerza en su nuca y en su cintura, sus labios contra los suyos, anudándose en un baile tan sensual y delirante como tóxico, y respondió al beso sin ni siquiera saber por qué lo había hecho.

Todas sus barreras se derribaron cuando le oyó jadear su nombre sobre sus labios, desesperado, y cerró los ojos, dejándose caer. Sus manos siguieron hablando el silencioso lenguaje del deseo, diciéndose todo lo que no podían confesar, cada lágrima que habían derramado el uno por el otro, ese dolor que les traspasaba el corazón cuando se levantaban en plena noche sin el cuerpo del otro al lado.

Las lenguas de ambos exploraron ávidas, y las manos empezaron a trazar suaves caricias sobre una piel que ninguno había olvidado. Sus pestañas chocaron entre sí, dejando que la oscuridad más absoluta les envolviera, y, en ese instante, todos sus sentidos se amplificaron, sintiendo cada protuberancia, cada ángulo, cada colina de sus músculos, encajando en el cuerpo del otro.

Lucas la llevó hasta la mesa, apartando de un manotazo todos los informes, los lápices, las carpetas. Todo voló por la habitación. Las prendas trazaron un bello giro mientras volaban por la habitación, y Lucas clavó sus dedos en su piel dejando marcas allá donde sus dedos reclamaban fundirse con su cuerpo. Se inclinó sobre ella, quitando la última y fina barrera de encaje que había entre ellos, y se desabrochó los pantalones él mismo, mientras trazaba una línea de besos por sus caderas, olvidando todas las advertencias, todas las luces rojas que les decían que aquello les iba a quebrar en pedazos.

Diana enredó sus dedos en su suave cabello, suplicando lo que ambos ansiaban y que tanto habían echado de menos. Rodeó su cintura con las piernas, y él la embistió en un profundo, duro y contundente movimiento, haciendo que la mesa crujiera. Las manos de Lucas rodaron por sus muslos, y los colocó sobre sus hombros, haciéndole llegar más lejos, más profundo, allá donde su corazón no podía llegar. Al último rincón de su alma.

Bombeó una y otra vez sobre el cuerpo de Diana, mientras ella se arqueaba y gemía, incapaz de contenerse por más tiempo. Jadeó, gimió, y gritó todo lo que llevaba guardándose tanto tiempo. Cerró los ojos, sintiendo los dedos de Lucas clavarse en sus caderas, meciéndola, instándola a moverse contra él, a sentirle, disfrutarle, y tensó sus músculos alrededor de su encendido deseo, haciéndole gruñir.

—Joder, princesa.

Tomó uno de sus muslos, colocándose sobre el hombro y asegurarse así la embestida profunda y perfecta que él necesitaba, mientras ella le miraba, indefensa, y echaba la cabeza hacia atrás.

—Lucas...

—No va a ser suave —jadeó, ronco, contra su oído—. Va a ser duro, brusco, y vas a aguantar

por mí, porque te he echado de menos, porque no puedo vivir sin ti, y porque...joder, porque estar sin ti ha sido un maldito infierno.

—Lucas...

Gritó cuando las caderas del policía se clavaron con ímpetu entre sus muslos en la estocada más dura, feroz y seca que jamás había experimentado, mientras su cuerpo se curvaba solo, dejándole llegar tan lejos como él quisiera. No era suave, no era leve, no era afectuoso. Era duro, rápido y quemaba. Pero le gustaba. Por todos los infiernos que le gustaba. La encajó hasta el fondo, arrancándole un grito, y la dejó volar cuando supo que él tampoco aguantaría mucho más. Diana echó la cabeza hacia atrás, dejando que Lucas impregnara con su esencia hasta la última de sus células y sus rincones, y ambos barrieron el aire en un contundente gemido al unísono pronunciando sus nombres. Se pertenecían. De una forma animal, primitiva, básica. Estaba escrito en las estrellas.

Lucas se izó, apoyándose sobre los codos, con la respiración entrecortada, y miró los azules ojos de Diana, esperando encontrar las mismas emociones que ahora mismo corrían por todo su sistema. Pero no fue eso lo que encontró. Diana se incorporó de golpe, con una expresión de vergüenza y arrepentimiento en el rostro tan intensa que el alma del policía terminó por hacerse pedazos contra el suelo. Se abrochó los pantalones rápidamente, y salió corriendo hacia la puerta, intentando detenerla.

—Diana, espera, por favor, Diana...

—Esto no tenía que haber...esto no tenía que...joder, esto no tenía que haber pasado.

Lucas la interceptó antes de que abandonase el despacho, y su mano cerró la puerta con contundencia, mientras la veía secándose las lágrimas, con el pelo dorado aún revuelto tras ese inesperado y maravilloso asalto. La había fastidiado, esta vez la había fastidiado a base de bien.

—Diana, por favor, escúchame, por favor, Diana...

—Lucas, esto no...no...maldita sea, por favor, déjame salir, te lo suplico.

No hizo falta más. Se apartó, apostándose en el umbral de la puerta de su despacho, viendo cómo la mujer de su vida se alejaba atravesando la sala, con la ropa mal colocada, sollozando, por segunda vez en su vida, ignorando las miradas de las agentes que estaban en la comisaría y que contemplaban desde sus ordenadores con la mandíbula llegando al suelo el espectacular y bronceado torso que parecía esculpido en piedra del *gran* Lucas Sanz, que permanecía apoyado en el umbral de su puerta, con los vaqueros oscuros cayendo bajos sobre sus caderas, mostrando esa perfecta ‘V’ que debería ser declarada patrimonio mundial.

Un sonoro suspiro surgido de una docena de labios a la vez le devolvieron a la realidad, y cerró la puerta con contundencia, metiéndose en su despacho otra vez. Se sentó en la butaca, enterrando el rostro entre las manos, y encajó la mandíbula, con un nudo en el estómago, una piedra en el corazón y su alma quebrándose en pedazos.

La había perdido. Ahora sí que la había perdido.

Valentina caminaba distraída con dos cafés en la mano mientras le daba vueltas a la bronca que les había echado Diana esa misma mañana. Apenas había salido del despacho de Lucas, había ido a buscarlas a la cafetería y la tormenta se había desatado. Les había gritado, insultado y casi abofeteado por la encerrona que le habían preparado.

«—¿Por qué me ocultasteis que Lucas estaba en Pinar, eh? ¿Por qué no me dijisteis nada?»

«—Yo...nosotras...maldita sea, Diana. No...no encontramos el momento.»

«—¿Qué no encontrasteis el momento? ¿Os creéis que soy imbécil? Podíais habérmelo dicho en cualquier momento, en cualquiera, entre el “Valentina ha perdido dos kilos con una dieta nueva a base de comer helado, ¿no es increíble?”, y “Lara consiguió tomarse diez tequilas seguidos sin vomitar, ¿te lo puedes creer?” En cualquiera de esos momentos, en cualquiera de ellos podíais haberlo mencionado, maldita sea. Sois unas...unas...no volváis a dirigirme la palabra.»

Y ellas se habían quedado calladas, desoladas como nunca lo habían estado. Su querida Didi las odiaba. A ellas, a sus amigas del alma, qué digo amigas. Eran hermanas. Tomó un sorbo de café, acelerando el paso. Tenían que arreglar esa situación como fuera. Empezó a darle vueltas a una idea, con la imagen de Lara y Víctor en la cabeza. Nadie como sus amigos para embaucar a un par de inocentes víctimas.

Metió la mano en el bolsillo, buscando su teléfono, cuando una blusa perfectamente planchada y con una lazada negra se interpuso en su camino, sin darle tiempo a reaccionar. La pobre víctima se apartó ágilmente, evitando el desastre, y un par de ojos oscuros de mujer se posaron en ella, severos.

—Cielo santo, ¡Por poco me abrasas!

—Lo siento, yo...iba despistada.

La víctima frunció sus perfectas cejas, al igual que sus maquillados y carnosos labios, que, a juego con el cuerpo escultural del que era dueña, dejaba claro que, o era una modelo perdida en los pasillos de la comisaría, o un ángel caído del cielo. ¿Qué hacía una mujer así en un sitio como ese?

—¿Pero cómo puedes ser tan torpe? —gritó la angelita escultural, y...Plop. La burbuja se rompió.

—¿Perdona?

—Podías haber quemado a alguien, torpe —le recriminó, con dureza—. No deberías ir por ahí como un elefante en una cacharrería. Casi me abrasas, atontada.

«Ah, no. Por ahí, no, bonita.»

—Uy, abrasada dice —se mofó Valentina—. Abrasada, no. Derretida, más bien.

—¿Qué has dicho?

—Pues que me hubiese encantado ver cómo te derretías como la malvada bruja del Oeste. Mira, igual hasta lo grababa en el móvil —espetó, enseñando el dispositivo.

—¿Pero a ti qué te pasa, eh?

—A mí, nada, monina. Y, por cierto, tú tampoco ibas mirando por donde ibas. Además, esta zona está reservada para policías, así que ya te puedes ir largando de aquí a la de ¡ya!, y pidiéndome disculpas, si no quieres que te detenga por atentado contra la autoridad.

La mujer la miró con suficiencia, haciendo bailar su lisa y larga melena.

—Soy la agente Marina Espino, de la Unidad de Crimen Organizado, así que las disculpas, *monina*, ya me las puede ir dando usted a mí.

Decir que la mandíbula de Valentina llegó al suelo sería faltar a la verdad a la enésima potencia. Había atravesado el suelo, e iba camino al centro de la tierra. Llevaba años oyendo hablar de esa mujer. Era toda una eminencia en investigación, y la mayoría de sus investigaciones se estudiaban después en las facultades de Derecho. Esa mujer era una leyenda, y se rumoreaba que era la mujer que más veces había pasado por la cama de Lucas, salvando a la misteriosa Aria, y a su querida Didi, por supuesto. Y ahora estaba allí, en Pinar, poniendo en peligro la reconciliación entre su querida amiga y Lucas.

«Lagarta a la vista. Todo a estribor, grumetes.»

—¿Y bien? —preguntó la agente Espino, dando golpecitos con sus tacones a las baldosas.

—¿Qué?

—Que espero tus disculpas.

—Pues ya puedes esperar sentada —espetó, y siguió andando, chocando contra su hombro.

Cruzó el pasillo, oyendo los resoplidos de esa diosa del Olimpo de fondo, y maldijo en otro idioma. Tomó su teléfono, y llamó a Lara, que contestó al tercer tono, con la boca llena. ¿Es que no podía dejar de atiborrarse de pastelitos a todas horas? Ahogó un suspiro, mientras escuchaba a su amiga masticar y hablar a la vez.

—¿Féf fasa, Falen?

—Pasa, Larita, que acaba de surgir un imprevisto que te contaré esta noche mientras nos vaciamos un bol de palomitas. Una pécora que ha venido a tocarnos las narices, ya ves, menudo desastre.

—¿Y fé fieres fe hagamos?

—He pensado en preparar una cena en casa, ¿qué te parece? Solo seremos cinco; Lucas y Diana, Víctor, tú, yo, y ese extraño y repulsivo pez que tienes por mascota y al que le has puesto el nombre de Ramona. ¿Qué te parece?

—¿Fé fé me farece? Me farece fe a fer un fesastre de froforciones fiflicas.

—No será un desastre, ya verás que no. Avisa a Víctor.

—Fale, fero efto ef la feor ifea que has tenifo nunca, fesfe...nunca, Falen. Nunca.

Se despidió de su amiga, y metió el móvil en el bolsillo, apoyando el índice contra los labios, pensativa. Sopló el café, pensando en un plan maquiavélico de venganza contra esa mujer, cuando chocó contra un torso musculado. Hizo equilibrisms con la taza de café, con tan mala suerte que el líquido terminó volcando por completo en la camisa azul marina del uniforme de un agente que olía...que olía a...Maldita sea, cómo no. Ese día las estrellas la odiaban.

—Marcos —logró articular.

—Joder, Valen, cómo quema esto —gritó el policía, abanicándose la camisa.

—Yo...lo siento. ¿Te...te duele?

Un bronco quejido de su ex la hizo reaccionar. Sin pensárselo dos veces, le desabotonó la camisa, y empezó a soplar sobre su fibrado torso, que ya empezaba a enrojecer, hasta que la ausencia de respiración del policía la hizo detenerse en seco. ¿Pero qué demonios estaba haciendo? Fijó sus ojos en ese torso que había besado tantas veces, y sus dedos dejaron de secar el caliente líquido para pasar a acariciar esa dura y suave piel, mientras sus ojos se perdían en cada suave colina de músculo, en cada lunar, en cada marca. ¿Cómo podía recordar cada detalle de su cuerpo?

Clavó sus pupilas en las suyas, con el recuerdo de los besos de Marcos sobre su piel, sus

caricias, su aroma, su irrefrenable deseo dejando marcas sobre su cuerpo. Sus dedos empezaron a trazar contornos, mientras sentía el corazón del policía golpear con fuerza su esternón, y posó la palma de su mano sobre su pecho, sintiendo cada latido, cada golpe, el calor, el deseo, el...

—Valen...—dijo él, con voz suave, y ella se apartó, recobrando la compostura. ¿Qué demonios le había ocurrido? ¿Cómo había perdido los papeles de esa forma?

—Yo...no sé qué me ha...—susurró, en apenas un hilo de voz, y se giró, yendo hacia las escaleras, sin creer lo que había ocurrido en apenas un segundo.

¿Cómo podía haber sido tan ilusa como para pensar que le había olvidado? No lo había hecho. Le seguía deseando, porque le seguía amando con toda su alma. Le oyó llamarla, y ese fue el pistoletazo de salida para empezar a correr, mientras escuchaba los rápidos pasos de Marcos tras ella, llamándola sin descanso.

—Valen, espera, maldita sea, ¡Valen!

Apenas había llegado a las escaleras, cuando sintió sus brazos rodeando su cintura, deteniéndola.

—Por favor, Marcos, suéltame.

—No, no voy a hacerlo, no hasta que no hablemos, y...

—No puedo hablar contigo, ¿Es que no lo entiendes? ¡No puedo! Por favor, no...por favor, suéltame.

El atractivo policía la soltó, con delicadeza, mirándola con tristeza.

—Por favor, Valen, déjame hablar, solo escúchame cinco minutos, y después toma tu decisión, pero no sin antes...

—No quiero, Marcos, ya no. No puedo perdonarte, jamás lo haré. Nunca.

Se quedaron unos segundos que parecieron horas mirándose, sin decir nada, sintiéndolo todo, hasta que ella se volvió, y él descendió la cabeza, devastado, viendo cómo la única mujer que amaba en este mundo se alejaba de él una vez más. Metió las manos en los bolsillos, y se giró, Enfiló hacia la zona de taquillas, sintiendo que su alma pesaba una tonelada, y que cualquier día le abandonaría, al igual que su corazón, que dejaría de latir tarde o temprano.

Suspiró cuando llegó a los vestuarios, y buscó su taquilla, la 212. Abrió la metálica puerta, quitándose la empapada camisa del uniforme, y cogió otra de la percha. La echaba de menos cada día, y las noches eran cada vez más insoportables. Y sabía que las de ella también, Lara se lo había confesado una tarde mientras devoraban bollitos en el archivo. Valentina no había estado con ningún hombre, y él no había podido estar con otra mujer que no fuera ella. Porque la amaba, por eso. Y por esa razón tenía que hablar con ella, ya no podía posponerlo, ni seguir haciendo inútiles intentos de acercamiento, no. Esta misma noche, cuando ambos acabasen el turno, la iría a buscar a su casa, y que pasase lo que tenía que pasar, pero ella le escucharía, lo haría, tendría que atender sus explicaciones. Tiraría la maldita puerta abajo, o cien mil puertas, si hacía falta, pero ella tendría que escucharle de una vez por todas. Si Valentina le quería echar a patadas, que lo hiciese, pero antes le iba a decir todo lo que sentía.

Se volvió, con determinación, cuando unos ojos avellana y un dedo posado en su índice lo silenciaron al momento. Apenas susurró un “Valentina”, cuando los labios de la policía se posaron sobre los suyos, y sus brazos la apretaron contra su cuerpo.

—¿Pero qué...?

—No digas nada, Marcos. No digas nada —susurró ella, y él asintió.

Su mano voló hacia la nuca y la cintura de la chica, atrayéndola con fuerza, con frenesí, y sus labios volvieron a enredarse tras meses de echarse de menos, en un encuentro voraz, ardiente y precipitado. Se deseaban, se seguían deseando como el primer día. Marcos posó sus pulgares en

el mentón de Valentina, obligándola a abrir más la boca, y, cuando ya la tenía completamente expuesta a él, jadeante, su lengua profundizó el beso, arrancándole un hondo jadeo.

Sus cuerpos se anclaron al otro, como imanes, y perdieron completamente el control. Se entregaron el uno al otro desconectando la razón, y dejando que fueran los sentimientos los que asumiesen, por primera vez, el papel de director de orquesta de la pieza musical en la que se habían convertido sus gemidos. El policía trazó la curva de su trasero, y la alzó hasta sus caderas, empotrándola contra la pared, mientras sus manos daban un fuerte apretón a sus senos, y pellizcaban sus cimas, haciéndola jadear, y se ancló a su cuello, donde el pulso de la chica latía desaforado.

Valentina le arrancó la camisa del uniforme del tirón, mientras sus labios exploraban cada rincón del cuerpo de Valentina. Los dedos trazaron contornos, pellizcaron, acariciaron, arañaron, mientras sus bocas y sus lenguas seguían el compás. Jamás unos gemidos fueron tan ardientes, ni unos sentimientos fueron expuestos con tanto ardor.

Marcos la ancló por los muslos a su cintura, y la llevó a la zona de vestuarios, desierta, y la tumbó sobre la mesa, boca abajo, en un perfecto ángulo recto. Valentina jadeó cuando él la despojó de la blusa, despojándola sin sujetador, y le bajó los pantalones, haciendo él lo mismo. La ropa interior de la policía se deslizó hasta sus rodillas sin que apenas se diesen cuenta, y las manos del policía se anclaron a sus caderas cuando los pies de la chica apenas rozaron el suelo. Marcos se deslizó en su interior con contundencia, bruscamente, y ella clavó las uñas en la madera.

—Agárrate al borde, princesa, porque esto no ha hecho más que empezar.

Se mecieron en un baile íntimo, descarnado, desenfrenado, mientras no dejaban de besarse, ni susurrarse que se seguían queriendo como el primer día, y el policía seguía internándose en ella con fuerza, casi desesperado. Los cuerpos de ambos se tensaron al unísono en una danza ancestral, y apenas pudieron contenerse cuando el deseo tomó el control. Marcos la tomó con fuerza de la mandíbula, haciéndola girarse, y su lengua invadió su boca, en una suerte de asalto doble de su cuerpo. Se separó de ella apenas unos segundos, y apoyó la frente contra la de ella, jadeando.

—Ni un paso atrás, Valen.

—Ni un paso atrás, Marcos.

Y el placer, el deseo, y la piel hicieron el resto.

Ivan Brozovic había reunido a todos sus esbirros en aquel polígono abandonado. Las calles estaban escapando de sus control, y sus colaboradores estaban empezando a sembrar el caos. Las primeras detenciones no habían tardado en aparecer, y la policía estaba empezando a adelantarse a sus operaciones. Aquello era un maldito desastre. El maldito ‘Venus’ se había dado cuenta de que él ya no controlaba a los suyos. Tenía que intentar volver a reunirse con él e intentar convencerle de que volviera a ayudarles, o los Rosslyn terminarían apareciendo en escena. La última semana ya habían logrado hacerse con el control de la parte este de la provincia, y su avance era solo cuestión de tiempo.

Y por si fuera poco estaba la maldita investigación que llevaban a cabo. Estaban cercándoles, lo sabía, y sin ‘Venus’, estaban perdidos. No solo porque él fuese quien tapaba todas las pruebas que les incriminaban, y moviese los hilos de sus abogados para decirles cómo plantear las demandas para que los jueces desestimasen las pruebas, no. Era por el dinero.

Su fallecido padre había dejado en manos de ese tipo las cuentas del clan, y, hasta ahora, todo había salido bien, pero intuía que el maldito ‘Venus’ les atacaría ahora por ahí. Iba a abandonarles, ya lo estaba viendo, y les haría caer. Y todo por esa maldita zorra que se pudría en

la cárcel. Maldita sea.

Pero es que no podía sacarla de allí, no hasta que no les llegase el único cargamento. Si la sacaba antes de eso, 'Venus' desaparecería, y ellos estarían solos. Resopló, pasándose la mano por el cabello, y miró hacia uno de sus hombres.

—Concierta una reunión con 'Venus'.

El hombre asintió, y salió de aquella nave abandonada, buscando un lugar discreto donde llamar. La situación se estaba complicando, desde todos los frentes. No solo tenían a la policía pisándoles los talones, sino a los propios Brozovic. Resopló, y se subió las solapas del abrigo, con gesto brusco. Con Ivan Brozovic padre esto jamás hubiese pasado. Él sabía cómo hacer las cosas, y mantener a 'Venus' de su lado. Pero sus hijos no. Eran salvajes, impulsivos, arcaicos, avariciosos. Y 'Venus' se había dado cuenta. Alzó la vista, y encontró un rincón tranquilo y discreto para llamar. Frunció los labios, acercándose hasta allí, y echó un rápido vistazo alrededor.

Siempre le había gustado 'Venus'. Era tan corrupto como él, y sabía hacer las cosas bien. Más que bien, de hecho. Era discreto como pocos, y astuto como el que más. Brozovic padre y él siempre se habían llevado bien, pero la muerte repentina del jefe del clan había roto los planes de todos por completo. Por eso había sonreído cuando, meses atrás, el propio 'Venus', adivinando cuál era la situación real del grupo criminal, le había llamado, solicitando sus servicios de espionaje dentro del clan Brozovic a cambio de una cuantiosa suma de dinero.

Le había pagado una auténtica fortuna por tenerle informado de todo, y él había cumplido. Le había confirmado todo lo que él ya sabía. Que el clan estaba roto, y que los ajustes de cuentas no tardarían en aparecer entre ellos. Y, si eso ocurría, como era lo más predecible, el asunto de la chica de la cárcel pasaría a ser olvidado. Los Brozovic no cumplirían su parte del trato, jamás la sacarían de allí.

Se apoyó en la pared de la nave, sacando el móvil del bolsillo, imaginándose la cara de la chica al ver a los Romenev entrando en la cárcel. El ingreso en prisión de uno de los aliados más fuertes del clan de los Brovovic era del todo inusual, pero más inusual aún era ver que el clan principal no movía un dedo por organizar un asalto a la prisión para liberar a sus 'hermanos'. Aquello era una maldita luz roja de alarma. Marcó una tecla de pulsación rápida, y esperó a que una voz fuerte, grave y masculina contestara, e inspiró con fuerza.

—Iván ya sospecha que le vas a dar de lado. Espero órdenes. Siempre a tu servicio, 'Venus'.

Y colgó.

Lucas colgó el teléfono, y se pasó la mano por la mandíbula. La escena del despacho volvió a pasar por su cabeza, y el sabor de los besos de Diana, el recuerdo de sus dedos rodando por su piel, el calor inmenso y reconfortante de su cuerpo cuando se internó en ella volvieron para atormentarle. La echaba tanto de menos que ya no debía quedar mucho tiempo para terminar perdiendo la razón por completo. Y lo peor es que sabía que ella estaba igual, lo había visto en sus ojos, en la forma en que se habían amado. Y eso, más que otra cosa, le estaba volviendo loco.

El sonido de su teléfono le sacó bruscamente de su espiral de autocompasión, y sonrió como hacía tiempo que no ocurría. Su día acababa de cambiar en cuestión de un segundo. Era un mensaje de la comisaría central, confirmándole que Marina Espino, su excompañera, y amiga, por fin había llegado a la comisaría, lo que significaba que la investigación daría por fin el impulso por el que él llevaba rogando desde hacía tiempo.

Lucas contuvo las ganas de aplaudir casi al límite. Marina investigaría a fondo las finanzas de los Brozovic, y de todo su entramado, y daría con algo, lo haría, estaba seguro. Posó las manos en las caderas, y ladeó una sonrisa, yendo hacia su mesa, cuando unos leves golpes en la puerta le hicieron girarse hacia allí, y sus labios se curvaron en una enorme sonrisa, viendo cómo una mujer irrumpía en su despacho con sus tacones negros, su vestido azul entallado y una melena oscura recorriendo su espalda hasta el trasero.

—Marina.

—Lucas.

Los dos agentes se abrazaron con fuerza. Hacía meses que no coincidían, y se habían echado muchísimo de menos. Marina era una de sus mejores amigas. Conocía sus virtudes y sus defectos e incluso sabía cómo se movía en la cama, lo que la excitaba, lo que le hacía perder la cabeza. Pero eso era ya pasado para ambos. La policía estiró la comisura de sus rojos labios, y sus pestañas aletearon.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, y en todos los sentidos.

—Me imagino —rio—. Pero la buena noticia para ti, es que ya estoy aquí, y durante, tres días, estoy a tu entera disposición.

—Eso suena muy bien, demasiado bien, diría yo.

Lucas le apartó una de las sillas, con gesto galante, y ella sonrió, cruzando sus largas piernas, con la mirada posada en el Director Adjunto Operativo.

—Sigues tan guapo como siempre, Lucas.

—Y tú más preciosa de lo que recordaba.

—Sigues tan adulator como siempre, bribón —rio, echando la cabeza hacia atrás.

Lucas se sentó en el extremo de la mesa, con los tobillos cruzados. Había olvidado lo bien que le hacía sentir Marina. Habían sido compañeros en la academia, y habían compartido destino, hasta que ella decidió elegir la vía de la investigación, y a él le ofrecieron un puesto en la policía secreta. Sin embargo, eso no fue excusa para que no siguiesen viéndose como amigos, hasta que fueron algo más, mucho más, y que culminó con un salvaje e incendiario cuerpo a cuerpo en el dormitorio de la policía. Fueron las seis horas más eróticas de toda su vida. Marina estaba hecha

de pecado, lujuria y deseo nunca satisfecho, y él había caído en su embrujo casi dos años antes de que la distancia les separase.

—¿Cómo está Víctor? —preguntó ella —La última vez que le vi fue en una convención hace dos meses.

—Insoportable, como siempre.

—Aún no sé cómo no has terminado disparándole, lo digo en serio.

—A veces paga él las copas, qué puedo decir. Supongo que ha comprado mi corazoncito.

—Y tu hígado.

Lucas volvió a reírse, mientras Marina le miraba con calidez, poniendo su bolso sobre la mesa.

—Creo que estos tres días van a ser muy, pero que muy interesantes.

—Cuento con ello —ladeó una sonrisa, y le guiñó el ojo—. Y ahora, preciosa, dime lo que quiero oír.

—Diste en el clavo, Sanz —Lucas sonrió. Por fin.

—Por favor, siéntate, y cuéntamelo todo.

—Bueno, empiezo con lo que he averiguado, ¿te parece bien?

Lucas asintió, con gesto serio, y estiró la mano hacia la carpeta que le tendía Marina.

—¿Está todo aquí?

—Sí, y además te lo he enviado encriptado a tu correo, para mayor seguridad. He seguido las operaciones financieras de los clanes como me pediste, y he encontrado algo, algo gordo.

—¿Puede ser probado?

—Sí —Lucas reprimió las ganas de besarla allí mismo. Esa mujer era brillante—. La conexión financiera entre los Romenev y los Brozovic podría ser confirmada a través de unas operaciones bursátiles cuyos beneficios van destinados a las mismas compañías ficticias en varios paraísos fiscales. Compañías cuyos únicos beneficiarios son ellos mismos.

El Director Adjunto asintió, pensativo. Había visto un caso similar hacía unos años en otra investigación, y la situación no había acabado nada bien para los acusados. Un tiroteo con la policía y una espectacular huida en lancha impidió que muchos de ellos pagasen por sus crímenes, y un agente de policía había caído abatido ese día. Él había acudido al funeral, y había estrechado la mano a su viuda y a sus tres hijos pequeños, que apenas podían entender lo que estaba ocurriendo a su alrededor, y menos, que su padre estaba siendo enterrado entre salvas de disparos y honores. Fue un día aciago para todos.

—Sin embargo...—empezó ella, y él se echó hacia atrás.

—¿Qué ocurre?

Aquello no le gustaba un pelo, pero ni uno.

—Hay más. Además de los continuos desvíos de dinero y los movimientos entre cuentas, me ha llamado la atención algunas decisiones bursátiles que han tomado. Existen operaciones financieras tan rocambolescas que parecen obedecer más a una pelea entre padres e hijos que a las cuentas de una operación criminal.

—¿Quieres decir que hay una guerra abierta entre ellos para ver quién controla el dinero?

—Más que eso, Lucas. Los movimientos me hacen sospechar que no son una, ni dos, sino tres las cabezas pensantes en todo esto. De nueve operaciones financieras que se hacen, tres son hechas por los Romenev, claramente, por la torpeza y rapidez con las que se hacen, otras tres son hechas por los propios Brozovic, y las otras tres, y he aquí la sorpresa, son rectificaciones de las anteriores. Es como si existiese alguien que vigilase todos y cada uno de sus movimientos. Alguien que conoce el procedimiento policial y judicial, sin duda.

Lucas exhaló, dando un paso hacia atrás. 'Venus' existía, tal y como él sospechaba, y Marina

acababa de demostrarlo. Por fin tenían algo. Por fin. Se acercó hasta la guapa agente, y la abrazó, dándole un suave beso que sabía a victoria, sin sospechar que un par de ojos veían todo a través del cristal, con el ceño fruncido.

Valentina hizo su última intervención con un sonoro golpe en la mesa, haciendo que los platos de la menestra de verduras tintinearan, mientras Diana miraba con expresión de aburrimiento a esas dos chifladas que tenía por amigas. Desde que habían hecho las paces, pasaban casi cada minuto del día juntas, y la rubia policía ya empezaba a intuir cuál era el origen de los recurrentes ataques de migraña que a veces sufría.

— ¡No tienes ningún derecho a opinar sobre eso, Valen, y lo sabes!

— ¡Eso es ridículo, Lara! Si ese chisme no funciona, no funciona. ¿Pero por qué te has comprado esa maldita porquería por internet? ¡Tíralo!

—¿Tíralo?¿Cómo voy a tirarlo? El pobre bote está entero, y...

— ¡Oh, por Dios!¿Temes quedar mal delante de un champú?¿Qué puede hacerte, hablarle mal al resto de champús de caballo del supermercado? —empezó a dar codazos al aire, con gesto conspirador —Mira, mira, ahí va la cretina que tiró a la basura a nuestro colega. ¡Vamos a mirarla mal desde nuestra estantería para que sepa que la odiamos!

Diana se carcajeó, mirando cómo sus amigas seguían con la disparatada conversación, y sacó su teléfono. Había quedado con Borja esa noche, y tenía que concretar la hora. Tomó el dispositivo, y sus dedos se bloquearon cuando vio dos llamadas perdidas y ocho mensajes de...Lucas. Su corazón se saltó un latido, y su mano voló hacia la pantalla, acariciando, sin querer hacerlo, el nombre del hombre que amaba.

—¿Qué miras? —preguntó Lara, mirando por encima de su hombro.

—Nada.

—Nada, no. Acabo de ver el nombre de Lucas en tu teléfono —suspiró—. Didi, la gente habla en comisaría, y ya sabemos lo que pasó entre vosotros en su despacho.

—Aquello fue...fue un error.

—¿Error? Maldita sea, él te quiere, y tú a él, ¿Por qué te empeñas en que esto no funcione?

—Porque no puede funcionar, ¿vale? Dejadme en paz.

Valentina suspiró, y miró hacia Lara, que se encogió de hombros, y se levantó, yendo hacia la barra. De repente el buen ambiente se había esfumado por completo.

—Diana, te queremos, y estamos preocupadas por ti. Y por él, joder, por él también, que parece un alma en pena desde que lo dejasteis.

—He dicho que me dejéis en paz.

Lara abrió la boca, dispuesta a decir algo, cuando leyó el nombre del destinatario del mensaje que Diana estaba escribiendo, y crispó las manos sobre la mesa, enfadada.

—¿Estás viendo a Borja?¿De verdad? Mierda, Diana, ¿Has vuelto con ese traidor, después de todo lo que te hizo?

—Fui a Encinar a visitarle, y hemos quedado un par de veces más para tomar café, eso es todo.

—Es un bastardo, Didi —aseveró—. Siento ser así de cruel con él, pero casi muere gente por su culpa. Tú misma podrías estar muerta a estas alturas.

—Él no pretendía que esto pasase así, ¿Vale? Cielo santo, es Borja, ¿Pero qué te pasa, Lara?

—¿Qué qué me pasa? Pasa que leí la transcripción del interrogatorio que le hizo Lucas a Borja. Ese miserable intentó echarte a ti la culpa de todo.

Y era verdad. Ella había sido la encargada de archivar el informe del interrogatorio, y, si en algún momento tuvo algún tipo de duda sobre el tipo de persona que era, aquellas páginas se lo

habían aclarado por completo. La había atacado, traicionado, intentado que ella pagase por todos sus malditos errores, mintiendo, inventándose pruebas...aquel no era el Borja que ella conocía, no. Era una fiera llena de rabia que había sacado los colmillos y las garras reclamando sangre. Había seguido leyendo aquellas líneas, con el estómago a punto de ulcerarse, hasta que llegó a la parte en la que Lucas defendía a su amiga. Había dejado el café sobre la mesa y se había tenido que sentar en la butaca, casi enamorándose del Director Adjunto Operativo de la Policía en ese preciso instante.

Sí que existían los príncipes azules, y Lucas, si no lo era, cumplía el noventa y nueve por ciento de los requisitos. Leyó cada palabra, cada frase que había dicho en defensa de Diana, sintiendo las chispas, la electricidad y el maldito enjambre de abejas batiendo furiosas en su estómago del que hablaban las novelas románticas. Era tan evidente el amor y el sentimiento de protección de Lucas hacia Diana que se había terminado estremeciendo.

—Lo sé, él mismo me lo confesó —dijo Diana, encogiéndose de hombros—. Estaba nervioso por el interrogatorio, y se derrumbó. Le dije que lo comprendía, y ya está.

—¿Qué lo comprendías y ya está? Maldita sea, Diana, por poco acabas con tus huesos en la cárcel, o muerta, por culpa de ese cretino. Gracias a que Lucas era quien le interrogaba, y que desmontó todas sus mentiras, no se dudó de ti. Pero a saber lo que hubiese ocurrido si hubiese sido otro policía quien lo hubiese interrogado. ¿Es que no lo comprendes? Entiendo que estés dolida, y todo eso, pero te estás equivocando con Lucas —miró a Valentina, que volvía de la barra, y asentía a las palabras de su amiga—. Maldita sea, él te quiere, ¿es que no lo ves? Él sí te quiere de verdad. ¿Por qué no puedes perdonarle, y ya está?

—No tenéis ni más remota idea de lo que habláis, así que no me deis lecciones de moral, ni os atreváis a decirme lo que puedo o no sentir, porque no estáis en mi maldita piel. Quiero a Borja, y le querré siempre, de la misma manera que quiero a Lucas, aunque me reviente sentirlo. Pero no puedo olvidar los errores de uno y otro.

—Entonces —contraatacó Valentina — me gustaría saber por qué a Borja lo has perdonado, y, en cambio, a Lucas no.

—Porque me mintió, me utilizó y me espió. Y porque me partió el maldito corazón.

—Lo mismo que hizo Borja, y le has perdonado. ¿Por qué a Lucas no?

—No puedo seguir con esta conversación —zanjó, y cogió su bolso, y se levantó de la mesa—. Ya tengo bastante con lo que tengo, para tener que soportar que me juzguen mis propias amigas.

Se dirigió con paso firme a la comisaría, atravesando el vestíbulo, resuelta a ir hasta el despacho de Lucas y aclarar las cosas de una vez por todas. Cerraría la puerta, se gritarían, se tirarían todos los malditos informes a la cabeza si hacía falta, pero lo arreglarían, o lo estropearían para siempre, pero esto se acababa hoy. Enfiló hasta el ascensor, pulsando la planta diez, y atravesó el pasillo hasta su despacho. Vio la puerta de madera abierta, y miró dentro, donde el hombre que amaba estaba fundido en un abrazo demasiado íntimo con una mujer. Su corazón se detuvo en mitad de un latido al verle acunar con sus manos el rostro de la chica, y darle un suave y breve beso en los labios. Y el mundo, su mundo, se desplomó.

Lucas estaba leyendo unos informes con una mano apoyada en la cadera, y el ceño fruncido. Ese no había sido un buen día para él, de hecho, había sido uno de los peores. Acababa de llegar del levantamiento de los cadáveres de cuatro esbirros de los Rosslyn a los que los Brozovic habían tiroteado en un descampado, sin más testigos que un viejo espantapájaros, que ahora permanecía quieto, salpicado por toda la sangre de los cadáveres que el deleznable pelotón de la muerte había tiroteado. Los cuerpos cosidos a balazos de esos hombres, con la sangre aún fresca, le había

revuelto las tripas.

Después había tenido que ir al hospital, donde tres chavales se debatían entre la vida y la muerte por haber consumido cocaína adulterada en una noche de fiesta que había terminado trágicamente. Hablar con los familiares para recabar todos los datos de los que disponían había sido descorazonador, e increíblemente duro. Ver las fotos de esos chicos en las carteras de sus padres con esas miradas llenas de vida y verlos después acostados en aquellas camillas, casi inertes, le había llenado de rabia. El caso se estaba complicando, y no conseguía cazar a esos criminales. Maldita sea.

Levantó la vista del suelo, volviendo al presente, y se quedó mirando la ciudad de Pinar. Parecía una ciudad de catálogo turístico. Perfecta, bulliciosa y alegre. Apartó las manos del cristal justo en el momento en el que su móvil empezó a vibrar, marcando que, cómo no, y una vez más, Víctor González le reclamaba. Soltó una bocanada de aire por la nariz, y se metió una mano en el bolsillo, cogiendo el teléfono con la otra.

—Sanz.

—Hola, Lucas, soy Víctor.

—Ya lo sé, veo tu nombre cada vez que me llam...déjalo —suspiró, con resignación—. ¿Qué quieres? Estoy ocupado.

—Uy, uy, uy...menudos humos tenemos hoy. Solo te llamaba para ver si querías quedar después para tomar algo conmigo y las chicas. Lara dice que ha empezado a ver una serie turca, y...

—No estoy de humor, lo siento. Otro día.

—Ya —resopló, con sorna—. Y supongo que el hecho de que Espona haya venido hoy a trabajar como la protagonista de un maldito sueño erótico no tiene nada que ver con tu mal humor, ¿no?

«¿Qué?¿Cómo que Diana ha venido a trabajar...?»

Lucas bufó, exasperado. Su chica estaba jugando con fuego, y él iba a terminar explotando.

—Ya me ocupo.

—Pues date prisa, Luquitas. He visto más tortazos hoy contra las paredes de la comisaría que en toda mi maldita vida. Joder, si hasta Genaro, el que riega las plantas del edificio, ha estado a punto de caerse por el hueco de la escalera cuando la ha visto contoneándose por el vestíbulo. A este paso, te quedas sin agentes en activo al atardecer. Los que no se caigan o se tropiecen, van a terminar implosionando.

—Pues peor para ellos.

—Qué borde eres. A mí es que me dan algo de pena, ya ves. Es que con ese vestido que se ha puesto hoy...en fin. Macho, es casi transparente, y...joder, no cuesta nada imaginársela sin ropa.

—Por mí como si viene a trabajar desnuda.

—En ese caso compadezco al pobre idiota que la mire antes que tú. Ese pobre desgraciado no volverá a ver la luz del sol.

La imagen de Diana del maravilloso cuerpo de Diana, perlado de sudor, bajo el suyo, mientras él deslizaba sus manos y sus labios por su sedosa piel, y ella enredaba sus piernas en sus caderas, y suplicaba, como ella solo sabía hacerlo, que le diese lo que ansiaba, volvió para torturarle de la peor forma, y más cuando la escena siguió formándose sola, y la imagen de Diana mordiéndole el tatuaje que él tenía en el bíceps y el hombro derecho mientras él la embestía con contundencia, haciendo temblar toda la maldita cama, terminó por hacerle perder los malditos papeles.

Inspiró, intentando serenarse, cuando un potente silbido al lado de su despacho le hizo girarse para ver cómo un grupo de policías miraban con descaro a una figura dorada y oscura que caminaba en mitad de la sala, haciendo bailar sus caderas. Esa mujer era su maldita perdición.

Colgó a Víctor, que seguía hablando, y se dirigió hacia allí, mirando hacia el resto de policías que observaban cada centímetro del cuerpo de Diana. Dilató las aletas de la nariz, y tan solo le bastó una frase para que todos salieran en desbandada. Iba a expedientarlos a todos, ya podían contar con eso.

— ¡¿No tenéis nada mejor que hacer?! —rugió, y los policías casi tropezaron unos con otros, farfullando toda clase de excusas.

Diana observó la escena, con gesto de satisfacción, y, con toda la alevosía del mundo al saberse observada por él, se escabulló hasta la sala del café. Lucas entró como un vendaval, incapaz de contenerse por más tiempo. Iba a gritarle hasta que sus pulmones se partieran en pedazos. ¿A qué demonios se creía que estaba jugando? Cruzó el umbral, y la primera letra del nombre de la policía murió en sus labios al ver cómo ella se inclinaba por completo para echar una moneda a la máquina, regalándole la maravillosa visión de ese perfecto trasero que él había besado, mordido y acariciado hasta la extenuación.

—Di...

—Hola, Sanz —dijo, girándose, y sopló el café que llevaba en aquel diminuto vaso de cartón—. Vaya, qué casualidad encontrarnos. ¿Qué tal la mañana?

—¿A qué estás jugando, Diana?

—¿Yo, jugando? —negó con la cabeza— No sé de qué me hablas. Solo he venido a mi puesto de trabajo, como cada día, y ahora me disponía a hacer mi descanso —se pasó la lengua por el labio inferior, despacio, tanteando, invadiendo espacio en su mirada, y sopló el café, despacio. Muy despacio—. Me encanta el café así, ¿A ti no?

—¿Qué?

Estaba perdido. ¿A qué venía eso ahora?

—Digo que me gusta el café así, caliente y dulce. Me recuerda a sábanas revueltas, músculos entumecidos, besos húmedos sobre la piel, caricias que culminan en un agónico y placentero combate cuerpo a cuerpo —el cuerpo de Lucas se tensó solo—. Me encanta cómo entra en mi boca, haciendo que me estremezca de placer cuando roza mis labios.

—¿El...café?

—Sí, Lucas, el café. De hecho, es lo que más echo de menos de cuando tú y yo estábamos juntos. Aún recuerdo tu forma de mirarme mientras me lo metía en la boca, tus jadeos cuando lo hacía, provocándome a bebérmelo todo, hasta el final, rozando con mi lengua cada gota, saboreándolo, disfrutándolo.

Lucas tragó saliva, y sus ojos volaron hacia la boca de Diana, que le miró, traviesa, e, inspirando con fuerza, hinchó su pecho, donde sus senos amenazaban con salir de su escote de un momento a otro, y se encogió de hombros, soltando uno de esos suspiros por los que él iba a terminar en un maldito manicomio.

—Diana, yo...

—Sí, Lucas, así es como me gustaba. Me gustaba tragármelo todo, sin pausa, acariciándolo con suavidad, percibiendo su calor, deleitándome en su sabor, su aroma, sintiendo cómo se rendía a mí, dándose por completo, completamente expuesto, hasta que llegaba el intenso y dulce final, tragándome hasta la última esencia que habías preparado para mí, mirándote a los ojos, viéndote disfrutar tanto como yo, sintiendo todo tu placer resbalando por mi garganta.

Lucas se mordió los labios con fuerza, incapaz de contener un segundo más las ganas de cogerla por los muslos, anclarla a sus caderas, y tomarla contra la maldita pared de esa sala hasta hacerla gritar su maldito nombre, mientras se perdía en esos ojos azules anhelantes que le pedían, le reclamaban, le exigían más.

—Diana —dijo, y su ronca voz habló por él.

La policía miró hacia él, bajando la vista a sus pantalones, y sonrió, satisfecha.

—Pues...nada más. Vuelvo al trabajo. O quizás me pase por archivo, para ver a las chicas. Quizás tengan bollos glaseados rellenos. De repente me han dado unas ganas locas de meterme algo grande, jugoso y dulce en la boca.

—¿Pero qué...?

—Sí, ya sabes lo golosa que soy. Me lo meteré en la boca, jugando, succionando, moviéndolo a placer, hasta que su deliciosa crema me explote contra la lengua. Ya sabes lo que me gustaba...

—Joder, Diana —la cortó, con la voz ronca de deseo.

—Exacto, Lucas —replicó ella en una sonrisa mordaz—. Joder, esa es la palabra.

Lucas enlazó las manos en la nuca, a punto de reventar. Ya no podía más. Inspiró con fuerza, dispuesto a dejarse ganar la batalla, cuando un destello le hizo recobrar la poca cordura que le quedaba y responder con toda la artillería.

—¿Por qué haces todo esto?

—¿Yo? No sé de qué me hablas.

—Oh, vamos. Me quieres, Diana, así que deja todo esto de una vez.

—No, Lucas, no te quiero.

—¿Ah, no? Entonces debió ser otra mujer. Sí, claro, fue otra la que me dijo aquello “Te quiero, Lucas, te quiero”, sí, claro, ahora lo recuerdo. Fue entre el “Más fuerte, Lucas, sí, sí, oh, joder, sí”, y el “Reviéntame, vamos, hazlo, maldita sea”. Pero juraría que fuiste tú en mi piso, en Madroñal...sí, Diana, estoy casi seguro que fuiste tú. Solo tú tienes la boca tan sucia cuando te co...

La sonora bofetada que Diana le propinó creó un eco en la estancia, y él se giró, con los ojos en llamas y el pómulo marcado.

— ¡Pues entonces fóllame una vez más y lárgate, Lucas! —espetó, con rabia — ¡Es lo que mejor sabes hacer! ¡Hazlo, acuéstate conmigo o con toda la maldita comisaría si te da la gana y desaparece de mi maldita vida!

—¿Eso es lo que te gustaría?

—Sí, eso es lo que quiero.

—¿Y por qué será que no te creo?

—Tú no sabes lo que es querer a nadie, Lucas, y jamás lo sabrás —espetó, con toda la rabia, con toda la malicia, con toda furia de la que fue capaz—. Te odio, Lucas. Te odio. Y me arrepiento cada día de que no murieses en aquella explanada, porque eso es lo que tenía que haber ocurrido. Tenía que haberme estado quieta, ver cómo morías, y luego llegar a casa y ducharme para sacarme los restos de tu putrefacto corazón de cabrón sobre mi piel. Eso es lo que tenía que haber pasado.

El silencio que siguió a esas palabras quemó y aniquiló todo el aire que había entre ellos. Diana alzó los ojos hacia él, midiendo cuánto habían penetrado sus palabras en la coraza del gran Lucas Sanz, y sus sonrisa se borró de su rostro al ver la mirada del policía. Los ojos de Lucas mostraban el dolor más puro y profundo que, estaba segura, había sentido en toda su vida. Había penetrado la coraza y había clavado el puñal más afilado en el mismísimo centro de su corazón. La mirada de animal herido del policía atravesó sus pupilas, y algo, no sabía muy bien qué, marcó que acababa de atravesar su propio corazón también.

Hay límites que no debían traspasarse, y ella lo había hecho. Había hecho daño al hombre que amaba sin medir las consecuencias, y algo le decía que acababan de firmar un punto y aparte en su relación. Le vio darse la vuelta, sin decir palabra, y no pudo hacer nada salvo observar los primeros cascotes del gran Lucas Sanz caer al suelo.

Borja tamborileó con los dedos sobre el volante, girando por la calle de Diana. Habían quedado en ir a un concierto juntos esa noche, y apenas podía esperar más para verla. Estaba ansioso. Estiró el brazo por fuera de la ventanilla, saludándola, y detuvo el flamante BMW negro justo enfrente de ella, sonriendo, y le abrió la puerta del copiloto, viendo cómo su exnovia tardaba más segundos de los necesario en entrar, boquiabierta como estaba, admirando su nuevo coche. Él sonrió ladino, y le hizo un gesto.

—Siento el retraso, Didi. Me perdí en..

— ¿¿Un BMW?! ¿¿Te has comprado un BMW?! —le interrumpió ella, acariciando la tapicería —No, espera...¿A qué capo de la mafia se lo has robado?

—He vendido el Seat, y un compañero me ha vendido este pedazo de coche por un precio absolutamente ridículo. ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Cielo santo, es una pasada! Eres un pijo burgués, Gómez —se carcajeó. Hombre, no te mentiré, el Seat me encantaba, pero esto...madre mía.

—Lo sé, supongo que todo tiene fecha de inicio y fin, y mi historia con el Seat...bueno, pues...eso.

Ella sonrió débilmente, sabiendo a qué se refería. El Seat estaba demasiado lleno de recuerdos. Demasiados besos, discusiones, viajes improvisados, risas, gritos, música, sexo...el Seat estaba impregnado de ellos dos, y Borja quería empezar de nuevo, al igual que ella. Besó en la mejilla al que hasta hacía unos meses era el amor de su vida, y el policía sonrió, con ese gesto de niño travieso y macarra que a ella la seguía volviendo completamente loca. Le besó en la mejilla, y arrancaron, con un suave rock de fondo, mientras el policía miraba de reojo su camiseta. Diana bajó la vista hacia la prenda, y suspiró. Esa discusión ya la habían tenido mil veces.

—Vamos, Borja, dilo, antes de que te de una úlcera.

—Es que nunca entendí, y jamás entenderé, cómo puede gustarte ese grupo.

—Porque la versión que hicieron de *'Running up that hill'*, de Kate Bush me cambió la vida.

—¿En serio? —bufó, con sarcasmo, mientras aceleraba para incorporarse a la autopista—. Por Dios, Didi, si ni siquiera eras capaz de subir la cuesta que iba de tu casa al supermercado que estaba al final de tu calle. Hacías la compra por internet, y encima pagabas para que te la llevaran a casa. ¿Qué colina vas a subir tú?

—No se refiere a una cuesta física, pedazo de asno, sino a...

—Ya lo sé, es una cuesta metafórica, y bla, bla, bla...eres súper profunda, y todos somos borregos que no vemos la vida más allá de nuestras narices.

Diana inspiró con fuerza, dispuesta a contestarle, cuando Borja sonrió, con ese gesto de niño travieso y macarra que a ella la seguía volviendo completamente loca, y se carcajeó. Borja siempre, siempre, conseguía sacarla de sus casillas.

—Eres un asno, Gómez.

—Lo sé, Espona.

Le dio un leve manotazo en el brazo, justo cuando las luces del local donde se iba a celebrar el concierto rock hicieron aparición. Era un local enorme que había ido cosechándose una merecida fama. Giró la cabeza, viendo varias hileras de motos aparcadas, y la maravillosa *Super Blackbird*

de Lucas irrumpió en sus pensamientos.

Cerró los ojos, sintiendo de nuevo la velocidad, la adrenalina, el viento, y sus brazos rodeando su cuerpo cuando tomaban una curva. Jamás se había sentido tan libre como en ese instante, con todas sus células explotando al mismo tiempo, acoplándose a los movimientos de Lucas, sincronizándolos con los suyos, tal y como hacían entre las sábanas. Aparcaron en la explanada, y se quedó mirando hacia el abarrotado aparcamiento.

—¿El concierto no empezaba a las once? Esto ya está a tope, y solo son las nueve y media.

—Creo que, si te fijas bien, entenderás un poco mejor lo que está pasando aquí.

—¿De qué estás hablando?

—Lo bueno de trabajar en un sitio como Encinar es que los rumores vuelan casi a la velocidad de la luz, y se están oyendo cosas. Cosas que en Pinar policías corrientes como nosotros jamás podríamos saber. Ven, te lo explicaré dentro.

Salieron del coche, y Borja la tomó de la cintura. Entraron a aquel abarrotado local donde los primeros acordes de guitarra de los teloneros barrían el ambiente, y los gritos entusiastas de los asistentes les hacían los coros. Se respiraba rock en cada mota de aire, y era fantástico. Vaya que sí lo era. Borja la hizo avanzar hacia los aseos, que, inexplicablemente desiertos a esas horas, eran el escenario perfecto para una confesión. El policía se apoyó contra la puerta, y cerró el baño.

Los rumores que escuchaba a diario sobre la investigación de Sanz eran todo menos tranquilizadores. Pinar estaba siendo sacudida por decenas de casos diarios de sobredosis, peleas entre bandas y ejecuciones sumarias que empezaban a ser demasiado escandalosas como para que siguieran pasando desapercibidas.

—La situación se está agravando, Didi —dijo, y miró unos segundos hacia la puerta—. Por eso quería verte hoy. Ahí fuera, en el aparcamiento, se está vendiendo droga de un enorme alijo que llegó esta semana, y que la policía, con Lucas a la cabeza, lleva semanas intentando localizar, pero no solo por lo que significa para la salud pública. Esa cocaína, o lo que mierda sea tras tanta mezcla, tiene el sello de los Romenev.

—¿Qué? —se quedó atónita —No puede ser. Desmantelamos la organización y confiscamos la mercancía.

—Eso creía yo también. Entonces, si les confiscamos la mercancía, ¿Por qué sigue esa droga en la calle?

—¿Tienen otro canal de distribución?

—No, claro que no. Solo quiero que pienses. Si la droga que está ahí fuera es de los Romenev, y están todos en la cárcel, ¿Quién se la está distribuyendo?

Diana miró hacia el suelo, mientras su cabeza daba miles de vueltas, uniendo datos, fechas...hasta que encontró una conexión. Una conexión que ella ya había visto cuando investigaba la trama corrupta. Alzó los ojos hacia Borja, que asintió, intuyendo su respuesta. Mismo perro, diferente collar.

—Los Brozovic.

—Exacto. Los Romenev solo eran un tentáculo, Diana. Quienes mueven los hilos aún están libres, y por eso está Sanz tan desquiciado, porque saben que existe esa conexión, sabe que son los Brozovic los que realmente están detrás de todo esto, pero no consigue demostrarlo. Los pocos que consiguen detener, terminan poniéndolos en libertad por delitos menores, mientras que los peces gordos siguen libres.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Y tanto. Pero eso no es lo peor. La semana pasada el juez que lleva el caso volvió a tumbar

todas las pruebas que le habían presentado Lucas y los suyos contra los Brozovic porque no eran concluyentes. Y con esta ya van tres veces.

—¿Qué?

—Lo que estás oyendo. Cada semana hay detenciones, pero el problema es que no consiguen que ninguno confiese lo que ellos quieren oír, y la cosa se está complicando. Ahora que saben que los van a atrapar, es como...no sé, es como si hubiesen perdido completamente el norte, como si, sabiendo que no tienen nada que perder, se lanzasen directamente al desastre.

Diana se quedó pensativa, con una idea dando vueltas en su cabeza.

«Si los criminales saben que el final está cerca, eso solo puede tener una lectura, y es que, sea quien sea dentro de la policía que los protegía, ha dejado de hacerlo. La cuestión es por qué.»

—Borja, tengo que contarle esto a Lucas.

—Lo sé, sé que tienes que hacerlo. Están dando palos de ciego, y es cuestión de días que les aparten del caso por no llegar a nada concluyente, pese a todos los medios que han puesto a su alcance. Esta vez el *gran* Lucas Sanz está perdiendo la partida, y lo sabe. La semana pasada acudió a doce levantamientos de cadáveres de chavales que habían consumido droga adulterada de esos malditos bastardos.

Diana palideció.

—¿Qué?

—Lo que estás oyendo. Y por eso quería verte hoy, Didi. Eres la mejor investigadora que conozco, y la única que puede ver algo de luz entre tanto fango. Vamos, haz valer tu amor por el cuerpo al que sirves, y ayúdales con esto. Por favor.

Diana le miró, sin poder articular un solo sonido. Borja tenía razón. Siempre había primado su instinto de lealtad hacia la policía que cualquier problema personal que pudiese tener. Miró hacia el que había sido su pareja, y sonrió, comprendiendo lo que estaba haciendo. Borja se sentía tan culpable por lo que había ocurrido que ayudarles con la investigación era su particular forma de expiación.

Le miró, y asintió, con firmeza. Tenía que ayudar a Lucas, tenía que hacerlo. Porque seguía siendo su príncipe oscuro. Su oscuro príncipe que combatía a los clanes de la droga a lomos de un Audi negro.

Lucas miraba con gesto satisfecho a Marina Espino cuando ésta pronunció las últimas palabras de su discurso ante parte de la cúpula policial, que guardaban un respetuoso silencio como muestra de admiración. Y no era para menos. Su antigua compañera, y amiga, había hecho un trabajo excelente, como siempre. Marina era la eficiencia personificada. Los datos que habían logrado recopilar eran más que contundentes, y mañana mismo se los presentarían al juez encargado del caso. El Director General de la Policía, Alberto Fernández, escuchó cada una de sus palabras, con gesto de alivio, y había asentido, dando por concluida la reunión. Lucas había vuelto a hacer su trabajo por él.

—Buen trabajo, agentes. Envíenme esta noche toda la documentación, para que pueda estudiarla a fondo.

Fernández sonrió, satisfecho, y colgó. Un suspiro de alivio recorrió rauda la sala, atestada por una treintena de inspectores y altos cargos, y empezaron a levantarse de las butacas, al tiempo que los estores ascendían, haciendo que una ráfaga de luz entrase y los deslumbrase. Tan y como había hecho, una vez más, Marina Espino. La agente se giró hacia Lucas, sonriendo, y fue hasta él.

—¿Qué te ha parecido?

—Has estado impresionante, como siempre —dijo él, abrazándola—. Esto hay que celebrarlo,

preciosa.

—¿Chino o italiano?

Lucas se rio. Marina no pensaba pasar la noche en su despacho enviando informes al inútil de Fernández, ni él tampoco. Eran tan parecidos que a veces daba incluso miedo.

—Mejor lo hacemos en mi casa, ¿te parece? Te has ganado una cena con vino del caro, Espino.

—Está bien —sonrió—. Pero vas a tener que emplearte a fondo. La bodega de mi marido es espectacular.

Él asintió, con una sonrisa, y se volvió, ordenando los informes.

—¿Cómo está, por cierto?

—Atareado con el restaurante, como siempre. El próximo mes abre el tercer local, y apenas le veo por casa. Es lo que tienen los italianos. Antes la cocina que el resto del universo.

Lucas sonrió. Marina se había casado dos años atrás con el mismo chef que organizó la despedida de soltera de su hermana, y era increíblemente feliz desde entonces.

—Deberías sentar la cabeza, Sanz, los años pasan —dijo la policía, mirándole con calidez.

—Cuando encuentre a la mujer de mis sueños, la llevaré al maldito altar, no te preocupes.

—¿Y esa mujer existe, Lucas? —preguntó, con retintín.

Lucas la miró, estirando una sonrisa.

«Sí que existe, y ahora mismo debe estar en los archivos comiendo bollitos glaseados junto a sus amigas mientras usa todos los insultos conocidos para referirse a mí.»

—Si no existe, solo tengo que esperar a que la primera hija que tengas cumpla los dieciocho años para poder llevármela al huerto amparado por la ley —Se carcajeó, mientras Marina le miraba con furia fingida, y negaba con la cabeza.

—Suerte que conozco tu extraño humor, porque si no, te juro que ahora tendrías una bala alojada en la cabeza.

—Te creo, puedes apostar que sí.

La policía chasqueó la lengua, y terminó de meter los informes en la cartera.

—Bueno, Lucas, te veo en La Guarida a las nueve.

—Perfecto. ¿Sabes cómo llegar?

—Sí, tranquilo —le guiñó el ojo—. No es la primera vez que un agente de operativos especiales requiere mis servicios.

Lucas se carcajeó, y la despidió con la mano. Esa mujer era su equivalente femenino, sin duda. Volvió a su despacho, pensando en el informe que le habían enviado encriptado desde Central esta misma mañana, donde se enumeraban cada uno de los rastreos que Marina había hecho en las cuentas de los cómplices de los Brozovic, dando unos más que prometedores resultados. Estaban a un solo paso de tener una prueba sólida contra ellos. La primera, tras casi cuatro meses. Por fin.

Se sentó en la butaca, sintiendo que el final empezaba a vislumbrarse al fin, cuando oyó la puerta de su despacho abrirse, y alzó la vista hacia allí, preguntándose quién era capaz de entrar en esa sala sin pedir permiso, y resopló, al ver quién era. Nadie, a excepción de Diana, tenía tan poco respeto por él.

—He puesto un letrero en la puerta para que la gente llame antes de entrar, Víctor.

—Lo sé, pero...¿Qué gracia tendría entrar en tu despacho si no es para tocarte las narices desde el minuto uno?

—Un día te meteré un tiro en el trasero, Víctor, lo haré. En fin, ¿Querías algo, o solo venías a tocarme las pelotas?

—Ja, ja. Qué delicado y gracioso está el jefazo hoy. Solo venía para ver cómo estabas, y recordarte que la cena es esta noche, así que no te olvides de traer un par de botellas de vino.

Pero del bueno, ¿eh? Que tengo buen paladar.

—¿Cómo que la cena de esta noche? ¿De qué cena me estás hablando?

—¿Qué qué cena, Luquitas? —Víctor puso los ojos en blanco, haciendo aspavientos. Su amigo era un caso perdido—. La cena que las chicas llevan una semana planeando en mi casa para que Diana y tú os reconciliéis. ¿Es que no has escuchado los mensajes que te he dejado en el móvil?

Aquello le dejó sin habla. Había visto las llamadas de su amigo, pero las había pasado por alto entre tanta reunión e intervenciones de última hora en toda la provincia.

—¿Las chicas han planeado una cena para que nos reconciliemos?

—Sí, y están entusiasmadas. Lara me ha enviado como dos millones de mensajes para que me asegure que vengas. Cada maldito día.

—¿Qué? ¿Es una broma?

—No, no es una broma. Maldita sea, ¿Tan mal cómico me consideras?

—¿Y Diana...va a ir?

Víctor asintió con la cabeza, y Lucas jadeó, sintiendo que acababan de dar una vuelta a la tierra en un solo segundos, y había vuelto al mismo lugar. Diana iba a ir a una cena de reconciliación. No todo estaba perdido, aún había esperanza.

—Esto...Lucas, ¿Te encuentras bien?

—¿Qué? Sí, sí, claro que sí. La cena. Diana. Vale, está bien, está bien. Iré, claro que iré. ¿Cuándo es?

—¿Cómo que cuando es? Hoy, capullo, te lo he dicho antes. A las diez en mi casa.

—¿Esta noche?

—Que sí, pesado, hoy. ¿Pero qué demonios te pasa?

«No. Joder, no, no, no. No.»

Aquello no podía estar pasando. ¿La cena más importante de su vida era justo la misma noche que Marina y él debían revisar la documentación más importante del caso?

—Maldita sea, Víctor, ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Te recuerdo que he estado llamándote, desagradecido.

—Está bien, está bien, perdona. Vale, a las diez en tu casa. Quizás me retrase un poco.

—¿Cómo que te retrasarás? Joder, Lucas, que es Diana. Como lo estropees esta vez, te juro que...

—Tengo que revisar unos informes del caso con Marina Espino en mi casa, pero...iré, ¿vale? Iré.

—Más te vale. Es tu última oportunidad, no la fastidies, ¿de acuerdo?

—No lo haré. Estaré allí, confía en mí.

Víctor salió de allí, farfullando una amenaza, y Lucas enterró el rostro entre las manos. El cielo lo odiaba, ahora ya no tenía ninguna duda. Esa noche marcaría un antes y un después en su vida y en su trabajo, y temía hacia qué lado inclinaría la suerte la balanza. Maldita sea, el universo lo odiaba con todas sus fuerzas.

Lara y Valentina se afanaban en decorar la mesa de la cena que estaba destinada a ser el punto de inflexión de la relación entre Lucas y Diana. Las dos amigas se habían volcado en cuerpo y alma a preparar el evento, mientras de fondo escuchaban la voz de Víctor, que se había dedicado a amenizar la tarde con frases del tipo “Esto es una mala idea”, “Se va a armar una buena, ya lo estoy viendo”, y un contundente “Maldita sea, ¿Por qué tengo que llamar yo a Lucas para recordarle lo de la cena de hoy? Que ya me he pasado esta tarde por su despacho, y la idea ha sido vuestra.”

Así que, una botella y media de vino, cuatro canapés, incontables chupitos, y un concurso de encestar aceitunas en la boca después, el reloj marcó las diez de la noche, al tiempo que el horno anunciaba que la cena estaba preparada. La suerte de esa noche ya estaba echada.

Un timbrazo en la puerta les anunció que Diana, y, por ende, la tarta de tres chocolates y frutos rojos que había preparado para la cena, habían llegado. La policía entró, saludando a todos, repartiendo besos y abrazos, ante la atenta mirada de Valentina, que silbaba por lo bajo al ver el precioso vestido rojo entallado de su amiga. Lucas estaba perdido, sin ninguna duda. Se acercó con sigilo hasta Víctor, que ya se dirigía a saludar a la rubia policía, y se posicionó a su lado, con gesto conspirador.

—Pobre Lucas, está perdido —señaló entera a su amiga—. Jesús, si es que está más buena y revienta.

— ¡Valen, cállate, que te va a oír! —siseó Víctor, exhausto ante los comentarios casi porno que llevaba escuchando toda la tarde.

—¿Pero tú la has visto bien? Joder, si hasta me están dando ganas de agarrarla de la mano, llevármela a un bucólico mirador, y que sea lo que tenga que ser. Está espectacular, Víctor, espectacular.

—Lo sé, lo sé, pero baja la voz, ¿quieres?

—Vale, pero...Joder, a Lucas le van a reventar los pantalones cuando la vea. Ninguna cremallera masculina podrá resistir esto mucho tiempo.

En ese instante Diana se giró hacia ellos, sonriendo.

—Hola, Víctor, Valen. Me alegro de veros —les dio dos besos en ambas mejillas a cada uno—. ¿De qué hablabais?

—De cremalleras de pantalones —improvisó Valentina, ganándose la abochornada mirada de Víctor—, y de lo extra resistentes que son. ¡Puf! Por no hablar de la tela, que cada día las hacen más fuertes. ¿No opinas lo mismo, Víctor?

Diana torció el gesto, sin entender, y miró hacia Lara, que se limitó a encogerse de hombros. Ya hacía un buen rato que había desconectado de las disparatadas conversaciones entre esos dos.

—Ni idea, Didi. Me vuelvo a la cocina, antes de que se me queme algo, y me llevo a Valentina, porque creo que necesita un café con sal con urgencia.

—¿Cómo que un café con sal? ¡Eh...!

—Vamos, chiflada.

Diana suspiró, y miró a Víctor, haciendo un rápido barrido por la casa, que el Jefe Superior interpretó a la perfección.

—Aún no ha llegado. Pero vendrá, tranquila. Me lo ha prometido.

—No, si yo...

—Tú...sí, Diana —arqueó una ceja—. Le echas de menos como él a ti. Vendrá, confía en mí. Él...joder, no sabes lo que significas para él.

La policía asintió, con una leve sonrisa en la boca, y miró hacia el Jefe Superior, sin atreverse a hacer la pregunta que más temía.

—Cuando me fui, él...

—Se volvió loco sin ti —suspiró—. Fue una época durísima para él, como me imagino que lo fue para ti. Diana, yo...jamás me meto en la vida de nadie, lo sabes, pero esto...esto no va a acabar bien. Lucas te necesita, y tú a él, y que prolonguéis esta situación solo os va a acarrear más dolor a los dos. Y, por ende, a todos los que os rodeamos.

La policía se humedeció los labios, y asintió. Esta noche era un punto de inflexión para Lucas y para ella.

—Hablaemos, te lo prometo. Solucionaremos esto.

Víctor sonrió, y le hizo una señal para que se sentara en el sofá de la sala de estar junto a él.

—Me alegro de oír algo así.

Se quedaron en silencio unos segundos, mientras la cabeza de Diana iba a mil revoluciones. Pero no solo por lo de Lucas. Necesitaba hablar con Víctor sobre lo que Borja le había revelado, y contarle sus propias sospechas, que, de ser ciertas, supondrían un grave revés a la investigación que estaba en marcha.

—Víctor, tengo que hablar contigo.

—Si es alguna vulgaridad, obscenidad, o curiosidad escatológica, de verdad que te rogaría que lo dejaras para otro día. Ya he tenido bastante de eso por hoy gracias a esas dos locas que, gracias a ti, también tengo por amigas.

—Es sobre el caso.

Víctor frunció el ceño, y se inclinó hacia ella.

—En ese caso, soy todo tuyo. ¿Qué ocurre, Didi?

Que usara el apelativo cariñoso que usaban las chicas con ella la hizo sonreír.

—Verás, la pasada noche quedé con Borja en un club de música a las afueras de Encinar, y me contó lo que estaba ocurriendo con la investigación. Yo...maldita sea, Víctor, no sabía que las cosas estuviesen así de mal.

—Están peor que mal, Diana. Y Lucas ya no sabe ni por dónde tirar ya. La situación es crítica.

—Entiendo. Por eso quería hablar contigo hoy, porque he llegado a una conclusión que quizás os interese.

La mirada de Víctor se agudizó, y estiró el cuello. Quizás Diana había conseguido la pista perfecta, tal y como había hecho con 'Pez de Siam', localizando no solo al topo principal, sino la guerra oculta entre los Rosslyn y los Brozovic. Se inclinó más sobre ella, y Diana sonrió. Había captado toda su atención. Inspiró, y pasó a relatarle todo lo que sabía, y lo que sospechaba, mientras el rostro del policía se iba oscureciendo por momentos.

—Todo es demasiado extraño, Diana. Los Brozovic nunca han sido tan descuidados, y lo que planteas, el hecho de que su protector los haya abandonado, despejaría muchas dudas en torno a la situación en las últimas semanas. Si tus sospechas son ciertas, me preocupan las consecuencias que pueda traer. ¿Por qué crees que el topo habría abandonado a los Brozovic?

—No lo sé, y esa es la cuestión. Algo me dice que ese es el hilo del que precisamente deberíais tirar. Estudiar los últimos casos, las últimas detenciones...algo tuvo que ocurrir para que los abandonara, y solo averiguándolo, podremos empezar a armar el rompecabezas.

Víctor ladeó la cabeza, y sonrió, pletórico. Esa mujer valía su peso en oro. Era una investigadora brillante y sagaz como ninguna. Con ella dentro del operativo, podrían avanzar diez veces más rápido de lo que lo estaban haciendo, seguro. Había dado con una nueva y valiosa pista en solo una tarde. ¿Qué no podría hacer con un equipo y todos los medios a su disposición? Maldijo mentalmente al idiota de su amigo por haberla dejado escapar, y juró por lo más sagrado que, como no se presentase en la cena, iba a exterminarle.

—¿Por dónde sugieres que empecemos?

—Creo que no encontráis la pista definitiva porque no estáis mirando desde el prisma adecuado. Abarcáis un segmento demasiado grande, cuando en realidad todo es más sencillo. Si, quien sea que les está ayudando, ha dejado de hacerlo, o eso sospechamos, es porque quizás esté asustado. Quizás vio las detenciones de 'Pez de Siam' demasiado cerca, y por eso ha decidido apartarse gradualmente de todo, para que no le atrapen. Piénsalo. Solo el miedo es tan poderoso como para hacer a alguien renunciar al dinero y al poder.

El Jefe Superior de Policía asintió, convencido.

—Mañana mismo me pondré a ello, descuida. Gracias, Diana. De verdad.

—No he acabado, Víctor. Hay algo más.

—¿Algo más? ¿A qué te refieres?

—Ese tipo, ‘Venus’, está en peligro.

Víctor se tensó.

—¿Cómo que está en peligro?

—Lleva años trabajando con los Brozovic, años. ¿sabes lo que eso significa? Información. Conoce emplazamientos, futuros negocios, identidades...y esos criminales no son idiotas. No van a permitir que un colaborador suyo de ese nivel se vaya de sus vidas sin que haya consecuencias.

—¿Crees que van a matarlo?

—Es más que probable. Por ello, quizás deberíais centraros en todos aquellos agentes cuyos movimientos financieros sean sospechosos. Me refiero a transferencia entre cuentas, poner sus nóminas en cuentas conjuntas, paraísos fiscales...cualquier cosa que haga pensar que planea una huida precipitada.

Víctor la miró, asintiendo. Tenía que comentárselo a Lucas con urgencia. Esa era una línea que ellos ni se habían planteado, y podía ser la puerta de entrada a todo, no solo al topo, sino a los Brozovic mismos. Su mayor fortaleza se había convertido en su maldito talón de Aquiles. ‘Venus’ podía ser la llave para entrar al fortín criminal.

—Eres brillante, Diana. Como un diamante.

—Te lo recordaré cuando pasemos al lado de una joyería.

—¿Una joyería? Voy a poner una mina entera a tu nombre.

La chica se rio, encogiéndose de hombros, con gesto satisfecho. Acababa de ayudarles desde la sombra, tal y como se había planteado hacer. En ese instante, la figura de Lara apareció en el umbral de la puerta, secando con un trapo unas copas de cristal.

—¿Lucas te dijo cuándo pensaba venir, exactamente, Víctor?

—Pues...solo me dijo que se retrasaría, sin concretar una hora.

—Pues como tarde diez minutos más, no respondo de mí. Valen ya ha roto la mitad de mi cristalería buena, y va camino de la vajilla entera.

—¿Tu cristalería buena? —se extrañó Diana —Creí que habías comprado las copas de vino en Ikea.

—A eso me refiero, Didi. Las copas son de Suecia, ni más ni menos.

Víctor se carcajeó, y sacudió la cabeza. Estaban como tres malditas cabras. Se levantó del sofá, y fue hasta la cocina, donde guardaba las botellas de vino. Sirvió la primera ronda entre las risas de las chicas y los chistes malos de Valentina, mientras el reloj seguía avanzando, y las copas se iban vaciando.

A las diez y media de la noche, aprovechando que las chicas discutían entre ellas sobre un nuevo aparato dental que pulía los dientes hasta dejarlos casi en el esmalte, fue hasta la chaqueta que descansaba sobre el sofá, y tomó su teléfono, yendo con él a la terraza de su ático. Sabía que Lucas vendría a la cena, pero quería dejarlo todo atado por si acaso. Desde esa tarde tenía un mal presentimiento con la cena, y rogaba por todos los cielos que el azar se pusiera de su parte solo por una noche.

Deslizó el pulgar, y se lo puso en la oreja, esperando los consabidos tonos. No habían pasado ni dos segundos, cuando lo apartó, con gesto confuso, y su mirada se topó con la de Diana, que no le quitaba ojo de encima desde donde estaba. La vio hacerle un gesto a Lara en el comedor, e ir hasta él, despacio, mientras sus ojos volaban hacia el teléfono.

—Quizás no lo coge porque está conduciendo, Víctor —arguyó, intentando sonar segura—. O puede que esté pagando en la gasolinera, o comprando el vino en cualquier ultramarinos. Te dijo que vendría, ¿verdad?

—¿Le avisaste que la cena era esta noche a las diez, verdad?

—Sí, claro que se lo dije, y me dijo que vendría, pero que se retrasaría un poco, porque había quedado con una compañera de comisaría para revisar documentación del caso esta noche en su casa.

El gesto de Diana se crispó, mientras la figura de Valentina aparecía a su lado, masticando algo.

—Vaya, pues menuda mala suerte. Bueno, no nos preocupemos sin necesidad. Lucas dijo que vendría, y vendrá, estoy segura. Cuando termine con esa tipa, dejará caer su estupendo cuerpazo por aquí y...hala, la tiparraca esa, quien, sea, se quedará comiéndose los mocos, mientras nosotras nos lo comemos a él, y a la cena.

Víctor manoteó su móvil, concentrado, y sacudió la cabeza.

—No es una tiparraca, Valen, es Marina Espino, y es tu superior, te recuerdo. Igual que lo soy yo, aunque se te olvide cada vez que me llamas en mitad de la comisaría a voz en grito con un “Víctor, bombón, Lara y yo vamos a tomar café y a criticar a Lucas, ¿te vienes?”

La mirada que intercambiaron Diana y Valentina rompió el tranquilo ambiente de la cena, y se giraron hacia su amigo a la vez. Valentina se aclaró la voz, y crispó el gesto.

—¿Has dicho Marina Espino? ¿Lucas ha quedado con esa arpía?

—¿Arpía? ¿Pero de qué hablas?

—Oh, vamos, Víctor, hace unos días me crucé con esa bruja, y me soltó que Lucas y ella habían tenido algo en el pasado. Algo muy íntimo, guarro, obsceno y sucio.

El semblante tranquilo de Diana se volatilizó en ese preciso instante al recordar a la hermosa agente que había abrazado a Lucas en su despacho, mientras posaba sus labios en su cuello, y él la besaba en la mejilla destilando tanta dulzura que a ella se le había partido el corazón en ese instante. Tragó saliva para hacer la pregunta que le aterraba hacer, e inspiró con fuerza, armándose de valor.

—Víctor, ¿Lucas y Marina alguna vez...?

—No estoy seguro. Sé que eran amigos...—No, por favor—, íntimos —Maldita sea — o...bueno, no estoy seguro, no del todo, bueno, lo que sé es que, durante un tiempo fueron...—se quedó en silencio.

«Amantes.»

Diana contuvo el aire, mirando a sus amigas con gesto de alarma.

—¿Y ahora están juntos...en su casa?

—Sí, pero solo por esta noche —se precipitó Víctor en contestar—. Es la última noche de Marina Espino aquí, y mañana se irá otra vez a Robledal, donde trabaja y vive, y entonces...

—¿Su última noche en Pinar la va a pasar con Lucas, en...en su casa? —terminó Diana, en apenas un murmullo, y todos se quedaron en silencio.

—Vuelve a llamarlo —ordenó Lara.

Víctor se metió una mano en el bolsillo de sus pantalones chinos, marcando el número de su amigo, y esperó a que su suerte cambiara esta noche. A los dos segundos, una voz mecánica les informó que el número estaba apagado, y les instaba a dejar un mensaje. Colgó, y agitó, en un mustio compás, el dispositivo plateado frente a las tres chicas. Diana apenas pudo ver nada que no fuera el nombre de Lucas en un rojo apagado, y la señal que marcaba que el teléfono del Director Adjunto Operativo estaba apagado. Apagado.

A kilómetros de allí, en el corazón de La Guarida, Lucas y Marina estudiaban con atención las columnas de datos del último informe que debían examinar. La conexión financiera entre los Romenev y los Brozovic podría ser confirmada a través de unas operaciones bursátiles cuyos beneficios iban destinados a las mismas compañías ficticias en varios paraísos fiscales. Compañías cuyos únicos beneficiarios eran ellos mismos.

Los habían pillado, por fin, y desde varios flancos. Ahora sí que ningún juez podría tumbar esas pruebas. Pero Marina había averiguado mucho más. Además de los continuos desvíos de dinero y los movimientos entre cuentas, había demostrado que existían operaciones financieras tan rocambolescas que solo podrían explicarse con la figura de un tercer colaborador. Lucas estaba pletórico. Habían probado la existencia de ‘Venus’ en papel. Ya los tenían. Miró a su examante, y la abrazó con ganas.

—Eres brillante, Marina.

—No cantes victoria tan pronto, vaquero, que hay algo más que quería comentarte en torno a la investigación, algo que no he podido demostrar.

Lucas retrocedió, separándose de ella, y la miró con interés. ¿Es que había algo más?

—¿Qué has averiguado?

—No me preguntes por qué, pero mientras estudiaba todas las cuentas, y retrocedía en el tiempo, me fijé bien en los asientos bancarios y las diferentes operaciones bursátiles que se hicieron en la cuenta de los Brozovic y los Romenev hace unos siete años, y hubo algo que me llamó poderosamente la atención. Llámalo sexto sentido, intuición femenina, palpito, o lo que quieras, pero me atrevería a decir que no hay tres, sino cuatro cabezas pensantes en todo esto.

—¿Insinúas que hay otro cómplice más?

—Eso me ha parecido, pero no puedo demostrarlo aún. Una cuarta figura que movía los hilos de la economía criminal, y que, inexplicablemente, desapareció hace cinco años, dejando en manos de ese ‘Venus’, todo el peso de las finanzas de los delincuentes.

Lucas posó el puño en los labios, pensativo. Aquello abría una nueva vía que él ni siquiera se había planteado. Un nuevo topo, un nuevo culpable. O no.

—¿Por qué crees que dejó de colaborar con ellos hace cinco años? Es muy llamativo, e inusual viniendo de ambos clanes.

—Lo sé, y eso es lo extraño. No sé si murió, o lo mataron, pero el caso es que desapareció de la noche a la mañana, y no ha vuelto a hacer acto de presencia.

El Director Adjunto se volvió hacia los ventanales de su piso, con las manos en la espalda, meditando sobre lo que había dicho Marina. Era imposible que los Brozovic o los Romenev dejaran libre a un antiguo colaborador. Probablemente lo habrían matado, era lo más plausible, conociéndoles.

Se giró hacia Marina, que se había levantado del sofá, y la sintió colocarse a su lado, mientras las mentes de ambos parecían ir por el mismo sendero. Aquí había algo allí que no cuadraba. ¿Por qué había seguido colaborando ‘Venus’ con ellos? ¿Por miedo? ¿Por amenazas? Lucas frunció los labios, mientras una idea, demasiado alocada, iba haciéndose fuerte en su cabeza. ¿Y si los Brozovic mantenían retenida a esa cuarta figura, y por eso se había visto obligado a colaborar con

ellos?

—¿Crees que pueda existir un vínculo afectivo entre esa tercera y cuarta figura?

—¿Te refieres a que si eran amantes? Yo también lo pensé, y la respuesta es que sí, creo que es lo más probable. El amor nos convierte en idiotas temerarios —se giró hacia él—, como tú.

Lucas se carcajeó, y la rodeó con el brazo.

—¿Con que idiota temerario, eh? Vaya, vaya, Espino, no recordaba lo mucho que pinchabas.

—Y lo mucho que te gustaba, admítelo.

—Me encantaba —dijo, con suavidad, besándola en la sien.

Se quedaron en silencio, con sus cuerpos amoldándose el uno al otro, mientras contemplaban las luces de la ciudad de Pinar. Desde el piso de Lucas todo parecía minúsculo, efímero, tanto, que los problemas parecían no llegar hasta allí.

—Estás cambiado —empezó Marina, casi en un susurro.

—¿Cambiado?

—Sí, desde que nos vimos por última vez, en aquel hotel, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo. No sé la cantidad de veces que nos llamaron de recepción porque los demás huéspedes se quejaban de tus gritos.

—La culpa es tuya por comprarme aquel maldito chisme del demonio.

—Pero lo disfrutaste.

—Cada segundo que lo tuve dentro.

Lucas se carcajeó, y la estrechó más contra sí, recordando aquella alocada noche, y aquel sofisticado aparato que habían comprado, y que amortizaron en una sola noche. Los pocos tabúes que había entre ellos terminaron cayendo durante ese increíble, entregado y salvaje asalto que duró toda una noche y una mañana entera. Jamás una mujer le había dejado tan exhausto como Marina. Excepto Diana, claro, pero con ella todo era diferente. Todo estaba teñido del color de los sueños.

Se giró hacia Marina, que le miraba sonriendo, con las imágenes de aquella salvaje noche de hotel en la cabeza, y su cuerpo le traicionó. La policía le seguía atrayendo, era inevitable. Conocían hasta el más mínimo rincón de sus cuerpos, y cómo excitarse tan solo con la mirada.

—Aún lo tengo.

—¿Qué?

—El aparato del demonio, aún lo tengo.

—Bueno, supongo que era lo normal. Me alegro de que seáis tu marido y tú los que lo disfrutáis ahora, y no haya terminado en la basura.

—No, yo...solo lo uso yo. No puedo...una vez lo usé con él, pero...no funcionó.

Lucas frunció el ceño, sabiendo a que se refería.

—Marina...tu marido...

—Mi marido comprende y apoya mi visión de la pareja. Sabe que pasa mucho tiempo fuera de casa, y yo también.

—¿Te ves con otros?

—Sí, me veo con otros hombres —se sinceró—. Tengo sexo con ellos como lo tenía contigo, salvaje, sin control, sin límites, pero...no es lo mismo, y no lo es porque ninguno...ninguno eres tú, Lucas —Las manos de la policía rodaron por sus pectorales—. Te echo de menos, Lucas.

Y no mentía. Lucas era algo más que un amante para ella. Era un compañero, un amigo, un policía que le había cubierto las espaldas en infinidad de operativos, protegiéndola, cuidándola. Era el policía, con mayúsculas. El mejor amigo, el mejor compañero, el mejor amante de todos los que había tenido, incluido su marido. Lucas siempre fue su incompleta historia de amor, esa

que termina abruptamente sin que ninguno de los dos supiese dar una explicación.

—No estábamos hechos para estar juntos.

Aquella frase acuchilló el pecho de la policía, y toda la rabia tomó la palabra por ella, tomando el control de la situación.

—¿Pero sí estás hecho para estar con Diana Espona, una mujer que aún se está acostando con su exnovio, el traidor?

Boom. Su corazón estalló en mitad de su salón, haciendo volar todo a su alrededor. ¿Diana estaba viéndose con Borja?

—¿Qué?

—Oh, vamos. La gente habla, Lucas. Diana y Borja han vuelto, mientras, tú sigues arrastrándote como alma en pena por la comisaría, mendigándole una sola mirada.

Lucas se envaró, y se separó de ella, como un resorte. La conversación estaba tomando un derrotero que no le estaba gustando en absoluto.

—Te equivocas.

—No, Lucas, no lo hago. Te conozco, maldita sea, y sé que te revienta saber que Diana está tirándose a su ex mientras tú sigues llenando la almohada de lágrimas.

—Diana no está...

—¿Estás seguro? ¿Pondrías la mano en el fuego por eso? ¿Tan ciego estás?

—No estoy ciego. Sé que no ha estado con él, lo sé, ¿vale? Lo sé —rugió.

—¿Qué te pasa, Lucas? ¿Por qué te enfadas? —susurró ella, con malicia.

—No estoy enfadado, estoy cansado —casi escupió, mientras las imágenes de Diana y Borja juntos, con sus cuerpos perlados de sudor, gimiendo, jadeando, le dejaron sin capacidad de defensa.

—Hace una semana hubo una redada en un club a las afueras de Encinar. ¿Sabes quién dio el aviso? Diana Espona. Fue ella la que avisó, y lo hizo cuando, casualmente, estaba con Borja Gómez.

—Habrían salido a tomar algo.

—¿A un club de carretera con un famoso picadero detrás? Menudas orgías se montan allí cada fin de semana. Puedo acceder a las imágenes, si quieres, te las puedo enviar cuando quieras, para que juzgues tú mismo cómo llegan en un BMW con las lunas traseras tintadas.

—No.

—¿No? ¿Entonces por qué sigue viéndole? Vamos, Lucas. Diana iba hasta a Encinar a verle, me lo confirmaron varios compañeros.

Lucas retrocedió dos pasos, y las inseguridades y todas las dudas, volvieron para hacerse fuertes en su cabeza. Borja y Diana, juntos otra vez. Sintió los dedos de Marina trepando por su espalda, y su cuerpo encajándose con el suyo. Clavó los ojos en los de esa mujer que conocía tanto como a sí mismo, recordando cientos de noches de placer y sudor entre las sábanas, y suspiró.

Los recuerdos de la última noche que pasaron juntos pasaron veloces por la cabeza de los dos mientras se miraban, y evocaban cada gemido, cada jadeo, cada beso, caricia, mordisco y hasta grito que habían dado. Su último encuentro había sido desgarrador, salvaje y brutal, dejando cicatrices más allá de su piel. Esa noche supieron que sería la última, aunque ni ellos mismos sabrían decir por qué. Cada segundo tuvo el amargo gusto de la despedida, y se amaron con pasión, con desenfreno, con desesperación.

A la mañana siguiente, ella se había despertado sola en aquella lujosa y enorme habitación de hotel, encontrando una nota de Lucas sobre la almohada, donde se despedía de ella, y le pedía que

no le olvidase nunca, y rompió a llorar, con una certeza atravesándole el corazón. Se había enamorado de él, lo había hecho, y con todo el corazón.

Cogió aquel trozo de papel, arrugándolo con rabia, y había llorado sin control ni recato, dejándose el alma en cada sollozo, sabiendo que había perdido al amor de su vida, a ese hombre que encarnaba todo lo que ella, y cualquier mujer, buscaba en un hombre. Valentía, lealtad, seguridad, fuerza, protección. El hombre que se interpondría entre una bala y tú sin pensárselo siquiera. Ese hombre.

Y ahora Lucas era de otra. Una mujer que ni siquiera le valoraba lo suficiente. ¿Cómo era posible algo así? ¿Es que esa idiota no sabía distinguir un lingote de oro como era Lucas? Miró a su ex amante, recordando los primeros rumores que se habían escuchado sobre ellos. Al principio no les había dado ningún crédito. ¿El gran Lucas Sanz enamorado? Debía ser una broma. Pero las semanas fueron pasando, y los rumores aumentando. Les habían visto juntos en central, en Pinar, en La Guarida... demasiados rumores, demasiados comentarios.

—Te quiero, Lucas. Eres el amor de mi vida —susurró ella, contra sus labios, y él cuadró la mandíbula, conteniéndose—. Deberías olvidarla, esa chica no te merece.

—No, Marina.

—Sí, Lucas. Solo una noche, solo te pido eso. Una noche para decirnos adiós, y curar tus heridas. Haré que la olvides, te lo prometo —sus labios recorrieron su cuello, lentamente, mientras sus manos empezaban a levantarle la camisa, acariciando su torso—. Déjame hacer que la olvides, Lucas. Déjame.

Lucas suspiró, sintiendo cómo se astillaba cada pedazo de sí mismo, y abrazó el cuerpo de Marina con fuerza. Ese cuerpo que había besado y acariciado tantas veces, que lo conocía como si fuera el suyo propio. El perfume de la policía llegó a sus sentidos para revolverlos, devolviéndole a tiempos pasados, a noches de sudor y sexo, a noches sin preguntas, sin arrepentimientos posteriores, a placer, a deseo, a locura.

Hundió el rostro en el hueco de su hombro, sintiéndose solo como nunca lo había estado, y su respiración se detuvo cuando los labios de Marina se posaron en su cuello, y sus dientes mordieron levemente ese punto que era capaz de hacerle perder la razón. Respiró, encajándola contra su cuerpo, y los dedos de la policía acariciaron, tocaron, arañaron su espalda a través de la camisa, pronunciando su nombre.

—Marina, no.

—Déjame hacerte disfrutar como antes. Por los viejos tiempos.

La policía se colocó de rodillas frente a él, desabrochándole el cinturón, y clavó sus ojos en los suyos. Lucas suspiró, echando la cabeza hacia atrás, cuando sintió los hábiles dedos de Marina deslizando su bóxer, y sus labios haciéndose con su deseo, que encendido, reclamaba ser saciado. Sintió su lengua recorriendo cada centímetro de su ser, y exhaló, desesperado, en un último intento de contener el dique emocional que amenazaba con desbordarse.

—Marina...

—Cierra los ojos, Lucas. Sé mío por última vez.

Y lo hizo. Sus pestañas chocaron entre sí, y supo que estaba perdido. Sus dedos se enredaron en los oscuros cabellos de la policía, y el destino jugó su partida.

El ambiente en casa de Víctor comenzaba a enrarecerse según pasaban los minutos, y todos dedicaban miradas furtivas a esa silla que permanecía vacía en la mesa. A las once en punto, una preocupada Lara servía el primer plato, ensalada de temporada con vinagreta dulce y frutos secos, sin que Lucas hiciera acto de presencia.

La segunda botella de vino, un Chardonnay francés ligeramente espumoso, quedó en las copas de los comensales, que no se atrevieron a catarlo, mientras miraban de reojo la puerta por la que debía entrar Lucas farfullando alguna excusa, y una caja de bombones que habría comprado en alguna tienda de ultramarinos camino a casa de su amigo desde la comisaría.

Solo que eso no ocurrió. A las once y cuarto, Valentina sirvió el segundo plato, verduras braseadas con gorgonzola y aliño griego, en medio de unas conversaciones a medio gas, y el gesto ausente de Diana, y un agobiado Víctor que se levantaba cada cinco minutos de la mesa, marcando el mismo número una y otra vez, con gesto de enfado, y volvía a la mesa, farfullando algo que ninguna sabría decir qué fue.

A las doce menos cuarto, en medio de un sepulcral silencio, Diana sirvió la tarta de chocolate y frutos rojos que había hecho, sin que ninguno probara apenas bocado, mientras una suave melodía jazz llenaba el ambiente.

A las doce en punto, Víctor servía café e infusiones con unas pastas que él mismo había horneado esa misma tarde, con ayuda de las chicas, sin que ninguno de los cuatro dijese una sola palabra. Lucas ya no vendría a la cena. Su última oportunidad, el último bote salvavidas, el último puente que habían tendido entre Diana y él, se había hecho pedazos. No había venido. No había querido venir.

A las doce y media, Diana abandonaba el piso del Jefe Superior de Policía, declinando por enésima vez el ofrecimiento de Víctor de llevarla a casa en su coche. Llamó a un taxi, mientras las primeras lágrimas empezaban a fluir por sus mejillas con lentitud, y ella las apartaba con lentitud, casi abrazándose a sí misma.

A la una en punto de la noche, cerraba la puerta de su piso, deslizándose hasta el suelo, mientras sus temblorosos dedos marcaban el teléfono de Lucas. Una mecánica voz le informó que el móvil seguía apagado, y ella sollozó, por lo que aquello implicaba. Era la segunda vez que Lucas apagaba el móvil en su vida. Y eso solo podía significar una cosa. Enterró el rostro entre las manos, sollozando, sintiendo que a su corazón, ése órgano que había sido lastimado tantas veces, acababan de apuñalarlo una vez más.

Y todo se volvió oscuro.

Un agotado Lucas resoplaba acostado sobre la cama de su dormitorio, mirando a través de la ventana los oscuros contornos de la sierra, exhausto. Había sido una noche más que movidita. Se estiró, mirando su torso desnudo, y miró el reloj de la pared, que marcaban las cinco de la mañana. Las cinco. Tenía que estar en comisaría en apenas un par de horas, y le dolía hasta la última célula de su cuerpo.

Se incorporó con cuidado, y estiró sus doloridos músculos, que se habían tensado y destensado esa noche hasta donde no creía que fuera posible, y sonrió, satisfecho, mirando hacia su izquierda. Había merecido la pena. Pese a todo el cansancio que sentía ahora mismo, había merecido la pena.

Marina había sido un regalo de los dioses, sin duda. La sensación de euforia que sentía ahora mismo era inversamente proporcional a su cansancio, y todo gracias a ella. No pudo evitar cruzar los dedos tras su nuca, ufano, y el tatuaje que llevaba en el hombro desveló un nuevo detalle que se había hecho hacía solo unas semanas.

Entre las intrincadas líneas del dibujo maorí que adornaba esa parte de su cuerpo, se hallaba escondida una estrella de mar, idéntica en forma y tamaño a la que Diana llevaba en su muñeca. Se levantó de la cama, dejando caer la sábana, y se puso los pantalones, mirando hacia las sábanas revueltas, con la certeza de que esta sensación de plenitud, y esta sonrisa, le iban a durar semanas.

Salió de la habitación, rumbo a la cocina, con el sabor de los labios de Marina Espino aún sobre su piel. Ese había sido el detonante, el punto y aparte de todo lo demás. Recordó cómo su cuerpo había reaccionado a los primeros besos, a las primeras caricias, y sonrió.

Su cuerpo había hablado por él, diciéndole que esa piel no era la que él quería acariciar, que esos labios no eran los que él quería besar. Y su corazón, ese loco e ingobernable órgano, le había marcado que, quien marcaba el compás de sus latidos, era otra mujer. Había enredado los dedos en el oscuro cabello de su ex amante, y la había apartado con delicadeza, acariciándole la mejilla con suavidad, gesto que ella entendió a la perfección, aunque no pudo evitar sentirse culpable ante la mirada herida de la mujer. El rechazo siempre duele, es ley de vida.

Marina apenas pudo esquivar su mirada y murmurar un “No sé qué me ha pasado, disculpa, Lucas”, al que él había respondido con un “Discúlpame, Marina. No sé que me ha pasado tampoco”, mientras sus ojos se estudiaban con detenimiento. Se conocían demasiado bien para saber que ambos mentían. Por supuesto que sabían lo que había pasado, y lo que había estado a punto de pasar. Había pasado cientos de veces antes, y esta no iba a ser la excepción.

Solo que su corazón, su cuerpo, y su alma ya no le pertenecían a él, sino a Diana. A la dueña absoluta de su vida. La única mujer a la que quería besar y acariciar de todas las maneras posibles. Marina había recogido su bolso y su abrigo, y él la había acompañado hasta el coche, dándole un suave beso en la mejilla, demasiado largo para unos amigos, demasiado corto para unos amantes. Perfecto para lo que ellos eran. Mitades. Compañeros. Almas gemelas.

Le había abierto la puerta, viéndola abrocharse el cinturón, y arrancar el coche, y se había inclinado sobre la ventanilla, obviando los saludos que cualquier amigo enviaría a su marido, porque no eran de ese tipo de amigos. Ella tampoco mencionó a Diana, y se limitó a depositar una suave caricia en su mejilla, murmurando un “Cuídate, Lucas. Cuídate mucho”, y aceleró, dejando al Director Adjunto de pie sobre aquella acera, mirando cómo se alejaba la segunda mujer de su vida, esa que podría haberse convertido en su esposa, la madre de sus hijos, si Diana no se hubiese cruzado por segunda vez en su vida.

Había vuelto a su piso, yendo directo hacia el dormitorio. Se había recostado sobre el mullido cabecero de su cama, y había terminado de recopilar todas las pruebas que se llevarían al juicio. Por fin les tenían. Pasó horas entre aquellas carpetas, redactando, revisando, corrigiendo una y otra vez, hasta que al fin tuvo el informe listo para enviar.

Pulsó la tecla azul que pondría la maquinaria en marcha, enviando ese archivo adjunto encriptado, que, tras pasar el control de central, iría directamente a la Fiscalía del Estado. Sonrió a su reflejo en la ventana, viendo los primeros rayos de sol conquistar las cimas del macizo de Amurga, cuando un dato importante, fundamental, que había olvidado por completo durante las últimas horas, volvió a él con toda la fuerza. La cena. Diana. Su última oportunidad con ella.

Joder. Joder. ¡Joder!

— ¡Tres malditas horas, Lucas! ¡Tres malditas horas en las que tuve que escuchar cómo hablaban de hombres, sexo, ropa, manicura, y sobre qué actor de no sé qué serie de la tele estaba más bueno! —gritó Víctor, furioso—. Ningún hombre debió escuchar lo que yo tuve que escuchar ayer. Fue...fue...joder, aquello fue peor que una película de terror. ¿Sabes lo que es una copa menstrual? ¿Lo sabes, Lucas? Porque por desgracia yo ahora sí lo sé. Joder.

—Lo sé, y lo siento.

—¿Qué lo sientes? —vociferó—. Mira, tío, no sé qué demonios pasa entre Diana y tú, pero ya puedes ir arreglando esto, porque no pienso volver a pasar por algo así en la vida, ¿me has entendido?

—Sí, joder, sí. Y te repito que lo siento.

—Y tanto que lo sientes. Pero guárdate tus mejores disculpas para Diana, porque esto no lo arreglas ni regalándole el diamante de la esperanza.

—¿Tan oscuro lo tengo?

—Más que eso. Vas a tener que hipotecar la casa de tus padres y vender la mitad de tus órganos en el mercado negro para comprarle algo lo suficientemente bueno para que te perdone.

Lucas inspiró, cruzando los brazos.

—Ya lo sé, Víctor, ya lo sé. Pero no me coge el teléfono, ni me responde los mensajes, y hoy ni siquiera ha aparecido por comisaría, y yo...joder, creo que hoy voy a ir hasta su casa, e intentaré explicárselo todo, aunque me lleve otro de sus bofetones, que, esta vez, y para variar, me merezco con toda la razón.

—¿Cómo que vas a ir a su casa? ¿Pero es que te has vuelto loco? ¿Sabes la cantidad de cuchillos de carnicero que tiene expuestos en el salón, como si fueran cuadros?

—¿Pero qué estás diciendo de cuchillos de carnicero? Lo que tiene son katanas y cimitarras árabes, y eran de su padre. Cuchillos de carnicero. Anda que...

—Lo que sean. Lo importante es que cortan, ella está cabreada, y, sinceramente, con la pinta de siniestra que tiene...en fin, tú verás.

—Gracias por los ánimos, amigo —contestó, mordaz.

—No hay de qué —sonrió, sarcástico —Pero es la realidad. Has metido la pata hasta el fondo del maldito infierno, Luquitas, y no creo que puedas sacarla de allí en mucho tiempo. La cara de esa chica cuando se fue a casa era...maldita sea, estaba destrozada.

—Yo...maldita sea, se me olvidó por completo, y ahora, ahora...joder.

—Sí, puedes seguir maldiciendo toda la mañana, pero eso no lo va a arreglar. Pero...no todo va a ser malo hoy. La buena noticia, sí es que la hay, es que yo sigo siendo tu amigo, y es por ello que vengo a hablar contigo.

—¿Vas a hacerme un resumen de todo lo que aprendiste ayer?

—Ja, ja, encima gracioso. Pues no, capullo. Es sobre el caso. Algunos no solo fingimos trabajar, sino que lo hacemos de verdad.

El gesto del policía cambió en apenas un segundo, y se irguió.

—¿Qué ocurre?

—Necesito las llaves del archivo. Tengo una teoría, y tengo que contrastarla.

—Ya me estás contando qué teoría es esa, o no te daré nada.

—Verás —inspiró—, estuve hablando ayer con Diana sobre el caso, y...—Lucas alzó las cejas y sonrió. Pese a que Diana se había apartado de la investigación, no se había desvinculado por completo. Seguía siendo la mujer de la que se había enamorado.

Escuchó con atención todo lo que le relataba Víctor, y las propias sospechas de Diana, y asintió, con gesto serio. Tenían que empezar a estudiar esa vía de inmediato. Los Brozovic no van a dejar libre a alguien que manejara tanta información sobre ellos. ‘Venus’ estaba en peligro. Los dos amigos intercambiaron una mirada preocupada ante sus reflexiones, que en ese momento iban por el mismo sendero, cuando el móvil de Víctor empezó a sonar, y el policía descolgó el aparato.

—González...sí, ahora bajo...avisaré a Sanz. Ahora nos vemos.

Colgó, y se encogió de hombros, mirando hacia Lucas.

—Fernández acaba de llegar a la comisaría, tenemos que bajar.

—Cambia ese “tenemos” por “podemos”, y empezaremos a entendernos tú y yo. No pienso bajar a ver a ese inepto, no cuando tengo tanto trabajo pendiente.

—Viene con el Secretario de Estado de Seguridad, Omar Moreno, que está de visita en Pinar, así que mucho me temo que tendremos que bajar, sonreír, y aplaudir cada estúpida broma que haga.

Lucas puso los ojos en blanco, y resopló, con gesto de hartazgo. Ese incompetente de Fernández haría lo que fuera para seguir anclado en ese despacho, ese retiro de oro que sus amigos políticos habían creado para él, mientras los demás se partían los cuernos trabajando. Estaba a punto de negarse, cuando una idea cruzó como un haz de luz sobre su cabeza. ¿Qué hacía Omar Moreno en Pinar?

La investigación que llevaban a cabo estaba lejos de ser meramente interesante para él, o eso creía. Los informes que le enviaban a la sede ministerial apenas eran recibidos y devueltos con un ‘Visto’ en apenas un par de minutos, lo que daba idea del escaso interés que el caso despertaba en ese incompetente. Pero entonces, ¿Por qué había ido hasta allí? La conversación con Víctor sobre las sospechas que mantenía de que alguien de la cúpula policial estuviese apoyando a los Brozovic empezó a tomar forma en su cabeza, y frunció los labios. ¿Y si esa visita respondía a un interés real por parte de ese cretino en saber exactamente en qué punto se hallaban de la investigación? Alzó la mirada a su amigo, y asintió.

—Está bien. Bajemos, saludemos al capullo ese, y subamos otra vez.

—Será rápido e indoloro, ya lo verás.

—Eso fue lo que me dijiste para convencerme de que me hiciera el tatuaje, y mira cómo fue. Ni rápido, ni indoloro. Si es que...maldita sea, no sé cómo siempre terminas liándome.

—Oh, vamos, no me negarás que te quedó precioso, y que las nenas se quitan las bragas solo al verlo.

—Eso es...asqueroso, Víctor, simplemente asqueroso. Desde luego, menos mal que has encontrado a Lara y a Valentina, que no se escandalizan con tus comentarios, porque otra mujer te habría cruzado la cara por mucho menos.

—¿Qué puedo decir? Soy un encanto, y ellas lo saben. Por eso nos llevamos tan bien —sonrió.

Lucas resopló, y le hizo un gesto para que salieran del despacho. Bajaron en el ascensor, junto a otros policías que les miraban en completo silencio, cohibidos, ante la imponente presencia de los dos jefes, cuando el sonoro ‘ping’ les indicó que habían llegado al vestíbulo. Los dos amigos se miraron, leyéndose la mirada el uno al otro, y descendieron los hombros. Odiaban rendirle pleitesía a los mandamases.

Lucas caminó con paso decidido hasta el Secretario de Estado, que, vestido con su perfecto traje a medida, y su perfecto cuerpo de gimnasio, se reía con alguien y soltaba chistes malos por

esa boca. Fernández se acercó hasta ellos, señalándoles al Secretario de Estado con gesto impaciente, y por unos segundos a Lucas le pareció que estaba frente a una colegiala que conoce a su ídolo adolescente.

—Menos mal que llegáis. Le estaba enseñando al señor Moreno la comisaría de Pinar, que es la obra de arquitectura más brillante de la provincia.

Lucas y Víctor enarcaron una ceja a la vez. En realidad había decenas de edificios más impresionantes en Pinar, pero al parecer el afán de protagonismo y el desconocimiento de Fernández no tenía límites.

—Sí, lo cierto es que sí —se limitó a decir Lucas—. Supongo que ese comentario no debe hacer mucha gracia al arquitecto que diseñó el teatro marítimo, y que se llevó este año la mención especial del Certamen Internacional de Arquitectura Sostenible. Pero bueno, Norman Foster está sobrevalorado, todo el mundo lo sabe.

Fernández lo miró, sin comprender, y Lucas suspiró. No se puede explicar la belleza a quien carece de sentido de la misma. Es de cajón.

—Bueno, el caso —empezó el Director General—, es que estábamos admirando el edificio, cuando nos hemos encontrado a esta preciosidad que se ha mostrado encantada de seguir la visita con nosotros —señaló un punto, y la mandíbula de Lucas se desencajó por completo.

A partir de ese momento, todo se silenció, todo desapareció. Apenas reparó en el parloteo de Fernández, ni en los codazos discretos que le daba Víctor para que reaccionara, ni en nada de lo que sucedía a su alrededor. Solo podía ver a Diana, que, tan deslumbrante como siempre, lucía sus maravillosas caderas y sus largas piernas en un precioso vestido rojo que resaltaba su dorada melena, con el eterno *eye liner* grueso marcando su mirada y los labios pintados de ese rojo fresón que él se moría por devorar. Estaba radiante, preciosa, espectacular. Exudaba tanta sensualidad que el aire empezó a cargarse de chispas ante su sola presencia.

Tuvo que respirar varias veces intentando frenar las ganas de cargársela al hombro, llevársela a su despacho como un neanderthal, y hacerla suya sobre aquella maldita mesa llena de papeles, porque es lo único que le estaba gritando su cuerpo a gritos.

—Oh, ya estáis aquí, menos mal —dijo el Secretario de Estado, mientras una de sus manos ascendía hasta la cintura de Diana, apretándola contra él—. Ya creíamos que no ibais a aparecer. En fin, agente Espona, permítame presentarle a...

—No hace falta, señor Moreno, ya nos conocemos —dijo ella, saludando con una sonrisa a Víctor—. Buenos días, señor González.

—Buenos días, agente Espona. Un placer verla otra vez.

—El placer es mío —hubo un silencio, y Víctor suspiró, intuyendo lo que se avecinaba. Diana chasqueó los dedos, y entrecerró los ojos levemente, mirando hacia Lucas—. En cuanto a su acompañante, disculpe, pero he olvidado su nombre, agente.

—¿Ha olvidado mi nombre, agente? —preguntó Lucas, con dureza.

—Sí, al parecer...sí. Por completo, además.

«¿Cómo vas a olvidar el maldito nombre que has gritado, gemido y jadeado docenas de veces mientras te deshacías entre mis brazos, Diana?»

—Me llamo Lucas, agente Espona. Lucas Sanz Martín.

—Así que Lucas...—suspiró con inocencia —Vaya, intentaré no olvidarlo la próxima vez.

Diana le sonrió, condescendiente, antes de girarse y concentrarse otra vez hacia el hombre que la sostenía por la cintura con posesión. El Secretario de Estado miró hacia ella, chasqueando los dedos, y soltó una carcajada.

— ¡Claro, Diana! Ya decía yo por qué me sonaba tanto. Es el gran Lucas Sanz, el terror de los

criminales y las nenas —bromeó, provocando que Lucas tuviese que contener las ganas de atizarle un puñetazo allí mismo. ¿Qué clase de comentario esa ese?

—Vaya, es verdad. Pues lo cierto es que no me había dado cuenta hasta ahora, qué despiste el mío —se encogió de hombros, con gesto inocente, y frunció los labios—. Supongo que una olvida pronto las cosas que no le interesan.

Lucas resopló, cruzando los brazos, al tiempo que su irritación subía un peldaño más, y el regocijo de Diana también.

—Adorable, sencillamente adorable —dijo Moreno, cuyos dedos ya empezaban a descender hasta las caderas de la chica, haciendo que al vaso de la paciencia de Lucas se le sumara otra gota más.

—Tranquilízate, joder —siseó Víctor, bajito—. ¿Pero qué te pasa?

—Nada —contestó, con los dientes apretados.

—Pues...no lo parece —susurró.

Y era verdad. No le ocurría nada porque le estaba pasando...todo. Todo, maldita sea. Se pasó las manos por el rostro, intentando ahogar las ganas de matar a ese maldito imbécil allí mismo como siguiera tocándola así. ¿Es que no tenía ni una pizca de decencia para sobrepasarse así con una subordinada? La mano del hombre ascendió por la cintura de Diana, en un gesto tan posesivo que todas las venas de Lucas explotaron al mismo tiempo, y tensó la mandíbula hasta casi partírsela.

—Agente Espona —comenzó Víctor, intentando salvar esa situación—. Creo que la agente Lara Gómez quería su opinión sobre algo.

—Oh, ya hablé con ella, señor González —mintió—. Ya le dije que dejara de perder el tiempo con ese tipo que no le llega ni a la suela del zapato —se apoyó en Moreno, y adoptó la pose típica de quien explica algo—. El chico de mi amiga es de esa clase de hombres a los que no les importa que ella vuelva a casa sola de madrugada hecha un mar de lágrimas porque están demasiado ocupados enterrándose entre las piernas y los labios de otra mujer.

Croc. Ese fue el sonido del corazón de Lucas rompiéndose en pedazos mientras la imagen de Diana sola en un taxi, llorando camino a casa se formaba en su mente, transformándola en un recuerdo tan real como si lo hubiese vivido.

—Vaya —dijo Moreno, fingiendo preocupación—. Pues permíteme que te diga que tu amiga debería dejar de perder el tiempo con ese impresentable.

—Eso le he dicho yo. Los bastardos son bastardos aquí, y en Pekín.

—Diana, joder —la voz de Lucas tronó brusca—, que entre Marina y yo...

—Por cierto, señor Moreno —interrumpió Diana, ignorando el estado de ebullición de Lucas—, ¿Tiene hambre? Ya es mediodía.

—Por supuesto. Lo cierto es que me encanta...comer.

—Qué casualidad. A mí también me encanta hacerlo, y tengo un apetito...voraz. Cuando me ponen un plato jugoso delante, me lo como entero, hasta el final.

—¿Así que eres de las que llega hasta el final?

—Hasta el final, señor Moreno.

—Pues en ese caso —dijo Fernández, entusiasmado—, si le parece bien, podemos ir a almorzar a algún restaurante de la costa. El tiempo acompaña, y la gastronomía de Pinar es una exquisitez. Incluso, si quiere, la agente Espona puede acompañarnos en la velada.

—Me encantaría que así fuera —murmuró Moreno, a su lado—. Lo cierto es que me muero por ver esos rojos labios en acción, porque seguro que eres de esas que se chupan los dedos lenta y profundamente después, saboreando hasta la última gota, ¿verdad?

—Hasta la última, señor Moreno.

—Vamos a comprobar de qué pasta estás hecha, Espona.

—¿Va a ponerme a prueba?

—Oh, sí. Ya sabes que el dolor y el placer van siempre de la mano. No habrás experimentado algo así en la vida, puedo asegurártelo. Soy exigente, perseverante, y me gusta probar los límites de todo. Mis secretarias pueden dar fe de ello. Me gusta dejarlas exhaustas y doloridas tras una dura sesión...de trabajo, y lo cierto es que tú pareces idónea para un nuevo puesto que estoy pensando para mi gabinete.

Los nervios de Lucas estallaron. Dio un paso hacia Diana, con la mirada de advertencia de Fernández posada en él, y se volvió, haciéndole frente, con la misma contundencia. No iba a permitir una sola salida de tono más de ese imbécil de Omar Moreno sobre Diana. Como volviese a decirle alguna grosería como esa, o tocarla siquiera, le fulminaría.

—Lucas, joder, cálmate —susurró Víctor, a su lado, y su brazo voló hasta el marcado bíceps de su amigo, que estaba hinchado, por la tensión.

—Estoy calmado. Y suéltame, joder —espetó con rabia, sin poder despegar los ojos de Diana y el Secretario de Estado.

—No, no te suelto, que te conozco. ¿Pero qué te pasa?

—Nada —cogió aire, o resopló, no se sabía bien—. No me pasa nada.

—Pues...controla tu 'nada' antes de que se convierta en 'algo', o saldremos todos volando por los aires.

El Jefe de Policía miró hacia Diana, y suspiró. Lucas era un maldito cartucho de dinamita, y Diana estaba jugando con el mechero. En ese instante, y, en el peor de los momentos, las manos del Secretario de Estado descendieron hasta el trasero de Diana, y Lucas, simplemente...explotó. Como un maldito cargamento de Titadine.

— ¡Quítale las jodidas manos de encima! —rugió, creando un silencio atronador en todo el vestíbulo.

— ¡Lucas! —gritó Víctor.

Omar Moreno lo miró, asustado, y dio un paso hacia atrás, soltando a Diana. Y es que no era para menos. El *gran* Lucas Sanz había vuelto en toda su potencia, y asustaba. Vaya si asustaba. El Director Adjunto Operativo avanzó hasta ellos, con toda la fuerza concentrada en esos músculos de acero, que, tensos, hacían la amenaza más real que nunca.

Diana le miró, con la boca abierta, y a punto estuvo de echar por la borda su maléfico plan y echarse a los brazos del amor de su vida, olvidándose de la cena, de las mentiras, de las discusiones...de todo. Todo había quedado aniquilado ante esa imagen. Lucas era la masculinidad, la potencia y la pasión personificada. Dio un paso hacia él, justo en el momento en el que la otra Diana, la peor Diana, para qué engañarnos, tomó el control de la situación, y sonrió satisfecha ante lo que se planteaba frente a ella.

Le había hecho daño, lo había conseguido. Por fin. Necesitaba que sintiera toda la decepción y la desesperanza que se anclaron en ella la noche anterior, las lágrimas que arrasaron su almohada, las miradas de lástima de sus amigos en la cena. Los sollozos en el taxi, las lágrimas de madrugada, cuando lo imaginó abrazado a otra mujer, besándola, acariciándola, enterrándose en ella, haciéndola gemir y disfrutar como solo creyó que le haría a ella. Necesitaba que sintiera todo eso, y que se hundiera en el dolor de la pérdida. En ese instante Fernández se giró hacia ellos, rompiendo la burbuja que habían creado, y esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Bueno, esto...Sanz, González, la verdad es que nos encantaría seguir charlando, pero debemos irnos, ya saben. Hay que hacer valer los galones.

—Claro, claro. A veces hay que sacrificarse por el grupo —contestó Víctor, intentando disimular el tono sarcástico de su voz.

—Eso es. Espero que puedan ocuparse de todo en mi ausencia.

—Lo haremos, vaya tranquilo.

El Director General les despidió con la mano, mientras ponían rumbo a un flamante Jaguar que les esperaba en la entrada. Lucas bufó, y corrió tras ellos. Diana estaba completamente loca si pensaba irse con ese impresentable a comer. Atravesó la puerta de la comisaría, reteniéndola por el brazo, y la hizo volverse con brusquedad.

—¿Adónde crees que vas?

—¿Pero te has vuelto loco, Lucas? ¡Suéltame!

—La que se ha vuelto completamente loca eres tú si crees que voy a dejar que te quedes a solas con este tipejo. ¿Pero es que no ves lo que pretende?

—Supongo que llevarme a la cama, exactamente lo mismo que querías tú —su mirada destiló tanta rabia que parecía que las pestañas iban a arder en cualquier momento—. Aunque al menos con él podré revolcarme en sábanas de satén.

— ¡Joder, Diana!

—Joder, Diana, no. No eres nadie para recriminarme con quién estoy, o no. ¿Pero quién te crees que eres?

—Soy tu...tu... ¡Maldita sea!

—Exacto. Ya no eres nadie para mí. Así que, por lo que a mí respecta, ya puedes volver con la zorra con la que estabas anoche. Igual tienes suerte hoy también, y consigues que se baje las bragas antes de la hora del almuerzo.

—Joder, Diana, que entre Marina y yo no...

—Me importa un comino lo que haya pasado entre vosotros dos, quién estaba encima, debajo, o de lado. Me da igual de cuántas formas te la tirarás, y por dónde. Me da exactamente lo mismo. De la misma manera que a ti te va a dar igual de cuántas formas deje que el cretino de Moreno me folle sobre la mesa del reservado del restaurante. ¿Lo has entendido?

—¿Eso es lo que quieres? ¿Acostarte con ese impresentable por despecho? ¿Es que has perdido la cabeza?

—No, Lucas. Ya la perdí una vez, y fue por ti. Pero eso se acabó. Tú y yo ya no somos nada. Nada. Así que igual aprovecho que tengo a Moreno comiendo de la palma de mi mano, y le pido que me conceda el traslado que tú me niegas.

—¿Eso es lo que pretendes con todo esta escena? ¿Que Moreno te conceda el traslado?

—Veo que lo vas pillando.

—Dime, ¿tanto me odias que necesitas poner kilómetros entre nosotros?

—Tú lo has dicho.

Aquello fue peor que una, mil cuchilladas. Se apartó lentamente de su lado, viendo cómo se internaba en el Jaguar, junto a Moreno, y sentía la mano de Fernández posada en su brazo, cuchicheando.

—Tranquilo, Sanz, ella se lo pasará bien con nosotros. En todo caso, espero que sepa fingirlo. Necesito tener a Moreno contento, y Espona es la distracción perfecta para un tipo como él.

Lucas giró el rostro hacia él, colérico. Iba a matar a ese imbécil, por Dios que iba a hacerlo. Fernández se apartó de su lado, azorado, y se metió en el lujoso coche, cuyo chófer arrancó, internándose en el tráfico, mientras Lucas los veía alejarse desde la acera. Palpó las llaves del Audi en su pantalón, y entró de nuevo en la comisaría, enfilando hacia los garajes.

—¿Adónde crees que vas, Lucas? —escuchó la voz de Víctor tras él.

—A buscarla a ese maldito restaurante. No voy a dejar que ese cerdo vuelva a ponerle un solo dedo encima.

—Tú no vas a ir a ningún sitio ni vas a hacer nada porque esto te puede costar el puesto.

— ¡¿Qué?! ¡¿Pero tú has visto como la miraba?! —estalló—. ¡Se la estaba tirando en todas las posturas inimaginables, joder!

— ¡Maldita sea, que Diana sabe cómo capear a tipos como ese!

— ¡¿Y si no sabe?!

—Lucas, por favor, déjalo estar, que te vas a meter en un problema.

—Pues bienvenido sea ese problema, Víctor, bienvenidos sean todos los malditos problemas.

Se volvió sobre sus talones, y se alejó de su amigo, bajando los peldaños de tres en tres, casi aniquilándolos a su paso. Llegó al garaje de la comisaría, ignorando las miradas interrogantes del resto de agentes, y distinguió su coche casi al fondo, en la plaza de siempre, mientras su frustración y su enfado seguían compitiendo entre sí, y sus pensamientos desembocaban en una sola línea.

Si Diana estaba resentida con él por lo de la noche anterior, lo discutirían, se tirarían toda la maldita comisaría a la cabeza si hacía falta. La encerraría en su maldito despacho y le haría entender de la mejor forma que sabía que estaban hechos el uno para el otro. Eso es lo que haría, lo único que podía hacer. Llegó al Audi, y el coche alemán rugió como nunca al encenderse. Salió a la carretera, con los gritos de Víctor de fondo.

— ¡Lucas, joder, Lucas, Lucas, por Dios, no hagas ninguna tontería. Lucas...joder, para, maldita sea, no hagas ninguna...!Bah, da igual lo que le diga —dijo, a nadie en particular—, total, va a hacer lo que le dé la gana.

Miró la enorme puerta de entrada del garaje, sacudiendo la cabeza, y se volvió, metiendo las manos en los bolsillos, intuyendo el final de esa historia. Ya lo había visto otras veces, y nunca acababa bien. Jamás lo hacía.

Veinte minutos después, y a kilómetros de la comisaría, Fernández, Moreno y Diana estaban sentados en la mesa del lujoso restaurante Bohemia, un sitio coqueto y elegante con una vista preciosa de la costa de Pinar. Apenas les asignaron mesa, miró a Moreno, y tomó asiento en el lado opuesto al que estaba él. Había fingido todo lo que había podido delante de Lucas para ver cómo su rostro pasaba del rojo al púrpura más oscuro, pero eso había sido todo. No iba a consentir más salidas de tono de ese impresentable de Moreno ante ella, pese a lo que le hubiese dicho a Lucas. Si él la había preferido por encima de otra mujer, se lo haría pagar, pero no con ese cretino.

Ladeó una sonrisa al imaginarse qué haría Lucas si ella volviese del almuerzo del brazo de Moreno, con el pelo revuelto, las mejillas encendidas, la ropa mal colocada y sin rastro de carmín en los labios. La respuesta la hizo sonreír. Le mataría. Lucas le mataría, así de simple. Y no de forma rápida e indolora, no. Le haría sufrir.

En ese momento, un diligente camarero y un sumiller se personaron en la mesa para informarles del menú y la carta de vinos, y Moreno les hizo una señal de que se ausentaba, diciendo algo sobre examinar la bodega del restaurante, a lo que tanto Fernández como ella respondieron con un asentimiento de cabeza.

Lo vieron alejarse, y Diana suspiró, aliviada. Moreno era un político de la peor calaña, enchufado, de pocas luces y turbia mirada que vendería su alma al mejor postor. Era un impresentable, con todas las letras. Abrió la carta, mirando por encima de las hojas al Director General de la Policía, aprovechando para estudiarle. Lo cierto es que Fernández imponía. No era su porte, ni su rango. Había algo más en él, algo que inspiraba respeto. Entrecerró los ojos, mirando hacia él, e imaginó cómo debió ser en su juventud. Quizás más parecido a Lucas de lo que parecía a primera vista.

—Puedes con esto, Espona —le guiñó un ojo—. No dejes que te acorrale.

La mandíbula de la chica llegó al suelo.

—¿Perdón?

—Que puedes con ese impresentable, Espona. Pero si necesitaras ayuda, solo tienes que darme un puntapié por debajo de la mesa, y le dejaré claros un par de puntos con respecto al trato a mis agentes a ese cretino.

Diana sonrió, y estiró la servilleta sobre su regazo.

—¿Y quién le dice que no sabría defenderme de ese tipo yo solita?

Fernández curvó los labios, y se echó hacia atrás en su silla.

—Ahora entiendo por qué Sanz está tan loco por ti.

«¿Qué?»

Hizo el amago de seguir preguntando, cuando el Secretario de Estado llegó a la mesa otra vez, iniciando un largo monólogo sobre los vinos de la bodega del restaurante la que ni Fernández ni ella prestaron atención. Tras los primeros y segundos platos, escasos, extraños y carísimos, Fernández posó su mirada en él, y, segundos después, en ella.

—Verá, señor Moreno, le he llamado porque quería comentarle un par de asuntos aprovechando su estancia aquí.

—¿De qué se trata, Fernández?

—Dentro de unos meses tengo planeado jubilarme, y había pensado en el candidato ideal para sustituirme.

—Víctor González —suspiró Moreno—. Sí, es el candidato ideal para ese puesto. De acuerdo, organízalo todo, y yo firmaré la petición avalándole. Ha demostrado su valía tanto en el campo profesional como en el administrativo.

Diana sonrió. Víctor era el candidato ideal para ese puesto. Se giró hacia Moreno, dispuesta a empezar un discurso sobre la eficacia y eficiencia de su nuevo amigo, cuando sintió la mano de Fernández posada en su hombro. Se giró, confusa, viendo al Director General de la Policía negar levemente con la cabeza, y le miró, confusa. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

—Bueno...aunque lo cierto es que había pensado en Víctor González para sustituirme, creo que voy a cambiar mi decisión.

Diana se echó hacia atrás, incrédula. ¿Acababa de desechar a Víctor? El Jefe Superior de Policía era el candidato perfecto. Serio, eficaz, y diplomático. No había otra opción mejor que esa. Víctor debía ser el elegido. Había desarticulado decenas de grupos criminales durante su etapa en el Devi, el Departamento de delitos violentos, de la policía científica. Por no mencionar su entera implicación en todos los casos que llevaba. No había mejor candidato que él. Parpadeó, y, por unos segundos, el nombre de su jefe, Carlos Rodríguez, brilló como una antorcha, y sacudió la cabeza. Rodríguez era un buen jefe, pero el puesto le venía grande, demasiado grande.

—¿Carlos...Rodríguez? —se aventuró ella, y Fernández negó con la cabeza.

El Secretario de Estado parpadeó, y se inclinó sobre la mesa, intercambiando una rápida mirada con Diana.

—¿Ha pensado en alguien en concreto, o me permite sugerencias?

—No, ya está decidido. Más que decidido, en realidad, y hoy lo he corroborado.

—Fernández, discúlpeme por entrometerme —empezó ella, con voz firme—, pero creo que comete un grave error al desestimar la candidatura de Víctor. No hay otro candidato mejor que él.

—Sí, sí que lo hay, confie en mí. Aunque coincido contigo en que Víctor es un gran profesional, necesito otro perfil quizás más...duro, si puede considerarse así. Y por eso había pensado en Lucas Sanz para el puesto.

El tenedor de Diana se estrelló contra el plato, creando un ensordecedor estrépito en el comedor, mientras su mandíbula se desencajaba. ¿Lucas Sanz, Director General de la Policía Nacional? ¿El mismo Lucas del que ella estaba enamorada, el mismo que casi termina a puñetazos con el Secretario de Estado para protegerla? ¿Ese Lucas? Recordó la expresión de Víctor cuando lo llamó al orden mientras Moreno la manoseaba, y algo se iluminó en su cabeza.

Mientras Víctor había pasado esa actuación por alto, conservando la calma, confiando en que ella misma controlase a Moreno, Lucas, no. Él se había encarado con Moreno, el jefe supremo, por...ella. Y lo había hecho porque eso es lo que se supone que hace un buen policía. Defender, proteger, cuidar. Ladeó una sonrisa, mirando a Fernández, comprendiendo, y aprobando su elección. Solo podía ser Lucas quien le sustituyese, solo Lucas llevaba tatuado en su ADN los valores de un buen agente. Por eso él, y no Víctor, era el elegido.

—¿Y se puede saber por qué Sanz, y no González? —inquirió Omar Moreno.

Diana se giró hacia él, con rictus grave.

«Porque Víctor no se hubiese tirado como un maldito bulldog a por ti, como hizo Lucas, demostrando en un solo segundo más valor del que tú has demostrado en toda tu maldita vida.»

—Necesito que sea él —aclaró Fernández—. Tengo mis razones, y las expondré en su momento, pero ahora, de momento, vas a tener que confiar en mí cuando te digo que debemos

nombrarle a él.

El Secretario de Estado se encogió de hombros, y la miró directamente.

—Espona, usted trabajó con Sanz directamente, ¿Qué piensa de esto?

—Yo...bueno, Sanz es brillante, por supuesto que lo es, e inteligente, valiente, fuerte, tenaz, metódico, eficiente, leal, e íntegro —recalcó la palabra —como pocos.

—Vaya, vaya, ¿Lo admiras, eh?

—Es uno de los mejores policías que conozco, si no, el mejor. Todos le admiramos,

—Vaya, vaya, ya veo. Otra más de su club de fans —bufó, con desdén—. ¿Sabes cuántas chicas han pasado por la cama de ese chulo guaperas? Cientos. Cientos, monada. No diez, no veinte. Cientos. Es un mujeriego, ya te lo habrán dicho.

Diana lo miró, asintiendo. Por supuesto que conocía su fama, pero, no sabía por qué razón, no le importaba. Daba igual cuántas mujeres hubiesen probado su piel antes que ella, cuántas le habrían sentido invadiendo su cuerpo, cuántas habrían probado sus besos, sus caricias, mordido el tatuaje que recorría su brazo y hombro. No le importaba en absoluto porque en el mismo instante en el que él había posado las manos en su cuerpo, supo que solo la tocarían a ella de aquí en adelante. Y todo su pasado, sus conquistas, la larga lista de mujeres que ansiaban probar su piel, dejaron de existir.

—Lo lamento, pero no puedo aprobar, ni avalar, la candidatura de Sanz —dijo Moreno, haciendo que la burbuja de recuerdos de Diana estallara, sembrando todo de cristales.

—No estamos juzgando su vida personal, sino su valía profesional —respondió, contrariada.

—Por supuesto, pero su vida personal nos da muchas pistas sobre qué tipo de Director General sería, y la respuesta es no. Un rotundo no. Lucas Sanz es un buen policía, no me cabe ninguna duda, pero este puesto se requiere sangre fría y templanza. No creo que sea el adecuado.

— ¿¿Qué no es el adecuado?! —arguyó ella, enfadada—. Lucas es eficaz y certero en sus decisiones como pocos. Lo ha demostrado en cada operativo, en cada misión. Sabe mantener la cabeza fría cuando la ocasión lo requiere, y...

—Excepto cuando se trata de usted —la interrumpió.

—¿Qué?

—Todos hemos visto lo que ha ocurrido en el vestíbulo. Sanz ha perdido los papeles con usted, y completamente, además, en ese teatrillo que hemos montado. Si no llega a ser por la templanza de Víctor González, me habría roto la nariz, y sabe Dios qué más, allí mismo.

—Lucas solo...

—Defendió lo que cree que es suyo, lo sé —cortó Moreno, condescendiente—. Pero aquí no necesitamos gallitos de corral, Espona. Aquí las bravuconadas no se premian con galones, sino con expedientes disciplinarios.

Diana encajó la mandíbula, y puso los puños sobre la mesa, dispuesta a rebatirle con varios sólidos argumentos su opinión sobre la profesionalidad de Sanz, cuando Fernández intervino, inspirando con gravedad.

—Espona, por favor, déjenos a solas. El señor Moreno y yo tenemos que hablar.

Ella asintió, confiando en que el director general tuviese un plan, o ella terminaría abofeteando a ese cretino de Moreno. Llevaba aguantándose casi dos horas y ya no podía más.

—Tengo que ir al aseo. Volveré en unos minutos —soltó, airada, y se levantó de la mesa con un movimiento brusco.

Entró al colorido baño del restaurante y se metió en uno de los habitáculos, marcando el número de Lara. Necesitaba gritar, maldecir, chillar...desahogarse como fuera, o explotar. Su amiga contestó tres tonos después, y la oyó chuparse los dedos. No quería ni imaginarse lo que

estaba haciendo, aunque ya lo suponía.

—Hola, Didi, cariño, estaba...estaba trabajando —sonó atropellada.

—No estoy con Fernández, así que respira y sigue zampando bollitos glaseados, Larita.

—Oh, menos mal —resopló, glotona—. Temía que escuchase en directo uno de mis atracones azucarados cuando se supone que debería estar trabajando. ¿Qué tal con el pulpo de Moreno? ¿Es tan cretino como dicen?

—Es peor.

—¿Necesitas que le parta la cara?

—No, tranquila. Tengo mis tacones.

—Está bien, chica dura —se rio—. Supongo que al gran Lucas Sanz no le ha hecho ni pizca de gracia que te hayas ido a comer con ese pulpo, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Le ha faltado poco para tumbarlo de un puñetazo.

—Lo sé. Víctor ya me lo ha contado, aunque no hizo falta, en realidad. De hecho, toda la comisaría lo sabe, gracias a Sanz, que se encargó de que aquello fuese *trending topic* a base de discutir a gritos con Víctor cuando te fuiste con los dos súper jefazos.

—Cielo santo, pobre Víctor. Aunque, bueno, supongo que ya estará acostumbrado a ese tipo de cosas, como son amigos...

—No, no lo estoy —se escuchó la voz del Jefe Superior de Policía de fondo, y ella parpadeó.

—¿Víctor?

—Hola, Diana. Estoy aquí con Lara, comiendo bollitos en el archivo. Necesitaba azúcar tras lo de Lucas —le oyó morder algo, y masticar—. A ver, Diana, tenéis que hablar de una maldita vez, esto no es sano.

—Lo sé, pero...

—Lucas y Marina no se acostaron anoche —se adelantó a su siguiente frase—. No pasó nada, Diana. Nada. Marina se fue de su casa a las once, y él se quedó redactando el informe que pasarán a Fiscalía, y se olvidó por completo de la cena. Eso fue todo.

Diana suspiró, admitiendo que tenía razón. Lucas jamás haría algo así. Asintió, despacio, y puso la palma de su mano contra la pared de pequeños azulejos.

—Bueno, en ese caso, yo...cuando vuelva a comisaría, me pasaré por su despacho, y...

—¿Cómo que pasarte por su despacho? ¿No está contigo en el restaurante?

La sangre de Diana se escarchó.

—¿Qué?

—Salió como un maldito toro de miura en cuanto os fuisteis. Debe estar recorriéndose todos los restaurantes de la costa en su coche hasta dar con vosotros.

—¿Qué? ¿Pero es que se ha vuelto loco?

—Lo cierto es que cuando se trata de ti, pues...

En ese instante una potente voz resonó proveniente del comedor, sobresaltándola.

— ¡Te arrancaré la cabeza con mis propias manos como vuelvas a tocarla! ¡¿Me has entendido?!

— ¡Sanz! —la voz fuerte y grave de Fernández se impuso en todo el local, y supo que la realidad la había alcanzado. Lucas había llegado.

Colgó el teléfono, sin despedirse, y salió del baño, veloz, para encontrarse con Lucas y Moreno midiéndose en un combate feroz. El Director Adjunto tenía las palmas de las manos apoyadas en la mesa con toda la tensión del mundo alojada en esos hombros que la chaqueta apenas podía contener. El cuello tenso, la mandíbula apretada, la mirada clavada en sangre. Era la maldita masculinidad personificada. El Secretario de Estado se quedó tan sorprendido que apenas pudo

reaccionar los primeros segundos ante la sola presencia de aquel hombre que parecía estar a punto de destrozar todo el restaurante a puñetazos.

— ¡Vuelve a mirarla así, o siquiera a imaginártela como lo estabas haciendo, y juro por Dios que será lo último que hagas!

— ¡Sanz! —lo reconvino Fernández por segunda vez, consciente del cariz que estaba tomando la situación.

Sanz lo ignoró, y siguió mirando hacia Moreno, que apenas parpadeaba, o respiraba siquiera. Diana resopló, abrumada. Si Lucas supiese lo que se estaba jugando en aquel almuerzo, cerraría la boca y contendría ese carácter que iba a terminar por arruinarlo todo.

— ¡Lucas! —le gritó, rogando distraer la atención lo suficiente para que el rostro de Moreno volviese al moreno artificial que lucía antes.

— ¡Ahora no, Diana!

— ¡Ahora sí, Lucas!

— ¡¿Qué quieres?! —se giró hacia ella, descolocado.

— Quiero que te vayas. Ahora.

— ¿Qué?

— Ya me has oído.

— ¿Quieres que este cretino siga...?

— Lo que yo quiera no es asunto tuyo. Dejó de serlo hace tiempo, así que vete. Ahora.

La desconcertada mirada que intercambiaron Moreno y Fernández, idéntica a la de los comensales y empleados que quedaban en el restaurante, no eran nada en comparación con el desconcierto que sentía Diana en su corazón en esos momentos al ver a Lucas allí, dispuesto a atravesar de un puñetazo toda la corteza terrestre para apartar a Moreno de ella.

Inspiró, y le señaló la salida. No pensaba dar un espectáculo, y menos con aquellos incómodos testigos en ese momento tan delicado para él. Lucas se estaba jugando su futuro en ese almuerzo, no podía permitirse un solo resbalón más.

— Sígueme, Lucas. Tenemos que hablar.

— Por supuesto que tenemos que hablar —espetó él, sin apartar la vista de Moreno, al que poco le faltaba para esconderse debajo de la mesa.

Diana miró a Fernández, cuyo rostro preocupado era una señal más que mala, y le hizo un gesto con la mano, vocalizando un “Lo siento”, al que el Director General respondió con un suspiro. No lo iban a tener fácil para apoyar la candidatura de Lucas. Se giró hacia Lucas, e inspiró.

— Vamos, por favor.

— Tú primero.

Salieron al exterior del elitista restaurante, y se dirigieron hacia uno de los miradores que estaban al final de la explanada de los aparcamientos, mientras Diana intentaba controlar las ganas de gritarle a Lucas todos los insultos conocidos por estropear el plan de Fernández para él. Apenas llegaron a la balaustrada de piedra desde la que se veía todo el océano batiendo furioso contra los acantilados, se giró, enfrentándose a la oscura mirada de Lucas, que parecía arder en negras llamaradas.

— ¿Se puede saber a qué ha venido eso?

— Podría preguntarte lo mismo sobre el numerito que has montado tú sola en el vestíbulo de la comisaría.

— ¿Perdona?

— ¡Oh, vamos Diana! ¡No te hagas la tonta ahora! ¡Si solo te ha faltado encaramarte a las caderas de ese desgraciado!

— ¡No tienes ningún derecho a juzgar lo que hago con quien yo quiera, Lucas! ¡No tienes ningún derecho! ¡Tú y yo ya no somos nada!

—¿Y qué quieres que haga?¿Que me aparte y deje que tipos como ese te manoseen como si fueses...?

—Sí, Lucas, eso es lo que quiero, y eso es lo que vas a hacer. Olvidarme. Marcharte. Salir de mi maldita vida. Me rompiste el corazón, y...

—¿Y quién te dice que el mío no se rompió también?¿Te has parado a pensarlo alguna vez?

—¿Tú, con el corazón roto? Oh, por favor, no me hagas...

— ¡Sí, Diana! —bramó, dando un paso hacia ella — ¡Con el jodido corazón roto, porque así fue como me dejaste, joder!¿Cómo puedes pensar siquiera que yo no sufrí por lo que pasó? ¡Fue un infierno estar sin ti, maldita sea! ¡Un maldito infierno! ¡Estaba...joder, estaba destrozado!

—¿Y crees que yo no lo pasé mal? ¡Me acostaba y me despertaba llorando cada maldita noche, cada maldita y jodida noche! ¡Así que no me importa que tu corazón se rompiera, porque el mío...el mío dejó de existir ese maldito día!

—Excepto para volver con Borja Gómez, claro. Para eso tu corazón se repuso a la velocidad de la luz.

—¿Qué?

—Oh, venga. ¿Crees que no sé que sigues acostándote con ese traidor?

—¿Pero cómo puedes decir algo así?

— ¡Porque es verdad! ¡Porque parece que para acostarse contigo hay que ser o un maldito embustero, como Borja, o un bastardo redomado, como Moreno!¿Pero a mí? ¡Ah, no, a mí no me puedes ni ver! No, no, no. A Lucas, no. Dime, ¿Tan malo te parezco, tan odioso, tan rastrero, tan...deleznable soy? ¿Es eso?!

— ¡No estoy con Borja, Lucas! ¡No he estado con nadie desde que lo dejamos, porque ya no puedo, ni quiero, querer a nadie que no seas tú!¿Es que no lo entiendes?

La calma que se impuso a esa tempestad de palabras fue tal que ambos sintieron que la tierra acababa de volatilizarse bajo sus pies. El dolor estalló tras los ojos de Lucas, que encajó la mandíbula, y avanzó un paso hacia ella, sin saber bien qué hacer, o decir.

—Diana...

—Por favor, Lucas, márchate.

—Por favor...

—Vete.

La expresión del policía se llenó de desamparo, y se alejó de ella, girando sobre sus talones, mientras el pecho de Diana parecía a punto de partirse en dos. ¿Qué había pasado allí? ¿Por qué ninguno había podido parar? Lo vio arrancar el Audi, levantando una nube de polvo, y se giró hacia el mirador, apoyando las manos en la balaustrada de madera, rompiendo a llorar, con el sonido de las olas chocando contra los acantilados de piedra de fondo. ¿Por qué no podían dejar de hacerse daño el uno al otro? ¿Por qué?

Volvió a la zona del comedor, encontrando solo a Fernández. ¿Dónde estaba el cretino de Moreno? Suspiró, con la respuesta en la punta de los labios. Se había ido, dejando los papeles sin firmar. Maldita sea. La oportunidad laboral de Lucas acababa de esfumarse por su culpa. Cerró los ojos, con fuerza, mordiéndose los labios, y caminó lentamente hacia la mesa, donde la impertérrita expresión de Fernández la saludó.

—Lo siento, Fernández. Siento que por mi culpa su plan se haya estropeado.

—No se ha estropeado nada. Moreno está en el coche, haciendo unas llamadas y firmando unos papeles que le he dado. El espectáculo que Lucas ha dado aquí le iba a costar el puesto, pero le he

hecho ver que apartar a Sanz no era buena idea.

—¿Unos papeles? —No entendía nada.

—Por fortuna, mi hija es una enamorada de la tecnología —señaló un teléfono a su lado —y siempre me aconseja que, cuando esté con tipos como Moreno, lo grabe todo. El indeseable comportamiento que ha tenido con usted en comisaría puede traerle consecuencias a él también, así que hemos llegado a un pacto —sonrió.

—¿Qué clase de pacto?

—Mi silencio por su aval para Sanz. El resto de Jefes Superiores ya han dado el visto bueno a la candidatura de Lucas. Su trabajo como Director Adjunto Operativo le respalda, por lo que es cuestión de días que los trámites finalicen y pueda ser nombrado nuevo Director General de la Policía.

Diana sonrió, pletórica, reprimiendo las ganas de abrazar a ese hombre. Fernández era perro viejo, y conocía el suelo que pisaba. Lucas, y no Víctor, era el tipo de agentes que necesitaba el cuerpo de policía en estos difíciles momentos. Policías con agallas, valientes, kamikazes, si quieres verlo así. Agentes que actuasen con contundencia y con todas las consecuencias contra el crimen. Más calle, y menos despachos. Eso es lo que buscaba Fernández, y eso es lo que Lucas era. Un buen policía. Un magnífico hombre. El amor de su vida.

Miró hacia la explanada de aparcamientos, donde la marca negra de neumáticos del Audi de Lucas aún era visible, y sonrió. Era el mejor policía que existía, y ahora sería el mejor Director General que podría haber. Lo había conseguido. Miró hacia él, satisfecha, y tomó un sorbo del café que había en la mesa, que ya se había quedado tibio, mientras Fernández la miraba, pensativo. El Director General se apoyó sobre los codos, y suspiró profundamente antes de hablar.

—Sanz es un buen tipo, Espona, además de uno de los mejores policías que he conocido.

—Lo sé.

—Sí, lo doy por hecho, pero no me refiero solo a profesionalmente —tomó aire —¿Sabes por qué le pusieron la bomba hace cinco años en aquella explanada?

—Estaría investigando algo, y...

—No. Fue por una mujer.

Una bloque de hielo no habría enfriado tanto la sangre de Diana como había conseguido hacer esa frase.

—¿Qué?

—Se llamaba Aria Mederos, e, ironías de la vida, pertenecía a asuntos internos. Además de una de las mejores policías de su promoción, era una de las principales topas de una organización criminal. Era su prometida, Diana.

—¿Qué está...qué está diciendo?

—La exprometida de Lucas era una topo, como lo fue Borja Gómez, su expareja.

La mano de Diana voló a su boca, incapaz de asimilar semejante coincidencia, cuando un haz de luz se abrió en su mente, y se giró rauda hacia Fernández.

—¿Fue Lucas quién...?

—No, claro que no. Fueron otros los que llevaron la investigación —frunció los labios—. Fue una detención rápida, discreta, al igual que el juicio contra ella, y su ingreso en prisión.

El corazón le dio un vuelco. No quería ni imaginarse lo que había sentido al ver con el traje de presidiaria a la mujer a la que había entregado su corazón, la misma que había encargado que le mataran. Devastado, roto, aniquilado. Así es cómo debió sentirse. Y ella había vuelto a romperle el corazón. Miró al Director General, suspirando, y algo en ella, simplemente, cambió en ese momento. Tenía que recuperar al amor de su vida.

Víctor se limpió los restos de azúcar glass en la servilleta que le tendía Lara, mirando hacia la guapa agente. Lo cierto es que no había bajado a archivo solo para desahogarse tras la escena de Lucas. Necesitaba revisar algunos informes que pudiesen demostrar que la corazonada que tenía en relación al caso era cierta. La idea que Diana le había planteado la noche anterior, en relación a buscar en segmentos más pequeños bajo el prisma adecuado, había activado una luz en él. Ese era el camino. Menos, es más. Debía simplificar, empezar desde cero, abriendo bien los ojos.

Estaba convencido que la pista que buscaban debía remontarse al pasado, hasta la mismísima entrada de los Brozovic en escena. El operativo 'Escorpión alado', y para eso necesitaba a Lara. Era casi tan buena investigadora como Diana, y tenía acceso ilimitado a los archivos, justo donde debían buscar la información que permitiera, de una vez, resolver el maldito caso.

—Lara, tengo que hablar contigo. Es sobre el caso que lleva Lucas.

—¿Qué pasa, Víctor?

—La situación está complicándose. Desde la Fiscalía nos están pidiendo cada vez más pruebas con las que probar la implicación de los Brozovic con los Romenev, y Lucas ya no sabe ni dónde encontrarlas. Las que consigue hallar, las rechazan por errores en las formas. Por eso Lucas está tan desquiciado, porque está enviando a docenas de agentes al peligro para que luego no les admitan las pocas pruebas que consiguen obtener.

—Cielo santo. ¿Vamos tan mal?

—No, por suerte, aún no. Marina Espino ha dado con algo, pero no sé exactamente el qué, pero que debe ser muy contundente como para que Lucas redactara el informe esa misma noche y lo enviara directamente a central encriptado. Esta mañana ha pasado directamente a Fiscalía, lo que significa que, por fin, tienen algo lo suficientemente sólido como para empezar a tramitar una demanda.

—Eso es una gran noticia, pero aún no comprendo cómo encajo yo en todo esto.

—Escucha atentamente. Necesito encontrar unos archivos muy concretos. El informe del operativo 'Pez de Siam', y... 'Escorpión Alado'. Esa operación fue la última vez que los Brozovic salieron a escena, y algo me dice que algo debió pasar allí, algo que explique lo que está ocurriendo ahora. Creo, y espero equivocarme, que ambas misiones tienen algo en común, algo que se ha repetido dos veces en el tiempo, y que ha desencadenado las peores consecuencias.

—¿Y crees que si encontramos ese algo daremos con la clave de todo?

—No lo sé —se frotó el rostro con las manos, agobiado—. Las altas esferas no quieren que la investigación siga su curso, Lara, y se nos está acabando el tiempo.

—¿Por qué no querían algo así? Se supone que...

—Oh, vamos, piénsalo. ¿Una guerra entre criminales que lleva años gestándose delante de nuestras propias narices, sin que hagamos nada? Eso es un escándalo. Y más si es la propia policía la que está controlando a qué grupo criminal favorece. No pueden permitir que el caso del mayor escándalo policial culmine con un nuevo fracaso. Buscarán un cabeza de turco, y carpetazo al asunto. Y no podemos permitir que eso ocurra, Lara. Lucas es mi mejor amigo. Si le cierran el caso por falta de resultados, lo desacreditarán ante toda la cúpula.

— ¡Pero Lucas se está dejando la piel en esto, no es justo!

—Lo sé, y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarle. Pero para eso, te necesito. Solo tú puedes ayudarme con lo que estoy buscando, Lara, solo tú, por eso te pido, te suplico, que me ayudes. Por favor, ayúdame a acabar con esto. Ayuda a Lucas.

Lara suspiró, y miró a su amigo. Por supuesto que le ayudaría.

—Estoy dentro, Víctor.

Casi rozando el crepúsculo, Diana volvió a comisaría tras la comida con Fernández y Moreno. La expresión de Moreno al despedirse de ella iba a quedar grabada en sus retinas para siempre. Apenas se atrevió a mirarla, y ella había sonreído. La amenazas de Lucas son para tomarlas en serio, y el Secretario de Estado había tomado nota de ello. Atravesó el casi desierto vestíbulo del edificio, y avanzó con decisión hasta el despacho de Lucas cuando la voz de un policía la hizo casi tropezar del susto.

—Si estás buscando a Sanz, ha ido abajo, al gimnasio —dijo el hombre, sin dejar de teclear en su ordenador, con un bolígrafo atravesado en la boca.

—¿En el gimnasio, dices?

—Sí. ‘El angelito’ llegó hace unas horas de no sé sabe dónde, y lleva gritándonos toda la tarde como un maldito energúmeno. Incluso Víctor González ha desaparecido, así que imagínate el humor que tiene hoy. Así que mi consejo es que, si vas a darle una mala noticia, será mejor que lo hagas otro día. El jefe hoy no está para nadie.

Diana farfulló un “gracias”, seguido de algo más, no supo bien el qué, y bajó las escaleras, rumbo al gimnasio. Conocía perfectamente el origen del mal humor de Lucas, y algo le decía que la situación no iba a mejorar pronto. Apenas pisó el último peldaño, la música de *Black Label Society* resonó por toda aquella sala llena de aparatos, y su cuerpo entero se tensó al ver de espaldas a la puerta, sentado sobre un banco, y con dos voluminosas pesas en cada mano, al hombre que siempre conseguía bajar todas sus defensas. Era perfecto. Lucas era una obra maestra que el pecado había otorgado a los simples mortales, y ella había bebido de su elixir hasta envenenarse.

—Lucas...

El policía se giró hacia ella, dejando las pesas en el suelo, y se dio la vuelta, irguiéndose frente a ella, que se quedó contemplando las gotas de sudor que recorrían los pectorales del Director Adjunto Operativo, su trabajado abdomen, sus fuertes y musculados brazos, y ese tatuaje que ella había mordido tantas veces que estaba segura que la marca de sus dientes aún seguía allí, que Lucas carraspeó, molesto.

—¿Qué quieres, Diana? —preguntó, apagando la cadena de música —¿Vienes a seguir con lo de antes?

—No, yo solo...solo venía a decirte que me voy a casa —improvisó. De repente, la idea de quedarse allí para hablar con él sobre la situación le pareció el peor plan que podía existir.

Se giró, y caminó presurosa hasta las escaleras, maldiciéndose por ser tan cobarde.

—Espera, Diana. Por favor, espera —le escuchó decir, detrás de ella—. Necesito...necesito decirte algo. Yo...joder.

—¿Qué...qué quieres decirme?

—Yo solo...he estado pensando, y...he estado dándole vueltas a algo toda la maldita tarde, y por eso yo...he decidido que...maldita sea.

—Lucas...

—No, por favor, déjame terminar. He decidido que, si necesitas...si necesitas que firme tu traslado, lo haré.

—¿Qué?

Su mano voló a su pecho, y boqueó. Le faltaba el aire, No podía respirar, no podía...maldita sea, aquello no podía estar pasando. Así, no. Lucas no podía irse ahora de su vida, no cuando tenía más claro que nunca lo que sentía por él.

—Pues que firmaré tu traslado, Diana, ése que estabas dispuesta a suplicarle al cretino de Moreno. Yo...lo firmaré, esta misma tarde, si quieres.

—¿Por qué ahora?

—Porque bueno, yo no puedo...no puedo irme ahora, Diana, no hasta que no acabemos con la investigación, así que tu traslado solo sería algo temporal, solo hasta que cerremos el caso y yo me vaya otra vez a Madroñal.

—Pero Lucas, yo...

—Ya nos hemos hecho todo el daño que pueda hacerse, así que lo mejor es que nuestros caminos se separen en este punto. Ni tú ni yo nos merecemos sufrir tanto, Diana. Hoy por fin lo he comprendido. Tuvimos algo precioso, y es mejor que lo recordemos así, con todo lo bueno que nos pasó, con todo lo hermoso, con todo el cariño, con todo el amor. Dejémoslo estar. Lo hemos intentado, y no ha salido bien. De hecho, ha salido todo lo mal que podía salir, todo lo mal que nunca pensé que saldría, y ya es hora de que cada uno busque su propia felicidad, pero lejos el uno del otro.

La mirada de Lucas se posó en la suya, sin rencor, sin odio, sin...emoción. Y eso, más que ninguna otra cosa, la asustó. Los ojos del policía ya no hablaban de tiempos pasados, de frases hirientes, de combates verbales...no. Esto era diferente, y solo la desolación y la nada más absoluta llenaban esas pupilas que ahora la observaban, fijas. Se había acabado. Acabado. Era el fin. El fin que nunca quisieron tener que vivir.

—Sobre la mesa de mi despacho —continuó él, mientras ella era incapaz siquiera de respirar — están los papeles del traslado con mi firma ya estampada. Solo tienes que firmarlos y rellenarlos. Puedes elegir el destino que prefieras, no hay problema con eso. Cuando lo hagas, déjalo en administración. Ya he dado orden para que se tramiten vía urgente, así que no debería tardar más de cuarenta y ocho horas.

El silencio cayó a plomo, hiriendo, rasgando, cortando el maldito aire.

—Te voy a echar de menos, Lucas.

—Y yo a ti, Diana. Te voy a echar muchísimo de menos.

Más silencio, más dolor. Más tristeza. Se quedaron en completa quietud, sin decir una sola palabra, hasta que Diana giró sobre sus talones, luchando con la impotencia, la tristeza, la decepción, la sensación de haber cerrado la historia de amor más bella de su vida, y casi corría hacia las escaleras.

—Siento lo de la cena —dijo Lucas, casi en un murmullo, cuando ella atravesó el umbral de la puerta, y se volvió.

—¿Qué?

—Que siento...siento muchísimo lo de la cena. Ya sé que no te va a valer de nada una disculpa a estas alturas, pero necesito que lo sepas. Marina solo estaba en casa ayudándome con unos informes, solo eso, te lo juro. Ella y yo...joder, no podría haberme acostado con ella cuando es a ti a quien tengo en la cabeza todo el maldito día. Yo...maldita sea, no puedo, ni quiero estar con otra mujer que no seas tú.

«Ni yo podría estar con otro hombre que no fueras tú, Lucas. Nunca.»

Y era cierto. Porque ninguno la hacía sentir como él. Viva. Amada. Invencible. Alzaron la mirada el uno hacia el otro, y tan solo hizo falta un chispazo en las pupilas de ambos, solo uno,

para que todo empezara a recomponerse. Diana amagó una sonrisa, y alzó los ojos hacia los suyos.

—Era por ti.

—¿Qué?

—La comida de hoy con el Secretario de Estado. Era por ti, Lucas. Fernández te ha propuesto para que le sustituyas como Director General de la Policía. Y Moreno ha avalado su petición.

— ¡¿Qué?!

Los ojos del policía se abrieron de par en par, sin ser capaz de reaccionar de ninguna manera. Él, Director General de la Policía Nacional. Él. De todos los agentes que tenía el cuerpo, lo habían designado a...él. Se pasó la mano por el pelo, y alzó los ojos hacia ella, viendo el destello de orgullo en su mirada.

—Según me dijo Fernández, el resto de comisarios provinciales del país han avalado tu nombramiento también. Y, como no han propuesto a nadie más, dentro de unas pocas semanas tomarás posesión del cargo.

—Diana, esto es...es...

—Impresionante, sí. Bueno, como tú, ¿no? Ya sabes, el gran Lucas Sanz, y todo eso —sonrió, con los ojos empezando a aguarse—. Eres el mejor policía que conozco, y por eso sé que serás el mejor Director General que haya existido.

—Yo...—se apoyó en la pared, cruzando los musculados brazos, y miró hacia ella—. Diana, esto...esto es...

—Increíble, Lucas. La palabra es increíble. Bueno, ya podré contarle a mis nietos que un día trabajé con el gran Lucas Sanz, Director General de la Policía Nacional.

—¿Tus nietos?

—Sí, bueno, es un decir, la verdad es que no sé qué haré dentro de...

—¿No...nuestros nietos?

Diana contuvo el aire, y parpadeó, mientras sentía el frío en sus manos, su corazón detenerse, y el suelo temblar bajo sus pies por la implicación de las palabras que acababa de pronunciar Lucas. Sus nietos. Le miró, y la imagen se formó sola. Vio una boda, hijos, una casa grande llena de juguetes, libros, fotos, música y recuerdos. Vio felicidad, sonrisas, besos...Vio una vida plena al lado del hombre que amaba. El único hombre con el que quería compartir todo eso. Al maldito amor de su vida. Lucas.

Le sintió acercarse a ella, sin que su cuerpo reaccionara de ninguna manera para apartarle. Sus brazos se anudaron alrededor de su cuerpo, sus labios se estrellaron contra los suyos, en un compás frenético, arrebatador, desesperado, y todo volvió al natural orden que la vida debía llevar. Sintió cómo Lucas la izaba, apoyándola en sus caderas, y se ancló a él con fuerza, con deseo, con toda la apremiante necesidad de sentirlo de todas las formas posibles tras tanto tiempo. Le necesitaba, aquí, ahora. Para siempre.

—Lucas...

—No me digas que no —jadeó él contra su boca—. Hoy no, Diana.

—No te digo que no —exhaló, cuando la lengua del policía recorrió su cuello—. Jamás te diría que no, Lucas.

Y se perdió en su boca, en su aroma, en sus fuertes brazos, en su cuerpo, que la reclamaba. Los besos subieron de intensidad, y sus cuerpos reaccionaron como siempre lo hacían, con deseo, urgencia, anhelo, olvidando todo a su alrededor, las peleas, las discusiones, las lágrimas, los desafíos. Todo quedó atrás, y los sentimientos se expusieron desgarrados, en canal, sin importar nada más. Podían acuchillarse el corazón el uno al otro hasta desangrarse, que se seguirían amando con toda la crudeza, en cada asalto, en cada beso.

Diana apretó su agarre, y Lucas gruñó contra su boca, yendo hasta la zona de duchas, desierta a esas horas, y toda la tensión y el deseo de los últimos días se liberó al fin. Las prendas volaron, cayendo lánguidas sobre el suelo de pizarra, y Lucas la apoyó contra la pared, activando el agua con el puño sobre el botón de acero, que obedeció al instante, y unos potentes chorros de agua caliente cayeron sobre ellos, empapándolos al instante. La locura y los instintos más primitivos se desataron al fin, mientras el agua seguía cayendo por sus cuerpos mientras sus manos y sus bocas acariciaban, raspaban, arañaban, mordían, lamían, en una tormenta de jadeos y gemidos imparable.

Lucas no le dio un solo minuto de tregua, y exigió, reclamó, probando su cuerpo, llevándola al límite, hasta que ella supo que tendría que parar o iba a deshacerse allí mismo, mientras sentía la excitación de Lucas presionando su cuerpo. Estaba excitada, muy excitada, y apenas podría contenerse más. Le necesitaba, Ahora. Ya. Él la miró, negando con la cabeza, y ella gimió, desesperada, al adivinar sus intenciones. Lucas se arrodilló frente a ella, y puso sus muslos sobre sus hombros, sin separar sus ojos de los suyos. Esbozó una sonrisa canalla, y ella volvió a gemir. Iba a atormentarla, y lo iba a hacer a conciencia. El policía se puso en pie, con ella sobre sus hombros, y se vio en el aire, con sus talones golpeando la espalda del policía.

—Lucas...

—Agárrate al borde de la pared de la ducha, princesa. Vas a ver las malditas estrellas.

Ella obedeció, y un solo segundo después, la boca de Lucas se hundió en ella, haciéndola gritar su nombre, mientras sus dedos arañaban el borde de la ducha y sentía el agua caer sobre ellos, con fuerza. Aquello era el maldito paraíso. La lengua del policía siguió mimando esa parte de su cuerpo sin pausa, mientras ella enredaba los dedos en su corto cabello y tiraba de él con fuerza. Su respiración se desbocó por completo, y un gemido denso, orgásmico y devastador barrió toda aquella maldita sala.

El policía clavó sus dilatadas pupilas en ella, con la respiración entrecortada, y la bajó al suelo, sintiendo cómo sus piernas temblaban y su feminidad palpitaba, exhausta e hinchada por esa brutal sesión de placer. El policía la puso de cara a la pared, separándole las piernas, y el agua de la ducha salió casi hirviendo. Lucas se pegó a su espalda, y apartó su mojado cabello hacia un lado, susurrando en su oído.

—Voy a hacer que no olvides mi maldito nombre.

—Lucas —jadeó, vulnerable.

—Eso es, Diana. Me llamo Lucas.

La embistió con fuerza, y ella gritó. Los labios del policía cubrieron los suyos, mientras su lengua invadía su boca en una violenta acometida, y su cuerpo entero le seguía a la zaga. Una y otra vez, hasta el maldito fondo de su alma. Las caderas del policía impactaron una, dos, tres...veinte veces contra su cuerpo, y cerró los ojos, dejándose llevar como nunca. Porque nada importaba en ese momento.

Estaban juntos, en perfecta sincronía, como el destino, las estrellas y el mismísimo poder divino marcaban que así debía suceder, y eso es lo único que importaba. Porque así estaba marcado. Porque era él, porque era ella. Porque se pertenecían. Porque nunca se habían olvidado. Porque se amaban. Hasta el fin. Y todo estalló en una armonía de colores.

Lucas salió de la ducha con la esponjosa toalla blanca envuelta alrededor de las caderas, mirando hacia Diana, que, envuelta en otra toalla, con el cabello cayendo en una dorada cascada por su espalda, le miraba con arrobó. Se acuclilló frente a ella, y la abrazó por la cintura, besándola una vez más, como jamás se cansaría de hacer, con dulzura, calidez, sintiendo la

envolvente y poderosa sensación de vuelta al hogar. Porque eso era Diana para él. Su hogar, su amor, su vida. La policía le miró, con una sonrisa chispeante, y susurró contra sus labios, frotando la punta de su nariz contra la suya.

—¿Vamos a casa?

Jamás una simple frase sonó tan bien en sus oídos.

—Por supuesto, preciosa. Me visto y te espero en el garaje.

—¿Me vas a hacer esperarte en el garaje? —Torció el gesto—. El jefe de esta comisaría es un perverso, y cada vez que me ve, intenta arrancarme la ropa. No estoy segura de que esperarte sola sea lo más seguro para una chica dulce e inocente como yo.

Lucas se carcajeó, y se deshizo de la toalla que envolvía el cuerpo de su chica.

—¿Así que un perverso, eh?

—Y de los peores, además de un gruñón insoportable.

—¿Gruñón y perverso? Vaya, vaya. Creo que tendré unas palabritas con él para dejarle claros un par de puntos. Y si se pasa de listo, le meteré un tiro en el trasero.

—En el trasero, no, por favor. Lo tiene precioso, y me encanta mordérselo.

La carcajada de Lucas resonó por todo el gimnasio, mientras se cargaba a Diana al hombro, rumbo a las duchas otra vez. Apenas cruzaron la zona de vestuarios, el estridente tono del móvil de Lucas les sobresaltó. ¿Pero es que no podían dejarle en paz un solo minuto? Bajó con delicadeza a Diana al suelo otra vez, tendiéndole la toalla para que se tapara, y fue hasta el banco, donde revolvió el bolsillo de su pantalón hasta que dio con el dispositivo. Dio un par de toques a la pantalla, y contestó rápidamente con el seco “Sanz” de siempre, mientras Diana, a su lado, escuchaba con atención.

—Sí, entiendo, doña Berta, pero lo siento, ya no hago ese tipo de trabajos, ahora se encargan otros...Sí, descuide, se lo diré a los chicos para que organicen un seguimiento...sí, no se preocupe...Carla Álvarez, sí...sí...

Diana se detuvo en mitad de un movimiento, y su mirada voló veloz hacia el teléfono. ¿De qué le sonaba el nombre de esa chica? Carla Álvarez...Carla Álvarez...¿Por qué le sonaba tanto? Lucas siguió hablando y ella agudizó el oído, mientras ese nombre daba vueltas en su cabeza sin parar. Había escuchado ese nombre antes, pero la cuestión era dónde, y por qué.

«Carla Álvarez...Carla Álvarez, vamos, piensa, Diana, ¿De qué te suena? Carla...Carla...»

La imagen de Sasha, la abogada de día, y camarera *pin up* de noche, irrumpió como un destello en su cabeza, y el nombre de Carla Álvarez tomó sentido en su cabeza. Esa chica, Carla, era amiga de Sasha y de Verónica. La medio novia, o lo que fuera, de Hans Kleiman, el arquitecto austríaco amigo de Ricardo. Era ella, sin duda. ¿En qué maldito lío se habría metido? Miró a Lucas, que seguía hablando con el ceño fruncido, y reaccionó. Sea lo que sea que hubiese pasado, tenía que ayudarla. Le hizo una señal a Lucas, que apartó el teléfono, y la miró con gesto interrogante.

—¿Qué ocurre, Diana? —susurró.

—Acepta el caso. Sé quién es esa chica.

—¿Cómo que sabes quién es?

—Sí, sé quién es. Por favor, acéptalo. Acepta el caso.

El Director Adjunto Operativo de la Policía asintió, dubitativo, y siguió hablando por teléfono, sin que su mirada se desviase de la de Diana ni un solo segundo, hasta que un nombre apareció como caído del cielo. Se despidió con un preocupado “Seguiremos en contacto, envíeme toda la información”, y colgó.

—Lucas —empezó Diana—, esa chica es amiga de Sasha Spencer, una buena amiga mía de la facultad de Dere...

No la dejó terminar. Se acercó hasta ella, y, tomándola por las mejillas, le dio un sonoro beso en los labios.

—Eres brillante, joder.

—¿Qué? ¿Pero qué demonios...?

—Los que me acaban de llamar son los Álvarez de Ruano, los dueños de la empresa siderúrgica ‘Metal Pinar’, ¿Te suenan?

—Sí, claro que me suenan, pero sigo sin entender qué tienen que ver con Carla Álvarez.

—Carla es su nieta. Al parecer, vive ahora en Encinar, y un tipo la está siguiendo, y ya te puedes imaginar para qué.

— ¡¿Qué?! ¿Pero...y por qué no lo denuncian a la policía? ¿Por qué te han llamado a ti directamente?

Lucas inspiró, pasándose la mano por la mandíbula, mirándola con gravedad. No podía explicárselo ahora, la historia era larga de contar. Años atrás, él, junto a otros compañeros, habían sido destinados a una célula especial dentro de la policía que se encargaba de todos los asuntos turbios de los que nadie quería ocuparse: interrogatorios de dudosa garantía legal, investigación de atroces asesinatos, tráfico de seres humanos, seguimientos al margen de la ley y estafas a gran escala. Apenas duraban unos meses allí, y los enviaban a otros departamentos para no levantar sospechas.

Muchos casos consiguieron resolverse gracias a esta extraña y secreta unidad contra el crimen. Casos que nunca salieron a la luz pública para no delatar sus actividades, que habían dado frutos más que satisfactorios desde su implantación. Y ahora, una vez más, los iba a seguir dando.

—No puedo explicártelo ahora. El caso es que quienes han ordenado el seguimiento son los mismísimos Schneider. ¿No te dice nada ese apellido?

—¿Schneider? Pues...no, no sé quiénes son.

Lucas se sentó a su lado, apoyando los codos en las rodillas, mirando hacia ella.

—Los Schneider —explicó, con gesto grave— son un poderoso matrimonio austríaco de políticos de ideología difusa que financiaron su campaña a través de varias empresas fantasma propiedad de los Romenev, y, más adelante, de los mismísimos Brozovic, el grupo al que estamos investigando. El caso es que jamás pudo probarse dicha conexión, y al final las autoridades austríacas se vieron abocadas a cerrar el caso.

—Entonces, ¿Crees que podríamos probar nosotros esa conexión?

—No, claro que no —negó, enérgico—. La conexión de los Schneider con los Brozovic solo tiene un punto interesante para nosotros, y es que si han amenazado a esa chica de forma personal, lo lógico es que manden a uno de sus esbirros de máxima confianza para matarla.

—¿Crees que...? —su mano voló a sus labios, conteniendo un grito.

—Sí, por desgracia, sí que lo creo. Es más, estoy cien por cien seguro de que planean matarla. Pero...—apuntó con un índice—Aquí la pregunta interesante es saber de dónde saca un matrimonio como los Schneider un matón de confianza.

Diana le miró, comprendiendo.

—Del clan Brozovic —respondió.

—Exacto. Y me juego el cuello a que es alguien al que aún no tenemos fichado. Alguien que conoce todos sus nombres, sus escondites, alguien —la miró fijamente—, que puede poner punto final a todo esto.

Lucas ladeó una sonrisa, mirando a su chica. Ese tipo, fuera quien fuese, era un maldito esbirro de los Brozovic, e iba a darles toda la maldita información que necesitaban de forma extraoficial. Iban a interrogarle, y le sonsacarían todo: escondites, nombres, fechas...ese maldito iba a cantar

todo el maldito repertorio de la ópera de Viena.

Hacía más de una hora que Lara estaba sentada con sus amigas en aquella cafetería, viendo cómo devoraban bollitos y café sin pausa, preguntándose cómo era posible que siempre tuviesen tanta hambre. Se echó hacia atrás en la silla, mirando hacia Diana, que hablaba con Valentina con una sonrisa en los labios, y sonrió. Parecía feliz, como desde hacía semanas no la veía. ¿Habría vuelto con Lucas? La miró, mientras la veía limpiarse los rojos labios con una servilleta, antes de meterse otro bollito glaseado en la boca, y apoyó el mentón en la mano, inclinándose sobre la mesa.

—¿Qué tal, Didi? —preguntó —¿Qué haces ahora en ese mini despacho que te han puesto?

—Pues...más de lo mismo —mintió. No podía desvelar la investigación en torno a Carla Álvarez que llevaba con Lucas—. Estoy haciendo tantos sudokus que debo haber batido algún estúpido récord mundial.

—Vaya.

—Sí, vaya.

Llevaban dos semanas de vigilancia exhaustiva a la amiga de Sasha, Carla Álvarez, ayudados por dos agentes de máxima confianza de Lucas, y que, junto a ellos, llevaban ese nuevo caso del que no debía haber constancia a nivel oficial. Lucas había localizado a ese indeseable que seguía a Carla Álvarez a las pocas horas de empezar la misión, y le había mostrado su ficha a Diana. Era un hombre corpulento, con tatuajes en la cara, el cuello y los brazos, y una mirada tan tenebrosa y sucia que se estremeció.

«Grigory Golubev. Criminal reconocido, asesino a sueldo, y un largo etcétera que será mejor que no os imaginéis siquiera —les había dicho el Director Adjunto—. Está ahora en España, con lo que tenemos una oportunidad única para capturarlo. Debemos estar atentos.»

Pero eso no era todo. Lucas y ella habían vuelto, y estaban recuperando cada minuto perdido. Dio un sorbo a su café, evocando los labios de Lucas rodando por todo su cuerpo, las gotas de sudor resbalando por su espalda, sus dedos, sus manos. Su cuerpo ardiendo en llamas, su boca susurrando en su oído su nombre, y tuvo que cruzar las piernas con fuerza o aquello iba a terminar francamente mal.

—¿Y tú en archivo, Lara? —preguntó, para alejar sus fantasías, que se estaban volviendo demasiado vívidas.

—Pues...bien, aburrida, como siempre —mintió también.

Víctor y ella estaban pasando cada noche allí desde hacía una semana, buscando pistas, estableciendo posibles nexos. Estaban estudiando las imágenes de la prisión de Colmenar, donde cumplían condena los Romenev, y habían dado con algo, algo para lo que aún no tenían ninguna explicación. La exprometida de Lucas, que también cumplía condena allí, solo recibía visitas de familiares cercanos y de su abogado, un tipo al que jamás consiguieron verle la cara, y que siempre vestía la misma gabardina, hecho que ya había puesto a Lara en guardia.

«—Tenemos que saber quién es, Víctor.»

«—Será un abogado de oficio más, Lara, déjalo estar.»

«—¿Que lo deje? Nunca le hemos visto la cara. Nosotros, ni nadie.»

Víctor había sacudido la cabeza, quitándole importancia, pero ella se había mantenido firme.

Aria había renunciado a asistencia letrada durante su juicio, lo había leído en el informe, por lo que la presencia de ese abogado era más que sospechosa. Había insistido a Víctor para que tiraran de esa línea de investigación, pero el Jefe Superior de Policía se había negado, mirándola agobiado. Víctor estaba más preocupado en seguir la corazonada que tenía en torno a ‘Escorpión alado’, que en investigar a Aria.

—Y tú, Valen, ¿Qué tal? —preguntó Diana, mirando a su amiga, que contemplaba absorta un bollito enorme recubierto de chocolate.

—Aburrida y sola, como la última croqueta de un plato, ya veis —mintió...también. Marcos y ella habían retomado su relación, y ambos habían acordado que lo suyo permanecería en secreto.

—Pues sí que estamos bien. Necesitamos hobbies, chicas, o terminaremos como los agentes de los garajes, contando chistes malos.

—Por Dios, el otro día me contaron uno horrible —bufó Lara—. Esto que entra un hombre a una pajarería, señala una de las jaulas y pregunta: ¿es cara la cacatúa? Y le responde el dependiente: lo siento, pero aquí no hablamos euskera. Por poco me lo zampo allí mismo, en serio. Un día de estos hablaré con Lucas para que los deporten a Siberia.

Las chicas pusieron los ojos en blanco, y sonrieron. Los habían escuchado peores.

—Bueno, puedes intentarlo. A Lucas todo lo que sea trasladar, amonestar e intimidar a agentes, le encanta.

—Ja, ja, muy graciosa —contestó Diana—. Eso no es verdad.

—Sí que lo es, reconócelo. Le encanta tenernos a todos en la palma de la mano, listos para espachurrar.

—Eres una exagerada. Esto...por cierto, y cambiando de tema, ¿Sabéis si Marcos Cifuentes se ha mudado a vuestro barrio? Es que el otro día me pareció ver su coche cerca de vuestro edificio cuando volvía a casa en un...taxi.

«Un taxi con el emblema de Audi, claro.»

—Estaría de visita. Tiene muchos amigos por allí —contestó Valentina, nerviosa.

—Eso pensé yo, pero es que eran casi las dos de la mañana cuando lo vimos.

—¿Vi...mos?

—Sí, yo...yo volvía del cine con Borja —mintió. Volvía de La Guarida con Lucas, con el olor y el sabor del policía aún sobre su piel—, ya sabéis que le encantan esas horribles películas de súper héroes. En esta un tío salvaba el mundo enfundado en una malla azul de lycra que resiste el fuego, el hielo y todos los malditos elementos sin ni siquiera deshilacharse, y yo cuando voy a la playa la lycra del bañador no me aguanta ni un asalto. En fin, un despropósito, os podéis imaginar, pero bueno, a lo que iba, que me pierdo por el camino. El caso es que justo cuando pasamos, me pareció que estaba...no sé, raro.

—¿Raro, cómo? ¿Estaba enfermo? —preguntó Lara, preocupada —Maldita sea, Did, debiste pararle. Quizás necesitaba asistencia médica.

—Que no, Larita. Con raro me refiero es a que ése venía de probar las mieles del pecado, te lo digo yo.

Valentina enrojeció levemente, y se lanzó a por su café, bebiéndoselo de un trago. La última noche con Marcos había sido, como poco, colosal. Y eso, quedándose corta. El policía la había hecho suya sobre la cama, en la ducha y contra la pared de la entrada, dejándole los muslos marcados casi con sus huellas dactilares.

Revolvió el azúcar que se había quedado posado en el fondo de la taza, recordando la voz de Marcos sobre su oído, mientras la encajaba contra la mampara de la ducha, susurrándole que la quería, y ella le había respondido de la misma forma. Había sido mágico, intenso, íntimo y brutal.

Miró a las chicas, dispuesta a cambiar de tema, cuando vio a Diana levantándose.

—¿Ya te vas, Didi? Nos quedan quince minutos para entrar, aún no son las siete.

—Tengo que entrar antes hoy. El deber me reclama, y no quiero darle otro motivo a Sanz para que me siga torturando con las tareas absurdas que me pone. ¿Sabéis que el otro día me tuvo toda la mañana pegando triángulos periciales? De locos.

—Es un tirano —dijo Lara—. Si le veo, le patearé el trasero en tu nombre, tranquila. O quizás me limite a tocárselo y darle un buen mordisco, quién sabe.

— ¡Lara!

—Oh, vamos, ni que tú no fueras a hacer lo mismo —la miró inquisitivamente—. No engañas a nadie, doña témpano de hielo. Se te siguen cayendo las bragas al verle, admítelo.

Diana puso los ojos en blanco, negando con la cabeza, mientras las chicas se reían, y les dio un beso en la coronilla antes de abandonar la cafetería rumbo a una nueva sesión de vigilancia con Lucas. Porque eso es lo que iba a hacer. Trabajar con Lucas. Sonrió ante esa idea, y se cruzó el abrigo al salir a la calle, pensando que Lara no podía estar más equivocada. No era su ropa interior la que caía al suelo con estrépito al verle. Era su corazón, pero subiendo al cielo.

Atravesó las acristaladas puertas de la comisaría, y no pudo evitar sonreír al ver a Lucas de pie en medio de la sala principal hablando con dos agentes. Tenía los brazos cruzados, marcando esos bíceps que estaban a un solo suspiro de romper la tela, con esa pose seria que a ella la volvía loca.

Lucas la vio, y le hizo una señal de saludo que, por supuesto ella no vio, concentrada como estaba en admirar su increíble anatomía, y el policía suspiró, sabiendo exactamente por donde estaban yendo los pensamientos de su chica. Se despidió de los agentes con los que hablaba, dictándoles unas sencillas instrucciones para la próxima patrulla, y fue hasta ella, exasperado. La tomó por las muñecas, y casi la arrastró por la comisaría.

—Borra esos lujuriosos pensamientos de tu cabeza, Espona. Tenemos trabajo que hacer, no me hagas expedientarte por libertina.

—Eh, que no estaba pensando en...

Lucas se giró, arqueando una ceja, y ella claudicó. Por supuesto que estaba pensando en arrancarle la ropa con los dientes. Entraron a su despacho, y Diana saludó al agente Borges, que ya estaba allí, y comprendió lo que ocurría. Ese malnacido de Golubev iba a actuar hoy.

—Lucas, ¿Vamos a...?

—Sí, Diana. Herrera ha llamado hace apenas unos minutos, diciendo que ese impresentable se está poniendo nervioso, y que cree que va a actuar hoy, por lo que nos trasladamos a Encinar los cuatro.

—¿Y qué vamos a hacer allí? ¿Le detenemos directamente?

—Aún no. Le observaremos desde la furgoneta de vigilancia, y le detendremos en cuanto veamos que se acerca a ella para agredirla. Después lo llevaremos a La Mazmorra —Diana no se atrevió a preguntar qué sitio oscuro y lúgubre sería aquel, y se limitó a asentir—, donde Borges, Herrera y yo le interrogaremos.

Ella se quedó anclada en sus oscuros ojos, sabiendo el peligro al que se enfrentaban, e inspiró hondo. Escuchó atentamente el resto de las instrucciones, y los tres salieron del despacho rumbo a los garajes. Distinguieron la oscura furgoneta de vigilancia, e hizo el amago de subirse, cuando la mano de Lucas rodeó su brazo, y la puso de espaldas a la pared.

—Necesito que me prometas que vas a acatar mis órdenes, ¿de acuerdo?

—¿Qué órdenes?

—Te quedarás en el furgón, con Borges, y no intervendrás hasta que yo dé la orden, ¿entendido?

Ese tipo es un criminal de la peor calaña, y...

—De acuerdo —respondió, con fingida tranquilidad.

—¿Qué?

—Que por una vez te haré caso —achinó los ojos—. Puedes ir a matarte con él tranquilamente, no te preocupes, no intervendré. Seguiré mirándome las uñas en el furgón mientras te descuartiza. Por cierto, espero que haya suficientes bolsas en las mochilas para guardar tus restos. No me gustaría terminar metiendo los dedos de tus pies en mi neceser de maquillaje por quedarnos sin recipientes.

Lucas la miró, sin poder contener una sonrisa. Por suerte, ambos tenían el mismo oscuro sentido del humor.

—Te quiero, ¿de acuerdo? —dijo él, y el corazón de la policía latió con fuerza—. No lo olvides nunca, Diana.

—Tú tampoco, Lucas.

El policía la besó antes de meterse en el furgón con ella, y volvieron a ser Lucas y Diana, policías. El vehículo arrancó, y ella se olvidó absolutamente de todo, poniéndose el chaleco antibalas. Tenían una misión, y no había sitio para nada más.

Tras casi una hora de viaje, aparcaron en una céntrica y coqueta calle de Encinar, donde vivía la chica. Lucas salió del furgón, y se quedó agazapado en una de las esquinas de la calle que permanecía en sombra, sin quitarle el ojo de encima a la oscura figura corpulenta y tatuada que estaba sentada en una de las terrazas, mirando hacia la puerta del edificio de Carla Álvarez.

La espera fue agónica, y el día, interminable. Al fin, cuando ya empezaba a atardecer, una chica morena con un vestido rojo llegó frente al edificio, sacando una llave, y Diana se envaró. Era ella, era Carla. La joven luchó unos segundos con la cerradura, cargada con su bolso y varias carpetas, ignorando la amenaza que se cernía sobre ella, hasta que consiguió abrir la puerta, y desapareció dentro del edificio.

Golubev salió de su escondite unos segundos después. Se acercó a la puerta, sacó un objeto metálico, forzó la cerradura y entró. No habían pasado ni diez segundos cuando Lucas apareció, salido de la nada, e hizo lo mismo que él. En ese instante, un crujido en el equipo de audio les avisó que el policía había conectado el intercomunicador.

Diana permaneció clavada a la silla, en espera de poder captar algo, cuando los inconfundibles sonidos de una pelea rebotaron en las paredes de la furgoneta. No podría describir el miedo, el terror, la angustia que sintió al escuchar los jadeos ahogados de Lucas, mezclándose con los de ese criminal. Se quitó el pinganillo, arrojándolo sobre la mesa, y cogió su arma, dispuesta a entrar a ayudarlo, cuando sintió una mano cerrándose en torno su brazo como una tenaza. La mirada de Borges se clavó en la suya, y encajó la mandíbula. No pensaba dejarle solo en esto, y si ese mentecato se lo impedía, le pegaría una tiro.

— ¡Suéltame, Borges! ¡Lucas está en peligro! —dijo ella, desesperada.

— ¡No salgas ahí fuera, o nos delatarás!

— ¡Que me sueltes!

— ¡No, no voy a hacerlo, maldita sea!

Diana no se lo pensó dos veces. Encañonó al policía, y le miró, desafiante.

—Voy a ayudar a Lucas, y no te estoy pidiendo permiso.

—¿Pero qué coño haces? ¡Baja el arma, joder! Puede que ese tipo no esté solo, ¿Es que no lo entiendes? Tenemos que vigilar los exteriores —se giró, poniendo los ojos en blanco, y tomó el *walkie*—. Ahora, Hugo.

De un Fiat blanco aparcado en esa misma calle, salió el corpulento agente Hugo Herrera, y se

apostó cerca de la puerta, en una pose tan discreta que parecía invisible. Vio a Borges ponerse los auriculares, escuchando con atención, mientras ella miraba las ventanas de la casa de Carla, intentando vislumbrar algo, mientras escuchaba los jadeos ahogados de Lucas por el sistema de sonido. Se estaba volviendo loca.

— ¡Maldita sea, tenemos que entrar, Lucas está en...!

—Lucas tiene la situación controlada, le conocemos, llevamos años trabajando con él, créeme. Solo hemos tenido que intervenir una vez.

— ¡¿Qué?!

—Sí, fue hace unos dos años. Joder, te juro que esa vez creí que se lo habían cargado entre aquellos tres bastardos —La sangre de Diana se heló, con todo los nervios condensados en su estómago. Borges la miró apenas unos segundos, y volvió a escuchar por el auricular unos segundos, antes de girarse hacia ella otra vez — . Cuando llegamos seguía vivo. Mal, pero vivo, y esos tres despojos, inconscientes. Sabe lo que hace, confía en mí.

Diana asintió, aún intranquila, mirando hacia el edificio, antes de que Borges alzara el pulgar, y esbozara una leve sonrisa.

—Vamos, ha tumbado a ese cabrón.

Diana prácticamente voló hasta el suelo, antes de ir directa hacia la puerta del edificio. Gerardo Borges se posicionó junto a ella, y le escuchó reír por lo bajo.

—Ahora entiendo a Lucas. Contigo tiene su cuota de problemas cubierto para toda la vida, vaya que sí —respondió, con sus labios curvándose hacia arriba en un gesto automático—. Eres tan temeraria como él, maldita sea.

Ella asintió, estirando la comisura de la boca, en una sonrisa de suficiencia, y se internaron los tres en el edificio. Subieron las escaleras y entraron en aquel coqueto piso, y el corazón de la chica dio un vuelco al verle en mitad del pasillo, sangrando por el labio y la nariz, y con hematomas en el rostro. Borges y Herrera le ayudaron a ponerse en pie, y ella se colocó rápidamente a su lado, colocando su brazo por encima de sus hombros.

Un leve quejido salió de los labios del policía, y se giró hacia atrás, donde los otros dos hombres cargaban el cuerpo desmadejado e inconsciente de Golubev. Lucas resopló, y miró hacia la puerta del baño. La alegre melodía de una canción pop de moda resonaba contra las paredes, mientras aquella chica cantaba a pleno pulmón, ajena a lo que acababa de ocurrir en el pasillo de su casa.

En una de las salas más pequeñas y discretas de la comisaría de Pinar, un atónito Víctor miraba el informe que Lara sostenía entre las manos. Un informe que habían logrado encontrar en la parte más recóndita y oscura de los archivos de la sede de Central. Sus ojos descendieron otra vez al informe que su amiga tenía entre las manos, en cuya portada podía leerse el nombre del operativo más tristemente famoso de la policía: 'Escorpión Alado'.

Suspiró, y sacó de su maletín otro informe con el mismo título en la portada. Dos informes, dos copias, donde solo debía existir una. Una. El informe original, el informe del que nadie tenía constancia, y que el Jefe Superior de Policía sostenía entre las manos, tenía un gemelo. Un gemelo en cuya portada figuraban la firma de alguien que no tenía que haberlo firmado. Víctor miró hacia el dossier original, leyendo los nombres de los agentes que lo elaboraron. Sergio Espona y Alba Yáñez. Los padres de Diana. El mismo informe que contenía un cambio en la operación 'Escorpión Alado' que jamás debió hacerse, y que había sido la pista que les indicó por dónde empezar a hilar ese rompecabezas. Un cambio que fue incluso redactado a lápiz.

El informe que Lara contemplaba con el gesto demudado, el que todos conocían, el que habían leído tantas veces, el oficial, el informe del que Diana conservaba una copia que ella misma le había hecho de forma extraoficial solo para que su amiga lo tuviese como recuerdo de sus padres, era...falso. Falso. Había sido redactado y archivado *a posteriori*.

Víctor tenía razón. 'Pez de Siam' y 'Escorpión Alado' estaban conectados. Alguien había estado presente en ambas operaciones, desde un discreto segundo plano, y había estado moviendo los hilos a su antojo. Los Espino Yáñez no habían muerto en aquel operativo por casualidad, no. Los habían asesinado.

La lluvia se filtraba por una gotera de aquella sala llena de moho. De pie, tres hombres miraban, a un cuarto individuo que, atado a una silla, respiraba con dificultad a través de la sangre que salía de su boca. Lucas se frotó los nudillos y miró a aquel malnacido que iba a darles toda la información, todas las pistas que les faltaban en la investigación. Si había una rama aún en activo de los Brozovic, tenía que saber dónde estaba su escondite, y quién los comandaba en la sombra. Lucas inspiró con fuerza, y miró a Grigory Golubev.

—Tengo toda la maldita noche, despojo, así que continúes en silencio solo va a traerte problemas.

En ese instante un zumbido llenó la habitación, y Lucas se maldijo a sí mismo, mirando hacia el teléfono. Tenía que haberle dejado una nota a Diana diciéndole que esa noche no dormiría en casa. Su chica se habría despertado, y, al no verle, se habría preocupado. En ese instante la pantalla dejó de parpadear, y Golubev miró al Director Adjunto Operativo de la policía con la boca llena de sangre, esbozando una siniestra sonrisa.

—¿Quién te llama a estas horas, Sanz? ¿Mamaíta?

—Cállate, despojo —espetó el agente Herrera, al otro lado de la habitación.

—Me juego lo que quieras a que es una de las zorras de Sanz, que no puede dormir sin sentirle entre las piernas.

—Cierra esa maldita boca antes de que te la reviente —contestó Lucas, con la dura mirada

clavada en él.

—No voy a callarme, ya puedes ir haciéndote a la idea. Apuesto los pocos dientes que me quedan a que es esa rubia con la que te vi. Solo por cómo te miraba, esa puta estaba pidiendo guerra. Supongo que te la habrás tirado antes de venir aquí, ¿no? Sí, por la cara que traes, se la habrás metido por todos lados, seguro.

—Voy a terminar cerrándote la boca yo, por lo que veo —amenazó, haciendo crujir los nudillos—. Dime de una jodida vez lo que quiero oír, no me hagas perder más la paciencia, que te juro que ya está al límite.

—Lo cierto es que esa rubia era una preciosidad. Cuando salga de aquí, lo primero que voy a hacer es ir a su casa, atarla a lo primero que vea, y follármela para saber qué sintió el gran Lucas Sanz mientras la jodía una y otra vez, porque fijo que a esa guarra le gusta que se la metan hasta...

Esas fueron las últimas palabras que dijo antes de que Lucas estampara su cabeza contra la mesa.

— ¡No vuelvas a nombrarla, mirarla o siquiera pensar en ella! ¿Me has entendido? ¡Porque no voy a dudar ni un segundo en meterte un tiro en el estómago y ver cómo te desangras, maldita escoria! ¡Y ahora dime de una vez lo que quiero oír antes de que vuelvas a hacerme perder la paciencia otra vez y termine reventándote contra el suelo! ¡Dime qué relación existe entre los Brozovic y quién les está ayudando a acabar con el clan de los Rosslyn!

— ¡Ni lo sueñes!

— ¡Como no empieces a hablar, juro por Dios que te desollaré vivo! —inspiró con fuerza, y empezó a retorcerle los dedos, uno por uno, y se pegó a su oído—. Voy a dislocarte todos los jodidos dedos hasta que cantes, ¿me has entendido?

—Eres un cab... ¡Ay! —gritó, cuando sonó el primer chasquido — ¡Eres un cabrón, Sanz, un maldito cabrón! Espero que los Brozovic pronto te den tu merecido.

—Pues diles que los estoy esperando.

Nuevo chasquido. Nueva queja. Nueva maldición.

—Pero seguro que ‘Venus’ se les adelanta, porque hace años que te la tiene guardada, y...ya verás cuando lo haga. Vas a gritar como un cerdo, maldito bastardo —Grigory rio, hasta que recapacitó sobre sus palabras, y miró a Lucas, con expresión de terror.

Acababa de desvelar aquello que debía permanecer oculto, y la sonrisa de Lucas no venía sino a confirmárselo. Venus existía, y los Brozovic sabían quién era. La tenían, maldita sea, tenían la maldita conexión. Ese despojo acababa de desvelárselo. Ahora necesitaban todos los datos para ir a por ellos. Lucas se aproximó a él, y le retorció el brazo.

—Vaya, vaya, parece que ya empezamos a entendernos tú y yo. ¡Habla de una vez!

— ¡Eres un bastardo, Sanz! ¡Espero que Venus acabe contigo!

—Mataré a ese bastardo antes de que se atreva a tocarme un solo pelo.

—¿Y quién dice que irá a por ti? —La sangre del policía se heló, mientras su corazón se detenía en mitad de un latido.

—¿Qué?

—Oh, vamos, no habrás sido tan estúpido como para pensar que se limitaría a darte tu merecido, y ya está. No, no, no —se carcajeó, y escupió sangre en el suelo—. Oh no, amigo, en nuestro mundo siempre golpeamos al maldito talón de Aquiles del enemigo. Y ahora que esa rubia a la que te follas ha salido a escena, ‘Venus’ irá a por ella.

— ¡Cállate! —rugió.

—Diana Espona Yáñez —miró al techo, tomando aire—. Calle del Almendro, número seis, cuarto derecha, cerradura reforzada. Turnos de trabajo rotativos, una semana de tarde, una de

mañana. Cuando sale de noche de comisaría camina unos cien metros completamente sola, y desarmada, hasta que encuentra un taxi, aunque a veces esa distancia se duplica. 1,73 de estatura, 55 kilos de peso. Un poco de Sevoflurano bastaría para adormecerla, y después, lo de siempre. Pam, pam, pam. Zorrita muerta.

— ¡Cierra la maldita boca!

—Oh, vamos, Sanz. Por cierto, las braguitas de encaje con ligeros rojos que tiene en el segundo cajón de la cómoda de su dormitorio son una delicia, ¿no piensas lo mismo?

—Como no cierres la boca, juro que voy a reventártela.

—Me la voy a follar estilo Brozovic. Esa guarra va a desear no haber nacido, te lo juro. No hay nada que me ponga más que beber sangre directamente de la piel de una puta mientras grita de dolor, y...

El primer golpe le rompió la nariz, y el segundo, la mitad de los dientes superiores. Todos los músculos de Lucas temblaron de rabia a la vez, palpitando, estremeciéndose, y sus ojos se inyectaron en sangre. El tercer golpe le fracturó la mandíbula, y a partir de ahí, todo se tornó a negro, mientras la piel de los nudillos del policía se levantaba y la sangre empezaba a manchar el suelo de cemento, filtrándose por cada una de sus grietas.

El reloj de la pared de la cárcel de Colmenar seguía con su agónico ajeteo, mientras una figura observaba el cubículo por el que tendría que salir ella. Inspiró, una vez más para calmarse, y miró hacia el techo. No debería estar ahí, pero no había podido evitarlo. Tenía que verla.

En ese momento un chasquido y un timbre anunciaron que la hora de visitas acababa de empezar, y se levantó de la silla, justo en el momento que una mujer de ojos verdes y melena oscura hacia aparición. Se sentó frente a ella, y alzó el mentón al ver la expresión de desconcierto de Aria.

—¿Qué...haces aquí?

—Hola, Aria. Soy...

—Ya sé quién demonios eres, ¿Qué haces aquí?

—Quería conocer la mujer que intentó asesinar al hombre del que estoy enamorada.

Aria la miró con detenimiento, y entrelazó los dedos, inclinándose hacia la gruesa mampara que las separaba. Solo había que echar un rápido vistazo a su ropa y a su maquillaje para darse cuenta de por qué Lucas se había vuelto loco por ella. Era muy guapa, y destilaba tanta seguridad, tanta actitud, tanto *sex appeal*, que era imposible mirarla y no volver a hacerlo por segunda vez.

No se trataba solo de que pareciese una muñequita de aspecto roquero, no. Esa mujer estaba en guerra contra el mundo y bastaba ver la fiereza de su mirada para saber que era de las que presentaban batalla hasta el final, y no pudo evitar sonreír. Al menos Lucas no la había sustituido por una de esas mujeres anodinas e insufribles que estaban desesperadas por agradarle, no. Diana Espona era punto y aparte. Y sonrió.

—Bueno, pues ya me has visto, así que lárgate.

—No. No hasta que me digas por qué le pusiste aquella bomba.

Aria suspiró, exhausta, e hizo un mohín con los labios,

—Qué pesaditos sois, de verdad. Yo no le puse la bomba, ya se lo dije a él, y a todos los que me lo han preguntado. Yo no fui. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme. No me gusta que me hagan perder el tiempo.

Aria se levantó, sin mirarla, y se dirigió hacia la puerta, cuando la voz de Diana, grave, urgente, desgarrada, la hicieron volverse.

—Él te quería, Aria. Lucas te amaba.

—Yo no le puse la bomba, maldita sea. Acabo de decírtelo.

—Pero le traicionaste. Eso sí lo hiciste. A él y al cuerpo de Policía al que juraste lealtad.

—Sí, les traicioné, y ahora estoy en la cárcel, como puedes ver.

—Que sé que te arrepientes de lo que hiciste, lo veo en tus ojos.

—No me arrepiento de nada.

—Sí, sí que lo haces. Lo sé porque mi exnovio también me traicionó, y se arrepiente cada día de lo que hizo. Y sé que tú también lo haces, Aria, por eso he venido. Para ver si tú también te habías arrepentido de lo que hiciste. Y lo haces. Lo veo en tu mirada, como la veo en la de Borja cada vez que le miro.

—Déjame en paz.

—No, no voy a hacerlo. Cometiste un error, Aria, solo eso. Y Lucas debería saberlo, debería saber que le quisiste de verdad alguna vez, que no todo fue mentira entre vosotros. Se lo debes.

—Adiós, Diana.

Aria se volvió, abandonando la sala, y Diana se levantó, golpeando la mampara.

—Entonces dime al menos por qué lo hiciste, dime que te hizo partirle el corazón en millones de pedazos. ¡Aria, contéstame!

Aria golpeó la puerta de metal, que se abrió al momento, y cruzó al otro lado del pasillo, donde los gritos de Diana Espona apenas eran murmullos. Avanzó entre aquellos estrechos pasillos fuertemente vigilados, maldiciendo a esa maldita chica por haber dado en el blanco. Por supuesto que seguía amando a Lucas, lo seguía haciendo, y lo haría toda la vida.

Había cometido el error de no confesarle la trama corrupta y la identidad de ‘Venus’, y dejar que se enterara por él mismo. Tenía que habérselo dicho, y decirle lo que planeaba. Él la habría ayudado, estaba segura. Lucas habría podido solucionarlo todo. Pero ella había optado por el silencio para no perjudicar a ‘Venus’. Miró los barrotes que la rodeaban, y una luz, una luz que llevaba mucho tiempo apagada, fue abriéndose paso. Venus. El mismo hombre al que ella protegía con su vida, la había dejado sola, cargando con toda la culpa, mientras él permanecía fuera de esa prisión, respirando aire puro y libertad. Y algo empezó a cambiar en ella.

Eso no era amor, no lo era. Por mucho que él intentase disfrazarlo.

Lucas terminó su intervención con un leve golpe de carpeta en la mesa, mientras todos los jefes asentían, satisfechos. Lo había logrado, una vez más, había vuelto a dar en el blanco, y había destapado todo. El esbirro de los Brozovic había cantado en el interrogatorio y había terminado confesando hasta las canicas que había robado en el colegio a sus compañeros de clase. Lo tenían todo, ahora sí que lo tenían todo. El nombre de todos los culpables, sus escondites, sus operaciones financieras. Todas las malditas conexiones estaban sobre esa mesa. Era el final. El esperado y ansiado final.

—Estamos a un solo paso de reventar toda la maldita infraestructura —dijo Lucas, mirando con gravedad a las pantallas—. Los tenemos, los tenemos, maldita sea. Vamos a detenerlos mañana mismo, antes de que escapen, y para eso necesito más medios, más agentes, más...todo, joder. Todo.

Víctor lo miró, y resopló, agobiado. Tenía que intervenir, no podía permitir algo así en estos momentos. Lo que había descubierto junto a Lara marcaba un final muy diferente, y tenía que advertir a su amigo, tenía que hacerlo, pero la cuestión era cómo. No podía desvelar lo que habían averiguado en mitad de esa reunión, con toda la cúpula policial presente. Alzó los ojos hacia su amigo, y suspiró, sabiendo lo que se avecinaba.

—No me parece que sea buena idea, Sanz.

De repente se hizo el silencio. Varias decenas de ojos se posaron en él, interrogante, y Lucas parpadeó, con expresión de estupor.

—¿Qué estás diciendo, Víctor?

—Estoy diciendo que no creo que sea buena idea que pidas más medios, Lucas, eso es todo.

—Pensé que estabas tan interesado como yo en solucionar esto.

—Y lo estoy, es solo que...no metas a más agentes en esto. Organiza a tus equipos de otra forma, mete más horas extras, lo que quieras, pero no...no metas a nadie más en esto. Déjalo estar.

—¿Qué lo deje estar?¿Cómo que lo deje estar?¿Has escuchado algo de lo que he dicho? ¡Les tenemos, joder!

—Lo sé, ¿vale? Ya te he oído. Pero...confía en mí, Lucas. Por favor, confía en mí —dijo, abatido, apenas cruzando la mirada con él—. No metas a más agentes en esto. Por favor, confía en mí.

Víctor se levantó y abandonó la sala, ante el desconcierto de todos, y del propio Lucas, que miraba atónito cómo su amigo abandonaba la sala. Miró hacia el resto de agentes, que se encogían de hombros con expresión interrogante, y sus ojos volaron de nuevo hacia la puerta por donde se había ido Víctor, sin poder elaborar un par de conexiones con algún sentido que explicasen lo que estaba ocurriendo allí. ¿Por qué demonios le había dicho eso?¿Es que acaso no quería este caso culminara de una vez?

Hizo un gesto al resto de agentes, dando por finalizada la reunión, y empezó a apilar las carpetas en una esquina de la mesa, mirando pensativo cómo los policías abandonaban la sala, haciéndole gestos de despedida. Cuando al fin se quedó solo en la sala, dejó de fingir que colocaba carpetas, y fue hasta el ventanal, contemplando la impresionante vista. Apoyó las manos en las caderas, y frunció los labios, convencido de que había una parte de la historia que le faltaba. Había un capítulo que desconocía y que Víctor acababa de desvelar en toda la trama. Solo podía ser eso. Víctor había dado con algo, estaba seguro, algo lo suficientemente grave como para hacerle temer por la vida de todos, no había otra explicación. Miró hacia la inmensa mole de la sierra de Amurga, con la frase de su amigo dándole vueltas en la cabeza.

«No metas a nadie más en esto.»

Y de repente lo comprendió todo. Diana estaba en peligro.

El tintineo de la puerta de la entrada anunció la entrada de un nuevo cliente a la cafetería. Varios ojos se posaron discretos en el agente que, de impecable uniforme, miraba fijamente a una joven rubia, que, sentada casi al fondo, se levantaba con ímpetu para ir decidida hacia él.

—Borja.

Los cafés se quedaron a medias, las cucharillas dejaron de revolver y las conversaciones cesaron para contemplar un abrazo tan íntimo, tan cálido, tan entregado, que levantó suspiros alrededor.

—Hola, preciosa. Siento el retraso, pero me ha salido un servicio de última hora, y he tenido que acudir con el compañero.

—Ya, me imagino —rió—. ¿Cómo se llama la afortunada?

—Hortensia.

—Bonito nombre.

—Oh, sí, y su gusto musical es digno de elogio. Lástima que el resto del edificio no comparta su gusto musical por la copla, y ella olvidara el *sonotone* en su mesita de noche.

—Cielo santo. El crimen en Encinar está alcanzando cotas inimaginables. Eres un valiente, Gómez.

—Eso me repito a mí mismo cada mañana al llegar a la comisaría, puedo jurártelo.

Soltaron una carcajada, conscientes de que casos como ese, que antes formaban parte de la cómoda rutina de Encinar, se estaban convirtiendo en la excepción. Los ajustes de cuentas, la incautación de armas y el tráfico de drogas copaban ahora todas las agendas. Borja ladeó la cabeza, y estiró el brazo hacia la camarera, ordenando un café solo, mientras veía a Diana retorcer una servilleta de papel hasta casi romperla, y se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué ocurre, Didi? A ver, me alegro de verte, no me malinterpretes, pero el hecho de que hayas venido hasta Encinar solo para tomarte un café conmigo es...extraño.

Diana asintió, y tomó una bocanada de aire antes de hablar.

—La investigación de Lucas ha concluido.

—¿Qué? ¿Cómo que ha concluido? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Y tan en serio. Hoy iba a presentar todas las pruebas contra los Brozovic ante la cúpula, y Lara me ha dicho que el juez se las ha admitido todas. Todas, Borja, todas. Van a detenerles. Por fin.

Borja ahogó una risa seca, echándose hacia atrás en la butaca. Ese maldito cretino lo había vuelto a conseguir. Había pillado a esos malnacidos, pese a tener todo en contra, todas las trabas, todas las pegas, a todos los malditos criminales pisándole los talones. Ese arrogante capullo lo había hecho. Iba a poner fin al reinado del terror de los Brozovic no solo en la provincia de Pinar, sino en todo el estado. Era impresionante.

—Joder —atinó a decir.

—Sí, lo cierto es que...cielo santo, es increíble que lo haya conseguido.

—Aunque me fastidie decirlo, felicítale de mi parte. Ese cabrito se lo ha ganado.

—Tranquilo, se lo diré de forma que parezca un insulto velado envuelto en sarcasmo, y así ninguno de los dos se sentirá incómodo.

—Muy considerado por tu parte —rió.

Diana se encogió de hombros, y sonrió levemente, provocando que el ceño de Borja prácticamente se curvara solo. Conocía a la que había sido su chica mejor que a sí mismo, y podía apostarse todos sus ahorros a que Diana no estaba allí solo para informarle del fin de la operación. Se echó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, y clavó sus pupilas en las suyas, firme.

—No has venido solo para decirme lo de ‘Schlange’, ¿verdad?

—Yo...bueno, no.

—¿Qué está pasando, Didi?

—Han propuesto a Lucas como Director General de la Policía, y el nombramiento se hará en dos semanas.

—¿Qué? —sus ojos se abrieron de par en par —Joder, Diana, esto es...ese cretino debe estar dando saltos de alegría.

—Sí, lo cierto es que esto es...bueno, esto es su sueño.

—No me extraña. El arrogante capullo, Director General. Quién lo hubiese dicho.

—El caso es que...yo...

—¿Qué pasa?

—Pues que la sede está en Madroñal, y, como sabes que él es de allí, yo...

Borja torció el gesto, comprendiendo la visita de Diana. Se iba con él. Su chica se iba a Madroñal con Lucas. Se echó hacia atrás en la butaca, intentando encajar ese nuevo golpe, y miró hacia ella. Aquello era una despedida.

—¿Te vas...con él? —preguntó, disimulando el temblor en la voz.

—Sí...he estado pensándolo, y me voy con él a Madroñal, y cómo sé que tienes contactos en administración...

—Quieres que te ayude a agilizar los trámites.

—No quiero volver a pedirle un favor a Víctor. Tú...¿Podrías hacer algo así?

—Hablaré con Daniel Cornejo, y él te echará una mano, pero., ¿estás segura, Didi? No me malinterpretes, me alegro por ti, y todo eso, pero...

—Estoy segura, Borja. Completamente.

Borja suspiró, entrecerrando los ojos, y dio un largo sorbo al café, sin poder evitar que una punzada le atravesase el corazón. Su chica y ese cretino habían empezado un hermoso cuento de hadas en aquella explanada de aparcamiento, y ahora tocaba escribir el final feliz. El de fueron felices y comieron perdices, y él ya quedaría para siempre lejos de esa ecuación.

—Está bien, entonces. Lo tramitaré todo, no te preocupes.

Gracias Borja.

El policía no contestó enseguida. Se quedó mirando por la ventana el trasiego habitual de la calle, y se cruzó de brazos, con el triste aroma del adiós llenando el ambiente. Miró hacia ella, hacia esos ojos azules que aún amaba, ese rostro que significaba un mundo para él, y fingió una sonrisa que no llenó su alma.

—Te voy a echar muchísimo de menos, preciosa.

—Y yo a ti, Borja. Y yo a ti.

El policía posó el puño en los labios, sin saber muy bien cómo afrontar esa despedida, ese final, y sorprendiéndola, se levantó de la silla, tomó su rostro entre las manos, con delicadeza, perdiéndose por última vez en esos ojos del color del cielo, y la besó. Y todo lo que sentían, todos los recuerdos, las caricias, los besos, las risas, las peleas, las lágrimas, los buenos y los malos momentos que habían vivido juntos, se unieron a ellos en ese beso. Diana siempre sería su

maldito punto débil. Porque la amaba, sin restricciones, sin límites, hasta el final. Así de simple. Así de duro.

Lucas llegó a la comisaría mientras las luces de las farolas de la avenida se apagaban anunciando un nuevo día. Cruzó la acristalada puerta apretando con fuerza los papeles del traslado de Diana que llevaba en la mano. La advertencia de Víctor había sido contundente. Había recogido los impresos del traslado en administración esa misma tarde, y los había rellenado en la mesa del comedor de su casa con una botella de whisky al lado. Hizo falta que el líquido se acabase, y su frente tocara la madera, para que sus dedos terminaran firmando esa hoja que marcaba el final que nunca quiso escribir.

Tardó casi otra botella más en poder hacerlo, mientras su corazón marcaba un compás cuyas notas hablaban de tristeza, de soledad, de despedida. Porque esos papeles no eran sino la carta de despedida que nunca podría escribirle. Pero debía hacerlo, debía velar por ella. Lo único que importaba es que ella estuviese a salvo, lejos de todo esto, mientras él...bueno, él sería otro hombre más con el corazón hecho pedazos, como tantos otros, pero tendría que soportarlo, tendría que hacerlo por ella.

Se quedó mirando hacia la calle, donde una fina llovizna mojaba las aceras, mientras el rostro de la mujer que amaba con todo el corazón aparecía frente a él, reflejado en el cristal, cerrando la puerta de su despacho, esbozando una de sus luminosas sonrisas por las que él dejaría que lo matasen mil veces. Se giró, despacio, y sus brazos acogieron su cintura, mientras sentía sus labios estrellarse contra los suyos.

—Diana, tenemos que hablar, yo...

—Qué casualidad, porque yo también tenía que hablar contigo.

—¿Hablar conmigo? ¿De...qué?

—Ahora lo verás —sacó de su bolso una carpeta de color azul, y la agitó frente a él—. He pedido el traslado.

— ¡¿Qué?!

—Sí. He rellenado todas las instancias, y...bueno, no, en realidad fue Borja el que lo hizo. Bueno, él y el agente Cornejo, que, por cierto, cuenta chistes peores que los de Valentina, y eso ya es decir, porque cielo santo, y...ay, por Dios, que me desvíó del tema. El caso es que me los ha enviado esta misma mañana, y no podía esperar más para decirte que...me voy contigo, Lucas. Me voy a Madroñal contigo.

La mirada de Lucas se tornó de acero, y alzó sus ojos hacia ella, incapaz de creer lo que estaba pasando.

—¿Por qué...?

—Bueno, a ver, es Pinar no se va a mover de aquí, y, bueno, ya sabes lo que siempre digo —mostró el tatuaje de la estrella de playa de su muñeca—. No hay que hacer esperar a los sueños, hay que luchar por ellos. Y mi sueño, mi vida, todo lo que quiero, eres tú, Lucas. Y por eso me voy contigo a Madroñal, o a la Luna si hace falta. Porque te quiero, por esa simple razón.

El corazón del Director Adjunto Operativo estalló, y creyó morir en ese preciso instante. Diana acababa de declararse justo la mañana en la que él estaba decidido a decirle adiós. La miró, reprimiendo las ganas de gritar hasta quedarse sin pulmones por esa maldita jugada del destino. Diana le hablaba de sueños que se cumplían cuando él estaba a punto de desvelar la peor de sus pesadillas. Miró los papeles otra vez, y su mandíbula se endureció.

—No voy a autorizar tu traslado a Madroñal.

—¿Cómo que no vas a autorizarlo? ¿Pero qué tontería es ésa?

—No me parece una buena idea, eso es todo. Tu sitio está aquí, Diana, en Pinar. Esta es tu ciudad, tu comisaría, el sitio donde viven tus amigas, donde está la casa de tus padres. Este es tu hogar, no Madroñal.

—¿Qué? ¡Mi hogar está donde estés tú, Lucas!

—He dicho que no.

Los ojos azules de la chica se posaron en el policía, y algo empezó a arañarle el corazón al comprender qué estaba ocurriendo en realidad. Lucas la estaba dejando. Como había hecho con cientos de chicas antes. Nuevo destino, nueva conquista. Adiós y gracias. Avanzó hasta él, y gritó con la rabia como único motor de su voz.

— ¡Eres un maldito cabrón, Lucas! ¡Has vuelto a utilizarme, y yo he vuelto a caer como una imbécil!

—Diana, no...

— ¡¿Pero cómo has podido volver a hacerme esto, Lucas?! ¡¿Cómo?! ¡Te perdoné, maldita sea, te perdoné, y ahora, ahora...! ¡¿Pero es que no ves que estoy enamorada de ti?!

—¿Crees que esto es fácil para mí? —rugió — ¡Esto me destroza tanto como a ti, pero no tengo más alternativa!

— ¡¿Que no tienes más alternativa?! ¡Claro que la tienes, pero eres demasiado cobarde para admitirla!

— ¡No, no la tengo, maldita sea! —dijo él, con la voz rota — ¡Sé que ahora no lo entiendes, pero de verdad necesito que...!

No pudo continuar. Diana salió de su despacho, sin escucharle, secándose las lágrimas, mientras él observaba en silencio cómo la mujer que era toda su universo volvía a alejarse una vez más de su vida. Como lo hizo en aquella explanada, como lo hizo en los pasillos de la comisaría. Como lo hacía ahora. Y su mundo quedó parado, vacío, devastado.

‘Venus’ esperaba preocupado a que Aria cruzase la puerta de la entrada de la sala de visita. Era cuestión de tiempo, minutos, quizás, que Lucas Sanz le descubriera. Maldita sea. Y todo por culpa de Diana Espona. Si esa maldita agente no existiera, nada habría sucedido, todo habría seguido el camino marcado. La trama de los Brozovic-Romenev jamás habría salido a la luz y el maldito Sanz no habría tenido que intervenir. Porque había sido justo así.

Había planeado su venganza durante años mientras veía a Aria languidecer entre barrotes, y la victoria estaba próxima. Pero Lucas Sanz y Diana Espona habían roto todos sus sueños, e iban a pagar un alto precio por ello. En ese instante el cerrojo se abrió, y una hermosa Aria hizo aparición por la iluminada sala. Le saludó con un toque de mentón, y descolgó el telefonillo, sentándose frente a él.

—¿Has hablado con Igor ya?¿Tiene listos los papeles?

Él asintió, y esbozó una sonrisa. Iba a sacar a Aria de allí mañana mismo, y los pasaportes ya estaban preparados, así como la gente que les ayudaría en la fuga. Era increíble la cantidad de favores que uno conseguía con un buen pellizco de dinero.

—No. Pero tranquila, tengo un plan.

—Por favor, no hagas ninguna locura.

—La decisión ya está tomada, cariño.

Aria abrió los ojos como platos cuando lo vio levantarse de la silla, y saltó como un resorte, dando golpes en el cristal, llamándolo, una y otra vez. Aquello no podía estar pasando, así no. Siguió gritando su nombre, mientras los funcionarios de prisiones la asían con fuerza, y los enfermeros le administraban un potente calmante que iba a dejarla dormida el tiempo suficiente

para que no diese la voz de alarma. El trágico plan del destino empezaba a ejecutarse.

Los tacones de Diana devoraron los escalones de su edificio mientras sus ojos se nublaban por las lágrimas. Abrió la puerta de su casa, arrojando la petición de traslado sobre el aparador de la entrada, viendo cómo la rúbrica del Director Adjunto Operativo se expandía por la superficie de la hoja en una difusa mancha azul semejante a una estrella. La marca que delataba la lágrima que había caído sobre ella. Una lágrima que pertenecía al hombre que amaba, y que ponía punto final a ese hermoso cuento de hadas que ninguno de los dos había querido escribir.

Fue hasta su dormitorio y se refugió en la suave tela de las sábanas, las mismas sábanas sobre las que ella y Lucas se habían amado, entregando hasta el último pedazo de sí mismos, llenando el aire de promesas de amor eterno que jamás se cumplirían. Agarró la almohada y hundió el rostro en ella, en un sollozo casi histérico. Le había perdido, se había acabado. Para siempre. Era el final. El abrupto, cruel y despiadado final. Miró hacia la ventana, donde los contornos de los rascacielos de Pinar se recortaban en el limpio cielo, mientras sus pensamientos se elevaban en una plegaria de despedida del amor de su vida. La suerte había echado sus cartas, y ella había vuelto a perder la partida.

Cerró los ojos, rogando para que los monstruos que poblaron sus pesadillas aquellos dos terribles meses tras la ruptura no volvieran, y sollozó, desesperada. Casi podía sentir las primeras garras del dolor arañándole la piel, reclamando lo que era suyo. Esta vez su maltrecho corazón iba a sufrir la agonía más atroz porque, esta vez, se había enamorado con toda el alma y la razón de Lucas, y ahora tocaba pagar el precio.

—Diana.

Esa voz. Parpadeó entre lágrimas, reconociendo la silueta de Lucas en el umbral de la puerta, y se incorporó.

—¿Lucas? —Fue lo único que consiguió decir, mientras veía al policía caminar hacia ella y caer de rodillas a su lado.

—Perdóname, preciosa. Por favor, perdóname —musitó él, con voz ronca, y hundió el rostro en su estómago.

Sus dedos se enredaron en su oscuro cabello, y le besó con suavidad, destilando tanto amor en ese beso como si el cielo y el infierno se hubiesen dado una tregua entre esas cuatro paredes. Cerró los ojos, y acarició la fuerte y ancha espalda del policía, cuyos brazos la rodearon con más fuerza.

Sus labios chocaron en un beso hambriento, ávido, lleno de anhelo, y ella se rindió a su calidez, a su sabor, al aroma de su piel. Lucas cerró su brazo en torno a su cintura, acariciando, arañando, reclamando un contacto que había deseado casi hasta la locura mientras ella se rendía por completo a ese cuerpo que conocía casi como el suyo. Arañazos, besos, mordiscos...todo ardió en la pira del deseo, mientras las prendas de uno y otro caían desperdigadas alrededor.

La boca de Diana recorrió sin descanso el cuerpo de Lucas, mordiendo, chupando, besando allá donde el deseo le marcaba, y los dedos de él marcaban a fuego su nombre en la piel de ella. Lucas la giró, quedando sobre ella, y se meció contra su cuerpo con contundencia, haciéndole notar todo lo que la deseaba sin que ella pudiese dejar de gemir con cada nuevo movimiento.

Los labios del policía torturaron la suave cima de sus senos hasta que ella se dejó vencer,

exhausta, con la respiración entrecortada, mientras sus expertos movimientos arrancaban, sin piedad, jadeos de su boca. Enterró los dedos en su pelo, ahogando un devastador grito, mientras sentía su cuerpo tensarse, y una oleada de calor subió por su cuerpo, estremeciéndola. No iba a aguantar mucho más. Lucas sonrió, y se encajó entre sus caderas, embistiéndola profundamente, una y otra vez. Diana arqueó la espalda, y él llegó más lejos, sintiendo que tocaba su corazón con cada movimiento, sin detenerse, y aceleró el ritmo.

—Lucas...

—Así, princesa, justo así. Deshazte para mí, vamos, preciosa.

Y lo hizo, gritando cada maldita letra de su maldito nombre, en el orgasmo más devastador, contundente y colosal que habían tenido en la vida, y que les había hecho perder casi la consciencia. Pero no la dejó apenas respirar. Le dio la vuelta, la puso contra el colchón, y sus duras manos se anclaron a sus caderas, izándola hasta él. Sintió sus dedos acariciarle las nalgas con suavidad, y cómo su miembro se encajaba entre ellas, despacio, sin pausa, y su respiración se desbocó.

Era intenso, muy intenso, y a punto estuvo de pedirle que parara, pero no lo hizo. Su cuerpo fue amoldándose, sintiéndolo, cuando las acometidas de Lucas empezaron, y perdió la noción del tiempo y el espacio. La magia más oscura había vuelto, y ella disfrutaría de cada hechizo.

Cerró los ojos, jadeante y sudorosa, cuando todo se volvió de color rojo, y sentía a Lucas perder el control. Fue entonces cuando se permitió volar, como jamás lo había hecho, mientras el amor más profundo y absoluto la envolvía por completo. Clavó sus uñas en su espalda, viendo cómo el sudor corría sin tregua sobre su piel, mientras su corazón martilleaba en su pecho, con violencia, por un hombre al que seguía amando con toda el alma, la razón y el corazón, y gritó cuando su cuerpo estalló en llamas lo que ambos sabían. Lo que ambos sentían. Se amaban. Lucas apoyó la palma de sus manos en sus mejillas, y la besó, con toda el alma, con todo el deseo, destilando todo el amor.

El sol del amanecer apenas traspasaba los cristales de la comisaría de Pinar. En el interior de una de las salas de la planta diez, unos más que preocupados Víctor y Lara miraban una y otra vez aquellos papeles que incriminaban directamente a una persona que ellos admiraban y apreciaban. No iba a ser fácil, pero tenían que hacerlo, no les quedaba otra alternativa. En unos minutos desvelarían la identidad de quien había estado orquestándolo todo desde las sombras. Los dos policías se miraron, infundiéndose unos ánimos que no tenían, y miraron a la vez a la puerta que se abría con contundencia en ese momento, y que anunciaba la llegada de su superior.

Lucas entró en la sala con expresión cansada, y les saludó con gesto serio. Las ojeras que lucía eran un mensaje alto y claro de que no había pasado la mejor noche de su vida. Y no estaban desencaminados. Se había levantado de madrugada de la cama de Diana, y había abandonado su piso con el alma y el corazón hecho pedazos, dejándole una nota en el aparador de la entrada en el que intentaba explicarle lo que sus labios no podían decir.

«Te quiero, Diana. Supongo que a estas alturas ya lo sabes. Te lo he demostrado, y te lo seguiré demostrando de todas las formas posibles, siempre, hasta que la muerte me alcance. Pero, desgraciadamente, todo ese amor que siento por ti no es suficiente para retenerte a mi lado y poder asegurarte que estarás a salvo. No puedo arriesgarme a poner en peligro tu seguridad solo para mantenerte a mi lado. No puedo, no podría seguir viviendo si te ocurriese algo. Por eso he tenido que tomar esta decisión, la más dura y difícil de mi vida. Decirte adiós.

Me gustaría haber podido decirte tantas cosas, Diana, tantas, que hubiese necesitado dos vidas para hacerlo. Lo que hemos vivido, el amor que hemos sentido, ha sido inmenso e

irrepetible, y sé que nadie ha sentido, ni sentirá jamás, lo que nosotros hemos experimentado todos estos meses. Porque nuestro amor es único. Porque tú eres única. Y porque me has hecho sentir único.

Pero todo tiene un precio, todos tenemos que pagar al final el peaje. Y el mío es vivir sin ti. Te voy a echar muchísimo de menos, preciosa. Por favor, no me olvides jamás. Y si llegas a hacerlo, que sea porque eres completamente feliz, y no tengas espacio ni tiempo para pensar en nada más. Yo nunca me olvidaré de ti, te lo prometo. No podría, jamás podría hacerlo, aunque lo intentara, porque eres, y serás, el amor de mi vida. Adiós, Diana. Hasta siempre, mi amor.»

Había dejado la nota sobre el mueble, se había enjugado las lágrimas, y había cerrado la puerta, despacio, con la sensación de que, con ese gesto, lo que estaba cerrando en realidad era su corazón.

Suspiró, volviendo al presente, y miró a Lara y a Víctor, que le contemplaban expectantes. Se sentó en la butaca frente a ellos, exhalando en una sola frase el estado de ánimo en el que se hallaba.

—Víctor, te juro que como esta vez no sea importante, voy a cumplir mi amenaza y te voy a meter un tiro en el trasero.

—Es importante, Lucas, esto es...joder, esto es lo más importante que he hecho en mi vida, y...no va a gustarte, amigo. No va a gustarte un maldito pelo.

—¿Qué narices pasa?

—Es Alberto Fernández, Lucas —se precipitó Lara—. ‘Venus’ es...Fernández.

— ¡¿Qué?! —gritó, levantándose de un salto de la silla — ¡¿Pero qué demonios estáis diciendo?!

—Es él, no tenemos ninguna duda —respondió su amigo—. Fernández es quién ha estado detrás de todo esto, valiéndose de su puesto en las altas esferas para mover los hilos de todo el entramado criminal.

—Joder, Víctor, esto es...esto es...

—Muy grave, lo sé, y créeme cuando te digo que, si yo mismo no hubiese visto las pruebas, no me lo creería.

—¿Habéis conseguido las pruebas?

—Por supuesto. Lo tenemos todo, Lucas, todo. Movimientos de cuentas, cartas solicitando ciertos expedientes, peticiones precipitadas de no intervención en determinados operativos aludiendo ‘insuficiente logística’ para llevarlos a cabo. Y lo mejor. ¿Recuerdas mi corazonada con respecto a la misión ‘Escorpión alado’, en la que participaste junto a los padres de Diana?

—Sí, claro que sí, ¿Qué ocurre?

—Pues que tenía razón. Todo empezó ahí, compruébalo tú mismo —Le tendió las dos carpetas, ante la mirada de estupor de Lucas, que miraba alternativamente ambos documentos.

—¿Por qué...por qué hay dos informes, Víctor?

—Este —lo tomó entre las manos, mostrándoselo bien—, es el que redactaron los padres de Diana, y es el que nos ha dado la pista para empezar a tirar del hilo. Y este otro —cogió el segundo informe, el falso, y lo zarandeó—, que fue el que se presentó finalmente.

El policía capturó los informes, mientras su cabeza establecía las conexiones que nunca imaginó. Maldita sea, lo había tenido delante de las narices todo el tiempo.

—El operativo ‘Escorpión alado’ —empezó Víctor —lo tenía que haber controlado la madre de Diana, Alba Yáñez, desde la sala de comunicaciones de la comisaría Central, como siempre se ha hecho. Sin embargo, Fernández, como Director Adjunto Operativo de la policía que era en ese entonces, decidió colocarla, casi a última hora, en uno de los equipos de asalto para que los

Brozovic acabasen con ella y su marido, como terminó ocurriendo.

—¿Qué?

—Sí, pero eso no es todo. ‘Escorpión alado’ tuvo otra modificación. Otro cambio de última hora que no estaba previsto, y que incluso fue rectificado a lápiz. A lápiz, Lucas. Un informe oficial jamás tiene rectificaciones hechas a lápiz. Y si se archivó con semejante error, es que habría una razón. Y la había, por supuesto que la había.

—Pero hay algo que no entiendo. Una rectificación a lápiz en un informe oficial es un cartel de neón sobre ese informe. ¿Por qué no se destruyó?

—Porque no se puede. Todos los informes llevan un número correlativo, pero para encontrarlo, hay que saber además cierta información con respecto a él: fechas, munición usada, número de placa de los agentes que tomaron parte en él...

Lucas miró a Lara, comprendiendo. Solo ella tenía esa información gracias a Diana, y a la copia del informe que tenía en su casa sobre el operativo. Un informe que había leído mil veces junto a su amiga, y que ya se sabía de memoria. Víctor era brillante.

—Por eso le pediste ayuda a Lara, porque solo ella tenía esa información y los conocimientos suficientes sobre cómo buscar ese archivo en la comisaría central.

—Exacto. Localizó el informe original, y ahí fue cuando lo descubrimos...todo. Sergio Espona y Alba Yáñez establecieron un nexo que apuntaba directamente a las altas esferas policiales como presuntos encubridores del clan criminal de los Brozovic, mencionando informes de dudosa veracidad, misiones abortadas en el último momento de forma precipitada, destrucción de pruebas...lo documentaron absolutamente todo. Era cuestión de tiempo que dieran con Fernández, así que él jugó sus cartas primero, y los eliminó, colocándolos en primera línea de fuego en ese operativo. Pero, como te digo, no fue el único cambio. Y aquí es cuando viene lo interesante. La rectificación hecha a lápiz en el informe falso que redactó Fernández. Un acto impulsivo que pudo tener consecuencias fatales.

—Tú formabas parte del equipo del primer asalto, ¿Recuerdas? —preguntó Lara, mirando fijamente hacia él.

—Sí, claro que sí, y al final me relegaron al segundo. Nunca entendí ese cambio.

—No lo entendiste porque era extraño, Lucas, demasiado extraño —continuó Víctor—. Fernández te relegó al equipo de asalto de tierra, la unidad más vulnerable, porque...también te quería muerto.

—¿Por qué querría algo así? ¿Qué amenaza le suponía yo por ese entonces?

—No lo sabemos, pero lo único que podemos decirte, y que averiguamos gracias al informe original, es que Sergio Espona, que en ese momento era Jefe Superior de Policía, te había propuesto a ti como sucesor en su puesto. Quería tenerte junto a él en el operativo porque quería comprobar, de primera mano, de qué pasta estabas hecho.

El silencio que siguió a esas palabras fue atronador, porque Lucas comprendió, de pronto, como le encadenaban una misión tras otra, operativo tras operativo. Fernández había intentado que muriera en acto de servicio. La cuestión era por qué. Miró pensativo a la pareja de policías, y apoyó el dorso del puño contra los labios.

—Por eso quería que yo fuese el Director General de la Policía, y no tú, Víctor. Sabía que la investigación coincidiría con mi nombramiento, y podría asesinar me sin levantar sospechas. Mandaría asesinar me, el crimen se achacaría a una venganza de los Brozovic por la operación 'Schlange', y ya está. Un agente más muerto en servicio. Pero sigo sin entender el por qué.

Lucas resopló, cuando una idea cruzó como un rayo por su cabeza, y se levantó de la silla, tirándola al suelo.

— ¡Maldita sea! ¡¿Cómo pude haber sido tan estúpido, cómo...?! ¡Joder! —rugió, dando un golpe contra la mesa.

— ¡¿Qué pasa, Lucas?! —gritó Víctor, sobresaltado.

— ¡Va a ir a por Diana!

— ¡¿Qué?! —Esa fue Lara.

— ¡Fernández va a ir a por ella!

En un ágil movimiento, Víctor sacó su teléfono, alertando a todos los grupos mientras Lucas abandonaba la sala corriendo, llamando a Diana. El continuo pitido sonó varias veces, pero nadie contestó. Salió a la atestada sala, llena de agentes que charlaban a voz en grito en ese momento, y su rugido retumbó contra los cristales.

— ¡¿Dónde está Diana Espona?! —

—No lo sabemos —contestó uno de los agentes, sin dejar de teclear en su ordenador—. Margarita, de administración, lleva media hora llamándola para entregarle los papeles del traslado, pero no contesta al móvil.

Oír eso le hizo reaccionar como un caza de combate. Fue hasta el policía, y cogiéndolo por las solapas, lo levantó de la butaca, y lo estrelló contra la pared.

— ¡¿Me estás diciendo que una de las agentes que investiga la trama 'Schlange' no ha cogido el teléfono en media hora, y ni siquiera os habéis molestado en triangular el maldito dispositivo para saber dónde está?! —

—Yo...nosotros...no creímos que...

— ¡Dad con ella o me encargaré personalmente de que no volváis a respirar en vuestra vida!

Los gestos de estupefacción se extendieron por toda la comisaría, y Víctor se posicionó al lado de su amigo, con los brazos en jarras.

—Alberto Fernández nos ha traicionado —espetó, severo—. Él es 'Venus', la persona que ha estado ayudando a los Brozovic todo este tiempo. Y va a ir a por Diana Espona, ella es su próximo objetivo, por eso debemos encontrarla.

El estupor, la alarma, y el miedo por su compañera se hicieron visibles en cada milímetro de sus expresiones de los agentes. Lucas se giró hacia la atestada sala que permanecía en silencio, en mitad de un sollozo contenido, y respiró hondo, demostrando una vez más el origen de su apodo.

—A partir de este momento, yo asumo el puesto de Director General de la Policía estatal. Nadie, es decir, nadie, está por encima de mí. Recibiréis y acataréis solo las órdenes que yo emita, ¿entendido? Avisad a todas las comisarías del país. A partir de este momento, localizar a Alberto Fernández es prioridad absoluta.

Todos los agentes asintieron, mientras Víctor miraba a su amigo ocupar el lugar que nunca quiso, viviendo la situación que nunca, ni en sus peores pesadillas, pudo imaginar. La cuenta atrás había comenzado.

Diana no sabía cuánto tiempo llevaba en aquella nave abandonada, porque apenas recordaba nada de lo que había sucedido. No tenía ningún recuerdo de ese día aparte de haber llegado al Jaguar que Fernández había aparcado frente a su puerta, con el corazón casi paralizado por la llamada que había recibido segundos antes del propio Director General de la Policía. Los Brozovic habían capturado a Lucas cuando iba camino a la comisaría y no tenían ninguna noticia de él. Había bajado a toda velocidad las escaleras de su edificio, y había entrado como un ciclón al interior del lujoso vehículo, cuando sintió un golpe en la nuca, y todo se volvió oscuro.

Levantó poco a poco la cabeza, viendo sus tobillos atados y las muñecas atados con cuerdas. Un latigazo de dolor la recorrió cuando intentó mover los labios, tapados con un esparadrapo, y

fue cuando se percató de los restos de sangre que había en su blusa. Una sombra apareció por su derecha, y alzó el rostro, viendo a un tipo de aspecto caucásico, con tatuajes en el rostro, frente a ella, mirándola sin expresión alguna. Un sicario. Sus ojos se detuvieron en sus nudillos ensangrentados, y comprendió que ese malnacido era quien la había estado golpeando cuando estaba inconsciente. Apartó el rostro con rabia, y su corazón se paralizó al ver al Director General de la Policía junto a ella. ¿Qué...qué hacía Fernández allí? El hombre se acuclilló frente a ella, y suspiró, apartándole un ensangrentado mechón del rostro.

—Hola, Diana —suspiró, mirándola apenado—. Siento que esto ocurra así, de verdad, pero no he tenido alternativa —bufó, al ver la expresión de desconcierto de la chica—. Una pena.

Se levantó de su lado, y empezó a dar vueltas en círculo, con las manos en enlazadas en la espalda, mirando hacia ella.

—Te preguntarás qué haces aquí, y por qué he decidido secuestrarte. Yo...yo soy ‘Venus’, Diana. Yo soy el que ha estado controlando los clanes criminales desde el principio, junto a...Aria Mederos.

« ¿¿Qué?!¿Aria?¿La misma Aria que estuvo prometida a Lucas, la misma a la que él ayudó a detener?»

—Sí, Diana. Aria, la exprometida de Lucas. Y...mi hija —hizo una breve pausa—. Lleva el apellido de su madre, por eso nadie nos relacionó nunca. Era una chica valiente y lista. Se hizo policía, como yo. Imagínate el orgullo que sentí al saber que iba a seguir mis pasos y heredar mis oscuros negocios con los Brozovic. El primer año todo fue bien. Aria era tenaz, y aprendió rápido el negocio familiar. Hasta que Lucas Sanz se topó en su camino, y todo se desmoronó de la noche a la mañana. Se enamoró de él, y quiso dejarlo todo atrás, transitar la senda de los estúpidos. Como podrás comprender, no podía permitir algo así. ¿Qué clase de mensaje le estaría mandando a los Brozovic? Me tomarían por alguien débil, alguien que no sabe controlar a su propia hija, así que me vengué. No me siento orgulloso de lo que hice, pero no tenía otra alternativa. Iba a echar años de trabajo por tierra, para ¿qué?¿Para estar con un policía que ya por entonces arrastraba una terrible fama de mujeriego? No podía consentirlo, no podía permitir que algo así ocurriera frente a mis narices. Así que hice que la investigaran, y no solo eso. Hice que Lucas fuese quien colaborase en su detención, poniendo así el foco de los Brozovic sobre él. Un plan perfecto, ¿no te parece?

Diana parpadeó, incapaz de creer lo que estaba escuchando, saber hasta dónde podía llegar la locura de ese hombre.

—Por eso le puse aquella bomba a Lucas en el coche, para que los Brozovic creyesen que había sido él quien había descubierto a Aria, cuando en realidad había sido todo orquestado por mí. Retorcido, ¿no crees? —soltó una risa seca, casi tétrica y miró hacia ella —Pero, como siempre, las variables del destino me jugaron una mala pasada, colocándote precisamente a ti, en el lugar preciso, en el momento justo, para salvarle la vida. Maldita casualidad. De verdad que eres una chincheta en el zapato muy molesta, Espona. Y por eso vas a morir hoy. Porque jamás debiste mezclarte en esta historia. Esa maldita piedra que tiraste va a costarte la vida.

Diana empezó a gritar a través de la cinta, desesperada, antes de que un nuevo golpe del matón de Fernández la dejase en el suelo otra vez, mientras todo daba vueltas a su alrededor. El Director General la miró, y suspiró. En el fondo admiraba a esa policía valiente, suspicaz, y temeraria como pocas.

—Habrías sido una excelente comisaria, estoy seguro, Diana. Y la mejor investigadora, muy por encima de Marina Espino. Habrías llegado tan lejos como hubieses querido, si Lucas no se hubiese cruzado en tu camino.

Le dedicó una última mirada, y se giró hacia el matón de los Brozovic, que miraba con expresión gélida a esa preciosa rubia que yacía atada de pies y manos, murmurando una sola frase que él tendría que obedecer.

—Que no sufra —ordenó, mirando hacia la chica—. Merece una muerte rápida.

—¿Cuchillo o pistola?

—Cuchillo. Odio el ruido de los disparos y el olor a pólvora.

El hombre asintió, y se acuclilló al lado de la chica. Fernández miró la figura que yacía desplomada en el suelo, y suspiró.

—Te veré en la otra vida. Descansa en paz, agente Espona.

El hombre se sacó un enorme cuchillo con motas de óxido del cinturón, y lo bajó en un siniestro y afilado movimiento, y un chorro de sangre salpicó el porcelánico rostro de la chica. Después, tan solo el silencio llenó cada lúgubre mota de aire de aquella nave.

El Audi aceleró como un león al alcanzar los ciento ochenta kilómetros por hora mientras los bosques, las farolas, las nubes que tapaban el color azul cielo y el resto de vehículos que compartían el mismo asfalto se convertían en manchas borrosas. El motor vibró cuando llegó a la autopista, casi en un rugido, acompañando a la única frase que se escuchaba en el interior del habitáculo, en una desesperada plegaria.

—Por favor, preciosa, cógelo, por favor, cógelo. Maldita sea, Diana, Fernández va a ir por ti. Por favor, coge el teléfono. Cógelo, por favor, cariño, por favor...cógelo.

Giró en una curva, derrapando, y los neumáticos chirriaron con estrépito. Exhaló, desesperado, y marcó otra vez la tecla de rellamada cuando su móvil sonó.

— ¡¿Diana?!

—No, Lucas, soy...soy Víctor. Acaba...joder no te vas a creer quién acaba de llamar de la prisión de Colmenar.

—¿Quién?

—Aria Mederos.

—¿Qué? —El coche hizo un violento vaivén, casi yéndose al arcén —¿Cómo que acaba de llamar Aria?¿Pero de qué estás hablando?

Lucas aceleró, recordando la primera vez que la visitó en la cárcel, tras la condena. Había ido allí casi de incógnito, sin ni siquiera decirselo a Víctor. Pero no le había quedado otra opción, tenía que verla, tenía que mirar a los ojos a la mujer que había estado a punto de matarle, ésa de la que seguía enamorado, y preguntarle por qué lo hizo. Se había sentado frente a ella, con los brazos cruzados, y le había sostenido la mirada.

« —Lucas, ¿Qué...qué haces aquí?»

« —He venido para demostrarte que sigo vivo, y que tu plan no funcionó.»

« —¿Qué plan?¿De qué hablas?»

« — ¡Me pusiste una bomba en el coche, Aria, maldita sea!»

Su reacción le había dejado sin capacidad de reacción. Aria había interpretando a la perfección el papel de víctima inocente, negándolo absolutamente todo una y otra vez. Pero él ya no podía creerla, ya no. No después de haber estado a punto de morir.

« —Adiós, Aria.»

Se había levantado como un resorte de la silla para no tener que seguir escuchando sus mentiras, cuando su voz se alzó desde la cabina, y se había dado la vuelta, enfrentándose a su verde mirada. Esa en la que tantas veces se había perdido.

« —Yo no te puse la bomba, Lucas. Te juro que no fui yo. Me da igual si no me crees, pero es la verdad.»

« —No me mientas más, Aria. Basta ya de una vez. Fuiste tú, por supuesto que fuiste tú.»

La cabeza de la mujer se ladeó, y su sonrisa había dibujado una extraña mueca.

« —Yo no fui, Lucas. Pero puedo intuir quién lo hizo, y por qué. Confías en la gente equivocada, y eso terminará costándote la vida.»

«Costándome la vida», se repitió él entonces, y ahora volvía a hacer lo mismo. Porque eso es exactamente lo que había pasado. Su vida, su alma, su corazón, estaba a punto de extinguirse si no

conseguían encontrarla. Parpadeó, obligándose a volver a la realidad, e inspiró con fuerza.

—¿Te dijo qué quería, Víctor?

—Sí, ella...ella ha llamado porque tenía información, y...joder, ahora lo entiendo todo, ahora todo tiene sentido. Alberto Fernández...él...él es el padre de Aria, Lucas.

Aquello fue una maldita bomba nuclear.

—¿Qué?!

—Sí. Al parecer es la hija ilegítima que Fernández tuvo con una agente de prácticas, Eloisa Mederos. Pese a que Fernández quiso reconocerla e insistió en darle su apellido, la madre, no se sabe por qué razón, lo declinó, y le dio los suyos. Por eso no nos habíamos dado cuenta hasta ahora.

Los pensamientos de Lucas volaron veloces en su cabeza, estableciendo la conexión que le había mencionado Aria en la cárcel. Y supo quién le había puesto la bomba. No había sido un esbirro de los Brozovic siguiendo las órdenes de Aria, no. Fue él.

—Por eso intentó matarme con aquella bomba, Víctor.

—La bomba te la puso él, pero por otras razones.

—¿Qué?

—Sí. Aria nos lo ha contado. Ella iba a dejar los turbios asuntos de su padre por ti, Lucas. Te quería, y pensaba empezar una nueva vida contigo.

—Por eso...joder.

—Por eso partió del propio Fernández la idea de investigarla y meterla en prisión. Con ella dentro de la cárcel, le sería más fácil acabar contigo...

—Escorpión alado...

—Sí. Por eso hizo el cambio en el operativo, aquel que estaba a lápiz, y no supimos interpretar. Había planeado que murieses allí, inventarse todo tipo de pruebas contra ti después, exculpando a Aria, sacarla de la cárcel, y que todo volviese a ser como antes —silencio—. Ella te quería, Lucas.

El policía se dejó caer sobre el volante, casi doblándose sobre sí mismo, mientras su corazón amenazaba con detenerse de un momento a otro. Llevaba años planificando una venganza que había empezado a ejecutar esa misma mañana. Intentó tomar algo de aire, mientras la carretera empezaba a nublarse frente a él. Levantó el pie del acelerador, y exhaló.

—¿Te dijo algo más, Víctor? —consiguió articular.

—Sí, y por eso te llamaba. Fernández lleva años visitándola en la cárcel, haciéndose pasar por su abogado, pero hoy, hoy...se ha saltado la visita, y eso solo puede significar que...

Lucas tragó saliva, sabiendo perfectamente lo que significaba. Ya la tenía. Ese malnacido ya tenía a Diana. Colgó, temblando de rabia, de miedo, de impotencia, y rogó al maldito destino que ese día estuviese de su lado y decidiese ayudarlo. Volvió a marcar el número de Diana, con el corazón a punto de explotar, y su pie volvió a hundirse en el pedal, haciendo temblar el coche.

Una voz mecánica le informó que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura, y la tenaza en el corazón del policía apretó hasta casi dejarle sin aliento. El Audi prácticamente voló por la autopista, esquivando coches, dejando todo atrás, barriendo a su paso todo el aire, la lluvia, los malos presagios, el temor, el asfalto. El miedo más profundo, animal y primitivo.

Borja Gómez tensó la mandíbula, recordando cada paso que había dado hasta llegar allí. Había ido esa mañana a Pinar para darle una sorpresa a Diana. Le habían cambiado el turno en la comisaría, y quería aprovechar su día libre para visitar a su exnovia, y amiga. Había conducido el

BMW hasta llegar a su barrio, imaginándose la escena. La esperaría en la puerta de su edificio, y, cuando la viese salir, buscando un taxi, le tocaría el cláxon con los dos toques largos y los tres cortos marcando los primeros acordes de una famosa canción de *Deep Purple*, y ella se giraría hacia allí soltando una contundente palabrota, al tiempo que su boca se abriría en una inmensa ‘O’ por la sorpresa. Él se reiría, saliendo del coche, y se fundiría con ella en un abrazo. Y a partir de ese instante, el mundo desaparecería, como siempre ocurría cuando estaba con ella.

Pero los planes se habían torcido en apenas un segundo. Había aparcado, apagando el motor, y a los pocos segundos la había visto salir de su portal con el rostro desencajado, corriendo hacia un lujoso Jaguar negro que le resultaba extrañamente familiar. La vio internarse en él, y algo, no sabría decir el qué, se iluminó en su cabeza con una inmensa señal roja de alarma. No sabría decir cuándo sus manos y pies se pusieron en marcha, pero apenas fue consciente de que había llegado a la autopista y que su coche ya había alcanzado los ciento sesenta kilómetros por hora, cuando el fogonazo de una radar de velocidad le devolvió la conciencia, y despertó a lo que estaba sucediendo. ¿Qué hacía Diana en el coche de Fernández, y por qué iban a semejante velocidad? ¿Le habría ocurrido algo al cretino de Lucas, o era otra cosa?

Les siguió durante kilómetros hasta un polígono abandonado, y redujo la velocidad para no ser descubierto. Apagó el motor cuando apenas quedaban doscientos metros para llegar a una de las últimas naves abandonadas, y se quedó observando la escena, expectante, cuando del coche salieron el propio Fernández y un hombre fornido con tatuajes en el rostro que llevaba en brazos a una inconsciente Diana. Y el mundo se volvió de un intenso color rojo. Desenfundó la pistola del cinturón, sin entender otra cosa más que salvar a su chica. Porque Diana siempre sería su chica. Porque la quería, porque siempre lo haría, y daría su vida por ella. Por eso.

Valentina García tomó su arma, apuntando a las ruedas de un Jaguar negro que avanzaba a más de ciento sesenta kilómetros por hora por la autopista. Apenas se había localizado el vehículo del exdirector general gracias a una cámara de tráfico, varios furgones policiales habían salido en su persecución hasta localizarlo camino hacia la frontera. No les hicieron falta más que veinte minutos para localizarlo, y el corazón de los seis agentes que iban en el interior se había detenido al distinguir la marca de una mano ensangrentada en la luna trasera del vehículo. Una marca pequeña, delicada, que dibujaba una estela roja hasta el mismo borde. La marca desesperada de una mujer herida. O muerta. Parpadeó varias veces para que la lágrima que estaba a punto de salir entre sus pestañas no lo hiciese en el momento más inoportuno, y terminase errando el blanco.

—Llamad a Sanz. Decidle que ese cabrón ha muerto de un disparo.

—¿Qué disparo? ¿De qué hablas? —preguntó el agente que estaba a su lado.

No contestó. Inspiró hondo, sus pulmones contuvieron el aire, y lo demás, simplemente, dejó de existir, mientras en el interior del lujoso Jaguar, unos ojos desesperados miraban cuánta gasolina quedaba en el depósito, y la señal del navegador, que marcaba que faltaban seis kilómetros, solo seis, para llegar a su destino. Ya casi había llegado, ya casi estaba. Pisó el acelerador a fondo en cuanto divisó un furgón policial a lo lejos, con las luces y la sirena encendidas, y apretó los dientes.

Mantuvo el pie en el fondo del acelerador, rogando que la suerte estuviese de su lado ese día. Visualizó la salida cuarenta y cinco de la autopista, y giró el volante, casi derrapando, internándose en la nueva carretera, adelantando por el arcén al resto de conductores, mientras el furgón policial hacía lo mismo, y su mandíbula se encajó sola.

«Maldita sea.»

Lucas disminuyó la velocidad en cuanto vislumbró la nave industrial donde el equipo tecnológico había captado la última señal de móvil de Diana. Su fantasmal aspecto le conferían un aire lúgubre, que unido al óxido de las vigas de la enorme cúpula central, daban aspecto de ser la mismísima entrada del infierno. Ahora solo era un polígono abandonado, donde los continuos incendios provocados por los jóvenes que a veces se reunían allí para celebrar fiestas clandestinas, habían hecho intervenir a los bomberos más de una vez.

Derrapó al girar por una de aquellas abandonadas calles, y tuvo que clavar frenos para no chocar con un BMW negro que salió de la nada a toda velocidad con una mancha de sangre en uno de los cristales. Giró haciendo un trompo, y su pie se clavó hasta el fondo del acelerador, iniciando la persecución. Los dos vehículos comenzaron una feroz carrera, y Lucas se olvidó de la aguja que marcaba el velocímetro, de la carretera por la que circulaban, de los cláxones del resto de coches cuando irrumpieron en la autopista otra vez. De los radares de velocidad saltando en cada tramo. Solo importaba llegar hasta ella, solo eso.

Apenas fue consciente cuando su coche alcanzó los doscientos kilómetros por hora, mientras sus ojos se perdían en el viaducto que apareció frente a ellos, y sus más de ciento cincuenta metros de caída libre, y todo se ralentizó a partir de ese momento.

No sabría decir en qué momento exacto su pie se levantó del acelerador, ni cuando su corazón dejó de latir, ni cuando dejó de escuchar el ruido de los motores de los otros coches. Solo existía esa curva, ese inmenso vacío, y ese BMW que iba a demasiada velocidad por el carril exterior como para no terminar volcando. Solo existía eso, solo...eso.

—Joder, no. Por favor, no. No, no, joder, no —Rogó, desesperado.

El aire se congeló en cuanto cruzó sus labios, mientras arriba, en el cielo, las nubes detenían su paso, y todo se cubría del manto de los sueños, de las realidades inconexas, del silencio que sigue a los actos más abominables. Lucas detuvo el Audi en el arcén, viendo, casi en cámara lenta, cómo el BMW aceleraba por la carretera, saltándose la mediana, y chocaba contra las defensas de hormigón. El coche alemán trazó una bella espiral por encima del asfalto, girando, en un bucle que no parecía tener fin, hasta que saltó las barreras de contención de la carretera, rompiéndolas, y se precipitó hacia el fondo. Hacia el fin.

Y todo se llenó de un inmenso silencio, solo roto por la enorme y macabra nube de humo que se elevó desde el fondo del barranco, marcando que el destino había ejecutado sus pasos, y que la mujer más increíble de la tierra era ahora polvo y cenizas que se trasladaba veloz a través del viento. Alzó la mirada hacia la columna de humo, y un grito desgarrado, inhumano, animal, llenó el aire.

Igor apenas pudo reaccionar cuando la bala le atravesó el estómago. Cayó desplomado hacia atrás, junto al ensangrentado cuchillo, que tintineó al chocar contra el hormigón. Borja giró el rostro, buscando a Diana, y su mundo se desplomó al ver el gran charco de sangre y la inmensa herida en la garganta. Se sacó la camiseta por la cabeza, y fue hasta ella, envolviéndole el cuello con suma delicadeza. La cogió en brazos, mientras sentía su cuerpo temblar sin control, y las primeras lágrimas mojar sus mejillas.

«Aguanta, preciosa, por favor, aguanta. Voy a sacarte de aquí, te lo prometo.»

Apenas había dado dos pasos, cuando un golpe seco por detrás le hizo caer al suelo, junto al cuerpo de Diana. Intentó levantarse, buscando su arma, cuando se topó con el puño de Fernández, que, de un certero segundo golpe, le dejó casi inconsciente. Intentó levantarse, pero fue inútil. El zapato de Fernández le aprisionó desde atrás, y un ruido, un inmenso ruido con olor a pólvora y un

doloroso mordisco ardiente en el costado, marcaron su final. Fernández respiró hondo, contemplando los cuerpos, y resopló, mirando hacia Igor, que yacía muerto en la otra esquina. Maldita sea. Se giró hacia el cuerpo inmóvil del agente Gómez, haciendo crujir la mandíbula. ¿Pero cómo había llegado ese malnacido hasta allí? ¿Habría dado la voz de alarma al resto de policías?

Frunció el ceño, y le registró los bolsillos. Capturó su móvil y su ensangrentada arma, y salió de aquella nave mirando a ambos lados, cerciorándose de que estaba despejado. Se giró con rabia hacia el interior, viendo los cuerpos de los dos policías yacían desmadejados, con sus sangres mezclándose en un charco que cada vez era más extenso, y maldijo. Esos dos idiotas habían estado a punto de destrozarlo todo.

Arrugó la nariz, mirando su coche, y sacó las llaves del bolsillo. Abrió la portezuela, cuando distinguió el coche de Borja a lo lejos, y trazó un plan sobre la marcha. Miró hacia el interior de la nave, y estiró la comisura de la boca.

Los dedos de Valentina se posaron en el gatillo del arma de largo alcance. Miró por el visor del objetivo, y retuvo el aire en los pulmones, localizando la cabeza del conductor.

—Valen, no hagas ninguna tontería, por favor —dijo la voz de un hombre a su lado.

—Déjame.

—No. Le atraparemos, ¿de acuerdo? Ese bastardo cumplirá su condena, pero no dispares, por favor, no lo hagas.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo, agente...

—Claro que es asunto mío, joder. Todo lo que hagas es mi maldito asunto también.

Vio dos dedos descender la mira de su arma, y se giró hacia allí, encontrándose unos azules ojos enmarcados en la abertura del pasamontaña posados en ella.

—¿Marcos?

—Sí, cariño, soy yo —inspiró, aliviado—. Por favor, escúchame, tienes que calmarte, ¿vale? Diana también es amiga mía, y por eso vamos a coger a ese malnacido, pero si disparas, nunca podremos meterlo entre rejas, ¿lo entiendes?

Asintió, despacio, a punto de decir algo más, cuando el Jaguar giró y el furgón policial se lanzó en pos de la pantera negra de metal, y todos se posicionaron, con el desconcierto pintado en el rostro. ¿Pero a dónde demonios iba? Esa carretera solo iba hasta...no.

Se quedaron en silencio cuando el Jaguar se estampó en seco frente a la puerta de urgencias del Hospital de Pinar, y la portezuela se abrió con violencia, creando un eco que nadie percibió, porque ninguno de los policías fue consciente de nada más que no fuera intentar dar crédito a la imagen que le devolvían sus retinas.

—No puede ser —murmuró Marcos, con los ojos abiertos de par en par—. Joder, no puede ser —repitió.

—Cielo santo, ¿es...? —balbuceó ella, casi en *shock*—. No...

— ¡Necesito un médico! —gritó un descamisado y desesperado Borja, sosteniendo el ensangrentado cuerpo de Diana en los brazos — ¡Necesito un maldito médico, joder! ¡Necesito...ella...maldita sea, necesito ayuda, se está muriendo!

No hizo falta más. Marcos salió del furgón, seguido por Valentina, y corrió hacia Borja, quitándole el cuerpo de Diana de entre los brazos. El policía se pasó las ensangrentadas manos por el pelo, mientras su cuerpo se convulsionaba, viendo cómo Marcos se llevaba a Diana al interior del hospital, seguido por varios agentes. Notó cómo Valentina tapaba la herida de bala que le había rozado en la nave industrial, y miró hacia ella, desesperado.

— ¡No es nada, estoy bien! ¡Joder, Valen, escúchame, Fernández...!

—Lo sabemos, lo sabemos, ¿vale? Lo sabemos todo.

— ¡Maldita sea, yo...joder, llegué tarde, y ella...!

—Se pondrá bien, Didi se pondrá bien.

La mirada de ambos se volvió hacia aquel largo pasillo de urgencias, viendo cómo los médicos se afanaban en reanimar el inmóvil cuerpo de la rubia policía, rodeados por Marcos y varios compañeros, que se quitaron los cascos y los pasamontañas, cuando el denso pitido de la máquina marcaba un final que ninguno quiso tener que presenciar. Los ojos de Marcos se posaron en los de Valentina, y la peor de las realidades se abrió paso en sus corazones. La vacía expresión del joven agente le comunicó lo que ya todos sabían, y Valentina se desplomó sobre Borja. Habían llegado tarde, y la muerte había vencido esa batalla.

Epílogo

Dos años después

Las flores yacían secas sobre la fría piedra. Los pétalos, antes vigorosos y llenos de vida, languidecían sobre el sepulcros que empezaban a reflejar sombras sobre el césped que los rodeaba, como un aviso a los vivos de que la oscuridad siempre sobrevuela, y que nos terminará atrapando. Lucas se agachó, frente a la fría tumba, y sus dedos rozaron la helada superficie, como hacía cada vez que venía de visita. Porque los muertos, aunque se piense lo contrario, también necesitan compañía. O quizás seamos los vivos los que necesitamos de la suya, nunca se sabe.

Seguía recordando cada mínimo e ínfimo detalle de aquel día. La desolación, la tristeza, el dolor. Las palabras de consuelo, las manos posadas en sus hombros, dándole ánimos, los abrazos que él apenas sintió. Y aquellas puertas blancas de aluminio tras las que estaba ella. El siseo apagado de la puerta del quirófano cuando se cerró tras él. El cuerpo inmóvil de aquella muñeca de porcelana tendido en aquella camilla, rodeado de decenas de gasas ensangrentadas. Su rostro. Aquel rostro que amaba y que había besado tantas veces, y que ahora parecía esculpido en piedra. Y todo llegó de golpe, sin avisar. La soledad, la sensación de vacío...y la realidad se impuso con toda su crudeza.

Se había acercado hasta ella, y había repasado, despacio, el tatuaje de la estrella de mar, la misma estrella que él había trazado con conchas en aquella playa. La misma que también estaba grabada sobre su piel. Rodeó el frío cuerpo de Diana con los brazos, hundiendo el rostro en su estómago, y derramó todas las lágrimas que había estado conteniendo, y que salieron en un sollozo incontrolable.

—Van a cerrar —dijo un hombre vestido de oscuro, en un leve susurro, a su lado, y su mente volvió al presente casi haciendo un salto mortal—. Se lo digo porque el guardián ya está recogiendo las cosas. Son las dos de la tarde, el cementerio va a cerrar.

—Sí, claro, solo... —miró la lápida otra vez.

—Lo sé, es difícil despedirse —Lucas suspiró, y asintió, mirando la lápida.

Se levantó, sacudiéndose los oscuros vaqueros, y se despidió del hombre con un movimiento leve de mentón. Miró otra vez hacia la lápida, leyendo la inscripción que habían tallado en ella.

«La gloria eterna pertenece a los valerosos y puros de corazón. Descanse en paz, agente.»

Parecía una maldita broma.

Giró sobre sus talones, encaminándose hacia su Audi. Hacía casi dos años que habían detenido a todo el clan criminal de los Brozovic en una macro operación que lideró él mismo dos días después del funeral. Los habían capturado a todos, y, gracias a los intensos interrogatorios, habían caído el resto de colaboradores, dando por finalizado el mayor operativo de detención de criminales de la historia de la policía.

Al día siguiente, había renunciado al puesto de Director General de la Policía, y había pedido su reincorporación a operativos especiales, puesto que Víctor González, ahora flamante Director Adjunto Operativo, había denegado en un acto de despotismo absoluto. Había creado una nueva unidad dentro de la policía que él, su supuesto mejor amigo, lideraría. Cualquier día terminaría metiéndole un tiro en el trasero, por Dios que lo iba a hacer.

Arrancó el coche, y la dulce música de *Haevn* invadió el habitáculo. Sonrió, recordando

aquellas mañanas en las que Diana y él iban juntos a la comisaría, y aceleró por la larga avenida jalonada de cipreses, con la sensación de que ella estaba a su lado. Aparcó frente a un coqueto edificio de ladrillo amarillo, y miró hacia la quinta planta, donde ya le esperaba su familia. Salió del coche, dirigiéndose hasta la pastelería que había justo al lado de su portal, y compró una bandeja de dulces. La dependienta le puso un enorme lazo, y se la tendió, al tiempo que esgrimía una enorme sonrisa.

—¿Qué celebramos hoy, Lucas?

—Es mi cumpleaños —sonrió.

—Vaya, felicidades. ¿Vas a celebrarlo con Alexandra?

—Lo haré con esto —alzó la bandeja de dulces—, descuida.

Se rio, despidiéndose de la mujer, y entró en su edificio. Apretó el botón del ascensor, y la imagen de Alexandra apareció sola, iluminando todo su mundo. Pensó en ella, en su sonrisa, en sus suaves manos y esa mirada curiosa que significaban un mundo para él. Ella era el día abriéndose paso, era futuro, y presente, un precioso e increíble presente. Una sorpresa inesperada que le otorgó la vida cuando creyó que la oscuridad lo envolvía todo. Alexandra era un ángel, su ángel de la guarda, que había venido de la nada para devolverle la vida. Deslizó la llave en la cerradura de la puerta, sumido en sus dulces pensamientos, cuando grito al unísono gritando ' ¡Sorpresa!' estuvo a punto de hacerle sacar el arma y empezar a disparar.

— ¡¿Pero qué demonios...?! —gritó, soltando la bandeja de dulces — ¡Joder, que por poco os frío a todos a tiros!

—Fue idea suya —escuchó las carcajadas de Lara y Valentina a su lado.

— ¡¿Pero se puede saber cómo habéis entrado a mi piso?!

Las chicas se encogieron de hombros, riéndose, y señalaron a Víctor. Lucas respiró hondo, pellizcándose el puente de la nariz. Lo iba a matar algún día, por Dios que iba a hacerlo. Vio a su amigo acercándose hasta él, en un leve contoneo imitando a un sheriff de película del oeste, y le palmeó el hombro.

—Como el año pasado no celebramos tu cumpleaños, había pensado que este año debíamos hacerlo por todo lo alto.

—Algún día terminaré matándote, ¿lo sabes, verdad?

—No lo harás. Me adoras, tío. He invitado a tu familia también.

Lucas miró hacia el fondo de la sala de estar, viendo a sus padres, su hermana, su cuñado y sus sobrinos. Estaban todos allí. Miró a sus sobrinos, que corrían hacia él, y se agachó a altura, abrazándolos.

—Hola, granujas. Cielo santo, estáis enormes.

—Sí que lo están —respondió su hermana, acercándose a él—. Si los vieras más a menudo, no te asombrarías tanto. Pero bueno, también te entiendo. Alexandra es una preciosidad. Por cierto, ¿Dónde está?

—Eh...—pareció dudar, mientras sus ojos buscaban ansiosos por la sala —pues...

Una palmada en la espalda rompió el momento, y Lucas se giró hacia allí, viendo a Borja a su lado.

—Sí, lo cierto es que Alex es todo un bombón. Lo que daría por tenerla entre mis brazos, y esas piernas, ¡Puf! Esas piernas, esos labios, esos ojazos...

—Borjita, te recuerdo que Lucas puede hacer que te deporten —dijo Valentina, apareciendo de repente, con Marcos a su lado, esbozando una sonrisa de suficiencia que debería tener nombre propio.

—Sí, sí, ya lo sé. Madre mía, qué pesadez. Desde que le nombraron Director de no sé qué está

de un insoportable...

—Es la unidad de desarticulación de... —empezó Marcos, toda corrección.

—Sí, sí, los cazamemos —le interrumpió Borja, carcajeándose.

Lucas se giró hacia él, y puso los ojos en blanco. Si aún no entendía cómo se había hecho amigo de Víctor, menos aún lo hacía con respecto a Borja. Definitivamente, tenía un gusto pésimo para las amistades.

—Bueno, Borja, me encantaría poder decir que ha sido un placer volver a verte, pero sabrías que es mentira.

—Oh, por Dios —los interrumpió Lara, que se había acercado hasta allí, haciendo aspavientos con las manos —¿Queréis dejarlo ya? Siempre estáis igual, cielo santo. De verdad que parecéis críos. Los dos.

Borja y Lucas se miraron, ladeando la misma sonrisa. En ese instante, las luces del piso se apagaron, y todos los ojos se posaron en la figura que sostenía una pequeña magdalena recubierta de chocolate con una vela encendida, y el corazón de Lucas explotó. Alexandra. Se acercó hasta ella, la rodeó con los brazos, y la elevó en el aire, mientras todos aplaudían.

—Te he echado de menos, princesa.

Le dio un beso en la mejilla, haciéndola reír, mientras una segunda figura iba abriéndose paso desde la entrada, con una enorme tarta de tres chocolates y frutos rojos, y el mundo, como tal, dejó de existir para él. Solo estaban ellos dos, y ese precioso vestido de calaveras rojo que su mujer llevaba puesto, a juego con el pañuelo que cubría su cuello y que ocultaba esa herida que él besaba cada noche y cada mañana.

—Diana.

Fue directo hacia ella, y, sin importarle que en ese momento hubiesen otras once personas en su piso, le quitó la tarta de las manos, y, alzándola hasta sus caderas por los muslos, devoró sus labios con todo el anhelo que había estado conteniendo, mientras una de sus manos se enredaba en su nuca, profundizando aún más un beso hambriento que no quería que acabase nunca. La quería, la quería tanto que le iba a explotar el corazón. Se separó levemente de ella cuando los silbidos, los aplausos y los carraspeos ya fueron algo más que estridentes, y la miró, perdiéndose en esos ojos azules.

—Hola, preciosa.

Ella se encogió de hombros, susurrando un leve “Lucas”, y él la volvió a besar, mientras los aplausos volvían a resonar por el piso, y todos los recuerdos, los besos, las caricias y las miradas, volvieron a ellos.

El asesino a sueldo de Fernández había conseguido seccionar parcialmente la tráquea de Diana, haciendo que su voz, su preciosa voz, se apagase durante casi un año. Gracias a la rehabilitación y las posteriores intervenciones había conseguido hablar otra vez, y ahora tenía un tono más ronco y sensual que a él, si cabía, le gustaba más. Qué demonios le gustaba. Le volvía loco.

—¿Dónde estabas?

—En el cementerio.

—¿Por qué te torturas así?

—Porque necesito recordar todo lo que pude haber perdido ese día. Necesito que ese bastardo de Fernández sepa que no ganó, que no lo consiguió.

Diana le miró, suspirando, y le abrazó con fuerza. Habían ganado, sí, pero habían estado a punto de perderlo todo por la locura y la avaricia de ese hombre.

En ese instante, notaron un cuerpecito a su lado, y miraron hacia abajo, donde la pequeña Alex reclamaba un poco de atención. Lucas bajó a su mujer hasta el suelo, y Diana tomó a su hija en

brazos. Alex había heredado el pelo oscuro de Lucas y los ojos inmensamente azules de ella. Era la niña más guapa de todo el planeta, según sus abuelos, y su propio padre, y la esperanza para ella.

Diana alzó sus ojos hacia él, mientras los recuerdos de aquellos fatídicos días volvían a su cabeza. Recordaba cada mísero detalle, cada palabra. El dolor en la garganta, cómo la voz de Lucas pareció traerla de vuelta del oscuro sitio donde se hallaba. El tacto de sus manos rodeando su cuerpo. Y sus lágrimas. Las lágrimas del hombre que amaba impactando contra la sábana de hospital. Ella había hundido sus dedos en su cabello, y él se había alzado, estrellando sus labios contra los suyos, murmurando un “Te quiero” que sonó rudo, fiero, feroz. Porque así se amaban. Con todas las consecuencias, con toda la tensión, con todo el peligro. Porque nunca, desde que se habían encontrado por primera vez, habían dejado de hacerlo.

Sintió la cabecita de Alex apoyándose en su pecho, y sonrió. Esa preciosa muñeca gótica le había hecho el mejor regalo del mundo cuando él estaba en pleno operativo. Había sentido su teléfono vibrar, y el estridente chillido de Lara le había traspasado el tímpano.

— ¡Joder, Lucas, que está de parto! ¡Nuestra Didi está de parto!

— ¡¿Qué?!

— ¡Diana, tu mujer, nuestra amiga! ¡La tía más buena de toda la galaxia conocida, está de parto! ¡Así que ya puedes venir volando al hospital, porque no voy a poder seguir estando al lado de mi mejor amiga mientras se retuerce, grita y se lamenta, sin que me den ganas de cortarte las pelot...!

Él había colgado, mirando al segundo al mando, y había balbuceado un “Tengo que irme”, sin dar otra explicación. Tenía que estar con ella. Apenas diez minutos después, estampaba su placa en el mostrador del hospital materno infantil para que le dejaran pasar sin hacer preguntas, y había corrido por esos pasillos, al tiempo que se ponía aquella horrorosa bata plastificada con los nervios trepando, arañando, mordiendo cada terminación de su cuerpo, hasta que abrió aquellas puertas, y un llanto infantil lo llenó todo, y una figura envuelta en una sábana fue a parar al pecho de su chica, lanzando sus pequeñas manitas hacia ellos. Lucas miró hacia esos diminutos dedos, y respiró, por fin, sintiendo que la felicidad llegaba a su vida para quedarse. Porque eso era ser feliz, ahora lo sabía.

Cuando la fiesta de cumpleaños concluyó, y Alex quedó a cargo de sus padres, ambos policías iban a bordo de la flamante moto *Super Blackbird* azul de Lucas, con Diana aferrada a su espalda, sintiendo el cálido viento de la carretera de la costa azotándoles. Sintió las manos de su mujer presionando su cintura, y apretó su brazo. La luna llena proporcionaba la claridad justa y perfecta para esa preciosa noche de verano. La moto parecía acariciar cada curva, y Lucas aceleró, sintiendo cómo los brazos de Diana se ceñían a su cuerpo con fuerza. Miró hacia la zona de los acantilados, y sonrió. Las luces del restaurante *La Nuit* destacaban desde allí. Había reservado mesa para dos esa noche allí, en una especie de tradición que mantenían. Palpó con cuidado la pequeña cajita de terciopelo rojo que tenía en el bolsillo, y sonrió.

Tomó una curva, y una recta de diez kilómetros enorme, inmensa, se abrió ante ellos. Acarició levemente el costado de Diana, y ella se agarró con firmeza, sabiendo lo que se avecinaba. La velocidad, la adrenalina, la inmensa sensación de estar vivos. Apretó el acelerador, arrancando un sonoro rugido al potente motor de la moto, sintiendo que estar con Diana era como tener todas las estrellas en la palma de una mano y la luna en la otra. Amarla era creer en imposibles, en sueños cumplidos, en que otro mundo, maravilloso, etéreo, y salvaje a la vez transcurría paralelo a este. Un mundo en el que podías levitar sobre el maldito suelo, y que tu respiración se convertía en un suspiro, porque tu aire, tu oxígeno, lo que te mantenía atada a la vida, era ella. Y no necesitabas

nada más. La moto volvió a rugir, sintiendo que estaban tocando la punta del cielo con los dedos, arriba, muy arriba, donde los sueños esperan a realizarse, acunados por las estrellas.

NOTA DE LA AUTORA

Si has llegado hasta aquí, es porque la historia de Lucas y Diana te ha llegado al corazón, algo que me hace inmensamente feliz. Gracias por confiar en mí, en ellos, para disfrutar de la lectura. Así que, si aún no te has cansado de leer, te invito a que descubras cómo empezó todo.

‘Tu oscura mirada sobre mi vestido de calaveras rojo’, el libro que acabas de terminar, transcurre paralelo en el tiempo a mi segundo libro, ‘Una mirada azul en un andén’, dos preciosas historias de amor que empezaron en el andén de una estación de tren, y que tiene como protagonistas a Carla, Gael y Hans. Si no la conoces, te invito a descubrirla.

Cuando escribí ‘Una mirada azul en un andén’, creé el personaje de Lucas Sanz para una escena muy concreta de acción de la historia. Lucas era un personaje secundario, puntual, casi de tercera fila, me atrevería a decir. Un atractivo y temerario policía sin miedo a nada que intervenía en la historia para luego desaparecer de forma sigilosa. Ese era su cometido, y para eso fue creado. Comencé a escribir la escena de forma casi automática, con la cabeza ya metida en la secuencia posterior, cuando ocurrió algo. Algo que fue tan magnético, tan poderoso, que mis dedos dejaron de volar sobre el teclado.

No sabría explicar qué me ocurrió con el personaje de Lucas. Irradiaba tanta fuerza, tanto aplomo, que creé una pequeña historia de amor en esa escena, apenas un par de frases, creyendo que así otorgaría más matices al personaje, y aquello...aquello fue el principio del fin. Era tal la pasión que rezumaba, tanta la fuerza que desprendía, que lo entendí. Aquel personaje estaba reclamando su propia historia. Pero, ¿Qué historia? Mi cabeza siguió dando vueltas, sin cesar, durante días, hasta que, en un golpe de suerte, encontré cómo llegar a él.

Soy bastante despistada, siempre lo he sido. Un día que me había equivocado de hora, como viene siendo habitual, me vi obligada a esperar sentada casi una hora. Apenas había sacado el móvil para entretenerme con algo, cuando escuché un coche derrapando por la calle, con la música *heavy* sonando a todo volumen en el equipo. El vehículo se paró a escasos diez metros de donde estaba yo, y dio marcha atrás casi doscientos metros, y aparcando de forma magistral.

Me giré, para ver quién había sido el causante de semejante despliegue de dotes sobre ruedas, cuando del coche salió un chico con una bolsa de deporte, caminando con un aplomo y una seguridad que me hizo quedarme mirando hacia él como una polilla a la luz. No le vi el rostro siquiera, estaba demasiado lejos para eso, tan solo su espalda, y su forma de andar, destilando fuerza. Y entonces lo supe. Ese, y no otro, era el comienzo de la historia de Lucas. Cuando llegué a casa, me senté frente al ordenador y escribí la primera escena, la de la explosión, y la magia, simplemente, llegó.

El resto, surgió solo, y es historia, como suele decirse. Dejé a los personajes vagar entre las líneas, saltar de capítulo en capítulo, mientras todo iba formándose solo como un complicado rompecabezas que, espero, te haya mantenido en vilo.

Espero que la historia de amor de Lucas, Diana y Borja te haya llegado al corazón como me llegó a mí, y que hayas disfrutado de la lectura como yo al crearla. Una vez más, gracias por dedicar tiempo de tu vida a esta nueva historia surgida de mi cabeza. Nos veremos en la próxima aventura, soñadores. Gracias por leer, gracias por estar ahí.

Si te apetece seguirme en redes sociales, puedes hacerlo en los siguientes enlaces:

Facebook: <https://www.facebook.com/yaiza.castro.73>

Instagram: <https://www.instagram.com/yaizacastrowriter/>

Índice

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Índice](#)

[OTRAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA](#)

OTRAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA

UNA MIRADA AZUL EN UN ANDÉN

¿Es el destino, o el azar el que elige nuestro camino? Si tomamos el camino equivocado, ¿Es el destino, o la casualidad quien endereza nuestra vida? Estas dos cuestiones son las que se plantea Carla, la protagonista de esta historia de amor donde pasado, presente y futuro se entrelazan, y su corazón se divide entre dos amores surgidos de dos encuentros fortuitos en un andén. A partir de ese instante, las más ingeniosas y divertidas situaciones se sucederán a lo largo de una historia en la que acompañarás a los protagonistas. Hans, el atractivo austríaco con un misterioso pasado, y Gael, el amor de infancia que ha vuelto a su vida de la forma más inesperada. La pasión, la dulzura y el destino jugarán sus cartas en esta novela en la que nada es lo que parece, y en la que unos inquietantes recuerdos de su infancia en torno a un misterioso pantano serán la clave para resolver un enigma que lo cambiará todo, desvelando la verdadera dimensión del triángulo amoroso.

Dos miradas, dos flechazos, un misterio por resolver. Un amor del pasado y una pasión del presente. Atrévete a enamorarte en un andén, y deja que las estrellas se alineen para escribir la más bella de las historias de amor.

Amazon.es: <https://www.amazon.es/Una-mirada-azul-en-and%C3%A9n-ebook/dp/B07SR5Q6V5>

EN EL OSCURO BOSQUE DE SANDARA

Los habitantes del remoto valle de Sandara sufren, desde hace décadas, extraños ataques de un ser al que ellos llaman la Bestia. La llegada de un joven detective inglés, Alan Wood, para investigar dichos actos, despierta los celos entre sus habitantes, habituados a esconder secretos demasiado oscuros. Las agresiones, sumadas la desaparición de una joven, hacen que el detective se involucre por completo en un misterio que tiene más aristas de lo que parece en un principio. Los pactos de silencio y los más terribles secretos hasta ahora escondidos con celo empezarán a desvelarse, así como la imponente presencia de una chica a la que todos recuerdan pero nadie nombra, por miedo, o...para protegerla.

Amazon.es: <https://www.amazon.es/En-el-oscuro-bosque-Sandara-ebook/dp/B07KTB91XX>